

Autora del *best seller* internacional *El vestido*

Jennifer Robson

El
AÑO
de la
CORONACIÓN

· THE · BLUE · LION ·

Harper f
Narrativa

Autora del *best seller* internacional *El vestido*

Jennifer Robson

El
AÑO
de la
CORONACIÓN

· THE · BLUE · LION ·

Harper f
Narrativa

Autora del *best seller* internacional *El vestido*

Jennifer Robson

El
AÑO
de la
CORONACIÓN

· THE · BLUE · LION ·

Harper f
Narrativa

Jennifer Robson

El
AÑO
de la
CORONACIÓN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

El año de la coronación

Título original: Coronation Year

© 2023, Jennifer Robson

© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

© De la traducción del inglés, Isabel Murillo Fort

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®

ISBN: 9788418976636

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[El año de la coronación](#)

[Enero](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Febrero](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Marzo](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Abril](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Mayo](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Día de la coronación](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Epílogo](#)

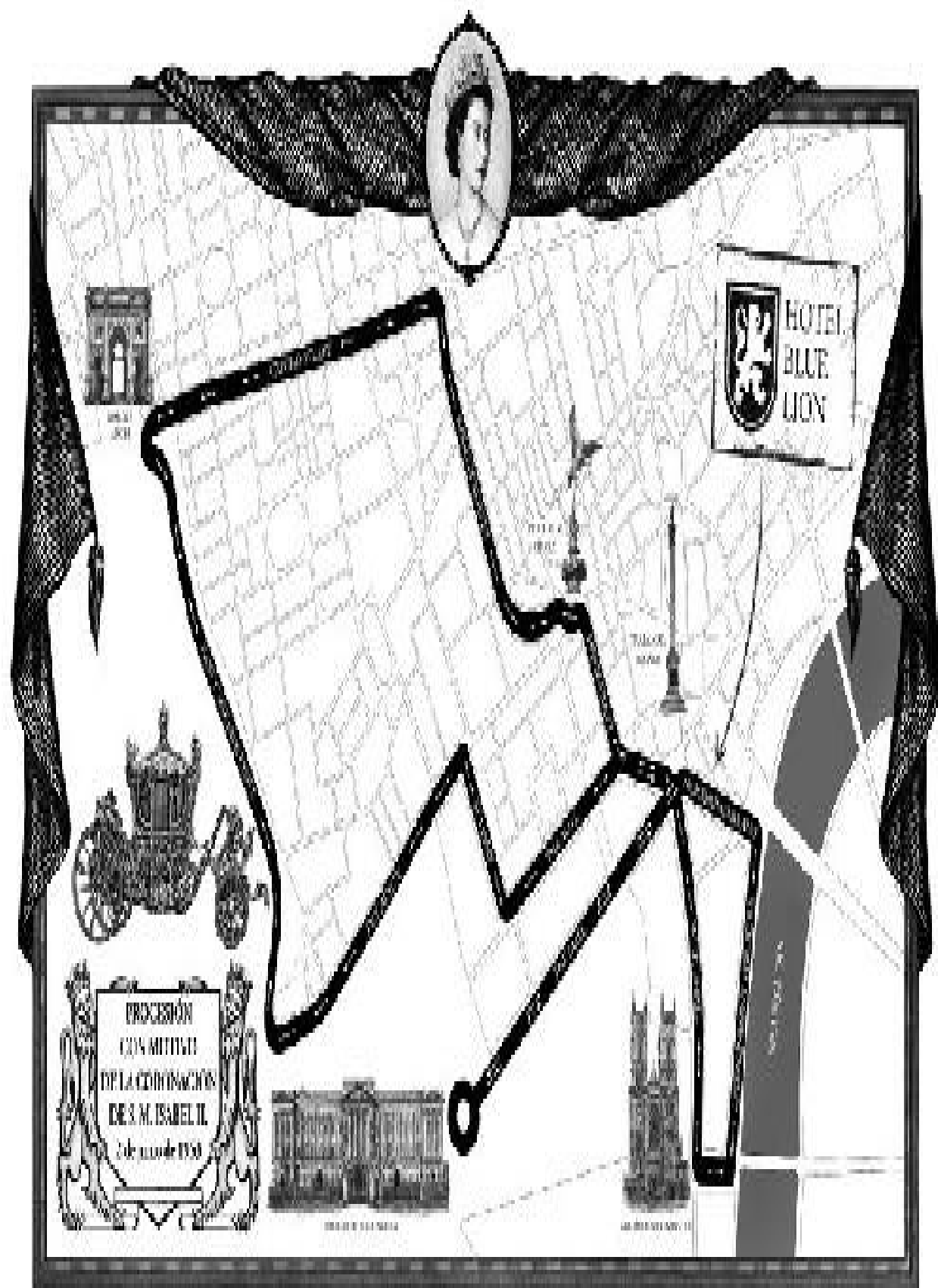
[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

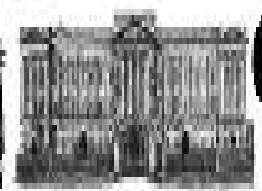
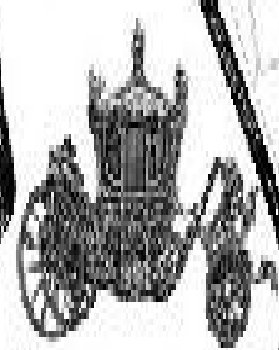
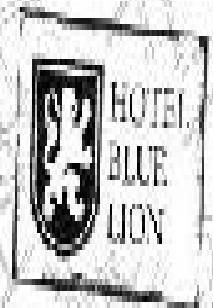
Para Matthew y Daniela

(Qué afortunada me siento de ser vuestra madre)

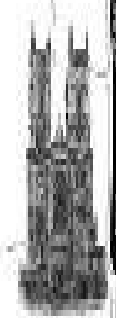
EL AÑO DE LA CORONACIÓN



HOTEL BLUE LION



PLAZA DE SAN JUAN



PLAZA DE SAN JUAN



ENERO

Capítulo uno

Edwina Duncan Howard

Jueves, 1 de enero de 1953

Un vendaval procedente del este había azotado la ciudad a última hora de la tarde del día anterior, limpiándola de niebla en su práctica totalidad, y la excepcional visión del cielo nocturno de Londres había animado a Edie a abrir las cortinas y levantar la desvencijada persiana. Después se había metido en la cama, con las gafas aún puestas, porque ¿de qué servía mirar las estrellas si no era capaz de distinguirlas?

Pero estaba cansada, tan tremendamente cansada que se había quedado dormida al instante. Y ahora eran las siete menos cuarto de la mañana, las estrellas habían desaparecido de un cielo todavía oscuro, y antes incluso de estar completamente despierta, lo recordó todo. Nada trágico ni desastroso; nada que compartiría con ninguna de las personas que trabajaba para ella. Simples preocupaciones, una cola impaciente y en absoluto educada de preocupaciones, y todas y cada una de ellas exigía su atención, su tiempo y hasta el último penique de las menguantes reservas de dinero del Blue Lion.

Apartó las mantas, se sentó y puso los pies en el frío suelo. Era hora de levantarse, hora de dejar de inquietarse y de quejarse, porque era un día nuevo, un año nuevo, el año de la coronación de la reina, y en cuestión de seis meses el mundo entero viajaría a Londres, y gracias a un enorme golpe de suerte, tanto los huéspedes del Blue Lion como ella disfrutarían de asientos de primera fila para al menos una parte de las celebraciones.

Incluso ahora, meses después de enterarse de que la procesión de la coronación desde el Palacio de Buckingham hasta la Abadía de Westminster pasaría por la puerta de su casa, a Edie seguía sorprendiéndole que algún burócrata de Whitehall hubiera tomado la trascendental decisión de mandar la procesión por Northumberland Avenue, sin considerar en ningún momento el efecto que tendría sobre el histórico aunque a menudo ignorado hotel que un antepasado de Edie había fundado en 1560.

Una llamada a la puerta puso fin a sus reflexiones.

—¿Señorita Howard?

—No tardaré ni un momento.

Palpó la cama para localizar las gafas, que por suerte no había aplastado mientras dormía, se cubrió con la bata, se puso las zapatillas y echó un vistazo rápido al espejo de la repisa de la chimenea para asegurarse de que iba mínimamente peinada. Solo entonces desbloqueó la puerta y abrió al responsable nocturno del hotel.

—Buenos días, señor Swan, y feliz Año Nuevo.

—Lo mismo digo, señorita Howard. ¿Le sirvo el desayuno?

—Sí, gracias. ¿Qué tal ha ido la noche?

—Agradablemente tranquila. En las habitaciones no se ha oído ni pío.

Perfecto. Aunque no tendría por qué oírse nada, teniendo en cuenta que en el establecimiento solo había siete huéspedes, contando los tres de larga duración, y que ninguno de ellos era de los que se quedaban despiertos hasta tarde. Probablemente a medianoche llevaran horas acostados.

—¿Algún problema con el Queen Bess?

La taberna del extremo de la calle solía estar frecuentada por buenos vecinos, pero los días festivos acababan a menudo con jaleo y, de vez en cuando, con cristales rotos cuando los clientes se transformaban en púgiles aficionados.

El señor Swan depositó la bandeja del desayuno en el escritorio que había junto a la ventana, la colocó perfectamente recta y se volvió de nuevo hacia ella.

—No ha sido tan complicado como el Día del Boxeo. Desde que se emitieron las últimas órdenes, la cosa se ha tranquilizado mucho.

—Estupendo, muy bien. Sabiendo que está usted en la recepción, siempre duermo mejor.

—Gracias, señorita —dijo Arthur, sonrojándose hasta las orejas con el cumplido—. Hasta esta noche, pues.

Los detalles variaban, pero los elementos esenciales eran siempre los mismos. En los catorce años que llevaba Arthur como responsable nocturno, ni él ni Edie se habían desviado de la fórmula establecida para su conversación matutina. Edie sabía que estaba casado y que su esposa se llamaba Florence, pero él la llamaba Flossie. Sabía que tenían dos hijos, Arthur Junior y Gawain, un nombre sorprendentemente poético para tratarse de un hombre tan sosegado y práctico. Conocía también su dirección y, naturalmente, sabía cuánto ganaba, puesto que era ella quien le pagaba el salario. Pero prácticamente todos aquellos retazos de información los había obtenido a partir de conversaciones que había oído por casualidad o de diálogos indirectos con otros empleados del hotel. Arthur y ella no habían hablado ni una sola ocasión de la vida de él fuera del hotel, y si Edie hubiera decidido relajarse y preguntarle por Flossie y los niños, estaba casi segura de que Arthur se habría desmayado en el acto.

Nunca le llamaba Arthur a la cara, aunque cuando pensaba en él siempre lo hacía con ese

nombre. Consideraba que sus empleados eran como su familia, a pesar de que jamás se había permitido el lujo de entablar amistad con ninguno de ellos. «Muéstrate amigable —solía decirle su padre—, pero recuerda que no eres su amiga. No estáis destinados a ser amigos».

Cuando pasó a hacerse cargo del hotel, Edie había recordado bien ese consejo, junto con todas las otras cosas que su padre le había contado. Pocos meses después de cumplir los veintiuno, todavía en estado de shock por la muerte de sus padres, repentinamente responsable del sustento y el bienestar de dieciocho empleados a tiempo completo, se había aferrado a los recuerdos de sus padres y de todas las generaciones de Howard que los habían precedido. Su familia había mantenido el Blue Lion abierto y modestamente rentable desde hacía casi cuatrocientos años. Lo único que debía hacer ella era seguir sus pasos.

A su padre le encantaba contarle historias sobre el hotel, así que mientras otras niñas se quedaban dormidas con cuentos de hadas o relatos de *Schoolgirl's Own*, el programa de Edie a la hora de ir a dormir no era otro que el devenir de la saga del Blue Lion y su glorioso pasado.

—Fue nuestro antepasado, Jacob Howard, quien fundó hace mucho tiempo este hotel —empezaba diciendo su padre—. Un edificio que ya era antiguo por aquel entonces, aunque ahora tenga este revestimiento victoriano, y desde ese momento, y durante diecisiete generaciones, siempre ha habido un Howard al timón. Tu madre y yo lo regentamos en la actualidad, igual que tus abuelos hicieron antes que nosotros, lo que significa que...

—Que algún día será mío.

Lo que no le contaba era todo lo que había sucedido antes de que ella naciera: sus hermanos, fallecidos durante la Gran Guerra, perdidos en el barro y la sangre del Somme, y Edie, la sustituta, concebida para que el apellido Howard no muriera con ellos. La decepción de que hubiese sido una niña no se mencionaba nunca, por supuesto.

—Piénsalo bien, Edie: toda la madera, todas las baldosas, todos los fragmentos de escayola y piezas de mobiliario de estos edificios serán tuyos. Lo cual te convierte en la niña más afortunada de Londres.

Y entonces así lo había creído, ¿pero ahora? Ahora ya no estaba tan segura. Todo dependía, imaginaba, de lo que uno considerara ser afortunado.

El pequeño reloj de la repisa de la chimenea dio la hora. Ya eran las siete de la mañana, el desayuno se estaba enfriando y tenía una jornada entera por delante. Pero llegaría un día en el que se quedaría holgazaneando hasta mediodía, desayunaría sin levantarse, a pesar de las migas que pudiera dejar en la cama, y se pasaría la tarde entera leyendo. Un día, después de la coronación, cuando hubiera devuelto la gloria de antaño al hotel y el peso de aquella carga no cayera con tanta fuerza sobre sus hombros.

Pero hoy no podía permitirse el lujo de perder el tiempo. De modo que se comió la tostada con mermelada, se sirvió el té, se lo bebió rápidamente y se dispuso a vestirse. Siempre llevaba lo mismo, excepto en las contadas ocasiones en las que salía a cenar fuera, puesto que así ahorra

tiempo por las mañanas y, lo que le parecía más importante, la hacía reconocible al instante entre huéspedes y empleados. Una blusa blanca de popelín con cuello desmontable para facilitar el lavado, una falda gris antracita que le rozaba la parte superior de las pantorrillas y apenas tenía más vuelo que los modelos estilo utility que había llevado durante la guerra, una chaqueta entallada a juego y unos cómodos zapatos de tacón bajo con cordones. En la solapa izquierda lucía una insignia de esmalte azul, con los bordes delicadamente dorados, donde podía leerse «Señorita E. D. Howard» y, debajo, «Propietaria». No llevaba joyas, excepto el reloj de pulsera de su madre.

Después de hacer la cama, Edie recogió la bandeja para bajarla a las cocinas. Su habitación estaba en el último piso, en la parte posterior del hotel, con orientación norte y una vista insulsa sobre los tejados de los edificios vecinos. Era la habitación más grande de entre todas las destinadas al personal, pero aun así tenía la mitad del tamaño de las mejores habitaciones de huéspedes, ubicadas en la parte delantera del edificio, y el mobiliario era el mismo que había cuando sus padres ocuparon la estancia a principios de siglo.

Manteniendo en equilibrio la bandeja sobre un brazo, cerró con llave y echó a andar hasta el final del pasillo, cruzó la puerta de uso exclusivo del personal y bajó por la escalera de atrás hasta la cocina. Una vez allí, dejó la bandeja y saludó a la cocinera; a Ruth, la ayudante de cocina, y a Dolly, la friegaplatos.

—Feliz Año Nuevo, señoras.

—Buenos días, señorita Howard, y feliz Año Nuevo para usted también —respondió con alegría la cocinera, aunque sin levantar la vista del cuenco de huevos que estaba batiendo.

—¡Feliz año de la coronación, señorita Howard! —balbuceó Dolly, que era una ferviente admiradora de la familia real.

Todo el mundo en el Blue Lion había oído, seguramente más de una vez, cómo el difunto rey en persona había visitado la calle donde ella vivía, en Stepney Green, después de que el barrio fuera bombardeado por los alemanes, y a pesar de que Dolly tenía por aquel entonces solo cuatro años y llevaba el brazo derecho colgado de un cabestrillo, el rey le había tomado la mano izquierda y se la había estrechado; se había mostrado muy gentil y amable y no le había importado en absoluto que ella estuviera cubierta de polvo. Cuando anunciaron su fallecimiento, hacía ya casi un año, la cocinera se había visto obligada a sentar a Dolly y darle ánimos con una taza de té con mucho azúcar y un poquitín de coñac.

Edie también se había sentido muy triste, puesto que el rey había sido un hombre bueno y respetable y todo el mundo sabía que al final la guerra era lo que lo había acabado matando. Y ella conocía bien la sensación de vivir agobiada por el deber, las expectativas y siglos de antepasados cumplidores.

—¡Faltan solo seis meses y un día, señorita Howard, para que la carroza dorada y la reina en persona pasen por delante de nuestra puerta!

—Es emocionante, sí —concedió Edie—, aunque aún nos queda esperar un poco hasta entonces, y entre tanto hay mucho que hacer.

Cuando llegara el gran día, trabajarían desde el amanecer hasta la madrugada, puesto que el hotel estaría lleno a rebosar de huéspedes por primera vez en muchos años, y todos, Edie incluida, andarían la jornada entera corriendo sin parar de un lado a otro. Aun así, estaba decidida a encontrar la manera de que su personal pudiera presenciar la procesión cuando pasara por delante del hotel. ¿Qué importaba media hora más o menos en la totalidad de una vida?

Edie continuó su camino y entró en el comedor, ocupado en aquel momento tan solo por la familia Hagerty —una pareja australiana de mediana edad y sus hijos adolescentes, gente de lo más agradable y poco exigente que, por desgracia, solo iba a quedarse dos noches—, la señorita Polly y la señorita Bertie, que habían entrado en su tercera década de residencia en el Blue Lion y estaban consumiendo ya su segunda tetera. Edie saludó con la cabeza, dijo hola y ofreció la cantidad adecuada de sonrisas, acompañándolas con una expresión que sugería que le encantaría quedarse charlando, pero que tenía que marcharse corriendo para ocuparse de algo de vital importancia.

El profesor Thurloe esperaba a Edie en el vestíbulo, tal y como ella imaginaba, puesto que era primero de mes y él era animal de costumbres. Después de hacerle entrega de su informe mensual, que consistía en una lista detallada de las ocasiones en las que se había visto molestado por un exceso de ruido, junto con un resumen de sus quejas por diversos temas, entre los que destacaba invariablemente la comida servida a la hora del desayuno y del té (las tostadas nunca tenían la cantidad suficiente de mantequilla, la tetera nunca tenía la cantidad suficiente de hojas de té, los sándwiches de huevo y berros nunca tenían la cantidad suficiente de berros), la siguió con su habitual aspecto alicaído y solo se detuvo en seco cuando ella abrió la puerta que daba acceso al mostrador de recepción y a su despacho, situado justo detrás.

—¿Pasa algo? —preguntó Edie, utilizando el tono más educado que fue capaz de articular—. Leeré su informe en cuanto tenga un momento libre, pero esta mañana estoy muy ocupada.

—Mis explicaciones solo me llevarán un momento. He hecho unos descubrimientos fascinantes, ¿sabe?

—¿Sobre las vigas del sótano y los túneles? —Confiaba en que su voz no reflejara el cansancio que sentía—. Ya le he dicho, y en más de una ocasión, que no puedo autorizarle a andar revolviendo cosas por ahí abajo. Al menos hasta que venga un perito para verificar que es seguro.

Todos los meses, el profesor tenía algo nuevo y, a su parecer, tremendamente fascinante que compartir con ella, y todos los meses, sin excepción, durante los doce años y medio que llevaba alojado en el Blue Lion, le hacía perder el tiempo con datos esotéricos sobre las antiguas técnicas constructivas que se habían empleado para edificar el hotel. Pero Edie sentía debilidad por aquel hombre, que no tenía a nadie más en el mundo que cuidara de él, y que no era muy molesto en comparación con otros huéspedes que se habían alojado en el Blue Lion a lo largo de los años. De modo que contuvo su reacción más franca y le concedió un rayo de esperanza.

—¿Tal vez cuando haya pasado la coronación y las cosas estén un poco más tranquilas? A lo mejor entonces puedo pedirle al perito que venga.

—Sí, por favor. Sería espléndido. Solo que... ¿está de verdad segura de que entre tanto no podría ir echando un vistazo?

—Muy segura. Y ahora, dígame, ¿ha desayunado ya esta mañana? —le preguntó, porque el pobre hombre tenía un aspecto incluso más frágil de lo habitual.

—Bueno..., no. Me temo que me he quedado absorto en mi lectura.

—Acompáñeme entonces al comedor. Le pediré a Ginny que le traiga enseguida el desayuno.

—Querida niña, no sé qué sería de mí sin usted. ¿Considerará mi petición?

—Cuando no ande tan atareada, sí. Entonces la consideraré.

Edie instaló al profesor en su mesa habitual, en la esquina más alejada del comedor, y volvió al vestíbulo con la intención de reunirse con el señor Brooks, el subdirector del hotel, que había estado esperando pacientemente a que acabara su conversación con el profesor.

Sin embargo, el parpadeo de una bombilla del aplique de la pared a la izquierda de la escalera le llamó entonces la atención. Le llevó solo un momento apretarla, aunque se quemó los dedos con el calor del vidrio, pero el fugaz malestar se vio compensado por la satisfacción de solucionar al menos un problema aquella mañana, por trivial que fuera.

—Hecho —dijo. Y a continuación, con cierta demora—. Buenos días, señor Brooks. Feliz Año Nuevo.

—Lo mismo digo, señorita Howard. Tiene los periódicos de la mañana en su escritorio. No hay correo, claro está, al ser festivo.

—¿Algún mensaje telefónico?

—Esta noche no ha habido nada.

—Perfecto. Deme media hora y empezamos a repasar las reservas de la semana que viene.

No había gran cosa que comentar. Los australianos se marchaban al día siguiente y no esperaban a nadie más hasta el lunes, cuando tenían que llegar tres clientes habituales: un vendedor de Manchester que siempre pedía la habitación más barata, y una pareja de jubilados de Southend-on-Sea, para tres días y dos noches, puesto que el señor Tippet debí de tener su cita anual con el cardiólogo de Harley Street. Tendría que recordarle a la cocinera que el señor Tippet quería los huevos sin la yema y el beicon sin una pizca de grasa. Y pensar que luego siempre había que escuchar las quejas de clientes ingratos incapaces de reconocer un plato decente de comida ni aun teniéndolo delante de sus narices.

Edie cerró la puerta del despacho, agradecida de poder disfrutar de un momento de tranquilidad antes de que la jornada empezara en serio, y tomó asiento detrás de la mesa. Estaba satisfactoriamente ordenada, tal y como a ella le gustaba, con su cuaderno a la izquierda, la vieja bandeja metálica del correo y los mensajes a la derecha y, enfrente, el Times, el Daily Telegraph y el Daily Mail perfectamente apilados.

En el despacho, todo estaba prácticamente tal y como su padre lo había dejado: el mismo mobiliario, la misma moqueta antigua y gastada, las mismas fotografías con marco negro de sus hermanos en uniforme. La única incorporación relevante era la máquina de escribir en una mesa auxiliar. La secretaria de su padre se había jubilado justo antes de que acabara la guerra y Edie, decidida a controlar los costes, había asumido aquel trabajo adicional en lugar de buscar una sustituta. Pronto llegaría el día, en cuanto pudiera gastar algo de dinero, en que formaría a alguien para desempeñar aquel trabajo. Pero hasta entonces el antiguo despacho de la secretaria era un lugar útil donde almacenar equipaje, paquetes y muebles pendientes de reparación.

Edie abrió su libreta y empezó con su lista diaria. «Recordar a la cocinera los requisitos de comida del señor T —escribió—. Día C: cómo puede ver el personal la carroza de la reina. Cinta máquina de escribir. CALDERA». Ese último punto llevaba semanas formando parte de su lista de quehaceres diarios y hasta ahora había estado evitando lo que a buen seguro sería una conversación desagradable con el cascarrabias que se ocupaba de su mantenimiento desde que ella era pequeña. Pero esta mañana sin falta, decidió, llamaría al señor Pinnock.

Los periódicos eran finos, con los habituales refritos que dominaban las publicaciones en los días festivos, pero los leyó de todos modos con atención en busca de cualquier noticia que pudiera afectar al hotel —una inminente huelga del carbón, la posibilidad de una reducción de los impuestos en los siguientes presupuestos del Gobierno, un cambio inesperado de tiempo—, y no encontró nada alarmante, ni siquiera extremadamente interesante. Se paró un momento a leer por encima un editorial bastante engreído del Telegraph sobre la coronación y la nueva era isabelina que seguramente iniciaría, aunque ni siquiera se tomó la molestia de examinar el mapa adjunto con el recorrido que seguiría la procesión de la reina.

Solo le importaba un punto del mapa: el tramo de Northumberland Avenue que, por algún feliz accidente geográfico, quedaba a escasos metros del lugar donde el Blue Lion llevaba siglos enclavado. El hotel no estaba justo en el recorrido de la procesión, pero, gracias a su situación, a pocos metros de la avenida y con solo un tramo de pavimento vacío entre el edificio y el recorrido, era como si estuviera allí mismo y, además, la vista de la avenida desde las plantas superiores era clara y totalmente despejada.

Solo en una ocasión había pasado una procesión de coronación tan cerca del hotel, y eso había sido en 1937, cuando fue coronado el padre de la reina. Edie no recordaba gran cosa de aquel día, aparte de la muchedumbre, los vítores y el ambiente de celebración que se vivía en el hotel; estuvo tan ocupada que no pudo dedicar ni un minuto a ver pasar la carroza dorada. El hotel se hallaba lleno a rebosar, aunque eran otros tiempos, antes de la guerra, y si sus padres se sintieron emocionados por estar tan cerca de las celebraciones, no se lo mencionaron a Edie.

En los meses posteriores al ascenso al trono de la reina, mientras ella y el resto del mundo

esperaban el anuncio de los detalles de la coronación, Edie no se había permitido albergar esperanzas de que Northumberland Avenue volviera a formar parte del recorrido oficial; los hombres anónimos que tomaban esas decisiones podían decidir muy fácilmente enviar el desfile por el Mall y luego, de Whitehall directamente hacia la Abadía de Westminster. Sin embargo, al final el recorrido oficial había incluido Northumberland Avenue, la reina pasaría cerca del Blue Lion y Edie tenía ocho habitaciones en la parte delantera de su hotel con vistas excelentes; había subido para comprobarlo en persona y estar totalmente segura. En aquel instante, el pasado mes de julio, cuando vio por primera vez el mapa publicado en el periódico, llegó enseguida a una conclusión: tanto a ella como al Blue Lion les habían brindado una oportunidad.

Y ahora ya estaban en 1953 y seis de esas ocho habitaciones estaban reservadas al monstruoso precio de setenta y cinco guineas la noche, con una estancia mínima de una semana empezando el sábado anterior al 2 de junio; además, ninguna de las personas que había escrito, enviado telegramas o incluso llamado por teléfono al hotel se había quejado del precio. No fue hasta más adelante cuando Edie se enteró de que otros hoteles, e incluso cualquiera que tuviera una ventana con vistas medianamente decentes del recorrido de la procesión, estaban pidiendo cientos, e incluso miles, de libras por el alquiler de un solo día de una habitación bien situada.

Aun así, los beneficios que obtuviera aquellos pocos días le bastarían para sostener el Blue Lion durante unos meses. Lo suficiente como para poder posponer por una temporada cualquier conversación desalentadora con el banco. Y quizá, solo quizá, le permitirían salvar el único hogar que había conocido en su vida.

Capítulo dos

Stella Giovanna Donati

Martes, 6 de enero de 1953

Stella no era infeliz.

Amaba Roma a pesar de ser un lugar ruidoso, estridente, maloliente y a menudo casi excesivo para una chica que había pasado los últimos siete años viviendo en una granja en el Véneto. Le gustaba trabajar en la librería especializada en lenguas extranjeras del signor Rosato, en Piazza Spagna, a la que acudían clientes muy interesantes, donde el trabajo rara vez resultaba agobiante y el salario era lo bastante generoso como para permitirle pagar el alquiler, comer bien, comprarse ropa bonita, enviar algo de dinero a casa y mantener su cámara, el único objeto de valor que poseía, siempre cargada con película.

Le gustaba el barrio donde vivía, a pocos centenares de metros de la librería; un piso compartido en la última planta de un palazzo decrepito del Vicolo del Babuino, y, a pesar de que en su habitación apenas cabía una cama, una mesa y una silla plegable, era única y exclusivamente para ella. Incluso tenía buenas vistas, puesto que, si se asomaba por la ventana y miraba hacia la derecha, podía vislumbrar los torreones cuadrados que coronaban la Villa Médici.

La vida en Roma era maravillosa, pero Stella se sentía sola y también un poco de añoranza de su casa. Echaba de menos a zia Rosa, a nonno Aldo y al resto de su familia adoptiva. Echaba de menos los sonidos y los olores de la granja y de sus animales, así como las tareas con las que se había familiarizado tanto como con su propio aliento. Echaba de menos ese dialecto, parecido a un jadeo, que todo el mundo hablaba en Mezzo Ciel, con unas palabras y una entonación totalmente distintas a las del italiano formal que sus padres solían hablar tanto en el trabajo como en casa.

Pero había aprendido a vivir con la soledad, igual que había aprendido a soportar la ausencia de sus padres. Su muerte era una vieja herida, mal cicatrizada, que nunca dejaría de atormentarla. Dolorosa, sí, pero no lo bastante como para impedirle reconocer momentos de alegría en la nueva vida que se había creado. Jamás traicionaría su memoria, jamás podría hacerlo, permitiéndose ser infeliz.

Así que Stella no era infeliz, pero tampoco podía decir que fuera verdaderamente feliz. Su trabajo en la librería era agradable, aunque no le inspiraba, y tampoco creía que pudiera llevarle

más allá de su pequeña habitación, su trocito de vista y sus compañeras de piso, que no eran en realidad amigas y no sabían nada de nada de la vida que Stella había vivido antes.

Anna-Maria, Sofía y Bruna eran chicas simpáticas, y se mostraban generosas en su esfuerzo por incluir a Stella en sus conversaciones y sus salidas nocturnas. Stella había aprendido el nombre de sus novios, también había oído historias sobre los lugares donde se habían criado, sobre cómo habían acabado viviendo en Roma y sobre sus planes de futuro. A cambio, ella había compartido muy poco de su historia. No lo bastante como para incomodarlas, no lo bastante como para que la miraran con lástima. Solo los detalles más básicos de su vida, o de sus vidas, antes de llegar a Roma.

Las otras chicas sabían que sus padres habían muerto, pero Stella nunca había brindado más explicaciones al respecto, y ellas eran demasiado educadas como para preguntarle, o tal vez no estaban interesadas, de modo que se había ahorrado el mal trago de compartir con sus compañeras de piso la verdad. Que le habían robado la vida, la vida que debería haber vivido, y que incluso ahora, casi ocho años después de su liberación, seguía sin tener claro dónde quería ir y en quién quería convertirse.

La habían dejado a la deriva en un mar inmenso y vacío, y a pesar de que su balsa había alcanzado la otra orilla, el mundo en el que ahora habitaba le parecía, a veces, un lugar extraño en el que comprendía el idioma, podía entender las costumbres, pero al que nunca pertenecería del todo.

En más de una ocasión, Stella había empezado a escribir una carta sincera a su amiga Nina, que la había salvado en Birkenau y se había impuesto el papel de hermana mayor a partir de aquel momento. La familia de Nina la había adoptado después de la guerra, pero, en los años transcurridos desde entonces, su amiga se había marchado de la granja de Mezzo Ciel y ahora estaba casada, cursaba estudios de Medicina y tenía dos niños pequeños. Nina era feliz con la vida que se había construido y Stella no soportaba la idea de robarle ni un gramo de felicidad. De modo que guardaba silencio, y cuando Nina o zia Rosa le preguntaban si era feliz, Stella les decía que sí.

Entonces se dijo que aquello no era una mentira, sino más bien una predicción. Porque llegaría un día en el que volvería a ser feliz. Un día en el que se sentiría dichosa con la vida que se había creado.

Cuando llegó a Roma, ocho meses atrás, Stella había visitado prácticamente todos los periódicos, revistas y agencias de noticias con oficinas en la ciudad y había preguntado si contrataban fotógrafos. Y en todos esos lugares había dejado un sobre con copias de sus mejores fotografías. Solo tres de sus intentos habían dado como resultado respuestas educadas aunque predecibles, en las que le agradecían su interés antes de transmitirle sus más sentidas disculpas por no poder ofrecerle un puesto de trabajo. El resto se había limitado a ignorarla, y saber que probablemente sus fotografías habían sido arrojadas a la basura había sido lo bastante descorazonador como para impedirle seguir intentándolo.

Simplemente tenía que conseguir ser mejor fotógrafa. Estudiaría con atención los periódicos y

las revistas para ver qué publicaban y mejoraría sus habilidades técnicas —ya había leído y prácticamente memorizado todos los libros sobre fotografía que el signor Rosato tenía en la tienda—, y, con el tiempo, crearía un álbum con sus trabajos capaz de impresionar hasta al editor más exigente.

—Cuando hayas acabado de empaquetar los pedidos que hay que enviar por correo, ¿podrías, por favor, querida, arreglar las revistas de noticias procedentes de Estados Unidos e Inglaterra?

—Por supuesto, signor Rosato —respondió Stella, aunque ya había empezado a ordenarlas por su cuenta.

—Me parece que voy a subir a comer y echar una cabezadita. ¿Te parece bien mantener la tienda abierta? Los turistas parecen no preocuparse nunca por disfrutar de una buena comida y un descanso.

—Por supuesto —replicó ella, mientras clasificaba las revistas en diferentes montones.

Acababa de llegar de Londres el último número de Picture Weekly, que ilustraba su portada con una atractiva fotografía de la bella reina británica con un vestido sin tirantes, y Stella la separó para leerla mientras comía su discreto almuerzo a base de pan, queso e higos secos, ya un poco aplastados, que zia Rosa le había enviado en su último paquete.

Colocar las revistas y los periódicos en los expositores, listos para aquellos turistas extranjeros que estaban hambrientos de leer noticias de casa, no le llevó apenas tiempo, y, en cuanto hubo terminado su tarea y el resto de la tienda recuperó su estado de perfecto orden, Stella se retiró a la trastienda, siempre alerta por si entraba algún cliente, y engulló su comida a un ritmo que habría dejado horrorizada a su zia. Así podía disfrutar de unos minutos de ocio sentada en el taburete del signor Rosato, detrás del mostrador, y hojear la Picture Weekly sin miedo a ensuciar sus inmaculadas páginas con migas o huellas grasientas.

Leyó rápidamente el contenido y se centró en las fotografías antes de volver a las primeras páginas. La carta del editor tocaba el tema de la próxima coronación de la reina Isabel, así como otros acontecimientos relevantes que tendrían lugar a lo largo de los siguientes meses, y a pie de página, de forma muy poco habitual, había un anuncio.

SE BUSCA FOTÓGRAFO

Buscamos un reportero gráfico para que se una a nuestra plantilla. Preferiblemente, aunque no esencial, con experiencia en revistas o prensa diaria. Solicitar por escrito y con muestras de trabajo (incluyendo pies de foto explicativos) a: Walter Kaczmarek, Picture Weekly, 87 Fleet Street, Londres EC4

Stella perdió la cuenta del tiempo que permaneció allí sentada, con la mirada clavada en aquel único párrafo, cuestionándose, esperanzada, y advirtiéndose también a sí misma de que no había ninguna posibilidad, ni siquiera la más mínima, de que una revista tan conocida y respetada como *Picture Weekly* estuviera interesada en sus humildes fotografías. Su tema favorito era la gente normal y corriente haciendo básicamente cosas normales y corrientes: un anciano leyendo un periódico mientras esperaba el tranvía; una pareja joven paseando por los jardines de Villa Médici, con los rostros alzados hacia el débil sol invernal; una monja, con su hábito ondeando al viento, persiguiendo un puñado de panfletos que se le habían caído sin querer mientras cruzaba la plaza de San Pedro.

La campanilla de la puerta tintineó con la llegada de una bandada de turistas norteamericanos, probablemente en busca de ejemplares de *Time*, *Life* o *Herald Tribune*. Los dirigió hacia la estantería adecuada, les dio indicaciones para llegar a la casa de los Keats-Shelley, que estaba a pocos metros de distancia de la tienda, y, cuando fueron a pagar, contó con paciencia las monedas que tan extrañas les resultaban a ellos.

El signor Rosato reapareció después de su siesta y se hizo cargo de nuevo del establecimiento, y entonces Stella pudo volver a la trastienda y copiar el texto del anuncio en un trozo de papel de envolver. Más tarde, cuando no estuviera tan ocupada, se permitiría reflexionar sobre el asunto y considerar si merecía la pena el pequeño coste de enviar un paquete de fotografías a Inglaterra para ser valoradas, juzgadas y probablemente consideradas insuficientes.

Aun así, sabía que eran buenas y albergaba esperanzas de que fueran del agrado de Walter Kaczmarek y valorara su trabajo. Tal vez no lo suficiente como para ofrecerle un empleo; un sueño como aquel requería una cantidad de imaginación que iba mucho más allá de su capacidad. Pero si no lo intentaba, acabaría arrepintiéndose de no haberlo hecho.

Cuando llegó a casa, Stella estaba cansada. Sus compañeras de piso habían cenado pronto, pero habían tenido la amabilidad de guardarle un plato de pasta e fagioli. No se tomó ni la molestia de calentarlos ni la de sentarse, y lo devoró de pie junto al fregadero. Después lavó los platos, barrió el suelo y se preparó una taza de café en la maltrecha y vieja cafetera que había venido con el apartamento.

A continuación, entró en su cuarto y sacó de debajo de la cama la caja de fotografías. Seleccionaría media docena —ya sabía, sin mirarlas, cuáles elegiría—, las enviaría a Inglaterra y se mostraría muy sincera en la carta que le escribiría al editor de *Picture Weekly*.

6 de enero de 1953

Estimado señor Kaczmarek:

Me gustaría solicitar el puesto de fotógrafo que anuncia en su revista. Las fotografías que le adjunto fueron sacadas con mi cámara Sirio Firenze Elettra, con luz natural, objetivo de 50 mm y película ASA 100. Tal y como requiere, describo el tema y la escena en el reverso de cada una de ellas.

Pese a carecer de formación formal como fotógrafa, estoy dispuesta a trabajar duro y a aprender con rapidez. Hablo y leo el inglés de forma competente y poseo asimismo conocimientos profesionales de francés, español y holandés.

Le agradezco de antemano la consideración de mi candidatura y quedo a la espera de su respuesta.

Atentamente,

Señorita Stella Donati

Libería Rosato

Plaza de España

Roma, Italia

Capítulo tres

Alexander James Geddes

Lunes, 19 de enero de 1953

Jamie había dormido mal, aunque eso no era nuevo; después había bebido demasiado café con el estómago vacío, y ahora se sentía mareado, hambriento y con dolor de cabeza, todo a la vez. Lo que necesitaba era desayunar, tomarse una aspirina y echar una cabezada, y después de eso estaría listo para afrontar lo que prometía ser un día no muy bueno. Era, tristemente, el último de una larga serie de días no muy buenos.

Pero entonces llegó el correo de la mañana con un mensaje de Hugh. Una sorpresa, sin lugar a duda, puesto que Jamie no recibía a menudo noticias de su marchante, y cuando lo hacía, acostumbraban a ser fastidiosos recordatorios de que los artistas que no producían con regularidad obras vendibles también solían ser artistas que tenían dificultades para pagar las facturas.

Hugh pretendía ser alentador, pero la cantinela se había vuelto tediosa. «Manda a la mierda esa vocecilla que tienes metida en la cabeza y que te repite constantemente que eres un simple aficionado —le había dicho a Jamie la última vez que se habían visto, en diciembre—. Ponte a trabajar y deja de quejarte. Y basta ya de pesimismo y negrura. Pinta algunas flores para variar. O una mujer guapa».

Pero esta vez el mensaje era sucinto: «Lláname en cuanto recibas esto». Lo cual significaba que Hugh tenía noticias. Noticias excitantes..., ¿una venta, quizá? Por suerte, justo delante del quiosco, al final de la calle, había una cabina telefónica.

—Campion Galleries, le habla la señorita Halliwell.

—Hola, Meg. Soy James Geddes. Hugh me ha pedido que lo llamara enseguida.

—Ah, sí. No está en su despacho, no creo que... Deja que lo busque. Será un momento.

El dolor de cabeza aumentaba a pasos agigantados. Si Hugh no...

—¿Jamie? ¡Qué rápido!

—Me dijiste que te llamara enseguida.

—Sí, porque tengo buenas noticias para ti. Una carta del maestro mayor de la Venerable Compañía de Carreteros y Carroceros...

—¿La qué?

—Es uno de los gremios de la ciudad. Parece sacado de los Diarios de Pepys, pero a pesar de ese nombre es bastante real.

—¿Y se dedican aún a fabricar carretas y carrozas?

—Creo que actualmente están más centrados en las obras de caridad. En ayudar a viudas y huérfanos, supongo, y en pagar los gastos de escolarización para aquellos que se lo merecen. Ese tipo de cosas. Se rumorea que su dotación financiera es enorme. Al parecer tienen más capital incluso que la reina, y su bodega es legendaria.

—Todo eso me parece estupendo, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—Ahora iba a decírtelo. Archibald Owens, el tipo que me escribió, quiere hablar contigo sobre un encargo. Un encargo importante, según sus propias palabras. Por lo que tengo entendido, vio tu obra el pasado verano en la R. A. y se quedó impresionado.

—¿Y estás seguro de que no se trata de un error? ¿Estás seguro de que fueron mis cuadros los que vio en la Royal Academy? ¿Mi obra?

—La tuya, sí. Lo llamé por teléfono para asegurarme. Creo que están celebrando su quingentésimo aniversario. O algo así.

—¿Te mencionó cuánto pagarían?

—No, pero deberías pedirles cien libras como mínimo. Si estás de acuerdo con presentarte, claro está.

—Como si estuviera yo para rechazar ese tipo de ofertas.

—Lo has hecho ya antes, ¿o acaso no recuerdas tu apasionado discurso sobre eso de que no permitirías nunca que tu visión se viera comprometida por las promesas vacías del éxito comercial? O algo por el estilo.

—Lo recuerdo, aunque me parece que cuando dije eso estaba borracho como una cuba. El caso es que... no sé si este mes voy a poder tener tantos escrúpulos. Sobre todo si estamos hablando de cien libras. ¿Cómo quedaste con esa gente?

—Ese hombre quiere conocerte. ¿Te va bien mañana a la una y media de la tarde?

—Sí. Sí, claro.

—Se lo haré saber, pues. Intenta dormir bien esta noche. Y compórtate como es debido.

—¿Cuándo no lo he hecho?

—Venga, Jamie. Ya sabes cómo funciona el tema. Encargos como este sirven para pagar las facturas, y se aceptan aunque tengas que taparte la nariz y los oídos. Si Rembrandt podía hacerlo, también puedes tú. Dime que lo entiendes.

Sabía que no iba a ser fácil. Lo había sabido siempre, y había hecho las paces con ello, casi, pero empezaba a agotarse. Los cuadros que había vendido a través de la galería de Hugh le aportaban lo suficiente como para mantenerse a flote y sobrevivir, pero tenía treinta y tres años, era más pobre que una rata y ya estaba cansado.

—Sí, Hugh —dijo—. Lo entiendo.

—Bien. Y ahora toma nota para que no se te olvide: Cartwrights' Hall, Northumberland Avenue número ocho, mañana a la una y media. Y no llegues tarde.

—Wood Green no queda tan lejos. Está a solo una hora en autobús. Te llamo cuando haya acabado con... ¿cómo has dicho que se llamaba?

—Owens. Y sí, cuéntame cómo te ha ido. Buena suerte.

Un día después, unas horas más o menos, Jamie estaba sentado en la incómoda silla de una tenebrosa antesala de un edificio no muy antiguo, construido en piedra tiznada por el hollín, en Northumberland Avenue, cerca de Charing Cross. Había tenido que soportar ya la reacción de incredulidad de la secretaria del maestro, aunque eso no era ninguna novedad. Había ignorado sus miradas agrias y había volcado su atención en los horribles retratos de personajes importantes del gremio que había colgados en la pared opuesta. Era solo una suposición, claro. Porque dado el aspecto sonrosado y bien alimentado de los retratados, los cuadros bien podrían haber representado una colección de jamones cocidos.

—¿Señor Geddes? El maestro y los oficiales mayores lo recibirán ahora mismo. Por la puerta que queda a mi derecha, por favor.

La estancia a la que accedió fue una sorpresa. Era gigantesca, tan espaciosa como un salón de baile y envidiablemente luminosa, con ventanas altas orientadas al sur que empezaban a la altura de la cadera y se elevaban hasta el techo. A su izquierda había una mesa de despacho del tamaño de una gabarra y a su derecha, una mesa larga de lujosa madera pulida. En el extremo de esta se sentaban tres hombres, uno en la cabecera y los otros dos en el lado más próximo a las ventanas. En el más cercano a él, había una silla vacía.

A medida que Jamie fue avanzando, se dio cuenta de que los retratos de la sala de espera no mentían, puesto que el trío sentado a la mesa compartía las facciones porcinas de los hombres acostumbrados a una vida inalterable de comodidad y descanso. El hombre situado a la cabecera de la mesa se levantó para estrecharle la mano a Jamie.

—Soy Archibald Owens, maestro de la Venerable Compañía de Carreteros y Carroceros. Bienvenido a Cartwrights's Hall, señor Geddes.

—Encantado de conocerle, señor.

—Permítame que le presente a dos de nuestros oficiales mayores, Philip Warbuton y Richard Mallory.

Los dos hombres hicieron un gesto de asentimiento, pero ninguno se ofreció a estrecharle la mano. Intercambiaron, en cambio, miradas de alarma sin molestarse por ocultar su reacción detrás de una fachada de buena educación.

Si Owens se dio cuenta de algo, no mostró signos de ello.

—Siéntese —dijo—. ¿Le apetece tomar algo? ¿Un té? ¿Una copa de jerez?

—No, gracias.

Jamie tomó asiento en la silla vacía y dejó su portafolio de presentación sobre la mesa. Contenía fotografías a color de sus cuadros de mayor tamaño así como el bloc de dibujo, los lápices y el carboncillo que siempre llevaba encima.

—Muy bien. Supongo que empezaré por decir que vi su cuadro en la muestra de verano del año pasado...

—¿Trafalgar Square? —dijo Jamie, terminando la frase.

—Sí. Eso es. Y me pareció increíblemente bueno.

—Gracias, señor. —Le sorprendió que alguien hubiera visto el cuadro que había expuesto allí, teniendo en cuenta que había sido relegado a una de las salas secundarias y estaba colgado entre retratos dolorosamente sinceros de debutantes de mejillas sonrosadas y homenajes poco originales a Constable y Turner—. ¿Y qué le gustó de él? —preguntó, incapaz de resistir la curiosidad.

—Eh, bueno..., el Día de la Victoria yo estaba fuera de la ciudad. Con unos amigos en el campo. Y supongo que su cuadro me hizo sentir como si hubiera estado allí celebrando la ocasión junto con medio Londres. Creo que me recordó cómo me sentí aquel día. Cómo nos sentimos todos.

—Gracias. Agradezco el cumplido.

Hugh había insistido en que presentara Trafalgar Square a la muestra de verano. Jamie había protestado, seguro de que sería rechazado, pero Hugh se había mostrado seguro de que su exhibición le aportaría cosas buenas; el cuadro había sido aceptado y ahora, meses después, lo había llevado hasta allí.

—¿Qué hizo usted durante la guerra? —preguntó uno de los otros hombres, y al hablar, el

mentón le bamboleó por encima de un cuello de camisa excesivamente apretado.

—Serví en el cuerpo de ingenieros del ejército como desactivador de explosivos. En Londres para empezar, luego en el norte de África y después en Italia.

Jamie reprimió el deseo de preguntarle a aquel hombre, cuyo nombre ya había olvidado, cómo había pasado él la guerra. Dudaba de que se hubiera visto implicado en algo más peligroso que cortarse un dedo con un papel de vez en cuando.

—Tuvo usted una larga guerra —comentó Owens, con un gesto de aprobación.

—Así es, señor.

Era una forma anodina de describir los peores años de su vida. Unos quinientos días aproximadamente, aunque siempre había evitado contarlos de forma definitiva. En su mayoría habían sido días poco memorables; en su mayoría se habían desvanecido de su memoria. Pero los malos días, los marcados por paralizantes estallidos de terror entre el tedio de su larguísima guerra..., aquellos días se le habían quedado grabados en la médula de todos sus huesos.

—¿Y antes de eso? —preguntó el tercer hombre, que tenía un rostro insulso que solo hacía memorable un bigote manchado con nicotina enfilado en dirección norte hacia sus orificios nasales y que en dirección sur descendía más allá de su labio inferior.

—Estuve en Oxford —respondió Jamie—. Filosofía, Política y Economía, es decir, Ciencias Modernas.

—¿Facultad? —preguntó Mentón Bamboleante.

—Merton. Igual que mi padre y mi abuelo.

No es que aquello tuviera una gran importancia. No es que arrojara ningún tipo de luz sobre el carácter o los logros de Jamie. Pero hombres como Mentón Bamboleante y Bigote Repulsivo parecían creer que sí.

—Espléndido —dijo Owens—. Simplemente espléndido. Y ahora, si hemos acabado ya con las presentaciones, supongo que debería contarle por qué está aquí.

—Hugh Champion mencionó un encargo. Algo relacionado con el quingentésimo aniversario de la compañía.

—Exactamente, pero como además coincide con la coronación de Su Majestad la reina, tuve la idea de que pudiera combinar usted ambas cosas.

—No sé si lo entiendo muy bien...

Mentón y Bigote resoplaron, pero Jamie los ignoró. Al único de los presentes que tenía que impresionar era a Owens.

—Por supuesto, por supuesto... es probable que no lo sepa. Resulta que la procesión de la coronación pasará justo por delante de este edificio y quiero un cuadro de ese momento. Evidentemente, yo no soy un artista como usted, pero visualizo el instante con claridad. Nuestro edificio al fondo y la reina, en su carroza dorada, justo delante.

Como composición no era especialmente original, pero podía resultar llamativa.

—Entiendo. Aunque... ¿se refiere a este edificio? No debe de tener más de cincuenta o sesenta años de antigüedad.

—El edificio original quedó destruido durante el Blitz. Era una antigua construcción de madera, pero por suerte poco después encontramos este lugar a buen precio. Es bastante inusual mudarse tan lejos del centro, pero el gremio de fabricantes de armas acabó en Whitechapel y nadie ha montado nunca un escándalo por eso. O no lo ha montado hasta el momento. Llevamos casi diez años aquí, y, como nuestro aniversario coincide con el año de la coronación, he pensado que deberíamos conmemorar la ocasión con un cuadro. Un cuadro grande. Y lo pondremos aquí.

Owens señaló un bello paisaje colgado en la pared, detrás de la mesa de despacho. Sorprendido, Jamie reconoció la escena, que representaba un carro de heno cargado con campesinos exhaustos, aunque solo por la descripción y una fotografía bastante mala que aparecían en el catálogo razonado del artista.

—Pero si es un Gainsborough.

—Una cosa condenadamente tenebrosa. Le buscaremos otro lugar.

—No sé qué decir —dijo Jamie, en tono evasivo, consciente de que debía mostrar cierto grado de entusiasmo—. Aparte de darle las gracias, naturalmente. Es un honor.

—Estamos dispuestos a ofrecerle una suma considerable a modo de remuneración. Había pensado, tal vez, en... ¿doscientas guineas?

¿Doscientas? A Jamie se le hizo complicado mantener una expresión neutral y mucho más formular una respuesta digna.

—¿No le parece suficiente? —preguntó Owens, y su aire de afabilidad empezó a flaquear.

—Disculpe. Sí, sí, lo es. Más que suficiente. Es solo que...

Quería el encargo, lo deseaba con todas sus fuerzas, pero antes tenía que saber si la imagen que visualizaba mentalmente era siquiera posible.

—Antes tengo que verlo personalmente —dijo de golpe. Se levantó, echó su silla hacia atrás con un chirrido y sacó el bloc de dibujo y los lápices del portafolio—. Enseguida vuelvo.

Haciendo caso omiso a la descarga de murmullos que se desencadenó a sus espaldas, pasó por delante de la avinagrada secretaria, bajó por la escalera de mármol y cruzó la calle, esquivando

automóviles y autobuses sin esperar a que el tráfico se detuviera. Solo entonces, solo cuando estuvo sano y salvo en la otra acera, se volvió para examinar la anodina fachada de Cartwrights' Hall.

No estaba lo bastante lejos; la visión del edificio quedaba demasiado constreñida, demasiado limitada. Giró sobre sí mismo y vio una zona despejada, allí donde una segunda calle, mucho más estrecha, formaba ángulo con la avenida. Retrocedió hasta quedarse casi en la puerta de un pequeño hotel, abrió el bloc y buscó una página en blanco.

Capturó con rapidez la imagen, con líneas de carboncillo seguras y ágiles, mirando el reloj de vez en cuando. Unos cuantos detalles más, una última mirada, y hecho. En cuestión de segundos estaba de nuevo en el cavernoso salón de baile reconvertido en oficina. Y como sospechaba, los hombres que había dejado allí estaban enfrascados en una conversación agitada, aunque, en cuanto depositó el dibujo delante de ellos, se callaron.

—¿Es esto lo que tiene en mente? —preguntó—. No el boceto en sí..., piense que está hecho en apenas unos minutos. Me refiero a cómo está estructurada la composición. ¿Lo ve? El edificio ocupará la mayor parte del lienzo, como nuestro aquí, y en primer plano estará la reina en su carroza, que, al no ser un objeto sólido (la carroza, me refiero), no bloqueará la visión de Cartwrights' Hall.

—¿De modo que la reina aquí y nuestro edificio detrás de ella...?

—Sí. Piense en la carroza como un marco para un retrato de la reina. Y luego, ese retrato, a su vez, formará también parte de una visión más amplia del edificio. ¿Le encuentra el sentido? La cara de la reina estará vuelta hacia nosotros y estará saludando. —Al decir esto, Jamie imitó el sereno saludo con la mano que había visto en los noticiarios del cine—. Y usted, el espectador, se sentirá como si también estuviera allí. Como si volviera a ser el día de la coronación.

—Oh, sí —dijo el señor Owens—. Sí, por supuesto. Eso es exactamente lo que queremos.

Pero Mentón frunció el entrecejo.

—Habla de pintar a la reina, pero ¿ha hecho usted alguna vez un retrato?

—Los he hecho, aunque no han sido expuestos. Estoy seguro de que la reina de mi cuadro será tal y como ustedes esperan que sea. —Mientras hablaba, Jamie buscó otra hoja en blanco de su bloc y empezó a dibujar. Trazó rápidamente unas cuantas líneas, difuminó el carboncillo con el pulgar en un par de puntos y lo dio por terminado—. Tengan —dijo, empujando el dibujo por encima de la mesa—. ¿Les parece bien así?

La joven reina sonreía y miraba por encima del hombro izquierdo, sus ojos transmitían felicidad. No era más que una pequeña caricatura, pero había capturado con éxito el parecido.

Ahora solo tenía que esperar que Mentón o Bigotes, o quizá ambos, articularan alguna versión de la protesta que llevaba todo ese rato esperando.

—¿Estás seguro, Archibald? —preguntó Mentón.

—Lo estoy. Y desearía...

—Es un extranjero —dijo entre dientes Bigotes.

Por fin, ahí estaba.

—Cierto —reconoció Jamie—. Soy escocés. Pero también lo es la reina madre. O quizá lo he interpretado mal. Me refiero a que soy presbiteriano. ¿Significa eso un problema?

Los orificios nasales de aquel tipo, y el aceitoso escobón amarillo de pelo que tenían debajo, se agitaron con desagrado.

—Sabe muy bien a qué me refiero.

—Si lo que le preocupa es mi nacionalidad, nací y me crié en Edimburgo. Pero creo que todos sabemos que se refiere a mi etnia. —Jamie hizo una pausa, confiando en incrementar con ello la incomodidad de los hombres que consideraban adecuado cuestionar su existencia—. Mi madre es india de nacimiento. Conoció a mi padre cuando ambos estaban estudiando en Oxford. ¿Es eso lo que quería saber?

Solo Owens tuvo la valentía suficiente para mirar a Jamie a los ojos.

—Ignore, por favor, los conceptos antediluvianos de mis colegas. Deseo con ganas que acepte usted el encargo. Con ese fin he redactado un contrato. Está firmado y fechado, y he pedido asimismo que se emita un cheque con la primera mitad de la remuneración acordada.

Jamie repasó el contrato, satisfecho por una vez por los años que había consagrado a estudiar Derecho después de la guerra. No encontró nada preocupante, de modo que incorporó su firma, lo empujó por encima de la mesa y aceptó el cheque que le ofrecía Owens. Lo guardó en el portafolio, junto con el bloc de dibujo y los lápices, y se inclinó para estrecharle la mano.

—Gracias, señor. Le mantendré al corriente de mis avances.

Salió del edificio y, una vez en la acera, obligó a sus manos a dejar de temblar y se forzó también a recordarse que debía seguir respirando.

Doscientas guineas eran unos honorarios más que respetables. Algo en lo que pensar durante las largas y solitarias horas de dudas que precedían al amanecer. Había conseguido un encargo para una obra importante, pronto dispondría de dinero en el bolsillo y durante una larga temporada no tendría que pensar en qué sería de él al día siguiente. El dolor de cabeza se había esfumado, brillaba el sol y casi era capaz de recordar qué se sentía cuando uno era feliz.

Era un buen día.

Capítulo cuatro

Edie

Lunes, 26 de enero de 1953

Edie cerró la puerta de su despacho con el objetivo de evitar interrupciones, pero cuando el teléfono de recepción sonó unos minutos más tarde, su atención se desvió. Oyó que el señor Brooks hablaba, aunque su voz no era más que un murmullo confuso, y entonces el teléfono de su mesa empezó a sonar. Cruzó los dedos y confió en que la llamada fuera de un huésped que quería formalizar una reserva y no de un proveedor airado que preguntaba por el pago de una factura pendiente.

—Blue Lion, le habla la señorita Howard, buenas tardes.

—Señorita Howard, soy David Bamford. Estoy en Londres toda la semana y se me ha ocurrido que tal vez accedería a cenar conmigo esta noche. Había pensado en el Grill del Savoy. O quizá el Quaglino's, si le apetece aventurarse más lejos.

Hacía ya un tiempo que no veía al señor Bamford, de manera que oír su voz fue una sorpresa agradable. Era compañero de profesión, un hostelero, aunque la cadena de establecimientos de su propiedad era mucho más rentable que el Blue Lion. Se había puesto en contacto con ella por primera vez en octubre, cuando le pidió consejo e información sobre los retos que planteaba la gestión de un establecimiento histórico.

Había ido a recogerla para ir a almorzar en un automóvil de unas proporciones que la habían dejado boquiabierta, conducido por un chófer impasible que le había abierto la puerta y se había limitado a asentir una vez informado de su destino. El oscuro interior olía a cuero y a colonia cara, también muy débilmente a humo de puro, y el motor ronroneaba como un tigre feliz.

La había llevado a almorzar a su club en Belgravia, ese tipo de lugar sobre el que solo había leído, con criados con librea y un salón para señoras donde las mujeres invitadas podían comer sin herir la delicada sensibilidad de los miembros más anticuados del club. Al principio se había sentido un poco fuera de lugar y más que intimidada por el tono acallado que empleaban los presentes y la atmósfera enrarecida del lugar, pero, después de una copa de un rosado delicioso y de una ración enorme de tierno rosbif y un pudín de Yorkshire ligero como una pluma, le había resultado mucho más fácil relajarse y disfrutar.

Cuando el señor Bamford le había preguntado entonces si le vendería el Blue Lion, ella no lo había entendido, al menos a la primera, puesto que el vino y la deliciosa comida la habían adormilado un poco.

—Perdone, ¿acaba de decir que desearía comprar el hotel?

—Eso es.

Hacía años que nadie mostraba interés por el hotel, desde antes de la guerra, como mínimo. Recordaba que, en la última ocasión, su padre había rechazado la oferta sin pensárselo dos veces y le había aconsejado a Edie seguir su ejemplo si alguna vez se le presentaba una oportunidad similar, por tentadora que fuese.

—¿Lo dice en serio? —había replicado Edie, pensando que tal vez lo había dicho en broma.

—Por supuesto. Deseo de verdad adquirir el hotel, señorita Howard, y estoy dispuesto a ser muy generoso.

—No sé qué decir. Aparte de no, naturalmente. El Blue Lion es propiedad de mi familia desde hace casi cuatrocientos años. Jamás podría venderlo.

—Entiendo su reticencia, pero estoy seguro de que podríamos llegar a un acuerdo que nos enajenara a los dos. La historia no se perdería, ni le cambiaría el nombre, ni siquiera retiraría los detalles de época que lo convierten en un lugar tan encantador.

—Da igual, le aseguro que no estoy interesada.

Edie había retirado hacia atrás la silla, dispuesta a marcharse, pero el señor Bamford le había cogido la mano antes de que pudiera levantarse.

—Quédese. No hemos acabado de comer y me gustaría conocerla.

—¿Para así convencerme de vender?

—No, señorita Howard. Solo porque la encuentro interesante y he disfrutado mucho con las historias que me ha contado sobre la vida del Blue Lion. No diré ni una palabra más sobre el tema de la compra. Se lo prometo.

Se había quedado y, cuando él la había dejado frente a la puerta del Blue Lion, y gracias una vez más a la ayuda de la excelente comida y bebida del club, a Edie ya se le había olvidado por completo la oferta de compra del hotel. Tanto que había accedido sin problemas a acompañarlo a cenar a principios de diciembre.

Una vez más, el señor Bamford le había preguntado si el hotel estaba en venta, y una vez más ella se había negado a venderlo. Se había mostrado de lo más educado, eso sí, pero la reiteración de la oferta le había molestado mucho. El señor Bamford le había dicho, ya en más de una ocasión, que deseaba conocerla, pero sospechaba —de hecho, estaba segura de ello— que su

interés estaba impulsado única y exclusivamente por su determinación de adquirir el hotel.

Y así se lo había hecho saber en diciembre, después de aquella cena, cuando se desearon buenas noches en el vestíbulo del Blue Lion.

—Ha sido usted muy amable, señor Bamford, e increíblemente generoso, pero está perdiendo el tiempo. No venderé el hotel, ni a usted ni a nadie, y no cambiaré de idea. Considero que es justo hacérselo saber antes de que desperdicie más tiempo o más dinero en mí.

—Lo sé. Y no es un desperdicio.

El señor Bamford se había marchado sin proponerle otra cita, lo cual contradecía su insistencia en que el tiempo que pasaba en compañía de Edie era tiempo que merecía la pena, y después de varias semanas de silencio, ella había asumido, no sin pesar, que ya no volvería a verlo más. Hasta hoy.

—¿Cenar esta noche? Eso es lo que se dice poca antelación —protestó Edie.

—¿Le parece bien a las siete y media?

—Si me deja terminar, señor Bamford. Porque aunque me alegra mucho tener noticias de usted, iba a decirle que...

—Nos vemos esta noche.

Y colgó, dejándola pasmada ante el auricular del teléfono, que empezó a emitir un pitido.

Caramba con el tipo ese. ¿Y si ella hubiera tenido algún otro plan?

Y lo tenía. Porque tras la cena con el personal, quería repasar los menús de la semana siguiente con la cocinera y preparar con ella los pedidos para la carnicería, la tienda de ultramarinos y la verdulería. Después, tenía intención de inspeccionar los pasillos y las zonas exclusivas del personal para localizar cualquier detalle que hubiera que reparar. Y por último, justo antes de acostarse, quería lavar braguitas, sujetadores y medias en el lavabo de su habitación, puesto que eran prendas demasiado delicadas para enviarlas a la lavandería. Y si no estaba excesivamente cansada cuando hubiera terminado todas sus tareas, incluso le dedicaría media hora a la lectura.

Pero aun así... no había salido ni una sola noche desde que fue a cenar con el señor Bamford en diciembre, y la perspectiva de ir a un restaurante elegante resultaba tentadora. Sabía que no tendría ningún problema para reunirse con la cocinera por la tarde y las demás tareas podían esperar tranquilamente un día más.

Estaba segura de que su padre le habría cerrado la puerta en las narices a David Bamford, y que su abuelo habría hecho lo mismo antes que él. Ambos habían rechazado ofertas de venta; ambos se habían negado a creer que el Blue Lion pudiera ser propiedad de otro que no fuera un descendiente directo de Jacob Howard.

Pero ya no estaban allí, ellos la habían dejado sola y le apetecía salir una noche. No era una traición a nadie. Era simplemente una cena, nada más, y se había ganado de sobra unas pocas horas de distracción.

Eran casi las siete de la tarde cuando Edie acabó por fin con el papeleo del día y se dirigió a su habitación para cambiarse. Contaba solo con tres vestidos capaces de pasar el corte en un restaurante de primera categoría, y el señor Bamford ya la había visto con dos de ellos. Tendría que ser el de lana azul.

Tenía ya tres años y, a pesar de que estaba en perfectas condiciones, ya no resultaba tan elegante como cuando lo compró. Pero la falda seguía arremolinándose con gracia alrededor de sus piernas y estaba confeccionado en lana de un tono azul oscuro —azul mar, le gustaba como definición, más que el prosaico azul marino— que siempre resultaba favorecedor. Se puso el collar de perlas de su madre, se calzó los zapatos salón de piel negra que siempre utilizaba y se tocó con su mejor sombrero. Era una simple media luna de fieltro negro revestida con un pequeño velo de tul con puntitos, y siempre le había parecido que le sentaba bien, aunque no fuera exactamente elegante. Llevaba el pelo todavía limpio, con solo algunos mechones que escapaban con rebeldía de su moño bajo y que sujetó severamente con horquillas. El carmín había perdido intensidad desde primera hora de la tarde, de modo que se aplicó un poco más. Suponía que aquel color le quedaba bien, pese a que el nombre era ridículo: «Rojo canalla», nada menos.

Se puso el abrigo, presentable aún después de cinco inviernos, cogió los guantes y el bolso, y solo entonces se paró un momento a examinar su aspecto en el espejo del tocador. Estaba correcta. Decentemente vestida, limpia como una patena, ojos color avellana normales y corrientes, media melena castaña y cutis excelente, sin apenas una arruga a pesar de tener ya treinta y dos años. Nunca se había considerado una chica guapa; ni siquiera cuando era joven, llena de esperanzas y vivía feliz, había habido nadie que elogiara su aspecto más allá de un comentario general de que se la veía bien o agradable. Pero con eso le bastaba.

Estaba esperando en su despacho, o más bien caminando nerviosa de un lado a otro, cuando oyó que se abría la puerta de la calle. A continuación, escuchó el saludo de Arthur y luego le oyó decir que iba a buscarla. Inspiró hondo para armarse de valor, volvió a inspirar hondo por si acaso y finalmente accedió al vestíbulo.

—Buenas tardes, señor Bamford.

—Buenas tardes. Está usted fantástica.

Era muy propio de él decir eso, pero parecía sincero. O bien era un mentiroso criminalmente consumado.

—Gracias —replicó Edie, decidida a no permitir que el cumplido se le subiera a la cabeza.

Se volvió hacia Arthur para ofrecerle una explicación.

—Voy a salir unas horas, pero seguro que no llegaré tarde. Si hay alguna urgencia, estaré en...

—Se volvió hacia el señor Bamford—. ¿Dónde estaremos?

—En el Grill del Savoy.

Arthur estaba demasiado bien entrenado como para no ofrecer otra cosa que no fuera una reacción de lo más neutra.

—Muy bien. Disfrute de su velada, señorita Howard. Señor Bamford.

El automóvil de aspecto más bien vulgar que recordaba de las anteriores salidas con el señor Bamford esperaba fuera con el motor en marcha, con su chófer al volante tan impertérrito como siempre, y sin pensarlo, Edie se dejó guiar hasta su mullido interior. Solo entonces recordó cuál era su destino.

—¿No ha dicho que íbamos al Savoy? Estamos apenas a cinco minutos andando.

—No estaría bien llegar a pie. Además, está lloviendo.

—Es invierno. Siempre llueve.

—Odio tener los pies mojados —replicó el señor Bamford—. Y antes no mentía. Está usted realmente fantástica.

Su sonrisa, un destello de blanco resplandeciente en la oscuridad del coche, resultó algo sorprendente.

—Gracias.

—No intento hacerla sentirse incómoda. Solo ofrecerle un cumplido sincero.

—Supongo que a la mayoría de las mujeres les gustan los cumplidos por su aspecto. Y no es que a mí no me guste. Solo que, imagino, prefiero ser elogiada por cosas que de verdad me importan.

—¿Como por ejemplo?

—Mi trabajo. El trabajo que llevo a cabo gestionando el Blue Lion.

—Hace un buen trabajo. Como ya le he dicho más de una vez.

Estaba Edie formulando aún una respuesta que no diera la impresión de que andaba buscando cumplidos, cuando el coche dejó atrás el Strand para acceder a la entrada del Savoy. El chófer se detuvo en el lado derecho del camino de acceso —un vestigio de la época de los carruajes, según le había contado a Edie su padre—, y allí un criado vestido con ostentosa librea le abrió la puerta y la invitó a salir del automóvil.

El maître los esperaba en la entrada del Grill, y con un sinfín de sonrisas y un encanto ensayado, saludó al señor Bamford por su nombre, cogió los abrigos y los guio por el esplendor neoclásico del comedor. Casi todas las mesas estaban ocupadas y muchos de los comensales, probablemente espectadores de los teatros de las cercanías, iban vestidos de punta en blanco; pero los había también, comprobó con alivio Edie, que llevaban atuendos menos formales. Aunque era evidente que en su mayoría eran hechos a medida y costaban un ojo de la cara.

Después de apartarle la silla a Edie para que tomara asiento, de entregarles la carta a los dos y de prometer la inminente llegada de su camarero, el maître desapareció.

—¿Un cigarrillo? —preguntó el señor Bamford, abriendo una pitillera de plata labrada y ofreciéndosela a Edie.

—No, gracias —respondió ella, aunque ya le había dicho, y varias veces, que no fumaba.

—Espero que no le importe que estemos en una parte más tranquila del comedor —prosiguió el señor Bamford en cuanto hubo encendido el cigarrillo y exhalado una aparatosa voluta de humo que atravesó la mesa—. Allí en medio es imposible mantener una conversación. Te ves eternamente interrumpido por gente que quiere saludarte.

—Lo entiendo.

Y suponía que lo entendía, en cierto modo. ¿Cuándo había sido la última vez, al fin y al cabo, que había disfrutado ella de una comida entera sin interrupciones?

—¿Qué le parece?

—Es precioso —respondió, porque lo era. Desgarradoramente precioso.

Lo importante era ignorar la calidad de todo lo que estaba viendo y tocando, porque si se permitía considerar de verdad la belleza y el lujo que en aquel momento la rodeaban, entraría en un estado de desesperación. Incluso la perfección nívea de las servilletas y el mantel resultaban deprimentes, puesto que no podía evitar compararlos con la ropa blanca que se utilizaba en el Blue Lion. A pesar de su limpieza inmaculada, los tejidos estaban gastados por el tiempo, igual que cualquier cosa que pudieran tocar los huéspedes, los platos en los que pudieran comer, las sillas donde pudieran sentarse o las camas en las que pudieran dormir.

—¿Había estado antes aquí? —preguntó entonces el señor Bamford.

—Sí. De pequeña. Mi abuelo me traía siempre a comer aquí el día de mi cumpleaños. Le gustaba decir que era para controlar a la competencia.

En aquella época no era consciente de que era una broma, y una broma autocrítica, además. Porque para ella el Blue Lion era perfecto, totalmente perfecto. Y, en consecuencia, se creía lo que le decía su abuelo.

Era incapaz de recordar cuándo había dejado de creer. En qué momento el peso de todo aquello

le había caído encima y había visto por fin, y entendido y aceptado, su destino como la última de los Howard.

El señor Bamford asintió, evaluándola fríamente con la mirada, y entonces su atención se dirigió hacia un punto por encima del hombro de ella. Edie volvió la cabeza para seguir la trayectoria de su mirada; el camarero estaba detrás de ellos, guardando una discreta distancia, y su rostro era genialmente inexpresivo.

—Buenas noches, señor Bamford, señora. Bienvenidos al Grill Room.

—Gracias. Me temo que ni siquiera hemos abierto la carta.

—¿Tal vez un cóctel para empezar?

El señor Bamford asintió.

—Excelente. Para mí un Manhattan. ¿Señorita Howard?

—Tomaré un Mary Pickford.

Su abuelo siempre pedía ese cóctel, recordó, y de vez en cuando le permitía beber un sorbito. El combinado sabía a piña y a algo mucho más fuerte que hacía que le lloraran los ojos y le provocaba un leve picor en la lengua.

—Muy bien, señora.

Esperó a que el camarero se hubiera marchado para abrir la carta.

—¿Recomienda algún plato?

—Siempre pido carne a la parrilla, de modo que no tengo una opinión formada sobre nada más. Lo siento.

Edie estaba aún intentando decidir cuando reapareció el camarero con las bebidas. Aceptó agradecida la suya y bebió un trago para coger fuerzas.

—¿Y? —preguntó el señor Bamford.

—Delicioso —consiguió decir ella, puesto que aquel cóctel parecía contener únicamente alcohol. Si no lo bebía despacio, estaría achispada antes de que llegara el primer plato.

—¿Ha decidido la señora qué le gustaría pedir? —preguntó el camarero.

—Sí, tomaré la trucha ahumada para empezar y después la espalda de cordero.

—Perfecto. ¿Señor Bamford?

—Las gambas en salsa de mantequilla, por favor, y el solomillo para seguir. Poco hecho, con

patatas paja y lo que tenga que sea verde.

—Estupendo. El sumiller llegará enseguida.

El sumiller llegó solo segundos más tarde y, después de una breve conversación, el señor Bamford pidió una botella de lo que Edie sospechaba era un rosado escandalosamente caro.

—Hecho. Con un poco de suerte, las interrupciones quedarán restringidas al mínimo a partir de ahora. Me gustaría empezar disculpándome por mi conducta cuando nos conocimos.

—Adelante —dijo Edie, tentando la suerte con otro sorbo de aquel cóctel alarmantemente potente.

—Debería haberle avisado de que estaba interesado en comprar el Blue Lion. Haber sido más explícito la primera vez que hablé con usted.

—¿Más explícito que un colega hotelero en busca de consejo?

—Sí, bueno. Pero es que no quería asustarla. Mi oferta era sincera. Sigue siéndolo. Y creo que ha llegado el momento de que deje de lado sus emociones y la considere seriamente.

—¿Y quién dice que no la consideraré en serio? —contraatacó Edie. Bebió otro sorbo, más bien largo, del combinado, que sin duda alguna habría tumbado a la misma Mary Pickford—. Sé, mejor que nadie, a lo que me enfrento.

—¿De verdad? Porque no estoy seguro de que comprenda del todo lo precario de su posición. Posee usted una propiedad, una propiedad muy valiosa, que ha incrementado su valor de forma exponencial desde tiempos de su abuelo. Eso lo sabemos ambos. Pero es un edificio antiguo, que necesita atención constante, y, entre tanto, su capital se ha reducido a nada, en primer lugar por el impuesto de sucesiones (un dato que consta en el registro público, permítame que le recuerde) y más recientemente por las reparaciones y el mantenimiento general.

Cierto. Todo cierto. Acabó lo que le quedaba de cóctel y rezó para que la blindara contra lo que quedaba de crítica.

—Pero los costes de gestionar el establecimiento siguen creciendo y sus huéspedes son quisquillosos. Para atraerlos, necesita disponer de todas las comodidades modernas, y resulta que tres de sus mejores habitaciones están ocupadas por estimados viejitos que apenas disponen de sus pensiones para pagar alojamiento y comida. Los huéspedes que atrae son hombres de negocios tacaños o provincianos de los condados de los alrededores de Londres que se desplazan a la ciudad para disfrutar de un par de días de compras o de teatro. Y cada año, cada mes, son menos. He llevado a cabo una investigación. Y los dos sabemos que es la verdad.

Lo era. Todas y cada una de las palabras que acababa de pronunciar.

—Señorita Howard. Edwina. ¿Por qué no me mira?

Lo hizo. Lo miró directamente a los ojos, y no respondió hasta que intuyó que la incomodidad del señor Bamford era pareja a la de ella.

—La situación no es tan desesperada como lo que plantea. Estamos en el recorrido de la procesión de la coronación y tenemos todas las habitaciones reservadas desde mitad de mayo en adelante.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo? No, no espero que me lo diga. Solo que piense en lo que vendrá después. ¿Con qué frecuencia puede esperar una coronación? ¿Tal vez cada treinta años, más o menos? Para ser sinceros, el repunte de reservas solo se ha producido porque su establecimiento se encuentra casualmente en el recorrido del desfile. Dudo que viviera una explosión de reservas con motivo del Festival de Gran Bretaña o los Juegos Olímpicos.

Había suavizado el tono. Estaba intentando convencerla de que era un amigo. De que la entendía.

—Y le diré una última cosa sobre el tema, y luego hablaremos de cualquier otro asunto. Todas esas dificultades y problemas solo van a ir a peor.

Después de una afirmación de aquel calibre, ¿qué más quedaba por hablar? Por mucho que estuviera absoluta y horrorosamente en lo cierto.

—Señor Bamford, el Blue Lion es para mí mucho más que un libro de contabilidad. Mucho más que un edificio susceptible de ser vendido. Es mi sustento, y también el de las personas que mejor me conocen. Es mi hogar. Y usted se planta aquí, delante de mí, y me habla como si yo fuese una tonta ignorante que está totalmente ciega ante la verdad. Le aseguro que conozco hasta el último detalle de esa verdad, porque es lo único que veo cada noche cuando cierro los ojos. El Blue Lion lo es todo para mí, y haré todo lo que esté en mis manos para salvarlo.

Había sido un discurso excelente, aunque quizá demasiado grandioso para cualquier otro lugar que no fuera la Cámara de los Comunes, y nada de lo que pudiera decir o hacer aquella noche podía aspirar a superarlo. De modo que empujó hacia atrás la silla, cogió el bolso y los guantes, y se levantó.

—Ya he oído suficiente. Buenas noches. Puedo volver sola a casa.

Pasó a toda velocidad por delante del camarero, que estaba a punto de servirles el primer plato, y cuando llegó al vestíbulo, el maître, a buen seguro un perro viejo acostumbrado a gestionar salidas tempestuosas, ya le tenía preparado el abrigo. Edie se lo puso y siguió caminando hasta el Strand, en dirección a su casa.

Se negó a correr, y en ninguna circunstancia pensaba permitirse llorar. Las lágrimas eran un lujo que solo podía darse en la intimidad de su habitación.

—Señorita Howard...

No pensaba volver la vista atrás.

—Señorita Howard... Edwina. ¿Puede pararse un momento y escucharme? Lo siento. Lo siento de verdad.

No miró hacia atrás, ni respondió, pero sí bajó el ritmo. Solo un poco. Solo para que él pudiera rematar su disculpa.

—Vuelva a la cena. No diré nada más sobre el hotel. Se lo juro.

Se paró en seco y giró en redondo para ponerse frente a él.

—¿Por qué querría yo pasar una velada en compañía de un hombre que me desprecia?

—Eso no es justo, y lo sabe. Creía que éramos amigos. Que desearía escuchar lo que tengo que decir.

—Pues no. Nada de lo que ha dicho es una novedad para mí. Ni tampoco es el primero que intenta convencer a mi familia para que venda.

—En ese caso, hablemos de otra cosa y despedámonos como amigos. La comida nos espera. Dígame, por favor, que va a volver conmigo.

Tenía hambre y había sido una jornada larga y agotadora.

—Muy bien. Pero se acabó hablar sobre el Blue Lion. Ni una sola palabra más.

—Le doy mi palabra de honor —replicó el señor Bamford, y esbozó una sonrisa mostrando la dentadura entera.

Edie le permitió tomarla del brazo y conducirla de nuevo hacia el comedor.

FEBRERO

Capítulo cinco

Stella

Viernes, 6 de febrero de 1953

Quería que le gustara Londres. Quería amar la ciudad, pero era estridente, sucia y sorprendentemente fea, además la poca gente con la que había hablado hasta el momento era claramente antipática. Nadie había mostrado paciencia con su acento, a pesar de que su dominio del inglés era excelente, y ahora el funcionario de aduanas que estaba examinando su pasaporte, su visado y su oferta de empleo de *Picture Weekly* había empezado a murmurar para sus adentros diciendo que los extranjeros estaban robando el trabajo a la gente decente y que qué sentido tenía ganar la guerra si los macarroni iban a tomar el control de todos modos.

Le indicó con un gesto y un gruñido que siguiera adelante, sin haberla mirado ni una sola vez a los ojos, y Stella contuvo la apremiante necesidad de decirle lo que pensaba de los hombres pequeños, desagradables y bien fáciles de olvidar. Pero si lo hacía, lo único que conseguiría sería demorarse y, además, iría en contra de su decisión de sacar el mayor provecho posible de todas las situaciones en las que se encontrara.

Así que sonrió de oreja a oreja, cogió la maleta y se dispuso a localizar el autobús que Edie le había dicho que tomara. Descubrió encantada que era de dos pisos, como los que había visto en las fotografías, pero, como el piso superior solo era accesible a través de una escalera empinada y de forma curva, se instaló prudentemente al lado de la primera ventanilla que encontró e intentó orientarse.

La vista desde el autobús era una sucesión anodina de bloques de oficinas de color parduzco a ambos lados de la calle, interrumpido de vez en cuando por muros temporales empapelados con anuncios. Posiblemente, detrás de aquellas endeble barreras hubiera ruinas, o los inicios de nuevas estructuras para sustituir las que habían quedado destruidas por las bombas. Lo de los edificios en estado ruinoso era de esperar, pero no las calles deprimentes y las fachadas apáticas que se veían por todas partes.

—¡Westminster! —gritó el revisor desde su puesto junto a la puerta posterior.

El autobús giró hacia la derecha y el tedio de los últimos minutos quedó borrado al instante por la aparición de la Abadía de Westminster, los edificios del Parlamento y la torre con su gran campana. Todo muy distinto para sus ojos, acostumbrados como estaban a la genialidad de

Palladio y sus antepasados espirituales, pero agradable también por su inalterable imperturbabilidad. Tendría que volver para visitarlo todo en cuanto dispusiera de un día libre.

—¡Whitehall!

El autobús giró entonces hacia una avenida ancha, donde los edificios eran realmente monumentales, estaban alineados con la calle y se veían mucho más nuevos que la anciana abadía. El autobús se detuvo, se apearon varios hombres vestidos con traje oscuro y subieron otros tantos y más de la misma guisa, y cuando el vehículo se reincorporó al tráfico, Stella vislumbró al fondo una plaza en la que unos leones montaban fielmente guardia cerca de una estatua solitaria abandonada en lo alto de una columna. Un rey fallecido tiempo atrás, imaginó, o uno de sus generales.

—¡Trafalgar Square!

Stella avanzó hacia la salida situada en la parte posterior del autobús, intentando mantener el equilibrio entre la multitud de pasajeros que se apeaban allí. Consiguió a duras penas sujetar la maleta, pero con los apretujones acabó perdiendo el pequeño mapa que Edie le había dibujado. Daba igual, de todos modos, porque tenía memorizados todos los detalles.

Cruzó Whitehall, vigilando por si venían coches, puesto que Edie le había alertado que fuera con cuidado. Luego cruzó Northumberland Avenue y continuó unos metros más hasta la intersección con Northumberland Street. Miró a su izquierda, sintiéndose de pronto nerviosa ante la posibilidad de que hubiera recordado alguna cosa mal, pero el Blue Lion estaba allí, aguardándola, tal y como esperaba y confiaba. No era un edificio majestuoso, tampoco muy bonito, pero le gustó de entrada igualmente. Le gustó mucho.

Construido en ladrillo rojo descolorido, tenía dinteles de piedra desgastada y un frontón clásico justo encima de la puerta principal que tal vez fuera excesivamente grande para lo que era el edificio. Un cartel oscilante, colocado en ángulo con la pared de la esquina, lucía la imagen pintada en vivos colores de un león azul erguido sobre sus patas traseras. El mismo león aparecía en una plaquita tallada junto a la puerta, y cuando Stella se acercó, pudo leer la fecha inscrita debajo de las desgastadas patas de piedra del animal: 1560.

El vestíbulo era pequeño y tenía el techo bajo. Olía agradablemente a limón y cera de abeja. Un fuego de carbón ardía en una modesta chimenea situada a la izquierda y flanqueada por un par de mullidas butacas tapizadas. Justo enfrente, había una escalera —imaginó que el hotel era demasiado pequeño para tener instalado un ascensor— y a la derecha, un hueco con el mostrador de recepción. Tanto el mostrador como todos los elementos verticales de la estancia se hallaban cubiertos con paneles de una madera exquisitamente pulida que resplandecía bajo la luz suave de los apliques de la pared.

Parecía un lugar acogedor y, a pesar de ser muy distinto en aspecto a la casa de la zia Rosa, en Italia, desprendía la misma sensación de calidez y de encanto sin pretensiones.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Fue entonces cuando Stella se percató de la presencia de un hombre detrás del mostrador; la estaba evaluando con la mirada y esbozaba una gélida sonrisa. ¿Cuánto rato llevaría observándola?

—Buenas tardes. Soy Stella Donati. La señorita Howard me está esperando.

—Ah, sí. La chica italiana. La señorita Howard no la esperaba hasta esta tarde.

—Llego pronto —se explicó Stella, y sonrió al recepcionista a pesar de la gélida acogida—. Cogí un tren anterior en Folkestone. ¿Está ocupada? No me importa esperar.

El hombre se recolocó el nudo de la corbata, enderezó la espalda y parte de la frialdad desapareció de su rostro.

—Resulta que no está en su sitio. ¿Por qué no la espera en su despacho? Es justo detrás de esa puerta. Salgo y la acompaño.

—Gracias, señor...

—Brooks. Ivor Brooks. Soy el subdirector del hotel.

—Encantada de conocerle.

El hombre la acompañó al despacho, al cual se accedía a través de una puerta casi invisible que se abría en la pared con paneles de madera que quedaba a la izquierda del hueco del mostrador de recepción, y le indicó entonces con un gesto que tomara asiento en una de las dos sillas situadas delante de un escritorio enorme.

—Puede esperar aquí hasta que vuelva la señorita Howard.

Stella mantuvo la espalda erguida y las manos unidas comedidamente sobre el regazo hasta que el hombre regresó al mostrador de recepción. Solo entonces se permitió relajarse y dejar la mente en blanco durante unos minutos preciosos. No pensaría en nada, no se preocuparía por nada y descansaría sabiendo que había alcanzado su destino y que, por el momento, estaba sana y salva. Hambrienta, sí; agotada y bastante ansiosa, por supuesto, pero nada de eso podía hacerle ningún daño. Conocía bien el sufrimiento, y aquello ni siquiera se le acercaba.

Después de un intervalo inferior a diez minutos, fue despertada de su somnolencia por unas voces en el vestíbulo. Oyó una serie de pasos y Edie apareció de repente en la puerta, con unas palabras de disculpa emergiendo de sus labios antes de que a Stella le diera tiempo a levantarse para saludarla debidamente.

—Oh, ya estás aquí... por fin, ¡por fin! Siento mucho haberte hecho esperar. Tengo entendido que tu tren llegó un poco antes de lo esperado, ¿no? Te habría enviado a nuestro portero a buscarte, pero resulta que Mick libra los viernes. Espero que no tuvieras ningún problema para llegar hasta aquí.

Stella y Edie Howard no se conocían personalmente, pero llevaban años manteniendo correspondencia e incluso se habían intercambiado fotografías unos meses atrás. En la imagen que Edie le había enviado a Stella, se la veía seria y circunspecta; en persona era guapa, encantadora y de lo más afable.

—No te disculpes, por favor. He disfrutado viendo un poco tu ciudad.

—¿Qué te parece si te preparamos algo para comer? —sugirió Edie—. Y después ya te instalaremos en tu habitación.

—¿Hay algún problema si dejo aquí la maleta?

—Ninguno. Ya la subiremos cuando hayamos acabado.

Stella siguió a Edie por el pasillo hasta el comedor. Había dieciséis mesas en total, solo cuatro de ellas ocupadas, y la abundante variedad de comida expuesta frente a los comensales era mucho más de lo que había visto, e incluso imaginado, desde mucho antes de la guerra.

—Llegamos a tiempo para el té de la tarde —le explicó Edie, dirigiéndola hacia una mesa en una esquina—. Solo servimos dos comidas, el desayuno y el té, aunque son bastante completas. Si por cuestiones de trabajo piensas que vas a perderte alguna de ellas, házmelo saber y le pediré a la cocinera que te aparte alguna cosa.

Una mujer de la edad de Stella emergió por unas puertas batientes solo segundos después de que tomaran asiento.

—Buenas tardes, señorita Howard.

—Buenas tardes, Ginny. Te presento a la señorita Donati, que acaba de llegar de Italia. ¿Podrías traer lo habitual?

—Enseguida, señorita Howard. Y bienvenida a Inglaterra, señorita Donati.

Ginny reapareció instantes después y depositó en la mesa una bandeja con sándwiches cortados en triángulos, una pequeña barra que podría ser de pan o bizcocho y una cesta con panecillos crujientes que, por su aroma tentador, acababan de salir del horno. Regresó una segunda vez con una tetera de cerámica vidriada de color marrón, una jarrita de leche y un platito de cristal tallado con mermelada. Un banquete así habría alimentado a toda la familia de Stella en Italia, pero aquí era solo para dos personas.

—¿Quieres que te explique a qué me refería con lo de «lo habitual»? —preguntó Edie—. Porque imagino que parte de esto te resultará extraño.

—Sí, por favor. Extraño sí, pero delicioso, seguro.

—Lo está. Pues bien, los sándwiches dependen de lo que la cocinera tenga a mano. Veamos..., creo que hoy son de salmón, de huevo con mayonesa, y este parece de jamón. ¿O quizá es de

lengua? Adivinarlo solo con la vista puede ser complicado. Adelante, coge todos los que quieras.

Stella obedeció y cogió tres triángulos, uno de cada tipo, y, siguiendo las indicaciones de Edie, se sirvió también un panecillo.

—Es un bollo —le explicó Edie—, y lo mejor es que lo abras y le pongas un poco de mermelada. No es necesario utilizar tenedor y cuchillo. Puedes cogerlo con las manos.

Stella siguió las instrucciones, procurando no utilizar mucha mermelada, y le dio un recatado mordisco. Estaba... Se quedó sin palabras. Sabía a mantequilla, azúcar y consuelo. Decidió darle un segundo mordisco, esta vez vergonzosamente goloso.

—Aunque la mantequilla sigue estando racionada, la cocinera consigue que estén divinos. ¿Qué opinas? ¿Te gustan?

Stella solo pudo mover la cabeza en un gesto afirmativo, puesto que tenía la boca llena con el bollo de pasas untado con mermelada. Lo más probable era que si comía todo aquello acabara con dolor de estómago, pero estaba hambrienta y no terminarlo sería un desperdicio.

—Prueba también un poco de pan de jengibre —la animó Edie, cortando una rebanada fina de la barrita y depositándola en el plato aún lleno de Stella—. Llevamos sirviéndolo en el Blue Lion desde hace generaciones. No es pan, como comprobarás, sino un bizcocho oscuro y de sabor intenso. Se lleva estupendamente bien con el té. Déjame que te sirva una taza. Ya debe de estar bien fuerte.

Y, antes de que a Stella le diera tiempo a protestar, o a pensar en un motivo educado para declinar la oferta, se encontró con la taza llena.

—¿Cómo lo tomas? —preguntó Edie.

—No lo sé muy bien —reconoció Stella.

—En ese caso, ¿por qué no lo pruebas sin nada? Es como a mí me gusta, y siempre puedes añadirle un poco de leche o azúcar si lo encuentras demasiado fuerte.

Vacilante, Stella bebió un sorbo, luego otro, y se quedó asombrada al descubrir que no era la bebida insípida contra la que se había estado preparando.

—Me gusta mucho —dijo, dirigiéndole a Edie una sonrisa por encima de la taza—. En casa, zia Rosa nos da tisanas de manzanilla cuando estamos enfermos. Nunca han sido de mi agrado..., pero esto..., esto tiene buen sabor. Un sabor fuerte.

—«Té del albañil», lo llamamos cuando es así.

—Entiendo, sí. Mi nonno Aldo diría que te pega en la cabeza. El pesta sto tè.

—Y eso es lo que hace —reconoció Edie—. Y ahora cuéntame, ¿qué tal el viaje? Espero que

haya sido agradable.

—Lo ha sido. Gracias por sugerirme reservar una litera.

—De nada. Viajabas sola y sentada en un compartimento no habrías podido descansar nada. ¿Cuándo saliste?

—Ayer a primera hora de la tarde.

Hacía solamente un día, pero la despedida de su familia parecía ya algo muy lejano.

—¿Pudiste al final ir a visitar a los tuyos antes de partir? En tu última carta decías que confiabas en poder hacerlo.

—Pude, pero solo por unos días. Se sienten muy emocionados por mí, pero creo que zia Rosa estará todo el día preocupada ahora que me encuentro tan lejos.

Edie extendió la mano, un gesto extrañamente dubitativo, y dio unos golpecitos en el brazo de Stella. Una vez, dos.

—Estoy segura de que será una experiencia maravillosa, no solo aquí en el hotel, sino también en el trabajo. Imagínate toda la gente que conocerás. A lo mejor te piden que fotografíes a una estrella de cine..., ¡o incluso a la reina!

—No sé muy bien qué tipo de trabajos me pedirá que haga el señor Kazmarek. En su carta solo decía que mis fotografías eran muy buenas y que pensaba que encajaría bien en su revista.

Le había dicho asimismo que le pagaría la increíble suma de seis libras y diez chelines al final de cada semana, y que podía recomendarle varias pensiones económicas y seguras a una cómoda distancia a pie de las oficinas de la revista.

Ella le había respondido enseguida confirmándole que aceptaba la oferta de empleo, que por mutuo acuerdo empezaría a trabajar el miércoles 11 de febrero, y le había explicado que viviría en el hotel Blue Lion, propiedad de unos amigos de su familia. La siguiente carta que había escrito se la había dirigido a Edie y en ella le preguntaba si podría vivir en el hotel como huésped de larga estancia.

—Espero que no sea un inconveniente para ti —dijo ahora Stella—. Lo de tenerme aquí. Cuando miro a mi alrededor y veo lo bonito que es todo, me preocupa no estar pagándote lo suficiente por mi alojamiento y mis comidas. ¿Estás segura de que solo pides dos libras y media a la semana?

—Segura. Si fuese un desconocido que llega de la calle le cobraría mucho más, pero tú eres una amiga. Preferiría no cobrarte nada, pero en estos momentos la cosa está tan apretada que cualquier chelín que entre en casa marca la diferencia.

Stella sonrió y notó que la última de sus preocupaciones, al menos por aquel día, se esfumaba.

—Te estoy tremendamente agradecida y te prometo que no olvidaré tu amabilidad.

—Por mi parte es un honor que pensaras en mí y en el Blue Lion. Y me gustaría explicarte, hacerte saber, el cariño que sentía por tus padres. Solo coincidí con ellos unas pocas veces, pero mi padre siempre hablaba de ellos con un afecto muy sincero. Y, por supuesto, les agradecemos muchísimo que otorgaran una clasificación tan alta al Blue Lion en sus maravillosas guías turísticas. Siento de verdad que los perdieras de un modo tan espantoso.

Stella asintió. Intentó dar las gracias a su amiga, pero las palabras se atascaron en su garganta.

No había perdido a sus padres. Se los habían robado. Habían sido asesinados. Habían sido borrados de la faz de la tierra por la despiadada maquinaria de los campos de la muerte y los hombres sin corazón que los dirigían.

Sus padres habían desaparecido y jamás sabría la verdad sobre sus últimas horas. Se habían ido para siempre, y lo único que poseía ahora para recordarlos eran unos cuantos ejemplares maltrechos de la que fuera su famosa Guide di turistiche Donati. Ninguna fotografía. Ningún objeto. Nada, solo las palabras de ellos y los recuerdos que guardaba en su memoria.

Pero explicarle todo eso a Edie no tenía sentido porque a nadie, con la excepción de Nina y su familia en Mezzo Ciel, parecía importarle lo que le había pasado a ella durante la guerra. Nadie quería recordar.

Y, en consecuencia, utilizaría las frases cuidadosamente elegidas que siempre empleaba, y sonreiría, aunque se sintiese enferma haciéndolo. Si sonreía con la fuerza suficiente y durante el tiempo suficiente, volvería a sentirse feliz. Era simplemente una cuestión de práctica e insistencia.

—Gracias, Edie. Eres muy amable. Estoy segura de que aquí seré feliz.

Capítulo seis

Jamie

Jueves, 12 de febrero de 1953

Jamie había postergado mucho tiempo lo inevitable. Necesitaba un lugar donde vivir y trabajar que estuviera limpio, fuese tranquilo y donde no hubiera distracciones, lo cual significaba que necesitaba una vía de escape de la sórdida casa de Wood Green donde se alojaba y de las costumbres indolentes y a menudo repulsivas de sus erráticos compañeros de piso.

Geoffrey y Lester, compañeros artistas que había conocido estudiando en la Slade, eran unos cinco años menores que él e iban todavía al colegio durante la guerra. Al principio, había disfrutado de su compañía, que estaba felizmente libre del lamentable y tenebroso refrío de hazañas de guerra que los hombres de su edad solían utilizar a todas horas a modo de moneda de cambio. Le habían gustado lo suficiente como para trasladar su alojamiento, hacía poco más de un año, al entorno más verde de Wood Green, aunque enseguida se había arrepentido de su decisión.

Jamie tenía treinta y tres años si lo calculaba según el método tradicional, unos ciento cincuenta si tenía en cuenta cómo se sentía prácticamente todas las mañanas, y estaba ya harto de la cocina mugrienta, del baño más mugriento si cabe y del interminable desfile de desconocidos que Geoffrey y Lester consideraban conveniente invitar a todas horas. Su habitación estaba impoluta, un legado de sus años como oficial, pero para lo del resto de la casa no había perdón.

Sin embargo, ahora tenía un encargo en el que pensar y le resultaba casi imposible avanzar en los preparativos. Llevaba prácticamente un mes intentando, sin éxito, realizar algunos dibujos decentes. Como referencia, tenía el boceto apresurado que había presentado el día de la reunión en Cartwrights' Hall y varios más que desde entonces se había aventurado a esbozar durante sus desplazamientos a la ciudad, además de una serie de fotografías que había sacado con la antigua cámara que llevaba arrastrando con él desde sus tiempos de estudiante. Pero no era suficiente.

Porque sabía que lo que ningún boceto o fotografía podía capturar era el aspecto que tendría el edificio visto de cerca y desde el otro lado de la avenida, cómo sería con buen tiempo o en un día lluvioso, y cómo caería sobre su fachada la luz de última hora de la mañana. Todo eso llevaba tiempo, e instalar un caballete en la acera no era tarea fácil. Tampoco le gustaba el tedioso desplazamiento desde Wood Green cada vez que su memoria o su imaginación exigían ser saciadas.

Entonces se acordó de aquel hotelito que había visto casi enfrente de Cartwrights' Hall. No recordaba el nombre, pero desde fuera le había parecido un lugar agradable. Modesto y tranquilo, económico si estaba de suerte, y situado justo en el lugar adecuado para sus propósitos.

Jamie guardó el bloc de dibujo y los lápices en su mochila, cambió su ropa de trabajo manchada de pintura por su traje más presentable, arregló la habitación y cerró la puerta con llave. Había instalado la cerradura cuando un día volvió a casa después de ir a visitar a sus padres y encontró a un desconocido durmiendo en su cama.

Sus compañeros de piso estaban comenzando lentamente sus respectivas jornadas. Lo que se traducían en cerca de cuatro litros de café, cigarrillos suficientes como para generar una nube de humo nocivo amarillento que flotaba hasta la altura de los hombros, y varias horas dedicadas a la tranquila contemplación de los males del mundo del arte.

—Voy a la ciudad —les dijo Jamie, sin quedarse a la espera de una respuesta, puesto que estaba ansioso por alejarse de aquel humo correoso, del olor a humedad y del mareante hedor que desprendían los platos sucios que abarrotaban todas las superficies horizontales a la vista.

El trayecto del autobús desde Wood Green hasta el centro de Londres duraba una eternidad, pero, como no había nada capaz de inducirlo a tomar el metro, era o autobús o bicicleta. Se apeó en Trafalgar Square casi una hora más tarde; un paseo de pocos minutos lo llevó hasta Northumberland Street, justo delante de Cartwrights' Hall, y, a unos quince metros de la avenida, estaba el hotel que había llamado su atención en enero.

Una placa en el ladrillo le hizo saber que había llegado a «The Blue Lion, ca. 1560», lo cual resultaba sorprendente, puesto que el exterior seguía claramente el estilo de mediados de la época victoriana. Aunque tampoco es que le importara la historia del lugar ni los detalles de lo que sucediera allí en la actualidad. Lo único que necesitaba era una vista sobre Cartwrights' Hall y una habitación tolerablemente confortable en la que poder trabajar y dormir.

Ahora solo quedaba esperar lo que tuvieran que ofrecerle. Bajó la vista, recordándose que iba vestido de forma respetable, que hablaba como un caballero y que se comportaba como el oficial que había sido en su día. Más allá de eso, no había nada más que él pudiera hacer. O admitían que tenían una habitación disponible y lo invitaban a alojarse allí, o lo echarían de patitas a la calle.

Una vez dentro, el misterio de la historia del hotel se desveló un poco, puesto que las entrañas del edificio eran mucho más antiguas de lo que su exterior sugería. El interior le recordaba, en el mejor de los casos, la biblioteca de Merton, con paredes cubiertas con paneles de madera de roble desgastada por el tiempo, suelos de baldosas vidriadas y una decidida indiferencia hacia la tecnología moderna.

Unos pocos pasos y estaba en el vestíbulo, delante del mostrador de recepción. El empleado se había percatado de su entrada, su mirada gélida lo había evaluado antes de retirarla y ahora se estaba tomando su tiempo antes de decidirse a mirarlo de nuevo. Daba igual. Jamie tenía todo el tiempo del mundo.

El empleado cerró el libro de contabilidad que fingía estar estudiando, lo colocó en ángulo recto sobre la mesa y retrocedió un paso, uniendo las manos a su espalda. Poniendo distancia entre ellos.

—Buenos días —dijo Jamie—. Estaría interesado en reservar una habitación. Preferiblemente con vistas a la avenida.

—¿Me permite preguntarle por cuánto tiempo?

El hombre tenía un débil acento del noreste que se insinuaba por debajo de una fina capa de inglés formal.

—Si fuera posible, me gustaría reservar una habitación desde ahora hasta después de la coronación.

—Entiendo. Normalmente es la señorita Howard, la propietaria, quien gestiona las reservas de los huéspedes que plantean una estancia de larga duración, pero en estos momentos no está en su despacho. Si desea dejar una nota, le pediré que le llame por teléfono en cuanto...

—Si me permite, señor Brooks.

Del despacho que quedaba justo detrás del mostrador de recepción acababa de salir una mujer: la «Señorita E. D. Howard, propietaria», según la chapa que llevaba en la solapa de la chaqueta. Sonreía, sus ojos de color avellana mostraban una expresión amigable detrás de unas gafas con montura dorada, y rápidamente le tendió la mano para que Jamie pudiera estrechársela.

—Me temo que me he perdido la primera parte de su conversación con el señor Brooks. ¿Puedo ayudarlo de alguna manera, señor...?

—Geddes. Estaba diciendo que me gustaría reservar una habitación en este establecimiento. Tengo entendido que ofrecen tarifas semanales para estancias prolongadas.

—Así es. Dos libras diez por habitación, o tres libras diez con desayuno y té de las cinco.

—¿Y tienen habitaciones disponibles?

—Las tenemos, sí —respondió, lanzando una mirada a su empleado, que se había quedado a la espera—. Me ocupo yo, señor Brooks. ¿Tal vez le apetezca tomarse un descanso? —dijo con voz agradable, aunque con un inconfundible matiz gélido.

Brooks mantuvo la compostura, pero su mirada, centrada ahora en Jamie, era desdeñosa. Jamie sospechaba que, de no haber aparecido la señorita Howard, no habría habido cabida para él en el hotel.

—Muy bien. Estaré en la sala de personal si me necesita.

La señorita Howard pasó a prestar de nuevo atención a Jamie.

—Como acabo de decirle, señor Geddes, tenemos habitaciones. Varias, de hecho.

—Necesito en particular una que tenga vistas sobre la avenida. Y muy en especial, vistas sobre Cartwrights' Hall.

Al oír aquello, la señorita Howard frunció ligeramente el entrecejo.

—¿Cartwrights' Hall?

Y era normal. Lo más probable era que nunca se hubiera presentado nadie pidiendo una habitación con vistas hacia el poco inspirador bloque de mampostería del otro lado.

—Sí. Para el día de la coronación.

—¿Con tres meses y medio de antelación? Debe de sentir usted un cariño muy especial por la familia real.

Jamie se arriesgó a esbozar una sonrisa.

—No tanto. Soy artista, y me han encargado pintar un cuadro del día de la coronación en el que se vea ese edificio. Y como la obra tiene mucho trabajo preparatorio previo, he pensado que sería sensato establecer mi base aquí.

—Oh, entiendo. Una idea brillante. Pues efectivamente, sí, puedo ofrecerle una habitación. Dispongo de varias libres en la segunda planta, todas ellas con una vista excelente del edificio en cuestión. Solo que...

—¿Hay algún problema? —preguntó Jamie, confiando en que no se lo hubiera pensado mejor.

—El inconveniente es que ya están reservadas para otros huéspedes el día de la coronación. ¿Le importaría trasladarse a otra habitación solo durante esa semana? Aunque... Tengo otra que tal vez podría valerle. Tiene una vista excelente sobre Cartwrights' Hall, pero no es una de las habitaciones que solemos destinar para los huéspedes. ¿Le gustaría verla personalmente?

Cuando vio que Jamie asentía, dejó sobre el mostrador de recepción una campanilla y un pequeño cartel —«Llame, por favor, para ser atendido»— y cerró con llave uno de los cajones de debajo. Instantes después, salió por una puerta que se abría en la pared contigua.

—Es por aquí. Lo siento, pero no tenemos ascensor.

—No pasa nada. Me crie en una casa del centro de Edimburgo que era todo escaleras.

—Ah, claro. Por su acento ya imaginaba que era usted escocés.

—Y lo soy. Nacido y criado allí.

Se quedó a la espera de que ella le pidiera aclaraciones a su respuesta. «Sí, pero, en realidad, ¿de

dónde es?». O «Pero ¿de dónde es originalmente?». En cambio, la señorita Howard siguió subiendo por la escalera y, pasado un momento, miró hacia atrás y volvió a sonreír.

—No he estado nunca en Escocia, pero me encantaría visitarla. El hotel me mantiene tremendamente ocupada, ¿sabe? —Y después, unos peldaños más adelante—. Ya casi estamos.

Llegaron al final de la escalera, le hizo cruzar una puerta de incendios y accedieron a un pasillo de techo bajo y tenuemente iluminado. De vez en cuando, las vigas oscurecidas por el paso del tiempo cruzaban el enlucido. Tendría que tener cuidado para no darse un golpe en la cabeza.

La siguió hasta una puerta situada al final del pasillo. La señorita Howard sacó un puñado de llaves del bolsillo de la chaqueta, seleccionó una y abrió la puerta. Y tras darle al interruptor para encender la lámpara del techo, le indicó con un gesto que pasara.

—Es aquí, pero tenga en cuenta, por favor, que necesita una buena limpieza. Podemos instalarle todo el mobiliario que desee, aparte de un caballete. Aunque supongo que podría...

—No se preocupe por eso. Tengo el mío.

Entró en la habitación, asimiló el espacio y descubrió satisfecho que era mucho, muchísimo más agradable que la buhardilla húmeda y tenebrosa que se había imaginado.

—Es perfecto —dijo.

La estancia no era muy grande y su cabeza alcanzaba casi el marco superior de la ventana, dejando solo un par de centímetros para llegar hasta el techo, pero la vista de Cartwrights' Hall, y su solidez tan poco inspiradora, estaba totalmente despejada. Además, la ventana no era la única fuente de luz, puesto que en el techo había una claraboya enorme. Incluso en días nublados tenía que haber buena luz.

—La verdad es que es un espacio perfecto —repitió.

—¿Está seguro de que no le importará estar aquí arriba?

—En absoluto. La luz es ideal, y la vista del edificio que me interesa no podría ser mejor. ¿Cuándo podría instalarme?

Geoffrey y Lester encontrarían fácilmente a alguien que ocupara su actual habitación y estaba además dispuesto a pagar su alquiler hasta final de mes.

—¿Le iría bien el lunes? —En cuanto vio que Jamie movía la cabeza en un gesto afirmativo, sacó del bolsillo de la chaqueta una libretita minúscula—. Solo necesito unos días para poner todo esto en orden. Tomaré unas notas para que no se me olvide nada. Mesa y silla, cómoda, cama doble... ¿Necesita un escritorio?

—Con la mesa me bastará. No me importaría una butaca, si le sobra alguna.

—La tengo. ¿Armario?

En la habitación no había vestidor, pero detrás de la puerta había una doble fila de perchas.

—Con eso ya me va bien —dijo Jamie, señalando hacia allí—. ¿Podría repetirme el precio para alojamiento y comida?

—Tres libras diez si toma el desayuno y el té de media tarde. Lo llamamos así por los turistas, pero es más bien una cena ligera. Le prometo que no pasará hambre. No servimos almuerzo ni cena, pero en el Queen Bess, en la otra acera, preparan sándwiches, y por las noches tienen pasteles de carne y cosas por el estilo.

—Me parece muy bien. Gracias, señorita Howard. Estoy seguro de que aquí seré feliz.

Tal y como esperaba, la despedida apresurada de Lester y Geoffrey fue de lo más agradable. Le desearon lo mejor, le recordaron que se pasara por allí de vez en cuando y se marchó. Jamie no estaba seguro de si los volvería a ver algún día.

No estaba dispuesto a pagar un taxi; en su lugar, había acordado con el mecánico de un taller cercano que le transportara su viejo baúl del ejército hasta el Blue Lion a cambio de dos libras con seis peniques y un dibujo improvisado de Jerrold & Sons Motors. Jamie se había llevado el dibujo a casa, lo había pulido, le había añadido un poco de color con acuarelas y el señor Jerrold, después de declararse de lo más satisfecho, había pasado a recoger el baúl aquella misma mañana.

Cuando Jamie llegó al hotel había un portero en la entrada, pero, en lugar de preguntarle qué hacía en el Blue Lion, el hombre le sonrió, le deseó los buenos días y le abrió la puerta. Era un buen presagio, decidió Jamie, para los meses venideros. El cartel en el que se solicitaba a los clientes que llamaran al timbre en caso de ausencia del personal estaba en el mostrador, de modo que Jamie lo hizo sonar y se sintió satisfecho cuando una sonriente señorita Howard salió de su despacho.

—Señor Geddes. Cuánto me alegra verlo de nuevo.

Se planteó responder con el mismo tono, pero se lo pensó mejor.

—Gracias.

El teléfono empezó a sonar.

—¿Le importa si respondo esta llamada? —preguntó la señorita Howard.

—En absoluto.

—Blue Lion, buenos días, le habla la señorita Howard. Ah, hola. Sí, estoy bien, gracias... Lo

mismo digo, señor Bamford. Oh... Bueno. Muy amable por su parte, pero no estoy segura de si... Naturalmente. Agua pasada, que se dice. Lo siento, pero tengo un huésped esperando... ¿Tal vez podría llamarme en otro momento? Sí, por supuesto. Estupendo. Buenos días.

Devolvió el auricular a su sitio y se quedó mirando el objeto como si la persona que acababa de llamar la hubiera molestado; Jamie, que había escuchado la mitad de la conversación sin hacer un gran esfuerzo por alejarse, sintió tentaciones de ofrecerle un penique a cambio de sus pensamientos. Tentaciones, sí, pero no era tan estúpido como para caer en ellas.

—Le pido disculpas. Sobre todo porque pensaba mostrarle todo el establecimiento. No nos llevará mucho rato.

A él le daba igual si le llevaba todo el día.

—Me encantaría que me lo mostrase.

La señorita Howard lo condujo hasta el comedor, le señaló que las cocinas quedaban al fondo y después pasaron al salón contiguo. Dos señoras mayores ocupaban los silloncitos dispuestos a ambos lados de la chimenea. Estaban concentradas en su labor de punto mientras escuchaban la radio, sintonizada en la emisora Light Programme de la BBC.

—Buenas tardes, señorita Polly, señorita Bertie. Les presento a nuestro nuevo huésped, el señor James Geddes. Es artista y se alojará aquí mientras trabaja en un cuadro muy importante de la reina.

—Es tremendamente emocionante —dijo una de las mujeres—. Viene usted de la India, ¿verdad?

La pregunta le dolió, como siempre, pero no tenía ganas de amargarse en su primer día de estancia.

—No, señora. Soy de Edimburgo, aunque llevo ya un tiempo viviendo en Londres.

Intervino entonces la otra mujer:

—¿Pintor, dice? —preguntó—. Mi hermana y yo estamos muy interesadas en las bellas artes. Nuestro difunto padre, el barón Crane de Hopworth, poseía una colección maravillosa de retratos ecuestres, incluyendo uno del maestro Stubbs. Por desgracia, nuestro aborrecible primo Dominic lo subastó todo después de su prematuro fallecimiento.

—Lo siento mucho, señora.

—El señor Geddes y yo debemos continuar —intervino la señorita Howard—. Pero tendrán oportunidad de volver a hablar con él a la hora del té.

En cuanto salieron de nuevo al pasillo y la puerta del salón estuvo correctamente cerrada, la señorita Howard se volvió hacia Jamie y lo miró con unos ojos que tenían un débil brillo

conspiratorio.

—Pues ya ha conocido usted a las hermanas Crane, aunque yo siempre pienso en ellas como «las Honorables».

—¿Las qué? —preguntó Jamie, sin entender.

—Es un apodo cariñoso. Oficialmente son la Honorable Leopoldine Crane y la Honorable Albertine Crane, aunque nos han dado permiso para llamarlas señorita Polly y señorita Bertie. Le ahorraré la historia completa, pero el caso es que viven aquí desde que su padre falleció en 1927. Están... esperando la resolución de un proceso judicial.

—Eso parece mucho tiempo —replicó Jamie, sin saber qué otra cosa decir.

—Son bastante excéntricas, pero también dulces. A su manera, creo que intentan no causarnos problemas. Pero no me importa que no puedan evitar ser complicadas. Tuvieron una educación muy a la antigua usanza, está claro.

La siguiente estancia era evidentemente la biblioteca, una sala pequeña y bastante oscura con una mesa robusta en el centro, un par de butacas de cuero flanqueando su única ventana y estanterías desde el suelo hasta el techo atiborradas de libros, tanto antiguos como nuevos. A Jamie le recordó las librerías de segunda mano de Edimburgo, donde a su padre le encantaba pasar las horas, con el mismo olor, no del todo desagradable, a papel húmedo y cerrado.

Un hombre mayor, de unos sesenta años, estaba sentado detrás de la mesa con toda su atención concentrada en un mapa de gran tamaño que mantenía extendido con la ayuda de pequeños montones de libros en cada esquina. Levantó la vista, sonrió a la señorita Howard, frunció brevemente el entrecejo al ver a Jamie y siguió examinando el mapa.

—El profesor Thurlow —le explicó la señorita Howard a Jamie en voz baja—. Es la única persona que probablemente encontrará aquí, a pesar de que tenemos una selección de libros excelente. Puede tomar prestado lo que le plazca.

—¿El profesor es otro huésped de larga estancia?

Después de indicarle con un gesto que volvieran a salir al pasillo, la señorita Howard cerró la puerta de la biblioteca y lo guio hacia el salón principal.

—Sí. Es archivista e historiador jubilado. La biblioteca donde trabajó durante muchos años, junto con su piso, quedaron destruidos por completo hacia el final de la guerra por uno de esos terribles cohetes V-2. Después de aquello, se instaló a vivir aquí con nosotros.

El portero que se había mostrado tan amable con Jamie entraba por la puerta cuando llegaron al vestíbulo.

—Buenos días, señorita Howard.

—Buenos días, Mick. Te presento al señor Geddes, nuestro nuevo huésped de larga estancia.

—Encantado de conocerlo. Me llamo Mick Nelligan y trabajo como portero y chófer.

El señor Nelligan tenía cara de boxeador y una constitución acorde, pero cuando le estrechó la mano a Jamie lo hizo con una expresión sinceramente cordial.

—Es asimismo un placer conocerlo, señor Nelligan.

—No es necesario que sea tan formal, señor. Todo el mundo aquí me conoce como Mick. Y yo tampoco utilizo esa jerga tonta de los ujieres.

—Lo sé, Mick, lo sé —reconoció la señorita Howard—. El señor Brooks solo intentaba ayudar. Ha pensado que podría parecer más moderno.

—Soy un portero, así de simple, y, cuando dispongo de algo de tiempo libre, echo una mano para ayudar en lo que sea necesario. Para sentirme importante no necesito ningún título que ni siquiera sé pronunciar.

—Por supuesto que no —dijo la señorita Howard, calmándolo—. He dejado claro que eres nuestro portero, como tú prefieres que se te llame.

—Gracias. Bueno, mejor que vuelva fuera. Encantado de conocerlo, señor Geddes.

La señorita Howard cerró la boca con fuerza, casi como si estuviera conteniendo una carcajada, y no volvió a dirigir la mirada a Jamie hasta que Mick estuvo fuera del edificio.

—Pues bien. Ese era Mick. Un encanto de hombre, e indispensable, además. Y ahora... ¿me permite que lo acompañe a su habitación? Debo decir que estoy muy satisfecha de cómo ha quedado.

Jamie volvió a seguirla, subiendo los peldaños de dos en dos con sus largas piernas.

—El cuarto de baño está al otro lado del pasillo, aquí mismo —le explicó la señorita Howard cuando llegaron a la planta superior—, y el aseo se encuentra justo al lado. Y aquí tenemos su habitación —anunció—. Mick le ha subido antes el baúl.

La señorita Howard y el personal del hotel habían obrado un milagro en muy pocos días. Los suelos y el mobiliario tenían un brillo acerado, la ventana y la claraboya estaban tan limpias que parecían invisibles, y por todas partes había toques amables y hogareños: una lámpara de pie al lado del silloncito solicitado, una alfombra persa descolorida que calentaba el suelo junto a la cama e incluso una maceta con primulas amarillas en el alféizar de la ventana.

—Es una maravilla —dijo Jamie, después de asimilar la escena—. Gracias.

—Hágame saber si necesita alguna cosa. Ah, y casi se me olvidaba, el té es a las cuatro y media.

—Me he saltado tanto el desayuno como el almuerzo, de manera que bajaré encantado.

—Pues nos vemos allí. Bienvenido al Blue Lion, señor Geddes.

Jamie empezó a sacar sus cosas, pensando en que cuanto antes se instalara, antes se quitaría de encima la persistente necesidad de volver al piso de Wood Green o, peor aún, a casa de sus padres en Edimburgo. Habían pasado casi ocho años desde que sobrevivió cuando debería haber muerto, y poco más de cinco desde que abandonó sus estudios de Derecho y se trasladó a Londres. Si ahora fracasaba, si permitía que la inercia y el miedo lo devolvieran al entorno protegido y seguro de la vida en Edimburgo, a trabajar con su padre y su hermano, sin que el patrón repetitivo de sus días le produjera sorpresas e inspiración, habría fracasado en todo lo que le importaba.

Una llamada a la puerta lo sobresaltó y, a continuación, oyó una voz que le hablaba en voz baja desde el pasillo.

—¿Señor Geddes? ¿Hola?

Abrió la puerta y se encontró a una joven con un delantal blanco almidonado. Sujetaba una bandeja, cuyo contenido quedaba oculto por un paño de lino.

—Buenas tardes, señor Geddes. ¿Puedo pasar con esto?

—Por supuesto —respondió Jamie, haciéndose a un lado para que la muchacha pudiera pasar—. Aunque creo que ha habido un error. No he pedido nada de la cocina. Y, de hecho, no estaba al corriente de que pudieran subirme comida.

—Normalmente no es así, pero la señorita Howard nos ha dicho que aún no había comido nada hoy.

La joven dejó la bandeja en la mesa, retiró el paño y descubrió un cuenco de sopa, unos cuantos sándwiches, una porción de tarta que olía a melaza y especias, un termo con café y una jarrita de leche.

Jamie abrió la boca para darle las gracias a la chica, pero una oleada de emoción, inesperada y desconocida, le atoró las palabras en la garganta. Tosió, esperó unos instantes y entonces, por fin, fue capaz de hablar.

—Tiene todo un aspecto maravilloso. ¿Bajo luego la bandeja cuando haya acabado?

—Oh, no, ya subiré yo a recogerla. Usted déjela simplemente fuera cuando esté. Dice la señorita Howard que no hay que molestarlo.

—Es muy amable por su parte, pero no soy ni mucho menos tan delicado. No hay necesidad de tener que andar de puntillas por mi culpa.

—Muy bien. Disfrute de la comida, señor. Y bienvenido al Blue Lion.

Capítulo siete

Edie

Miércoles, 18 de febrero de 1953

—No. Me temo que nuestra respuesta es no.

—Señorita Polly...

—No podemos trasladarnos. No lo haremos. Es..., es imposible.

Las hermanas Crane estaban sentadas hombro con hombro en el sofá de la sala de estar y la expresión de terquedad de sus rostros era exactamente la que Edie esperaba. Llevaba semanas, meses incluso, posponiendo la conversación, y desde el principio todo había ido tal y como se temía: fatal.

—Pedirnos que hagamos esto es cruel por su parte —dijo la señorita Bertie.

—Monstruosamente cruel —remató su hermana.

No lo era en absoluto. Edie había explicado su dilema a las Honorables con claridad y con calma. Ellas habían esperado a que terminara, con el ceño cada vez más fruncido, y habían reaccionado exactamente tal y como Edie sabía que reaccionarían.

—Ya es suficiente —dijo Edie entonces, adoptando el tono que utilizaba con el señor Pinnock cuando hablaba con él sobre el lamentable estado de la caldera del hotel—. Es justo lo contrario de cruel, y las dos lo saben perfectamente. —Ignorando sus gorjeos de protesta, continuó sin aflojar—: Llevan muchos años viviendo aquí y no deseo que se vayan a ningún otro lado, pero deben comprender varias cosas. En primer lugar, que la tarifa actual del Blue Lion para alojamiento y comida es de tres libras y diez chelines por semana. Y por persona. Pero ustedes ocupan dos habitaciones y se les cobra tan solo dos libras por semana.

—Un robo en toda regla, eso es lo que...

—Señorita Bertie, permítame terminar. Durante las semanas previas y posteriores a la coronación, cobro un recargo por las habitaciones con vistas a Northumberland Avenue. Un recargo importante.

—Tal y como mi hermana...

—No les estoy pidiendo que paguen ese recargo por sus habitaciones. Y tampoco les estoy pidiendo que paguen la tarifa normal que absolutamente todos los huéspedes, el profesor Thurlow incluido, están pagando. Lo que les estoy pidiendo es que se trasladen al otro lado del pasillo, a unas habitaciones que son exactamente iguales a las que en la actualidad ocupan, para de este modo poder cobrar a esos otros huéspedes la tarifa más alta.

—Un trastorno así, y después de tantos años... No puedo soportarlo, simplemente. ¿Y tú, Bertie?

—No puedo, Polly.

Edie sentía afecto por las hermanas y se compadecía de sus circunstancias. Cuando el padre de las Honorables falleció inesperadamente en 1927, aplastado por su caballo en un accidente de caza, el primo heredero de la fortuna ignoró por completo la modesta cláusula que el testamento del barón reservaba para las hermanas y las puso de patitas en la calle. El testamento y la negativa del primo a mantener a la señorita Bertie y la señorita Polly habían sido el centro de una serie de procedimientos legales desde entonces.

Los pocos ahorros que tenían las Honorables habían desaparecido hacía mucho tiempo, engullidos por el caso Crane contra Crane. Entre ambas poseían poca cosa de valor, puesto que el primo se había quedado con todas las obras de arte y el mobiliario realmente valioso. En las décadas transcurridas desde entonces, sin embargo, habían conseguido abarrotar sus habitaciones de fotografías, cojines bordados, figuritas de cerámica, flores secas y un amplio surtido de baratijas que a las criadas les llevaba una eternidad desempolvar. El simple hecho de pensar en el esfuerzo que supondría trasladar a las hermanas y sus posesiones al otro lado del pasillo llevaba provocándole dolor de cabeza a Edie desde hacía días. Pero había que hacerlo.

—Sabe muy bien todo lo que hemos sufrido desde que nuestro cruel primo Dominic tomó posesión de los bienes de la familia. Los tribunales acabarán decidiendo a nuestro favor, a buen seguro, y cuando lo hagan...

—Como a buen seguro lo harán...

—La compensaremos, por supuesto. ¿No fue siempre ese nuestro acuerdo? Al fin y al cabo, fue su padre quien lo sugirió.

Por desgracia, el padre de Edie había sido bastante más susceptible a las artimañas aristocráticas de las dos autocomplacientes ancianas de lo que ella lo era ahora, o lo había sido nunca. Lo que tocaba en ese momento era una dosis de sinceridad sin adornos.

—Me temo que no puedo esperar a que se dicte sentencia. Señorita Bertie, señorita Polly: el hotel tiene problemas. Desde la guerra, ha sido una lucha continua para poder llegar a fin de mes. No es mi intención aburrirlas con todos los detalles, pero la situación es desesperada.

—¿Desesperada, dice? —preguntó con voz trémula la señorita Polly.

—Bastante, bastante desesperada. El hotel hace años que tiene pérdidas, pero con la coronación se me presenta una oportunidad de salvarlo. Tenemos una oportunidad. Los visitantes extranjeros están dispuestos a pagar cantidades asombrosas por una habitación con vistas a la procesión de la coronación, y las habitaciones que ocupan ustedes, desde las que se domina toda la avenida, son las mejores del hotel. Podría pedir hasta doscientas guineas por noche por cada una de ellas, o incluso más, lo cual nos ayudaría enormemente. Díganme que lo entienden.

—Si tanto necesita nuestras habitaciones, ¿por qué no nos echa? —preguntó la señorita Bertie, que siempre había sido la más dramática de las hermanas.

Edie inspiró hondo para coger fuerzas y rezó para ser capaz de mantener la compostura.

—Sentiría mucho verlas marchar, por supuesto, pero debo advertirles que es muy difícil encontrar un lugar donde alojarse en el centro de Londres (un lugar respetable, claro está) por solo dos libras a la semana. Naturalmente, siempre podrían plantearse Bayswater, o quizá uno de esos hoteles para señoras cerca de King's Cross...

Un silencio hosco y prolongado se quedó flotando en el ambiente mientras las hermanas, arrugando la nariz como si se enfrentaran a un olor muy desagradable, asimilaban lo espantoso de las sugerencias de Edie.

—Su padre se quedaría horrorizado si supiera lo que nos está pidiendo —dijo por fin la señorita Bertie.

El responsable de todo aquel lío era su padre, que Dios lo tuviera en su gloria. Había dirigido el hotel en una situación de déficit constante, asumiendo alegremente que los problemas nunca llegarían a alcanzarlos, pero lo habían hecho. El día que sus padres murieron, Edie descubrió lo frágiles que eran los cimientos sobre los que se asentaba el Blue Lion. Y había estado intentando reflotarlo desde entonces.

—Es posible —reconoció—, pero él ya no está aquí. La que está aquí soy yo. El hotel es mío y estoy haciendo todo lo posible por mantenerlo abierto.

Siguió otro silencio largo y quejumbroso, interrumpido únicamente por los sollozos de la señorita Polly.

—¿Sería solo trasladarse al otro extremo del pasillo?

—Sí, a unos pocos pasos.

—¿Y nuestras cosas? —preguntó la señorita Bertie—. ¿No estará sugiriendo que unos desconocidos duerman en nuestras camas y se sienten en nuestros sillones y nuestras sillas?

Edie consiguió contenerse y no explicarles que ninguno de esos muebles pertenecía realmente a las hermanas.

—No, no. Todo cruzará el pasillo con ustedes y lo meteremos en sus habitaciones temporales.

—No esperaré que hagamos nosotras el traslado. Ninguna de las dos es joven, y tampoco fuerte.

—Me encargaré yo de todo eso, señorita Polly. No tiene por qué preocuparse.

—Por supuesto que nos preocupamos —dijo la señorita Bertie protestando y con la barbilla temblorosa—. Todo este terrible trastorno y toda esta ansiedad son simplemente demasiado para nosotras, y junto con lo que nuestro cruel primo Dominic nos ha hecho...

Edie experimentó, y no por primera vez en lo que iba de día, una punzada de remordimiento. Las hermanas no tenían la culpa de haber sido educadas con indiferencia y criadas en un ambiente de tantos privilegios que incluso las exigencias más ordinarias de la vida diaria podían hacerlas marchitar más rápido que un ramo de gardenias de invernadero.

—Les prometo que mantendremos las molestias al mínimo —dijo—. Podrían incluso esperar en la sala de estar mientras hacemos el traslado.

La señorita Bertie soltó una carcajada burlona.

—¿Para que nos roben hasta las bragas? No, gracias. Vigilaremos a los hombres que nos hagan la mudanza como halcones a sus presas.

—Por supuesto que sí —confirmó su hermana.

No habría hombres de fuera para hacer la mudanza, solo Mick para los objetos más pesados y las criadas de la casa para todo lo demás. Las mismas chicas que llevaban años entrando y saliendo a diario de las habitaciones de las hermanas sin que hubieran echado en falta ni siquiera una horquilla. Pero esa conversación mejor reservarla para otro momento.

—Pues ahora que ya está todo arreglado, le pediré a Ginny que les suba una tetera —sugirió Edie, sintiéndose magnánimamente victoriosa— junto con unas galletas de limón de esas que les gustan tanto.

Los periódicos de la tarde habían llegado mientras Edie estaba arriba con las hermanas y, a pesar de que los libros de contabilidad exigían toda su atención y que tenía una montaña de correo que revisar y solo había tachado uno de los temas de la lista de su libreta —«Convencer de la mudanza a las Honorables»—, cogió el Times y se sentó a hojearlo. Con cinco minutos de distracción habría suficiente, y luego volvería el trabajo.

En portada vio una fotografía de la reina tomada durante el corte de cinta de una inauguración de alguna cosa lo bastante importante, en su planificación y construcción, como para ser merecedora de una visita de la monarca para celebrar su apertura. Solo había pasado un año desde la muerte del rey, pero Edie estaba segura de que su hija ya estaba más que harta de alguno de los deberes que había heredado. ¿O tal vez no? A lo mejor le encantaba todo.

A lo mejor, el corazón de la joven reina se alegraba de verdad por saber que el resto de su vida se

convertiría en una sucesión interminable de placas que destapar, primeras piedras que colocar, barcos que bautizar, árboles que plantar, cintas que cortar y miles y miles de desconocidos que deslumbrar con su conexión momentánea con la mujer más famosa del mundo. Poco probable, en opinión de Edie, pero tal vez fuera consuelo suficiente.

La reina era rica y admirada, era tratada con deferencia, respeto y muestras de afecto sinceras donde quiera que fuese, pero ¿bastaba con todo eso para compensar su falta de libertad? Era solo una niña cuando su padre había ascendido al trono y se había convertido en su heredera sin que jamás le preguntaran si era eso lo que quería, y de un plumazo el curso de su futuro había quedado trazado. Tenía por aquel entonces tan solo diez años, demasiado joven para ser consciente o comprender lo que realmente significaba aquello.

Edie también era muy joven cuando entendió que debía convertirse en la heredera de su padre, y que el regalo y la carga del Blue Lion serían única y exclusivamente suyas y jamás se le permitiría hacer otra cosa que no fuera seguir un camino que había quedado trazado para ella antes incluso de que naciera. Nunca podría ir a la universidad, por mucho que siempre fuera la primera de la clase en el colegio, y nunca podría tener un hogar, o una vida, que no girara alrededor del Blue Lion.

Y ahora tenía treinta y dos años, seis más que la reina, y hacía años, décadas incluso, que no pasaba una noche fuera del hotel, o iba al cine, con la única excepción de la comida y las dos cenas con David Bamford. Estaba rodeada de gente, muchos de ellos seres queridos, pero se sentía sola. Más sola incluso que la reina, que tenía un esposo, unos hijos, una madre y una hermana que la querían.

Seguía atrapada en esa infeliz cadena de pensamientos cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Señorita Howard? —Levantó la vista y vio que el señor Brooks estaba en el umbral del despacho—. ¿Qué tal ha ido con las señoritas Crane?

—Más o menos como esperaba —respondió, sin molestarse en disimular su triste estado de ánimo—. Pero al final han cedido. —Cerró los ojos y se frotó las sienes.

—¿Qué pasa?

—Solo es un dolor de cabeza.

Un dolor de cabeza y lo que parecía el peso del mundo entero. Simplemente eso.

—Ha vuelto a quedarse levantada hasta muy tarde. ¿Estaba repasando las cuentas? Tenía la luz encendida más allá de medianoche.

—¿Cómo lo sabe? —replicó Edie, un poco inquieta. El señor Brooks vivía fuera y el día antes había salido de trabajar a las seis.

—Decían que hoy iba a llover y recordé que me había dejado el paraguas aquí. Cuando volví a buscarlo, vi que había luz en su despacho. ¿No me oyó hablando con el señor Swan?

—Oh, sí, claro.

El señor Brooks dio un pequeño paso al frente.

—Puede confiar en mí, ya lo sabe. ¿Tan malo es?

—¿El dolor de cabeza? Sobreviviré. Una aspirina y...

—Me refiero al hotel. ¿Tan mal están las cosas en el hotel?

Llevaba años sin hacerle confidencias a nadie. Ni a un alma. Y ahora, en el espacio de pocas semanas, había reconocido al menos parte de la verdad primero ante David Bamford y luego ante las Honorables. ¿Qué mal podía hacerle responder con sinceridad la pregunta del señor Brooks?

Lo miró a los ojos y no vislumbró ninguna chispa de malicia, tampoco ninguna sensación de deleite medio oculto al verla tan desgraciada. Solo aceptación serena de la realidad y, esperaba también, comprensión por parte de un hombre que le había demostrado su valía una y otra vez durante los años que llevaba trabajando para ella.

—¿Me jura que mantendrá en la confidencialidad más estricta lo que voy a contarle?

—Se lo juro. Se lo juro por mi honor.

No pudo evitar percatarse de que su acento de Newcastle era más marcado de lo habitual, lo que solo sucedía cuando estaba cansado o preocupado. Era de agradecer que aquel hombre que tanto estimaba se tomara muy en serio su desasosiego.

—Gracias. Están... mal. Ya ha visto usted las cuentas, por lo tanto está al corriente de los escasos beneficios que genera el hotel. Eso ya de por sí es problemático, pero, además, prácticamente todo mi capital está agotado. Aunque tampoco es que quedara gran cosa después de pagar los impuestos de sucesión cuando fallecieron mis padres. Pero cuando se haya agotado del todo... He ido con cuidado, con mucho cuidado, pero las reparaciones son interminables, todo está carísimo y es imposible economizar más sin que los huéspedes se den cuenta de ello. Por mucho que repase las cuentas y busque formas de ahorrar, nunca es suficiente, y la preocupación por lo que ocurrirá cuando lo que queda de mis ahorros desaparezca por completo resulta desalentadora. Y hablar con las Honorables, intentar convencerlas de que me ayuden, aunque sea solo un poco, ha sido agotador.

—¿No han accedido al cambio de habitación?

—Sí, sí, pero aun así armarán un verdadero escándalo cuando las traslademos al otro extremo del pasillo, y cuando haya pasado la coronación y las traslademos de nuevo, seguiré teniendo dos de mis mejores habitaciones alquiladas a dos libras por semana a dos señoras desesperadamente protegidas que no tienen ni idea de lo que de verdad cuesta vivir en Londres.

El señor Brooks rodeó la mesa de despacho y tomó asiento en una de las sillas destinadas a los

huéspedes. Fruncía el entrecejo, como si también él tuviera dolor de cabeza.

—¿Tan mala es la situación? —preguntó una vez más.

—Lo bastante mala como para haber decidido no descontar más mi salario. ¿Cómo iba a poder hacerlo? Solo tenemos los ingresos que nos proporcionan los huéspedes, pero el gasto en salarios, impuestos, tasas, seguro, mantenimiento y suministros es...

—¿Considerable?

—Sí. Es una forma suave de decirlo. Aplastante sería más preciso. A cada año que pasa, todo está un poco más caro y sigo teniendo que echar mano de mi capital. Lo cual me parece correcto cuando se trata de desastres de verdad, como una cañería que se rompe o un incendio. Pero no para pagar la factura del carnicero.

—¿Y no debería pagar el seguro el coste de cualquier imprevisto?

—De algunos, pero no de todos. Nos enteramos de eso a raíz del Blitz.

El hotel no había sido atacado directamente, pero había habido pequeños incendios como consecuencia de las bombas incendiarias, y uno de los edificios anexos había tenido que reconstruirse. El seguro solo había pagado una pequeña parte de las reparaciones.

El señor Brooks se inclinó hacia delante, unió las manos por encima de la mesa y miró a Edie con preocupación.

—Todo el trabajo que hace, sin tomarse ni un día libre... ¿y no se paga ningún salario?

—Me pago lo mínimo de lo mínimo. Lo bastante para mantener un aspecto decente. Creo que no le haría ningún bien al hotel si fuera vestida con harapos.

Habría sido gracioso de no ser tan patético. Incluso Dolly tenía ropa más bonita que ella para sus días libres. Porque el caso era que Dolly tenía días libres. Edie no se tomaba un día libre desde..., ni siquiera se acordaba.

—¿Pero una noche de fiesta? —preguntó el señor Brooks, como si estuviera leyéndole los pensamientos—. ¿Un día a orillas del mar?

Edie negó con la cabeza.

—No. Ninguno desde que acabó la guerra. He ido a cenar con David Bamford un par de veces, pero... En realidad lo único que le interesa es comprar el hotel.

—Nunca se plantearía venderlo, ¿verdad? —preguntó el señor Brooks, claramente horrorizado.

No tenía ninguna necesidad de responder a eso. Pero el señor Brooks también estaba preocupado.

—Por supuesto que no. Aunque... es evidente que podría llegar a un punto en el que no me quedara otra alternativa que vender. Pero todavía no estoy ahí.

—Es una lástima que deba enfrentarse a todo esto sola. Sin una familia, me refiero.

—Supongo que sí. Resulta extraño ser la única Howard que queda con vida. Creo que hace algunas generaciones había algún primo, pero nunca los conocí. Por lo que sé, deben de haber muerto también.

El señor Brooks puso mala cara, dejando patente la angustia que le provocaba la situación en la que Edie se encontraba.

—Sí. Es una lástima. Aunque creo que, cuando he dicho que estaba sola, me equivocaba. Porque tiene a todo el personal del hotel dispuesto a ayudarla.

—Muy amable por su parte. —Sonrió y el señor Brooks le devolvió la sonrisa, aunque estaba claro que aquellas revelaciones lo habían dejado muy preocupado—. Espero no haberle molestado con todo esto.

—En absoluto. Soy el subdirector, al fin y al cabo, y parte de mi papel consiste en darle todo mi apoyo. Además, estoy seguro de que se nos ocurrirán maneras de mejorar las expectativas del hotel. Para empezar, tenemos la coronación. Porque, más allá de cobrar un recargo por las habitaciones, tiene que haber otra manera de obtener más beneficios. ¿Qué le parecería organizar té a media tarde? Sé que lo ofrecemos a los no residentes, pero hace una eternidad que no entra nadie de la calle a tomar el té.

—Lo sé —reconoció Edie—. No nos ayuda para nada tener un Lyons justo a la vuelta de la esquina. La mayoría de la gente prefiere tomarse rápidamente una taza de té y un bollo y se acabó.

—Los londinenses, quizá, pero no los turistas. Y, definitivamente, no los extranjeros. Tienen un concepto de lo que es el té de la tarde que a buen seguro no coincide con tomarse una taza en un Lyons. Lo que les gusta es poder sentarse en el histórico comedor de un edificio antiguo y degustar sándwiches, exquisiteces y bollos que estén hechos con mantequilla de verdad. Y en el Blue Lion tenemos todo eso... y no se olvide de la leyenda que afirma que la reina Isabel I se refugió justo aquí durante la gran nevada de 1564. Es un elemento atractivo donde los haya.

—¿De verdad lo piensa? Es una historia que nunca he llegado a creerme del todo. Eso de que la reina de Inglaterra no encontrara otro lugar donde refugiarse más que una pequeña posada. No hay que olvidar que el palacio de Whitehall está solo a unos pocos cientos de metros de aquí. Y si ella y su séquito se hubiesen apresurado, habrían estado en casa en solo media hora.

—Da igual que sea cierto o no —insistió el señor Brooks—. La leyenda es suficiente. Y aún tenemos la silla en la que se sentó. ¿Por qué no la sacamos de la sala de estar y la instalamos en el comedor? Podríamos colocarla en una pequeña plataforma y acordonarla de algún modo, para que la gente no se siente en ella.

—Me parece muy buena idea. Necesitaremos llevar a cabo algunas mejoras en el comedor — reflexionó Edie—, aunque dudo que podamos conseguir una sola lata de pintura que no sea de color gris barco de guerra.

El señor Brooks sonrió ante el comentario.

—No creo que necesite llegar tan lejos. El hotel está perfecto tal y como está. Simplemente hay que recolocar algunas cosas.

—Gracias, señor Brooks. Espero no haberlo dejado muy preocupado.

—No, en absoluto. Es solo que... si le doy la impresión de que estoy preocupado es porque mi madre no está muy bien. Y es complicado no preocuparse por eso. Teniéndola además tan lejos.

—¿Me equivoco si pienso que es usted del noreste?

—Lo soy. Me crié en South Shields, pero llevo una eternidad sin ir a casa. Cuando mi padre falleció, perdimos el contrato de alquiler de la botica que regentaba y tuve que encontrar trabajo para sustentarnos tanto mi madre como yo.

El reconocimiento de aquellas circunstancias le encogió el corazón a Edie.

—Ay, señor Brooks. De haberlo sabido... No se ha tomado usted vacaciones desde... desde hace tanto tiempo que ni lo recuerdo. Debe ir a verla.

—Estoy bien. Iré cuando haya pasado la coronación y las cosas estén aquí más tranquilas.

—Muy generoso por su parte, gracias.

—De nada. El hotel me necesita, y en nada podré ir a visitarla. Solo tengo que ser paciente. — Volvió a sonreír—. Estaba pensando... ¿Le importaría llamarme Ivor cuando estemos solos los dos? Y si me permite el atrevimiento..., ¿podría dirigirme a usted por su nombre de pila?

—Sí, por favor. Es Edwina, pero prefiero que me llamen Edie.

—Edie, pues. Gracias por confiar en mí. No la decepcionaré.

El señor Brooks volvió al mostrador de recepción y cerró la puerta del despacho al salir. Edie se quedó de nuevo a solas con sus pensamientos. El dolor de cabeza se había aliviado, y junto con él, también ese tamborileo de pánico que le resultaba ya tan familiar, y tan constante, como el latido de su corazón.

Había reconocido lo peor delante de otra persona y el hotel no se le había caído encima. Había compartido sus preocupaciones y, en vez de alejarse de ella, como casi esperaba que hiciera, Ivor la había entendido, le había ofrecido su ayuda y también le había hecho una confidencia. Tal vez fuera la última de los Howard, pero al menos tenía amigos.

Capítulo ocho

Stella

Miércoles, 25 de febrero de 1953

—Buenos días, señorita Berridge, ¿llego tarde?

—Faltan aún cinco minutos. ¿En qué se ha fijado esta mañana?

A la recepcionista de Picture Weekly le encantaba escuchar los detalles de las escenas que llamaban la atención de Stella cada mañana durante su recorrido a pie hasta el trabajo. El día anterior había sido un obrero encaramado a una altísima escalera de mano que encolaba con energía un cartel enorme de Vera Lynn en la valla publicitaria de la fachada del teatro Adelphi; hoy había sido el esplendor inesperado de una iglesia barroca aislada en una rotonda en medio del Strand.

—¡Se lo cuento después de la reunión! —gritó.

Pasó corriendo por delante del despacho de Kaz, siguió por el pasillo y subió las escaleras hasta la sala de los fotógrafos. Era un espacio abierto y amplio, iluminado con claraboyas y una hilera de ventanas orientadas al sur que ocupaban la mayor parte de una pared; en invierno resultaba un lugar muy agradable, aunque Stella sospechaba que, durante la canícula estival, allí debía de hacer un calor infernal.

En el centro de la sala había un revoltijo de mesas juntas formando una única superficie, y sobre ellas un montón de cajas de material fotográfico, tiras de hojas de contactos, ejemplares atrasados de la revista y los variopintos desechos de un espacio de trabajo habitado y no excesivamente limpio: tazas de té que se había quedado frío, ceniceros llenos a rebosar, botes de mermelada repletos de lapiceros y una máquina de escribir que se utilizaba tan raramente que tenía el teclado cubierto de polvo. En un extremo de la pared que daba al norte, había un improvisado estudio que consistía en un telón de fondo de papel raído rodeado por un pequeño bosque de lámparas, reflectores y trípodes; en el otro extremo estaba el cuarto oscuro, con la puerta coronada por la inconfundible luz roja y sus paredes adornadas con guirnaldas de fotografías recién reveladas.

A pesar de que la reunión semanal de la redacción estaba a punto de empezar, Stella dejó la bolsa de la cámara y la mochila en una de las mesas y fue a buscar las imágenes de su trabajo del día

anterior. Le habían encargado fotografiar los nuevos diseños de Norman Hartnell para los trajes que lucirían los lords y las ladies en la coronación, así como los vestidos de los invitados menos eminentes, y la experiencia le había dejado una sensación de extraño malestar. La sesión fotográfica se había organizado como una especie de desfile de moda, con modelos paseando de un lado a otro envueltas en terciopelo con ribetes de armiño y satén de color blanco nupcial, los brazos cubiertos hasta más allá del codo con guantes de piel de cabritillo y la cabeza coronada con tiaras de diamantes de imitación. Le habían gustado bastante los diseños, pero las salas de Hartnell tenían una elegancia tan fría y las modelos una belleza tan sobrenatural que Stella se había sentido tremendamente incómoda durante toda la sesión.

Ahora, examinándolas mejor, llegó a la conclusión de que las fotografías estaban bien. Simplemente bien. No eran magníficas, tampoco memorables, y seguía asimilando aquella realidad cuando la luz roja se apagó y Win Keller salió de repente del cuarto oscuro.

Durante su primer día de trabajo en Picture Weekly, se lo habían presentado como el ayudante del cuarto oscuro, pero a lo largo de las semanas que habían transcurrido desde entonces, Edie había llegado a la conclusión de que era realmente el jefe supremo del cuarto oscuro. Sus fotografías jamás habían sido mejores que ahora, pero el señor Keller era implacablemente franco en sus críticas al trabajo de todos los fotógrafos, y al de ella en particular, por lo que Edie había aprendido rápido a ser cautelosa con su lengua afilada.

Por todo eso, había decidido que le gustaba. Era un hombre joven, pero tenía alma de viejo, igual que ella; y sus pullas, sospechaba, eran tan solo defensivas. No sabía nada sobre él, aunque estaba segura de que, como ella, también estaba marcado por el pasado y que soportaba el peso de cargas invisibles que otros no podían ver, o no se tomaban la molestia de intentar ver.

—Esas han salido bastante bien —le dijo entonces el señor Keller—. No te quedes así boquiabierta mirándome, Stella. Esta foto de aquí..., ¿qué estabas intentando hacer con ella?

Al final del desfile, el grupo de modelos había formado un simulacro de procesión y, al abandonar la sala, una de las mujeres, más alta que el resto, enfundada en un vestido que era como una elegante columna de satén blanco, había vuelto la cabeza y levantado un brazo en una especie de saludo regio. Stella había reducido la velocidad del obturador de la cámara y, confiando tan solo en la luz de las lámparas del techo y los apliques de la pared, había capturado en un enfoque perfecto la cara y los hombros de la modelo, dejando el resto de la imagen como una mancha borrosa de figuras fantasmagóricas y sombras que se alejaban.

—Quería encontrar un momento de quietud en medio de todo ese... No sé muy bien cómo describirlo.

—¿Ruido? —sugirió Win.

—Sí. Utilicé una velocidad de obturación de un cuarto de segundo. Es la configuración más lenta que me ofrece mi cámara.

—Umm... Tengo una Leica que podría prestarte. Inténtalo con esa. Ignora el ruido y encuentra

esos puntos de quietud.

—Lo haré —dijo ella, asombrada ante tanta generosidad—. Gracias, señor Keller. Le prometo que la cuidaré bien.

—Sé que lo harás.

Se volvió hasta quedarse de frente a ella y, por un momento, su expresión se dulcificó y llegó hasta casi una sonrisa. Entonces, probablemente pensándose mejor, entró de nuevo en el cuarto oscuro y cerró la puerta con fuerza.

Instantes después, Frank la llamó desde la escalera.

—Stella, querida, ¿vienes?

Frank, el más veterano de los fotógrafos de la plantilla, había invitado a Stella a seguirlo durante su primera semana en PW, y de él había aprendido a configurar y utilizar la Speed Graphic que Frank prefería para las fotografías de interior. A cambio, solo le había pedido que le acercara una taza de té cuando la necesitara para que así sus doloridas rodillas pudieran descansar de tantas escaleras.

—¡Enseguida voy!

El primer día en la revista, Stella había llegado terriblemente tarde porque no había caído en la cuenta de que la entrada principal a las oficinas estaba ubicada en un pasaje, no en la misma Fleet Street y, en consecuencia, cuando había irrumpido en la sala de espera, lo había hecho nerviosa y sin aliento. La recepcionista la había mirado con calma, en absoluto preocupada por su brusca aparición.

—¿Señorita Donati?

—Sí. Lo siento. Me he perdido..., la puerta...

—Le pasa prácticamente a todo el mundo. La está esperando.

—¿El señor Kaczmarek?

—Sí —había respondido la mujer, sonriendo—, pero que no la pille llamándolo así. Aquí es Kaz para todo el mundo.

—¿Dónde...?

—Por el pasillo, la primera puerta a la derecha.

La puerta del despacho del señor Kaczmarek estaba abierta, pero en lugar de llamar Stella se había parado al llegar al umbral. Detrás de la mesa había un hombre rubio, ancho de hombros, con la espalda encorvada y haciendo rápidas anotaciones en un manuscrito escrito a máquina.

—¿Señorita Donati? —había dicho, sin levantar la mirada de los papeles que tenía delante—. Pase. En un momento estoy.

Stella había avanzado unos pasos y se había instalado en el borde de una silla de madera, delante de la mesa, y, mientras esperaba a que el señor Kaczmarek acabara lo que estaba haciendo, había estudiado el despacho. Era un espacio pequeño, polvoriento e increíblemente desordenado; en las paredes había fotografías y cuadros torcidos, y ningún atisbo de majestuosidad. No era el tipo de despacho que cabría esperar para el director de una revista tan respetada y leída como *Picture Weekly*.

—Ya está. Hecho —había dicho, dejando el lápiz sobre la mesa y empujando hacia atrás la silla. Se había quedado un rato mirándola con unos ojos azules que las gafas hacían similares a los de un búho—. Señorita Donati. ¿Me permites que te llame Stella?

—Por supuesto.

—Sospecho que la señorita Berridge, en la entrada, ya te habrá advertido de que aquí soy Kaz para todo el mundo.

—Sí, señor.

Al oír su respuesta, el señor Kaczmarek había sonreído.

—Solo Kaz. ¿Qué tal el viaje desde Roma?

—Muy agradable, gracias.

—¿Te criaste allí?

—Bueno, no. Soy originaria de Livorno.

—Ah. Una ciudad preciosa. —Y entonces, inesperadamente, le había preguntado—: ¿Qué fue lo que te llevó a la fotografía?

Nadie nunca le había formulado aquella pregunta, ni siquiera sus seres queridos.

—Mi madre. Era fotógrafa. —El señor Kaczmarek no había hecho ningún comentario, aunque su mirada se había vuelto franca y firme, y en aquella mirada Stella había encontrado la confianza necesaria para desarrollar su explicación—. No sé si habrá oído hablar de las *Guide di turistiche Donati*.

—Por supuesto. Unas guías espléndidas, y tan bien escritas que merecía la pena leerlas solo por placer. ¿Estás emparentada con la gente que las publicaba?

—Las publicaban mis padres. Mi padre escribía las guías y mi madre era la encargada de hacer las fotografías y dibujar los mapas. Pero a los dos los mataron durante la guerra.

—Lo siento mucho.

—Después de aquello, me fui a vivir con unos amigos. Me regalaron algo de dinero cuando cumplí veintiún años y lo utilicé para comprarme una cámara. Es la Elettra que todavía utilizo. Se me había ocurrido la idea de intentar convertirme en fotógrafa, como mi madre. Fue duro al principio. No sabía nada de nada. Pero practiqué, aprendí y pronto empecé a entender un poco, y las fotografías que sacaba empezaron a parecerse a las imágenes con las que había soñado. Confío en que esto que le estoy contando no le suene muy raro.

—Para nada. Tienes un ojo maravilloso.

—Gracias.

—Las fotografías que me enviaste eran buenas. Muy buenas. Pero necesitas aprender más cosas aparte del dominio que ya tienes para capturar una imagen interesante a plena luz del día con película rápida. Frank te ayudará; es nuestro fotógrafo de más alto rango. Todo el mundo aquí te ayudará. Por mi parte, quiero que lleves tu cámara allá donde quiera que vayas. Incluso cuando no estés trabajando. Haz fotografías de cualquier cosa que te llame la atención, y no solo uno o dos fotogramas. El rollo entero, si es necesario. Continúa y experimenta mientras lo haces, y cuando le hayas entregado la película a Win Keller, escucha bien los consejos que pueda darte después de revelarla. Luego, quiero que me traigas las fotos y me expliques lo que viste en tu cabeza mientras capturabas cada imagen. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Lo entiendo. Gracias.

Dos semanas más tarde, Stella y la mayoría de sus compañeros de trabajo estaban sentados apretujados alrededor de la gigantesca mesa redonda que ocupaba gran parte de la sala de prensa de la planta de abajo.

—Buenos días —empezó diciendo Kaz—. Ante todo, hagamos una ronda para actualizar los trabajos que tenemos entre manos.

Kaz escuchó a todos con atención, formulando alguna que otra pregunta, pero dejando la mayoría de los comentarios para Emil Bergmann, el subdirector. Después de que el último redactor hubiera intervenido, Kaz hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien. ¿Qué más tenemos a continuación?

Llegado este punto, a todos se les permitió —e incluso se esperaba de todo el mundo— hacer sugerencias, desde el señor Bergmann hasta Larry Elton, el redactor más joven del grupo; sin embargo, a pesar de que la confianza de Stella había ido en aumento desde su llegada a PW, la experiencia le resultó estresante. Aun así, cuando le llegó el turno de hablar, consiguió recuperar la voz.

—En diciembre me encontraba todavía en Italia cuando hubo esos problemas con el humo en la

atmósfera... ¿Cómo lo llamasteis, si podéis repetírmelo?

—La Gran Niebla —respondió el señor Bergmann—. Ni siquiera Dickens podría haberla mejorado.

—Fue solo hace unos meses, pero no he leído nada al respecto ni en los periódicos ni en las revistas desde que llegué a Londres. Seguramente tiene que haber mucha gente que sigue enferma, o que llora aún a quienes perdieron la vida como consecuencia de aquel fenómeno. ¿No podríamos hacer un reportaje sobre ellos? ¿Con retratos de sus caras? Y, junto con las fotografías —continuó, aunque con menos seguridad—, podría haber un editorial que se preguntase qué está haciendo el Gobierno para ayudar a los que siguen sufriendo.

—¿Has venido a iluminarnos! —murmuró Larry, pero Kaz ya estaba asintiendo.

—Sí. Un bienvenido descanso entre tanta sensiblería relacionada con la coronación. ¿Quién quiere trabajar con Stella en esto? ¿Ruby?

Kaz miró a la más veterana de sus redactores, una norteamericana que llevaba trabajando en la revista más tiempo que nadie, excepto el mismo Kaz, Frank y la señorita Berridge. Hasta la fecha, Stella había intercambiado con la señorita Sutton poco más que los buenos días, pero parecía simpática.

—Por supuesto, lo haré yo —dijo Ruby—. Empezaré por uno de los hospitales del East End. A ver si consigo que alguna enfermera quiera hablar conmigo. Normalmente siempre hay algún local de pescado y patatas fritas o alguna cafetería donde se reúnen al terminar los turnos. Veré adónde me conduce esto. Supongo que localizar a las personas adecuadas y conseguir sus relatos me llevará un par de semanas.

—Me parece bien —dijo Kaz—. Entre tanto, Stella, habla un poco con Win sobre el tema de los retratos.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando Stella reunió el coraje necesario para llamar a la puerta del cuarto oscuro.

—¿Señor Keller? Soy Stella. Kaz me ha dicho que tendría que hablar con usted. Tengo que hacer unas fotografías, algunos retratos, de gente enferma como consecuencia de la Gran Niebla. ¿Tiene unos minutos?

El señor Keller salió del cuarto oscuro, parpadeó al toparse con la luz del exterior y le indicó con un gesto que se acercara.

—Los tengo —dijo—, pero no contigo parada en mitad de la sala.

Exageraba, pero Stella obedeció de todos modos y dio varios pasos hacia él.

—¿Así está bien?

—Sí, aunque solo porque es una buena manera de poder explicarte lo que estás haciendo mal.

—¿Qué es lo que estoy haciendo mal? Ni siquiera...

—No te acercas lo suficiente. ¿A qué distancia estás de mí? Imagino que sigues pensando en metros..., ¿dos metros, podríamos decir? ¿Tal vez algo menos? Demasiada distancia. Eso es lo que está mal.

—No lo entiendo.

—Mantener las distancias con aquellos a quienes no conocemos bien es algo que va implícito en la naturaleza humana. Es lo más cómodo. Es lo que nos hace sentir seguros. Y es un error, porque produce obras de segunda categoría. Te lo garantizo.

—No he hecho ninguna fotografía de retrato para la revista, ¿cómo sabe entonces eso?

—Lo sé porque la mayoría de los fotógrafos pecan de ese mal. Se pegan la cámara a la cara y miran a través del visor, que les engaña, llevándoles a creer que están muy cerca del sujeto protagonista. Pero no lo están, y las imágenes que capturan dejan en evidencia esa distancia. Puedo recortarlas, por supuesto. Ampliarlas para que adquieran ese aspecto de cercanía. Pero es trabajo adicional para mí, y además existen grandes probabilidades de que la imagen quede entonces más granulada de lo que a todos nos gustaría. Para que esos retratos sean excelentes, hay que acercarse al sujeto todo lo que el atrevimiento del fotógrafo le permita. ¿Me entiendes?

—Creo que sí. Solo que... ¿Qué pensará entonces la gente? ¿No se sentirán molestos?

—Preocuparnos por lo que piense la gente no es nuestro trabajo. Nuestro trabajo consiste en hacer buenas fotografías. Imagínate ahora que yo soy el sujeto protagonista. Levanta las manos y colócalas como si fuesen la cámara. Como haría un mimo, eso es. Ahora, da un paso grande hacia mí. Ya te avisaré cuando tengas que parar.

Stella avanzó un paso. Otro. Luego otro. Estaba tan cerca que si extendía la mano podía tocarle el hombro. Tan cerca que, aunque no tendría más de treinta años, podía ver las arrugas en las comisuras de sus ojos. Podía ver que estaba cansado y demasiado delgado, y que el cuello de su camisa empezaba a deshilacharse.

—Para. ¿Lo has entendido? —preguntó el señor Keller.

—Sí. Creo que sí.

—Bien.

—¿Qué tipo de nombre es Win? —preguntó Stella entonces, sorprendiéndose a sí misma.

El señor Keller retrocedió un paso y se apartó de su foco.

—La abreviatura de Winton.

—¿En honor a su primer ministro?

—No. En honor a un hombre totalmente distinto. Y es Winton, sin «s». Nadie lo escribe bien. —
Se volvió, dispuesto a esconderse de nuevo en su cuarto oscuro—. Esta noche, cuando llegues a casa, haz algún retrato de la gente con la que vives. Acércate todo lo que te atrevas, y luego acércate todavía más. Tráeme la película cuando esté y te diré si has cubierto bien esa distancia.

MARZO

Capítulo nueve

Jamie

Martes, 3 de marzo de 1953

Eran más de las seis de la tarde cuando Jamie regresó a casa y, a pesar de que estaba hambriento y se había perdido la hora del té en el hotel, era también consciente de que olía terriblemente a los establos donde había pasado la mayor parte de la jornada.

Llevaba días agobiado con el problema de los caballos que desfilarían durante la coronación; no estaba satisfecho con sus primeros intentos de dibujar los Windsor Grey que tirarían de la gigantesca carroza de oro. A su entender, esos intentos resultaban extrañamente artificiales, como si un hombre que no había visto un caballo en su vida hubiera dibujado un ejemplar con la simple ayuda de una descripción relatada por otro y, teniendo en cuenta que solo faltaban tres meses para el gran día, había decidido someterse a un curso intensivo de anatomía equina.

Con tal fin, Jamie había pasado la mañana en la Biblioteca Nacional de Arte del Victorian and Albert, estudiando minuciosamente una edición original de La anatomía del caballo, de George Stubbs, y no había parado hasta obtener un conocimiento aceptable de cómo estaban hechas, a grandes rasgos, esas criaturas. Después, había salido en busca de caballos de verdad, lo cual era un reto bastante más complicado en 1953 que en tiempos de Stubbs. Por suerte, en las caballerizas de los alrededores de Hyde Park aún quedaban varios establos con caballos para actividades deportivas y, por el coste de una hora de clase, le habían dejado sentarse toda la tarde en el patio de cuadras de uno de esos establecimientos y dibujar todos los caballos que le apeteciera.

A lo largo del día se había divertido y había aprendido muchas cosas, pero necesitaba un buen baño caliente antes de procurarse alguna cosa para cenar. A pesar de eso, en lugar de subir directamente a su habitación, siguió por el pasillo y entró en la biblioteca. La señorita Howard le había prometido que albergaba una buena selección de libros y era lo bastante tarde como para no coincidir con el profesor Thurloe y molestarlo en su trabajo.

Tal y como esperaba, la biblioteca se hallaba vacía, aunque los libros y los papeles del profesor seguían esparcidos por la mesa que ocupaba el centro de la estancia. Ignorando los libros con encuadernación de cuero que llenaban las vitrinas con frente de cristal de la pared más alejada de la puerta, Jamie fue directo a las estanterías de libros de bolsillo que flanqueaban ambos lados de la chimenea. Descubrió encantado que contenían una colección de novelas populares digna de

una librería, Penguin Clásicos, guías de Londres e historias sobre la ciudad y Gran Bretaña. Eligió una novela de misterio y asesinatos que su padre le había recomendado en una carta reciente y una guía de las iglesias diseñadas por Wren, y justo cuando salía de la biblioteca, alguien dobló la esquina del pasillo y tropezó con él antes de que le diera tiempo a reaccionar y apartarse.

Jamie sujetó al otro hombre, que era de constitución ligera y poco estable, para que no cayera y se agachó a continuación a recoger la montaña de libros y papeles que se habían caído al suelo. En ese momento, cuando se incorporó, fue cuando se dio cuenta de que acababa de chocar contra el profesor Thurloe.

—¿Está usted bien?

—Sí, bastante bien —respondió el hombre, forzando la vista para poder ver algo a través de los cristales sucios de sus gafas—. Usted debe de ser el nuevo huésped.

—Así es. James Geddes. Siento no haberme presentado antes. No coincidimos nunca a la hora de las comidas.

Le tendió la mano y el profesor se la estrechó enseguida, aunque sin molestarse por disimular su mirada inquisitiva.

—¿Pasa algo? —preguntó Jamie, resignado a responder a las preguntas que sin duda alguna se plantearían acto seguido.

—En absoluto. Es solo que no me había dado cuenta de que era indio. Lo había visto de lejos, y como no tiene un apellido extranjero simplemente di por sentado que había estado usted de vacaciones. Un exceso de sol y esas cosas.

Una explicación que hacía tiempo que Jamie no escuchaba.

—Eso depende de lo que usted considere extranjero. Soy escocés, pero mi madre nació y se crio cerca de Bombay.

—Sí, sí. Un lugar impresionante. La India, me refiero. ¿Ha ido a ver ya los mármoles de Amaravati? Los están exhibiendo de nuevo en el Museo Británico. Solo Dios sabe dónde los meterían durante la guerra. Soy amigo del conservador de antigüedades orientales. Si lo desea, estoy seguro de que le encantaría mostrárselos.

—Muy amable por su parte. Quizá algún día, cuando mi trabajo me lo permita.

—¿Ha estado usted en esa parte de la India? —preguntó el profesor.

—Eh..., no. Bombay está en la costa oeste y Amaravati a aproximadamente unos mil kilómetros al sureste —respondió. Hacía tiempo que había aprendido que tratar de explicar que la India no era una entidad más monolítica que Europa o África era una tarea inútil.

—Oh, claro —reconoció el profesor Thurloe—. Más o menos, sí.

—Entiendo que lleva algún tiempo viviendo en el Blue Lion —comentó Jamie, confiando en poder reconducir la conversación hacia aguas neutrales.

—Desde hace muchísimos años. Bombardearon mi casa durante la guerra. No me imagino ya irme de aquí. Aunque —entonces cambió el tono de voz hasta convertirlo casi en un susurro— a veces ha sido complicado, con las hermanas Crane como únicas huéspedes. Son mujeres espléndidas, sí, pero su conversación no podría calificarse de seria. Es un alivio tener otro hombre por aquí para..., para equilibrar las cosas.

—Entiendo —dijo Jamie, que había soportado más de un tedioso desayuno con las hermanas. Ahora conseguía evitarlas la mayoría de las mañanas, presentándose en el comedor a las siete en punto.

—Venga a buscarme si alguna vez está por aquí a la hora del té —le ofreció el profesor—. Suelo olvidarme de la hora en que vivo. Mi trabajo me absorbe.

—Es perfectamente comprensible.

—¿Es usted un hombre de Merton? —preguntó el profesor de repente—. La bufanda...

—Oh, claro. Sí.

—Se lo perdonaré. Yo estudié en Balliol. Bueno, tengo que volver al trabajo. Encantado de conocerlo.

Cuando Jamie regresó al vestíbulo, le sorprendió encontrarse con la señorita Howard a punto de salir a cenar. Había un hombre a su lado y, a pesar de que ni siquiera lo había oído hablar ni lo había mirado a los ojos, no le gustó en absoluto. El desconocido vestía un traje caro y zapatos de fabricación artesanal, y en el dedo pequeño de la mano izquierda lucía un sello de oro enorme. Llevaba hecha la manicura y el pelo implacablemente engominado. Y lo más probable era que también estuviera empapado con alguna colonia cara.

La señorita Howard no había visto a Jamie, pues estaba ocupada poniéndose los guantes, y, antes de que le diera tiempo a pestañear o a pronunciar una sola palabra, el desconocido y ella desaparecieron rumbo a disfrutar de una noche de ocio, dejando a Jamie solo, hambriento, agotado y desesperado por sumergirse en un baño caliente. Ahora solo cabía esperar que la caldera no se hubiera estropeado.

Una hora después, Jamie estaba limpio, aseado y con muchísima hambre. Era tan tarde que Brooks había sido sustituido en el mostrador de recepción por el afable Arthur Swan y, aunque sabía que lo más probable era que estuviera siendo injusto con Brooks, que se había mostrado impecablemente educado desde la llegada de Jamie, no podía borrar de su cabeza el recuerdo de su primer encuentro. Tal vez aquel destello de rabia que le había parecido ver en sus ojos fueran

solo imaginaciones tuyas, teniendo en cuenta la conducta intachable de Brooks desde aquel día. Pero el caso es que se alegró de que estuviera de turno el señor Swan.

—Buenas noches, señor Geddes. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Pues sí. Se me ha pasado la hora del té y no me importaría tomarme una pinta de cerveza y algo para cenar. ¿Qué tabernas cercanas me recomienda?

—Eso es muy fácil, señor. El Queen Bess, al final de la calle, le encajará a la perfección. El propietario es un tipo simpático y seguramente encontrará a Mick ocupando su lugar en la barra.

—¿Y la comida está bien?

—No tan buena como la que prepara nuestra cocinera, pero es correcta. No le dejará con dolor de estómago y no es muy cara.

—Gracias. Voy para allá.

El Queen Bess era un local normal y corriente, sin pretensiones decorativas aparte de una gigantesca y descolorida reproducción del conocido retrato de la Armada de Isabel I. Jamie pidió una pinta y fue a sentarse a una mesita del rincón, agradecido de que el tabernero no le dijera nada más allá del precio de la cerveza y un breve «gracias» por la moneda de seis peniques que Jamie le dejó como propina. El local estaba tan lleno de humo como un ahumadero de arenques, pero, después de abrir una ventana cercana, pudo respirar con cierta comodidad.

Había bebido ya unos cuantos tragos de cerveza y estaba reflexionando sobre la posibilidad de pedir algo más sólido para cenar, cuando una sombra cayó sobre la mesa. Levantó la vista, poniéndose de pronto en alerta, y suspiró aliviado cuando vio que Mick Nelligan se había acercado a saludarlo.

—Ya me dijo el señor Swan que tal vez lo vería por aquí. ¿Qué tal está, Mick?

—Bien, señor Geddes. ¿Le importa si me siento con usted?

—En absoluto. Pero preferiría que me llamara Jamie.

Mick se rascó la mandíbula, considerando la invitación.

—Supongo que podría. Aunque no en el hotel. No estoy seguro de que la señorita Howard fuera a aprobarlo.

Jamie dudaba de que a la señorita Howard le importara aquello lo más mínimo, pero asintió de todos modos.

—Lo entiendo.

—¿Le gusta? —preguntó Mick en cuanto se sentó en la silla que había de frente a Jamie.

—¿La cerveza o el hotel?

—Ambas cosas.

—La cerveza está bien. Nada que ver con tomarse una pinta en Tennent's, pero está bien. Y el hotel es excelente. Imposible estar más satisfecho.

—Me alegro de oírlo. La señorita Howard siempre ha trabajado muy duro para que siga funcionando... Vaya, espere un momento. ¿Ese de ahí es el inspector Bayliss? ¡Venga para acá, hombre!

—¡En cuanto me sirvan lo que he pedido! —replicó el hombre, con un acento de Birmingham espeso como el alquitrán. Tenía el pelo castaño rojizo y la cara pecosa, y cuando se aproximó, Jamie se dio cuenta de que estaba cansado, pero se esforzaba en disimularlo y mostrarse animado.

Jamie se levantó para estrecharle la mano.

—James Geddes —dijo—. Me hospedo en el Blue Lion.

—Gordon Bayliss. ¿Le importa si me siento con ustedes?

—En absoluto.

—Gordon trabaja en Scotland Yard —explicó Mick—, pero no se le han subido los humos y es capaz todavía de sentarse a tomar una copa con los viejos amigos.

—¿Y le gusta el Blue Lion? —preguntó Bayliss—. Estuve alojado allí durante la guerra.

—¿Estaba abierto?

—Demasiado pequeño para que el Gobierno pudiera controlarlo. Y a los de Scotland Yard nos resultó muy útil.

—Por aquel entonces trabajaban a todas horas —explicó Mick—. Supongo que les resultaba más conveniente quedarse por aquí que volver a casa a las tantas de la noche.

—Por supuesto —confirmó Bayliss—. Ahora me quejo de que no paro en todo el día de ir de acá para allá, pero en aquellos tiempos la situación era el doble de mala. Nos pasábamos la vida diciendo que debíamos apañarnos con lo que teníamos, seguir adelante, mantenernos unidos, y la verdad es que algunos lo hicieron, pero... Bueno. En mi opinión, aquello sacó a relucir lo peor de la gente. Lo que fuera que hubiera, yo lidiaba con ello. Agresiones, violaciones, asesinatos, además de todos los conflictos habituales. Robos, riñas, vandalismo. Estaba obligado a quedarme por aquí para poder seguir ese ritmo.

—No lo dudo —dijo Jamie.

—Supongo que durante la guerra estaría estudiando —dijo Bayliss, y como Mick debía de tener como mínimo sesenta años de edad, Jamie comprendió que el policía se estaba dirigiendo a él.

—Solo al principio. Me incorporé a los Zapadores en el verano de 1940. Desactivador de explosivos.

Eran solo tres palabras, pero aún tenían fuerza para revolverlo por dentro.

Bayliss asintió, dándole su aprobación, igual que Mick.

—Me sorprende que esté aún de una pieza.

—Y a mí también.

Las manos de Jamie habían empezado a temblar de forma reveladora. Las ignoró e intentó concentrarse en el modo en el que la luz caía sobre el vaso de cerveza. Pensó en cómo lo pintaría, en cómo capturaría las burbujas que ascendían hasta la superficie. Hizo una inspiración, larga y profunda. Luego otra. Y la calma, o algo parecido a la calma, descendió de nuevo sobre él.

—Me voy —dijo Mick, levantándose—. Me quedaría para otra ronda, pero, de hacerlo, el joven Jamie tendría que llevarme a casa. Buenas noches, caballeros.

Le desearon buenas noches. Después, permanecieron sentados en silencio unos minutos.

—Y bien —dijo por fin Bayliss—. Ahora que Mick se ha marchado, dígame qué piensa realmente sobre el hotel.

—Es un establecimiento más que digno. Tranquilo. Buena comida. Habitaciones limpias.

—¿Cómo cree que lo está gestionando la señorita Howard? Siempre me ha inspirado un poco de lástima. Cuando sus padres murieron, ella debía de tener diecinueve o veinte años, y desde entonces vive aferrada a ese lugar. No tengo ni idea de cómo ha hecho desde entonces para mantenerlo en funcionamiento.

—Si tanto esfuerzo le supone, lo disimula estupendamente.

—No sé muy bien cómo decirlo. Las grietas se ven si te molestas en mirar. ¿Tenía agua caliente la última vez que quiso darse un baño?

Jamie pensó en el baño templado de aquella misma mañana.

—Tengo entendido que hay algún problema con la caldera —reconoció.

—La caldera da problemas desde que el abuelo de la señorita Howard estaba al timón. Y si no es la caldera, es otra cosa. Es solo cuestión de tiempo que acabe vendiendo.

—¿La ve de verdad haciendo eso? —preguntó Jamie, incómodo con el rumbo que había tomado

la conversación. Casi prefería volver a hablar de la guerra—. Lleva siglos siendo propiedad de su familia.

—Si algo la anima a conservar el hotel es justo eso. Además, tiene tendencia a acoger a gente abandonada y sin recursos. Intentará mantenerlo en funcionamiento por ellos, cuando ya no pueda hacerlo por otros motivos.

Jamie se vio incapaz de reprimir una sonrisa. Lo cierto era que el concepto de Edie Howard como la pastora de un rebaño de ovejas extraviadas resultaba conmovedor.

—Pues a mí me gusta ese hotel —dijo.

—¿Siguen allí las hermanas Crane?

—¿Las Honorables? Oh, sí. Me acorralaron a la hora del desayuno el primer día. Me obsequiaron con la historia de su cruel primo Dominic y el latrocinio que había cometido con ellas. Tuve tentaciones de preguntarles acerca del proceso judicial que tienen abierto, pero mi cordura acabó imponiéndose.

—¿Y el profesor chiflado?

—¿Thurloe? Podría decirse que acabo de conocerlo justo hoy, pero me ha parecido inofensivo. Un poco como si viviera en otro mundo, eso sí.

—Una forma agradable de expresarlo. Obsesivo es otra. ¿Sabía que presenta un informe mensual de quejas a la señorita Howard? Anota todas las veces que le ha molestado algún ruido o que no ha quedado satisfecho con la comida o el servicio, y entrega la lista como el maestro que comunica los resultados de un examen. No sé cómo lo aguanta ella.

Jamie no conocía muy bien a la señorita Howard, pero sí creía saber por qué toleraba esas cosas. O mejor dicho, por qué se obligaba a soportar un recitado mensual de los fallos del Blue Lion. Necesitaba asegurarse el pago continuado del profesor, pero, por otro lado, sabía también que el pobre hombre no tenía otro lugar adonde ir.

—No me haga caso —dijo Bayliss, arrepintiéndose tal vez de su franqueza—. Llevo semanas ocupado con la seguridad de la ceremonia de la coronación y estoy de los nervios. Me muero de ganas de que ese maldito acto termine de una vez y pueda tomarme unas vacaciones como Dios manda.

Jamie asintió porque no sabía qué decir. Se había terminado la cerveza, pero temía seguir bebiendo un trago más con el estómago vacío.

—¿Qué tal está aquí la comida? No he llegado a tiempo del té.

—No está mal. Pruebe el bistec y el pastel de setas. Con un poco de suerte, encontrará algún pedacito de ternera en su interior.

—Lo probaré. ¿Puedo ofrecerle otra pinta?

—Puede. Y así me contará cómo ha acabado en el Blue Lion junto con la colección de gente abandonada y sin recursos de la señorita Edie Howard.

Capítulo diez

Edie

Lunes, 9 de marzo de 1953

Edie siempre había tenido el sueño ligero, de modo que los golpes en la puerta, aunque fueran suaves, la despertaron con un sobresalto.

—¿Quién es? —preguntó, ya en pie y buscando el batín.

—Soy el señor Swan. Es la caldera, me temo. He visto que el agua salía más fría de lo normal y he bajado al sótano para echar un vistazo.

—¿Y? —replicó rápidamente Edie, animándolo a continuar.

—Creo que quizá se ha apagado.

No era una noticia desastrosa, todavía no.

—¿Ha llamado a la habitación de Dolly?

—Sí, pero no responde. Me preocupa que pueda encontrarse mal. Lo mencionó la cocinera anoche, cuando la vi.

Eso explicaría que la caldera no funcionase correctamente, puesto que Dolly era siempre diligente con sus deberes.

—Voy a ver qué tal está y luego bajaré a mirar la caldera.

—¿Está segura? No me importa tratar de arreglarla yo.

—No, tranquilo. No quiero mandarlo a casa negro como un deshollinador. La señora Swan no estaría muy contenta conmigo.

Arthur Swan era excelente en casi todos los temas, pero totalmente inútil en lo que a la caldera se refería. Incluso Dolly, cuya primera tarea de la jornada consistía en levantarse a las cinco de la mañana y enfrentarse a aquel condenado trasto —exceptuando en su día libre, cuando el trabajo recaía sobre Mick—, había tardado semanas en aprender a retirar la carbonilla, alimentar la

caldera con nuevo carbón y cubrir el fuego adecuadamente para que ardiera de forma constante. Cada noche, antes de acostarse, rellenaba la caldera con más carbón, y esa última tarea del día garantizaba que la caldera no se enfriara durante las largas horas que transcurrían hasta el amanecer.

Edie recorrió el pasillo hasta la habitación que compartían Dolly y Ruth, llamó y abrió con cuidado la puerta al no obtener respuesta. Ruth roncaba plácidamente en su cama, pero Dolly, la pobrecilla, se hallaba acurrucada bajo las mantas. Había cubierto la cama además con su abrigo y, debajo de todo aquello, la chica estaba temblando.

Edie retiró las mantas y vio, con consternación, que Dolly tenía la cara congestionada por la fiebre y el pelo empapado en sudor.

—¿Dolly? Soy la señorita Howard —dijo en voz baja, palpando la frente de la chica.

Dolly abrió los ojos y parpadeó para defender sus ojos de la luz que entraba desde el pasillo.

—Oh, señorita Howard —consiguió decir con un hilo de voz—. Lo siento mucho. Sé que es tarde... ¡Ay! ¡La caldera!

Hizo el gesto de ir a levantarse, pero Edie la contuvo y la recostó sobre la almohada.

—Está en buenas manos. Me preocupas más tú. ¿Es la garganta?

—Sí, y la cabeza y... todo. Me duele todo. Anoche la cocinera me dio una aspirina y algo de beber especial para la tos, pero luego me he despertado por la noche y ya no he podido entrar en calor.

—Ha sido muy inteligente por tu parte lo de cubrirte con el abrigo. Haré que te suban un buen edredón de plumas y le pediré al doctor que venga a verte si sigues encontrándote mal.

—Lamento mucho ser una molestia —dijo Dolly, preocupada.

—No eres ninguna molestia. Hoy, tu único trabajo consistirá en quedarte en cama y ponerte buena. ¿Quieres que te traiga algo para leer? Puedo ir a buscarte unas revistas al quiosco de la estación, si te apetece. ¿Algo que te guste en particular?

El rostro demacrado de Dolly se iluminó e incluso consiguió esbozar una sonrisa.

—Si no es mucha molestia, me encantaría el último número de Woman's Own. En el que sale la princesa Margarita en portada.

—Pues Woman's Own, por supuesto. Y le pediré a la cocinera que te suba una tetera y otra aspirina. Te ayudará con el dolor de cabeza y la fiebre. —Y cuando se acordó de pronto de la otra chica, que seguía roncando en la cama de al lado, preguntó—: ¿Crees que Ruth también lo habrá pillado?

—Espero que no. Anoche estaba estupenda.

—Lo cual es una suerte, ¿verdad? Dudo que pudiéramos apañárnoslas si las dos os encontrarais mal.

Edie regresó a su habitación, pero, en lugar de vestirse con el uniforme habitual, se puso un mono de trabajo con cremallera, de tiempos de la guerra, que había sido de su padre. Le quedaba tan grande que con poca luz hasta podrían haberla confundido con Churchill cuando se ponía esa prenda, pero aquello era mucho más adecuado para el trabajo de mantenimiento y reparación de la caldera que la ropa que utilizaba normalmente. En los pies llevaba un par de botas robustas que guardaba para estas ocasiones y se había cubierto la cabeza con un pañuelo viejo. Estaba ridícula, pero era muy temprano y había escasas probabilidades de que se tropezara con algún huésped.

La puerta del sótano estaba situada al lado del pasillo de las cocinas; originalmente quedaba disimulada por los paneles de madera de debajo de la escalera principal, aunque, después de que un huésped la confundiera un día con la puerta de un armario para los abrigos y casi tuvieran un disgusto, el abuelo de Edie la cerró y trasladó la escalera del sótano al otro extremo del edificio. Por desgracia, el abuelo había insistido en economizar y había reutilizado el tramo original de peldaños, y eran tan empinados que resultaba necesario sujetarse en las barandillas situadas a ambos lados; incluso con la ayuda de una potente luz eléctrica al final, a Edie siempre le ponía un poco nerviosa bajar por allí.

El sótano en sí no estaba tan mal, pues en su día había albergado la cocina del hotel, la trascocina, la despensa y los almacenes y, por lo tanto, tenía techos razonablemente altos y una buena cantidad de luz procedente de ventanas altas. Cuando ochenta años atrás se instaló allí la caldera, el bisabuelo de Edie decidió aprovechar para modernizar el hotel. La cocina fue trasladada a un edificio anexo y se instalaron cuartos de baño en cada planta, agua corriente caliente y fría en los lavabos de los cuartos de los huéspedes y calefacción central a través de enormes radiadores en todas las habitaciones.

El sótano había sido utilizado como refugio durante la guerra, y había habido noches en las que tenían tantísimos huéspedes en el hotel, muchos de ellos detectives de Scotland Yard y funcionarios civiles de Whitehall, que el padre de Edie había decidido ampliar el refugio aprovechando un túnel que, siglos atrás, conducía hasta los terrenos de Northumberland House, pero que ahora terminaba unos cuantos centenares de metros más al sur.

Edie nunca se había fiado mucho de la integridad estructural del túnel y, finalizada la guerra, había visto encantada cómo el acceso quedaba bloqueado detrás de una barricada de puertas que ya no se utilizaban, sillas rotas, cajas de adornos navideños y cualquier otra cosa que resultara demasiado incómoda o voluminosa para ser almacenada en otra parte. La tarea de poner un poco de orden en aquel rincón del sótano llevaba varios años en su lista de «Cosas que hacer (en un día lluvioso)», pero, como muy pocos conocían la existencia de aquel caos aparte de ella, Mick, el señor Brooks, Dolly y el pesado del señor Pinnock, había conseguido que no le preocupara en exceso.

Llegó al final de la escalera y, después de encender la luz, se quedó pasmada al ver que todo estaba ordenado. En algún momento de los últimos quince días, alguien había apilado las cajas a ambos lados de la entrada del túnel y había limpiado y eliminado hasta el último fragmento de basura. Comprobó aliviada que la puerta continuaba cerrada, y cuando la abrió e inspeccionó el otro lado, le pareció que todo estaba igual que siempre.

Debía de haber sido el profesor, que estaba decidido a explorar el túnel, a pesar de que ella le insistía en que no lo hiciera, pero dudaba de que hubiera sido tan meticuloso como para despejar de trastos el acceso hasta la puerta. Lo más probable era que hubiera sido algún miembro del personal. Preguntaría y le daría las gracias a la persona que se había encargado de aquella tarea para evitársela a ella.

Dejó para más adelante aquel pequeño misterio y centró su atención en su némesis. Era una caldera de hierro fundido, voluminosa como un elefante, con elementos tan grandes y tan pesados que habían tenido que ser bajados al sótano pieza a pieza para ser remachados luego in situ. Había quedado instalada en la chimenea donde originalmente se cocinaba, que había sido además asegurada con capas adicionales de ladrillo, por lo que nada inferior a una explosión de dinamita o un terremoto podrían moverla de allí. En diversas ocasiones Edie se había imaginado la posibilidad de que sucedieran ambas cosas, aunque siempre de forma muy localizada y afectando única y exclusivamente a la caldera y a ninguna otra zona del Blue Lion.

Como no había pasado mucho tiempo desde la hora habitual de remover las brasas, Edie confiaba en que un fuego moderado fuera el principio y el final de las quejas de la caldera. Acercó la mano a la puertecilla del conducto de la chimenea y comprobó con alivio que aún estaba caliente. No quemando, ni mucho menos, pero lejos de ser un témpano de hielo.

Antes de seguir investigando, Edie cogió dos cubos de carbón del almacén contiguo, que se rellenaba semanalmente a través de un conducto que se abría en el patio de atrás; colocó un cubo vacío a su derecha para recoger las cenizas y la carbonilla, y finalmente situó un taburete bajo delante del conducto central de la caldera. Con todo preparado, abrió la portezuela del conducto, examinó el interior y lanzó un grito de alivio al ver que el fuego seguía ardiendo, aunque de forma muy débil. Un poco de estímulo y pronto volvería a funcionar todo perfectamente.

Pasó la media hora siguiente sacando ceniza y carbonilla a paladas, echando carbón, colocando capas sobre las brasas todavía encendidas que había apartado previamente hacia los lados con un rastrillo y luego, cuando el fuego había comenzado a arder correctamente, acumulando las brasas para garantizar un nivel lento y regular de calor. Finalmente, barrió todo el desastre que había montado. Los cubos de cenizas pesaban demasiado para transportarlos y los dejó para Mick, que se encargaba de subirlos cada mañana y cada noche. Abandonó el sótano y se dirigió a la cocina.

La cocinera la miró con lástima.

—¿Ha podido ponerla en marcha de nuevo? —preguntó.

—Sí. Esa caldera sabe que no debe llevarme la contraria.

—He ido a ver qué tal seguía Dolly antes de bajar. Imagino que estará en cama un par de días. ¿Cree que es gripe?

—Espero que no. Lo más probable es que sea solo un resfriado complicado. Le he prometido que iría a buscarle unas revistas para que se distraiga.

—No se preocupe por eso. Ya mandaré a Ruth. ¿Le apetece una taza de té?

—Me encantaría. Y darme un baño todavía más, pero para que el agua vuelva a calentarse falta una eternidad.

—Retiraré una jarra de agua caliente del fuego. No será suficiente para un baño, pero sí tendrá para lavarse la cara y las manos. Tómese tranquilamente el té mientras lo preparo todo.

—Es usted muy amable.

—Se lo merece, señorita Edie. Siempre es usted la que nos cuida a nosotros. Es agradable disponer de una oportunidad para hacer algo por usted. Y la animará enseguida, ya lo verá.

Edie tomó asiento y esperó a que la cocinera lo preparase todo y, entre tanto, se permitió no pensar en otra cosa que no fuera la maravillosa sensación de sostener la taza caliente entre las manos, y, a pesar de que estaba tan helada y tan cansada que se habría quedado tumbada allí mismo, resistió la tentación de adormilarse. Observó a la cocinera trajinar de un lado a otro, fue bebiendo a sorbos el té y recordó otras visitas que había hecho a la cocina a lo largo de los años, otras ocasiones en las que la cocinera le había hecho de madre, entonces experimentó una oleada de gratitud tan enorme que llegó a marearla. Casi fue suficiente para hacerla llorar.

Pero no estaba dispuesta a llorar de ninguna manera, pues, de hacerlo, lo único que conseguiría sería asustar a la cocinera. Siguió, pues, bebiendo el té y pensando en lo bien que se sentiría cuando se hubiese lavado y quitado la suciedad de los ojos y la carbonilla de las manos.

—¡Listo! —gritó la cocinera desde la trascocina—. Aquí tiene una manopla y una toalla limpias, también un poco de ese jabón tan bueno que utilizamos para las habitaciones de los huéspedes.

Levantarse le supuso un auténtico esfuerzo, lo cual era alarmante porque el día no había hecho más que empezar. Consiguió acercarse tambaleante a la zona de escurrir los platos de la trascocina, donde la cocinera había dispuesto dos cuencos con agua humeante.

—Gracias.

Se subió las mangas, abrió el cuello del mono de trabajo, lo colocó hacia dentro y cogió el pequeño trozo de jabón. Olía a pétalos de rosa y hojas de geranio y le levantó los ánimos al instante. Cuando hubo terminado con las manos y la cara, los dos cuencos de agua estaban grises y la manopla y la toalla necesitadas de un buen blanqueado, pero ella se sentía una mujer nueva. Estaba vaciando el primer cuenco en el fregadero cuando la cocinera se lo arrancó de las manos y la despachó.

—Ahora, márchese. Son ya más de las seis y el señor Swan la está esperando para darle su informe.

—Claro. ¿Le importaría servirme el desayuno en el despacho? Hoy por la mañana comeré en mi escritorio.

Por muchas ganas que tuviera de cambiarse, no deseaba hacer esperar al señor Swan, que sabía que siempre quería ver a sus hijos antes de que se fueran al colegio. Acababa de salir del comedor aún oscuro al vestíbulo principal y confiaba en llegar a su despacho sin que nadie la viera, pero entonces alguien la llamó desde la escalera.

—¿Es usted, señorita Howard?

Se paró en seco, resignada a la leve vergüenza de ser vista con aquel mono de trabajo tan poco favorecedor.

—Buenos días, señor Geddes —respondió, puesto que reconoció al instante esa forma tan especial de pronunciar las erres de su acento—. Discúlpeme, por favor, por ir vestida así. Esta mañana hemos tenido un pequeño problema con la caldera.

El señor Geddes descendió los pocos peldaños que lo separaban del vestíbulo.

—Una mujer práctica —dijo, en tono de admiración—. Empiezo a pensar que no hay nada que usted no pueda hacer.

—Bueno, pues a mí se me ocurren infinidad de cosas. Pintar, para empezar. Soy capaz de dibujar un gato y no me quedaría muy mal, pero de ahí no paso.

—Puedo pedirle una prueba de lo que dice, que lo sepa.

Jamás en la vida había hablado con un huésped de un modo tan desinhibido.

—¿De verdad que lo haría? De ser así, podría pedirle también ayuda con la caldera.

En un instante, la expresión alegre desapareció de un plumazo del rostro del señor Geddes.

—Ojalá pudiera —dijo, con la voz cargada de dolor—. Pero no soporto estar bajo tierra. Le repararía encantado cualquier cosa del edificio, desde el piso en el que estamos hasta las tejas del tejado, pero creo que no sería capaz de meterme en el sótano. Un legado de la guerra, me temo. Lo siento.

—No es necesario que se disculpe. Solo bromeaba..., jamás se me ocurriría pedirle a un huésped que me ayudara en una cosa así.

—¿Y a un amigo? —preguntó él, bajando la voz.

—Tampoco a un amigo. Tengo pocos, y no me atrevería a perder a ninguno por culpa de la ira de

esta condenada caldera. Disculpe mi lenguaje, pero esta mañana ese trasto ha puesto realmente a prueba mi paciencia.

—No lo dudo. ¿Y dónde iba ahora?

—Eh..., bueno, el señor Swan está esperándome para darme su informe y luego subiré corriendo arriba para cambiarme, después supongo que seguiré con mi jornada habitual. —Animada, se atrevió a formular también una pregunta—: Se ha levantado usted muy temprano. ¿Es lo habitual?

—Ah, sí. Con el silencio es más fácil pensar. Y las calles además están más tranquilas. —Al ver su mirada inquisitiva, añadió—: Si hace buen tiempo, casi todas las mañanas salgo a caminar. Normalmente empiezo en el río y pongo rumbo sur hasta Westminster, luego cruzo el río hasta la orilla sur y sigo hasta cruzar de nuevo por el puente de Bailey que instalaron para el festival. Es solo un kilómetro y medio, pero me siento muy bien.

—¿Y todo eso al amanecer?

—Antes, si puedo. Me ayuda con mi trabajo, ¿sabe? Si he vaciado mi mente de todas las preocupaciones, me resulta más fácil concentrarme. Espero que lo que le estoy contando no le parezca muy disparatado.

—Para nada. Yo también intento dar un paseo cada día, aunque normalmente es después de comer. Pero siempre dándole vueltas en la cabeza a alguno de mis problemas.

—Pues no tiene que ser así —dijo él, lanzándole una mirada que era tanto de comprensión como de preocupación—. En el instante en que salga del hotel para dar su paseo, desde el momento en el que dé el primer paso, deje todas las preocupaciones atrás.

—No puedo... ¿Cómo quiere que lo haga? Es en lo único en lo que...

«Es en lo único en lo que puedo pensar», quería decir. La preocupación, el miedo y la certeza casi paralizante de que se estaba quedando sin tiempo, y de que estaba fracasando, hundiéndose, ahogándose, y de que se había alejado tanto de la orilla que nadie oiría sus gritos si pedía ayuda, que nadie se percataría de su ausencia y...

—Señorita Howard. Esto no es ningún examen, y evidentemente no estoy juzgándola, pero creo que usted y yo somos un poco parecidos. —Apuntó esta última sugerencia con tono dubitativo, como si temiera que ella fuera a salir corriendo al oír esa idea—. Porque yo también me preocupo. Siempre me he preocupado por todo. De ahí los paseos.

—¿Y de verdad es tan sencillo lo de olvidarse por un momento de todo? ¿Cómo lo hace?

—Supongo que intento dejar de pensar, y, en su lugar, me pongo a mirar.

—¿A mirar? —repitió ella, sin entender qué quería decir, porque ¿acaso no se pasaba el señor Geddes el día mirando las cosas y luego pintándolas?

—Sí. Miro el color del cielo, la cara de la gente con la que me cruzo, las hojas de los árboles, el viento sobre el agua. A veces presto atención al canto de los pájaros. Siempre está ahí, si lo busca bien. Está incluso en las partes más concurridas de la ciudad. Se lo prometo.

—Gracias, señor Geddes. Ahora tengo que...

Él asintió. Entonces, en voz baja, a pesar de que estaban solos a los pies de la escalera, dijo:

—La escucharé, ya sabe. No porque espere nada a cambio. No porque quiera nada de usted. Simplemente porque se lo merece.

—¿Alguien dispuesto a escuchar?

—Sí. Y un amigo, también.

Sus miradas se encontraron. Pasaron los segundos, marcados por el tictac del reloj de la recepción, pero ninguno de los dos apartó la vista.

Geddes tenía unos ojos preciosos. Había dado un paso hacia ella y estaba lo bastante cerca como para que pudiera apreciar los colores que estriaban sus iris. Carey, pensó. Sus ojos parecían exactamente como el caparazón de una tortuga cuando le daba la luz.

Una tos discreta desde el mostrador de recepción hizo que sus reflexiones terminaran de golpe.

—¿Señorita Howard? Lo siento mucho, pero si no me voy pronto, perderé el tren.

—Oh, disculpe, señor Swan. Enseguida voy. —Y entonces, dirigiéndose al señor Geddes—: Tengo que irme, pero no olvidaré lo que me ha dicho. Espero que tenga un día muy agradable.

El día de Edie fue especialmente desagradable. Las Honorables se sentían, claro está, agraviadas por el gélido ambiente y la falta de agua caliente, pero ella consiguió gestionar sus quejas encendiendo la chimenea de su habitación y de la sala de estar, además de servirles una tetera y unas galletas de limón a modo de tentempié a media mañana. Más tarde, cuando vio que la fiebre de Dolly no remitía ni con el descanso, la Woman's Own y las dosis de aspirina, llamó al médico. Por suerte, pudo pasarse un momento por el hotel de camino a las intervenciones quirúrgicas que le llenarían la tarde.

—Parece una amigdalitis producida por estreptococos —sentenció, tras examinar a la chica—. Tomaré una muestra. Si sale positivo, le enviaré unas tabletas de penicilina. Y en nada lo tendrá curado.

—¿Es contagioso? —preguntó Edie.

—No, en comparación con otras bacterias. Pero de todos modos manténgala aislada hasta que mejore y póngase de nuevo en contacto conmigo si alguien más empieza a encontrarse mal.

Era ya más de mediodía y Edie apenas había probado su desayuno y su almuerzo, notaba un dolor de cabeza incipiente y no había tachado aún ni un solo punto de su lista de quehaceres. Estaba siendo un día miserable, quedaban todavía muchas horas por delante y necesitaba desesperadamente unos momentos de paz.

Aunque aún no. El teléfono del salón empezó a sonar; cuando Ivor respondió, Edie aguzó el oído y se preparó para lo peor. Instantes después, sonó el teléfono de su despacho.

—Buenas tardes, al habla la señorita Howard.

—Buenas tardes, soy David Bamford, ¿qué tal está? —Y a continuación, sin esperar respuesta, añadió—: Esta noche estoy en la ciudad. Tengo un par de entradas para ir a ver La leyenda de la ciudad sin nombre. He pensado que podríamos aprovechar la noche. Y cenar en mi club. ¿Qué me dice?

¿Y qué podía decir? Aceptar sus invitaciones se había convertido en una especie de costumbre, y, a pesar de ser un hombre divertido, generoso y una compañía agradable, se quedó dudando.

Lo que la hizo pararse a reflexionar fue la conversación que había mantenido por la mañana con el señor Geddes, y el recuerdo del excepcional momento de paz que le había brindado en un día lleno a rebosar de conversaciones tediosas y obligaciones poco satisfactorias. Aquel momento, por sí solo, fue suficiente para que una breve pregunta cruzara sus labios.

—¿Por qué?

—¿Qué quiere decir con eso de «por qué»? —balbuceó el señor Bamford.

—¿Por qué me está invitando a salir? —clarificó Edie, tanto para sí misma como para él—. Estoy bastante segura de que no es porque tenga algún interés romántico en mí, ¿verdad?

—Espere un momento...

—No me importa. Lo único que sucede es que tampoco creo que seamos amigos. ¿Diría usted que somos amigos?

—¿A qué viene todo esto?

«Alguien dispuesto a escuchar», pensó Edie.

—No creo que yo le guste especialmente, o que me encuentre interesante o divertida. Lo único que le gusta de mí, y que sé que quiere para usted, es mi hotel.

—Edwina, querida, me sorprende que diga esas cosas. Es más, me siento ofendido. Ofendido de verdad.

—Es posible que no me creyera cuando le dije que jamás vendería el Blue Lion. Supongo que pensó que solo necesitaba que me sacaran a beber y cenar un poco más. Y he disfrutado de las

veladas que hemos pasado juntos. De verdad que sí. Pero preferiría no volver a salir más con usted. Adiós.

Edie devolvió el auricular a su lugar, extinguendo con ello las protestas incoherentes del señor Bamford, y al instante una sensación de claridad se apoderó de ella. Permaneció sentada un momento más, se levantó, se puso el abrigo, el sombrero y los guantes, y salió por la puerta principal antes de que cualquier cosa le hiciera cambiar de idea.

—Vuelvo en media hora —le dijo a Ivor al salir.

«Deje todas las preocupaciones atrás», había dicho el señor Geddes.

Edie salió a la calle y echó a andar hacia el Támesis bajo el sol de media tarde. Siguió la ruta de siempre, pero esta vez lo hizo mirando al cielo. Se percató de que su color azul claro estaba ensombrecido con fragmentos de gris, que las nubes eran como plumas de cisne, insustanciales como los sueños, y que el viento parecía empeñado en perseguirlas hacia el oeste, una escoba invisible que limpiaba el cielo.

Entró en los jardines del Embankment y admiró la curvilínea tracería de los tilos, sus hojas llenas todavía de capullos de flores, y entre ellas, porque ahora estaba escuchando, escuchando de verdad, oyó el trino alegre de los gorriones, el parloteo de los herrerillos y los silbidos entrecortados de un petirrojo regordete. Más allá del canto de los pájaros estaba el incesante zumbido del tráfico, el traqueteo de los trenes que iban y venían de Charing Cross y el lúgubre berrido de los remolcadores que surcaban el Támesis.

Londres era bella, y no solo en el sentido en el que los visitantes la encontraban bella. Porque en sus pequeñas cosas también había encanto. Aquel agradable parque, por ejemplo, con sus pulcros parterres de flores fragantes y sus relajantes fuentes, que silenciaban incluso los potentes sonidos del tráfico que circulaba por las calles más próximas.

Y su vida también era bella, aunque llevaba demasiado tiempo permitiendo que el tedio de sus agotadoras obligaciones oscureciera esa verdad. Había olvidado cómo vivir, igual que había olvidado que en los árboles había pájaros cuyo canto, dulce y alegre, había estado siempre allí, a la espera de que ella lo recordara, lo escuchara, lo amara. Nunca jamás se permitiría volver a olvidarlo.

Capítulo once

Stella

Miércoles, 18 de marzo de 1953

La Leica IIIf que el señor Keller le había prestado había sido toda una revelación. Stella había tardado más o menos una semana en superar su ansiedad inicial, el miedo a perderla o romperla, puesto que solo el cuerpo de la cámara debía de valer cerca de cien libras; pero enseguida descubrió que era maravillosamente fácil de utilizar, ya que disponía de un telémetro que hacía casi imposible que las fotos salieran desenfocadas, además de controles elegantes y de diseño intuitivo. Empezaba a temer ya el día en el que el señor Keller le pidiera que se la devolviese.

Sus primeras fotografías con la Leica habían sido para olvidar, puesto que no le había pillado aún el truco a capturar un sujeto en movimiento; además, la distracción del telémetro había dado como resultado imágenes perfectamente enfocadas, pero sin un solo punto de interés identificable. A pesar de eso, día tras día, fotograma tras fotograma, su trabajo había ido mejorando.

—Este lote de fotografías es bueno —le había dicho el señor Keller la semana anterior—. No estupendo, eso todavía no, pero sí bueno. Ya es hora de que te pongas con esos retratos que te pedí. No me digas que se te ha olvidado.

—No se me ha olvidado, no. —Stella hizo entonces una pausa, temerosa de enfadarlo con excusas o explicaciones rebuscadas—. Vivo en un hotel —empezó diciendo— y, a pesar de que tengo amistad con su propietaria y conozco el nombre de la gente que trabaja allí, también el de los demás huéspedes, solo tengo confianza para darles los buenos días y hablar del tiempo. Por eso no he empezado. Todavía, claro está.

—Lo entiendo, pero sigo queriendo que hagas los retratos. Precisamente porque fotografiar a una persona es una forma ideal de conocerla. No estarás pensando en permanecer callada durante todo el tiempo que estés tomando las fotografías, ¿verdad?

—Bueno, no, claro...

—Pues entonces habla con ellos. Lo más probable es que los retratados estén un poco nerviosos, y parte de tu trabajo debe consistir en conseguir que se sientan cómodos. Y la mejor manera de hacerlo es entablando una conversación. Nada excesivamente profundo, por supuesto.

Pregúntales cuánto tiempo llevan trabajando en el hotel, qué tienen pensado hacer durante su próximo día libre, qué vieron la última vez que fueron al cine. Preguntas de ese estilo suelen ser más que suficiente para que la gente empiece a hablar, y cuando termines verás cómo conoces a tus retratados mucho mejor. Y habrás sacado además buenas fotografías.

Stella estaba cansada y hambrienta cuando llegó a casa aquella tarde, y aunque tendría que haber ido directa a su habitación a dejar sus cosas y lavarse la cara y las manos, había sido incapaz de resistirse al canto de sirena en forma de aroma a bollos recién horneados que llegaba del comedor. Acababa de instalarse en una mesa vacía de un rincón cuando Edie salió por la puerta de la cocina con una tetera en una mano y una bandeja de dos alturas con sándwiches y pastas en la otra. Y en vez de llevarla a la mesa de algún otro huésped, fue directa hacia ella.

—Esto es para ti. Te he visto llegar y me ha dado la sensación de que estabas un poco famélica.

Stella desconocía esa palabra, pero entendió enseguida qué quería decir Edie.

—Gracias. Sí, estoy muy famélica. —Y entonces, consciente de que el señor Keller estaría esperando una respuesta en cuanto la viera al día siguiente, añadió—: ¿Te importaría acompañarme? Tengo algo que pedirte. Un favor.

—Soy toda oídos. Espera un momento que vaya a buscar una taza y un plato para mí y hablemos.

Cuando Edie reapareció, solo minutos más tarde, Stella había engullido ya dos triángulos de queso y pepinillos y le había dado un mordisco considerable a la porción de tarta de jengibre. Decidió que reservaría los bollos para después de la conversación.

—Necesito practicar haciendo retratos —empezó diciendo—. El señor Keller, de la revista, quiere que practique con la gente que convive conmigo.

Como explicación era más bien opaca, pero Edie no pareció desconcertada en absoluto.

—¿Te gustaría fotografiar a los huéspedes? ¿Es eso lo que insinúas? Pues te aseguro que las hermanas Crane estarán encantadas, aunque imagino que el profesor montará un escándalo.

—No me refiero a los huéspedes. Me gustaría fotografiarte a ti, a la cocinera, siempre y cuando esté de acuerdo, y a otras personas que trabajan aquí. Solo para practicar... Las fotografías no serán publicadas. Aunque siempre puedo pedirle al señor Keller que haga copias si os gusta cómo quedan.

—En mi caso, ningún problema —dijo Edie—. Y estoy segura de que a los demás les encantará tener fotos que poder compartir con la familia. —Bebió un poco de té y, después de dejar la taza en la mesa, miró a Stella a los ojos una vez más—. ¿Quién es ese tal señor Keller? ¿Tu jefe?

—No, es el responsable del cuarto oscuro. De toda la fotografía. Es... —¿Cómo describir a aquel hombre? No lo conocía en absoluto, no sabía nada de nada sobre su vida fuera del trabajo, no había mantenido con él ni una sola conversación que no girara en torno a sus fotografías—. Es un buen maestro —sugirió—. Entiende lo que intento crear.

—Me alegro de oírlo. ¿Dónde tenías pensado hacer las fotos? En el salón quedarían muy bien, creo. ¿O qué te parecería aquí, en el comedor?

—Preferiría utilizar luz natural. ¿Fuera, tal vez?

—Al lado de la puerta de la cocina, atrás, hay un rincón muy agradable. ¿Quieres que te lo enseñe?

Stella fue con Edie a inspeccionar el patio adoquinado de la parte posterior del hotel, y luego entraron en la cocina y hablaron con la cocinera, con Ruth y con Dolly, y acordaron realizar la sesión fotográfica el sábado por la tarde.

Stella cogió una silla prestada del comedor y la colocó justo delante de la vieja pared posterior del edificio del hotel, un muro de ladrillo descolorido oscurecido por el entramado similar a una telaraña y las hojas brillantes de una clemátide de floración invernal. Hacía buen tiempo, el sol brillaba bajo en el oeste y la luz del patio presentaba una calidez maravillosa.

Edie fue la primera en posar, y una a una la fueron siguiendo las demás, todas conmovedoramente dispuestas a colaborar y también un poco nerviosas ante la excepcional experiencia de ser fotografiadas.

—Había un fotógrafo callejero que trabajaba por el Mile End —le explicó Dolly, y su rostro ojeroso y sencillo se iluminó mientras hablaba—. Nos hizo una fotografía preciosa a mi madre y a mí cuando yo era pequeña. Mi padre dijo que era carísima, pero mi madre insistió en que quería tenerla. Pues mira que han pasado años y todavía cuelga de la pared de la cocina de mi casa.

Stella estaba sentada ahora en su lugar habitual de la mesa de la planta de arriba, a la espera de que la luz roja de la puerta del cuarto oscuro se apagara. No quería interrumpir a Win Keller, ni siquiera llamando suavemente a la puerta. No quería interrumpirlo mientras estaba ocupado revelando los retratos que ella había hecho en el Blue Lion.

Le había entregado los carretes sin mediar palabra, puesto que llegaba tarde a la reunión editorial semanal, y una vez acabada la reunión, de eso hacía casi una hora, había subido corriendo y había iniciado su guardia en la mesa. Apenas recordaba nada de lo que se había hablado en la reunión. Pero, por lo que sabía, le habían dicho que tenía que llamar a la puerta del Palacio de Buckingham y preguntar si la reina estaría disponible aquella misma tarde para una sesión de fotos.

Por fin se apagó la luz y apareció el señor Keller, una silueta recortada en el umbral de la puerta del cuarto oscuro. Ni siquiera levantó la vista para mirarla y siguió con la atención centrada en las imágenes que estaba colgando para que se secaran.

—¿A qué estás esperando? —preguntó.

Stella se acercó y formuló la única pregunta que había ocupado su cabeza durante toda la mañana:

—¿Qué opina?

—Te lo diré en un momento. Primero quiero saber qué piensas tú. ¿Son buenas?

—Sí. Creo que sí.

—¿Por qué? —No se volvió aún hacia ella.

Stella respondió con la primera idea que le vino a la cabeza:

—Porque son sinceras.

Y era cierto. Eran una representación sincera de lo que había visto con sus propios ojos. Sus ojos, y la luz real de primera hora de la tarde, nada más. Quizá, estaba obligada a reconocer, fueran demasiado sinceras. Edie era una mujer guapa, pero el retrato que le había hecho no escondía lo cansada que estaba aquel sábado, y la piel delicada de debajo de sus ojos aparecía oscurecida por el agotamiento. La imagen resultaba a la vez conmovedora y llamativa, aunque no era, en opinión de Stella, el tipo de retrato que a su amiga le gustaría tener colgado en la pared.

—Son sinceras —reconoció el señor Keller—, y son buenas. Muy buenas. Si pudieras producir algo como esto cuando hagas los retratos para el artículo sobre la Gran Niebla y sus consecuencias, lo habrás hecho bien.

Juntos de pie, el uno al lado del otro, examinaron el trabajo de Stella y el señor Keller dirigió un gesto hacia la hilera de imágenes que había colgado en un alambre más bajo.

—Cuéntame algo sobre todas estas.

—Cuando terminé los retratos, vi que aún me quedaba casi todo un carrete. No quería desperdiciar la película, de modo que me di una vuelta por el hotel en busca de cosas interesantes.

No le había dado muchas vueltas a aquel ejercicio y simplemente se había limitado a buscar elementos del interior del histórico hotel que le parecieran dignos de atención: un grupo de iniciales minuciosamente talladas en los paneles de roble oscurecido por el tiempo de la biblioteca; un panel de cristal antiguo que capturaba y refractaba el sol de última hora de la tarde; el desgastado león de piedra de la placa del exterior; el terciopelo descolorido y la madera exquisitamente tallada de una silla, instalada ahora en el comedor en una tarima elevada, en la que, si la leyenda era cierta, había descansado Isabel I hacía casi cuatro siglos, cuando entró en el establecimiento para protegerse de una tormenta de nieve.

—Sé que el Blue Lion no es un ser vivo, pero me da la impresión de que es un personaje por derecho propio. Me pregunto si...

—Adelante —dijo el señor Keller.

—¿Y si hiciéramos un artículo sobre el hotel? El mundo ha cambiado infinitamente en cuatrocientos años, pero el Blue Lion sigue ahí. Eso por sí solo ya da para todo un artículo. No pueden quedar muchos lugares así en Londres.

—Quedan menos ahora que antes de la guerra, efectivamente. —El señor Keller observó las fotografías entrecerrando los ojos y a continuación frunció el entrecejo—. Están todavía húmedas. Será mejor que vayamos a buscar a Kaz para que suba a echarles un vistazo. Adelante..., la idea es tuya. Eres tú quien debe convencerlo.

Stella bajó corriendo, y siguió corriendo por el pasillo hasta plantarse delante de la puerta abierta del despacho de Kaz. Sabía que era mejor no llamar ni interrumpir a su jefe, cuya atención estaba en aquellos momentos centrada en un documento escrito a máquina repleto de anotaciones con tinta roja.

—Enseguida voy —murmuró Kaz—. Ya tengo esta estupidez casi acabada. ¿En qué demonios estaría yo pensando? —Entonces, dejó a un lado la pluma, se sentó más erguido en la silla, se despezó y le indicó con un gesto a Stella que pasara—. Lo siento. Le pedí a un joven diputado del noreste que escribiera un artículo de opinión sobre la nacionalización de la industria del carbón. No sé ni cómo se me ocurrió, y ahora me encuentro aquí atascado, peleándome con un montón de sandeces a las que tengo que darles sentido.

—Puedo venir más tarde.

—No, no. Me irá bien apartarme un rato de esto para despejar la cabeza.

—He tenido una idea —dijo Stella, sin moverse de la puerta.

Kaz respondió con un gesto de asentimiento y se quedó a la espera de que se explicase.

—¿Recuerdas cuando me pediste que hablara con el señor Keller acerca del tema de los retratos para el artículo sobre la Gran Niebla? Pues lo hice enseguida, y me dijo que practicara haciendo fotos a la gente con la que convivo. ¿Querrías venir a verlas?

—Por supuesto. —Kaz se levantó y siguió a Stella escaleras arriba—. Hola, Win.

Stella esperaba que el señor Keller tomara la iniciativa, pero retrocedió un paso para restarse protagonismo.

—La idea es tuya, Stella. Adelante.

El corazón de Stella iba a mil, aunque no sabía muy bien si era por los nervios o por la emoción. Probablemente sería un poco de ambas cosas.

—Estos son los retratos que hice a la gente que trabaja en el Blue Lion, el lugar donde vivo. Esta mujer de aquí es Edie Howard. El hotel fue fundado por sus antepasados hace casi cuatrocientos

años y actualmente es la propietaria. Y esto —señaló entonces la fotografía de la deteriorada silla instalada en un pequeño estrado en el comedor— es una silla en la que en su día se sentó Isabel I cuando entró en el hotel para refugiarse de una tormenta de nieve.

La idea fue evolucionando y creciendo a medida que Stella hablaba.

—Londres ha cambiado mucho desde los tiempos de la coronación de la reina Isabel I. Y había pensado que explicar la historia de este lugar único, del típico lugar por delante del cual pasa la gente sin siquiera conocer su historia, serviría también para explicar la historia de Londres.

Kaz tenía el ceño fruncido, pero Stella reconoció la expresión como un ceño bueno, el que solía fruncir cuando algo había despertado su interés. Kaz se inclinó hacia delante y centró su atención en el puñado de fotos que había sacado del exterior del hotel.

—Desde fuera no parece un lugar muy notable. No le echaría más de un siglo de antigüedad.

—El exterior fue remodelado no hace mucho tiempo —le aclaró Stella—, pero por dentro se ven fácilmente las partes más antiguas del edificio.

—Entiendo. ¿Existen cuadros o dibujos del exterior antes de ser remodelado?

—En el vestíbulo hay uno, pero no me he parado a estudiarlo con detalle —reconoció Stella.

—Muy bien. Empecemos sondeando a la señorita Howard para ver si está dispuesta a dejarnos hacer un artículo sobre el hotel y la implicación de su familia. De paso, pídele también permiso para reproducir cualquier imagen histórica que tenga del hotel: cuadros, dibujos, fotografías antiguas. Manténme informado de cómo va la cosa.

Y después de decir eso, volvió a bajar, dejando a Stella pasmada.

—¿A qué viene esa cara de sorpresa? —preguntó el señor Keller—. Es evidente que le ha gustado la idea. Es buena, está claro. —Descolgó rápidamente las fotografías del hotel y las apiló con cuidado—. Enséñaselas a la señorita Howard. Y buena suerte.

* * *

Edie estaba sentada detrás del mostrador de recepción cuando Stella llegó a casa. Al ver su mirada inquisitiva, Edie sonrió con pocas ganas.

—El señor Brooks ha tenido que marcharse antes y el señor Swan no llega hasta las seis. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Muy bien. ¿Y a ti?

—Ajetreado. Creo que es la mejor forma de calificarlo.

—Tenía una pregunta para ti, pero si estás cansada...

—No, no, adelante. Estoy bien.

—El otro día, cuando acabé con los retratos, vi que me quedaba aún película y aproveché para hacer algunas fotografías del Blue Lion. Han salido estupendas, en un momento te las enseño, y se me ha ocurrido una idea. ¿Estarías de acuerdo con que el Picture Weekly publicara un artículo sobre el Blue Lion? Sobre su historia, me refiero, sobre la familia Howard y sobre cómo ha ido cambiando con el paso de los siglos. A mi jefe le gusta la idea, pero necesitamos que nos des permiso, de modo que esperaba que...

—¡Por supuesto que te doy permiso! Oh, Stella, gracias. Muchísimas gracias por pensar en el hotel.

—De nada. ¿Te gustaría ver las fotos que hice? Haré más, por supuesto, y uno de los redactores vendrá a hablar contigo. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. ¿Y necesitarás alguna cosa más?

—Pues sí. —Stella se volvió y señaló la acuarela enmarcada que colgaba de una de las paredes del vestíbulo—. ¿Ese es el hotel antes de que se remodelara el exterior?

—Lo es. Espera que salgo y te lo descuelgo.

Edie se levantó y salió al vestíbulo a través de la puerta contigua al mostrador. Se acercaron a la otra pared y examinaron el pequeño cuadro.

—Creo que se remonta a la década de 1830 —le explicó Edie—. Aún se aprecia el exterior con entramado de madera y la galería del primer piso. Luego, unos veinte años después, mi bisabuelo le añadió dos pisos, cerró la galería y cubrió todo el exterior con ladrillo para que no desentonara con el resto de los edificios de la calle.

Era un cuadro encantador, pero Stella vio de inmediato que no le serviría. Los márgenes habían resultado dañados por el agua y los pigmentos estaban muy descoloridos.

—Es precioso, pero no sé si podremos utilizarlo. Sus condiciones...

—Lo sé. Sigo teniendo intención de restaurarlo, pero no sé a quién pedirselo. A lo mejor el señor Geddes conoce a alguien.

—¿A quién tengo yo que conocer? —preguntó una voz detrás de ellas.

Edie giró sobre sí misma. A pesar de que sus mejillas se habían sonrojado delicadamente, respondió con voz serena:

—¡Señor Geddes! Qué maravilla que esté de vuelta justo en el momento en que necesitábamos su consejo. Stella trabaja como fotógrafa en Picture Weekly (¿a lo mejor lo sabía ya?) y parece ser que están pensando en escribir un artículo sobre el hotel. Me ha pedido ver una imagen del exterior original, pero me temo que lo único que tengo es esta triste y pequeña acuarela.

Stella se había cruzado unas cuantas veces con el señor Geddes, aunque solo de pasada, y siempre le había parecido un hombre agradable y correcto. Su reacción a la noticia que acababa de darle Edie confirmó la opinión que se había formado sobre él.

—¡Una noticia magnífica! Lo del artículo, me refiero. Podría usted pagar mil anuncios en la prensa y no conseguiría ni la mitad de la atención que le aportará un artículo en una revista como Picture Weekly. Y en cuanto a lo de la acuarela, seguro que puedo ayudarla.

—Es lo que quería pedirle —dijo Edie—. ¿Podría usted recomendarme a alguien que me lo restaurara?

—Podría, pero me llevaría un tiempo y no le saldría barato. ¿Y si le hiciera yo mismo una copia?

Pero Edie ya estaba negando con la cabeza.

—No, no puedo pedirle eso, con todo el trabajo que tiene que hacer relacionado con su encargo.

—Solo me llevará unos días si lo hago con plumilla y tinta y unas pinceladas de color. ¿Le serviría eso, señorita Donati?

—Creo que sí, aunque tendría que preguntárselo a mi jefe.

—Sería demasiado —protestó Edie—. De verdad que lo es.

Pero en vez de responder, el señor Geddes cogió ambas manos de Edie, esperó a que ella lo mirara a los ojos y entonces le sonrió.

—Déjeme hacer esto por usted. Por favor.

Edie hizo un gesto afirmativo. El señor Geddes se apartó, le soltó las manos y volcó entonces su atención en Stella.

—Hágame saber qué le dice su jefe. Si tiene alguna pregunta, estaré encantado de hablar con él. Buenas tardes, señorita Howard, señorita Donati.

—Buenas tardes —respondió Edie, con un tono de voz suavemente anhelante.

¿Podría ser que...? Pero la expresión de la otra mujer, cuando se volvió de nuevo hacia Stella, no revelaba que hubiera visto nada más que los sentimientos profesionalmente correctos hacia un huésped del hotel.

—Pues vaya casualidad —dijo Edie. Y, a continuación, miró el reloj—. ¿Te apetece tomar el té

conmigo? Aunque tendrá que ser en mi despacho, por si acaso aparece alguien por recepción.

—Me encantaría, sí.

—Estupendo. En días tan ajetreados como este, siempre suelo acabar comiendo a toda prisa algunos sándwiches sin levantarme ni tan siquiera de la mesa, pero mientras dejemos la puerta abierta, podemos sentarnos en las butacas junto al fuego y tomarnos nuestro tiempo. Un auténtico regalo para mí y una forma estupenda de celebrar todo esto. Te lo digo muy sinceramente, Stella, es la mejor noticia que he recibido en años. Nos imaginaremos que el té es champán y brindaremos por tu revista, por tu jefe y también por el señor Geddes. Es una suerte que el destino os haya conducido a los dos hasta mi puerta.

Capítulo doce

Jamie

Jueves, 26 de marzo de 1953

Fue el olor lo que lo despertó, un hedor nocivo a humedad, sudor, sangre y cordita que le congestionaba la garganta y le impedía respirar por la nariz. Tenía los ojos abiertos, pero la oscuridad que lo envolvía era absoluta, además, a pesar de que llevaba interminables minutos intentándolo, era incapaz de liberar las extremidades de las sujeciones invisibles que lo mantenían inmovilizado.

Había sido su decisión, así como su deber, bajar al sótano cubierto de escarcha de aquella granja en ruinas situada al norte de Roma y, una vez allí, desactivar la bomba que quedaba sin estallar entre las varias que habían demolido la humilde estructura, y luego, cuando habían terminado y sus hombres se disponían a retirarla de allí, él había insistido en quedarse atrás para alumbrar con su linterna eléctrica todos los rincones del espacio y asegurarse de no dejar ninguna otra pieza de artillería susceptible de explosión.

Pero no había visto nada, excepto un amasijo de vigas partidas, alambres y sacos reventados de maíz seco. Había dado media vuelta, dispuesto a salir, pero su sargento había gritado y un instante después se habían oído más gritos, y Jamie lo había sabido entonces. Había sabido lo que estaba a punto de sucederle.

No había habido tiempo para sentir miedo, solo el suficiente para contener la respiración cuando un rugido sordo había anunciado el colapso del suelo bajo sus pies. La oleada de ruido y la tormenta de escombros lo habían arrastrado hacia abajo; cuando había abierto de nuevo los ojos, había sido recibido por el silencio y por una oscuridad impenetrable.

Y ahora estaba vivo pero solo. Atrapado en un agujero bajo tierra. Su tumba, imaginó. Gritó pidiendo ayuda, pero no apareció nadie, y al cabo de un rato dejó de gritar porque no estaba seguro de si allí estaba entrando aire fresco.

Se dio cuenta de que el agujero se estaba llenando de humo y se tapó la cara con la camisa, pero solo podía respirar de forma muy superficial sin toser. El hedor era espantoso; sin embargo, pronto, muy pronto, quedaría inconsciente. Lo único que tenía que hacer era aguantar un poco más.

Solo en la oscuridad, pensó en sus seres queridos. En su madre y en su padre, en su hermana y en su hermano, en los sobrinos y sobrinas destinados a conocerlo solo a través de relatos y fotografías. Parpadeó, las imágenes se esfumaron y apareció otra cara delante de sus ojos ciegos.

Edie Howard, bondadosa y encantadora, estoica y abnegada, divertida e inteligente. Era el tipo de mujer que llevaba toda la vida esperando conocer, pero ya era demasiado tarde, demasiado tarde, y ella no llegaría a saberlo nunca.

La tumba que lo envolvía tembló una vez más. Estaba cayendo, y se hallaba tan sorprendido que ni tan siquiera podía gritar o debatirse; entonces, cuando impactó contra el suelo, lo poco que le quedaba de aire salió de golpe de sus pulmones. Pero no quedó inconsciente, no en aquel momento, no durante muchos segundos. Animado, palpó a su alrededor con la esperanza de tocar tierra compacta o piedra fría, pero encontró... ¿una alfombra?

Jamie abrió los ojos y reconoció, bajo la tenue luz del amanecer, la habitación del Blue Lion. Había estado soñando, aunque la granja y su sótano infernal estaban a más de mil quinientos kilómetros de allí y a una década de distancia. Debía de haberse caído de la cama.

Sin embargo, en lugar de levantarse, permaneció tumbado bocarriba a la espera de que el latido de su corazón se ralentizara y las extremidades le dejaran de temblar. Y siguió en el suelo hasta que se notó más estable. Solo entonces, se levantó y se acercó a la ventana. Estaba lloviendo, el cielo tenía un color gris plomizo y decidió que estaba demasiado cansado y abatido como para aventurarse a salir a dar su paseo.

En lugar de eso, cruzó el pasillo y se dio un breve baño muy caliente, se afeitó y se vistió. Era demasiado temprano para desayunar, de manera que se sentó en su mesa, encendió la luz y sacó el cuadro del Blue Lion que había empezado el día antes. Y entonces, con la sensación de haber recuperado un poco su tan costoso equilibrio, comenzó a dibujar.

Jamie avanzó mucho trabajo a lo largo del día. Se interrumpió solo para desayunar a las siete en punto de la mañana y luego, cuando el estómago empezó a protestar, fue al Queen Bess para devorar un indigesto bocadillo de beicon a modo de almuerzo. Se acercaban las cinco de la tarde cuando dejó de lado el cuadro del Blue Lion y decidió ir a dar un buen paseo antes de tomar el té.

Mientras se ponía el abrigo y bajaba las escaleras, se le ocurrió que podría pedirle a la señorita Howard que lo acompañara en su paseo. Durante el breve trayecto entre su habitación y el vestíbulo, perdió y recuperó el valor más de una vez, pero cuando la vio junto al mostrador de recepción, enfrascada en una conversación con el cansino de Ivor Brooks, echó casi a correr.

La señorita Howard se volvió al oír sus pasos.

—Buenas tardes, señor Geddes. ¿Qué tal está?

—Muy bien, gracias.

—Me disponía a seguir su consejo y salir a dar un paseo. ¿Le gustaría acompañarme?

Durante un prolongado momento se quedó simplemente mirándola, pensando que tal vez la había oído mal. Pero vio entonces que la señorita Howard se limitaba a sonreír y ladeaba un poco la cabeza, como si estuviera a la espera de una respuesta, por lo cual llegó a la conclusión de que sus oídos no lo habían engañado.

—Por supuesto —consiguió responder por fin—. Gracias.

No se había sentido como un colegial sonrojado desde que era un colegial. Si la señorita Howard volvía a regalarle otra de sus sonrisas, acabaría incluso olvidando su propio nombre.

—Voy a buscar el abrigo. Enseguida vuelvo.

Entró de nuevo en el despacho, dejando a Jamie a solas con Brooks, que evidentemente había escuchado la totalidad del diálogo y, a juzgar por su expresión amargada, no estaba en absoluto satisfecho con los planes de la señorita Howard para la media hora siguiente. Tal vez no aprobaba que confraternizara con los huéspedes, aunque como propietaria del hotel, la señorita Howard podía hacer lo que le viniese en gana. O tal vez, y Jamie consideraba más probable que fuera eso, no aprobaba que confraternizara con aquel huésped en concreto.

—¿Vamos?

La señorita Howard, adecuadamente preparada para el tiempo cambiante, había emergido de nuevo al vestíbulo y su imagen alejó por completo a Ivor Brooks de los pensamientos de Jamie.

—Sí, por favor —respondió Jamie—. ¿Tiene algún destino concreto en mente?

—Lo tengo —dijo ella, en cuanto dejaron atrás el Blue Lion—. Uno de mis lugares favoritos en todo Londres.

La siguió por Northumberland Avenue y Great Scotland Yard, luego por Whitehall hacia Downing Street, donde saludaron con un gesto al policía que montaba guardia delante del número 10, y finalmente por Horse Guards Road hasta St. James's Park. El viento soplaba con rachas demasiado fuertes y el tráfico era demasiado ruidoso como para permitir mucha conversación, de modo que Jamie tuvo que contentarse con las sonrisas de ella y las pocas palabras con indicaciones que compartieron mientras iban andando.

La señorita Howard se detuvo al llegar a la entrada del parque y dirigió la atención de Jamie hacia el cartel desgastado por las inclemencias del tiempo que colgaba de la verja.

—Espero que esté de acuerdo en acatar las normas y las regulaciones —dijo.

Se hizo a un lado para que él pudiera leerlas. Eran las advertencias habituales sobre cortar flores y tirar escombros, y también...

«Los visitantes no pueden lavar la ropa en el estanque ni meter la cabeza en el agua».

—¿Qué opina? —preguntó la señorita Howard, riendo ya a carcajadas.

—Debo decir que me siento decepcionado por la poca flexibilidad de las normas. ¿Qué pasa si me apetece darme un baño rápido en compañía de los cisnes?

—Imagino que el agua estará un poco fría para una travesura de esa índole —reconoció ella, con la alegría iluminándole los ojos.

—Supongo..., pero entonces ¿qué haré cuando llegue julio?

—Ah, pues no lo sé..., ¿quizá humedecer un poco el pañuelo en el agua y utilizarlo para aliviar su enfebrecida frente?

Le gustaba ese lado alocado de Edie Howard, y por un momento se preguntó quién más, entre sus conocidos, tendría la fortuna de disfrutar de esa versión de ella. Era bondadosa y paciente con sus empleados, pero sospechaba que no era el tipo de persona que compartiera chistes durante las comidas. Eso suponiendo que alguna vez comiera con ellos. Y si no era así, ¿comería siempre sola en su despacho? Esperaba que no, porque eso solo serviría para subrayar la soledad que intuía en ella. Porque, a pesar de que no podía decir que la conociera bien, o al menos todavía no, sí era capaz de reconocer el carácter solitario de su vida.

—He pensado que podríamos pasear hasta Duck Island —sugirió la señorita Howard—. Es una lástima que ya lleguemos tarde para ver cómo dan de comer a los pelícanos, pero por el camino hay varios lugares agradables donde sentarse.

—¿Dar de comer a los pelícanos?

—Sí, sí. El señor Hinton, su cuidador, les trae cada día a las cuatro de la tarde un cubo de arenques. Es muy divertido verlo.

Cruzaron por una corta pasarela de madera y pasaron por delante de una cabaña increíblemente pintoresca donde Jamie imaginó que debía de vivir el señor Hinton, el cuidador de los pelícanos. En nada alcanzaron el final del sendero y, puesto que había un banco que parecía estar esperándolos y una preciosa vista sobre el lago y el viejo puente suspendido, decidieron tomar asiento; justo en aquel momento, dos cisnes se deslizaron por el agua ante ellos. Los sonidos de la ciudad habían desaparecido y quedaron envueltos por el canto de los pájaros, el verdor y la paz.

—Podría pasarme horas aquí —reconoció la señorita Howard.

—¿Está teniendo una jornada larga?

—Larguísima. Ya ha empezado a la hora del desayuno. La joven Dolly es la criada que se ocupa de la trascocina y adora a la familia real, y por supuesto me imaginaba que estaría conmovida por el fallecimiento de la reina María. Pero por desgracia estaba tan conmovida que se ha pasado la mañana entera llorando a mares y siendo incapaz de hacer nada para ayudar a la cocinera y a Ruth. Ha estado distrayendo a todo el mundo con sus predicciones de que la reina estará

destrozada y de que la coronación se irá al traste.

—Lo sentí mucho cuando oí la noticia de que la reina María había muerto, pero no puedo decir que me haya afligido por ello.

—Ni yo. No es que no sintiera ningún cariño por la anciana. Lo sentía, claro está. Pero es como si siempre hubiera estado, no sé, como en un segundo plano, ¿no le parece? Siempre fue a lo suyo y tuvo ese tipo de vida en el que nunca le faltó de nada. En comparación con todos los males del mundo, no podría calificarse como de gran tragedia, ¿verdad?

—Imagino que no. Aunque debe de ser duro para la familia. Era reina, pero también abuela.

La señorita Howard asintió.

—Siempre he pensado que debe de ser una vida muy solitaria. No falta de consuelos, claro está, pero eso de saber que siempre estás a la vista de todo el mundo, que siempre te están mirando...

—Se estremeció con delicadeza—. Me parece que no me gustaría nada.

—¿Y la parte de la riqueza y los privilegios? ¿No le atrae eso en absoluto? —preguntó Jamie, en un tono que confiaba en que ella reconociera como de broma.

—Bueno, la verdad es que no diría que no a una pequeña cantidad de riqueza. La suficiente como para enderezar el rumbo del Blue Lion y proporcionar un mínimo de seguridad a mis empleados cuando se jubilen. Quizá debería plantearme echar una quiniela de fútbol.

—Me parece que las probabilidades de que cualquiera de los dos gane algo a las quinielas son aproximadamente las mismas que las de ver a la reina dando volteretas por el Mall el día de la coronación.

—¿Se lo imagina?

La señorita Howard se volvió hacia él, con una sonrisa amplia y espontánea, con la alegría dándole brillo a sus ojos, y Jamie tuvo de repente la sensación de que el corazón se le había vuelto demasiado grande para que le cupiera en el pecho.

Y en vez de responder de una manera normal, con una sonrisa y algún comentario diciendo que era un hombre de apuestas, dijo lo primero que le vino a la cabeza:

—¿Por qué no me llama Jamie? ¿Es demasiado atrevimiento pedírselo?

La señorita Howard hizo un gesto afirmativo, sin dejar de sonreír.

—Solo si usted a cambio me llama Edie. Y solo si me cuenta cómo ha pasado el día hasta ahora.

—He estado trabajando en el cuadro del Blue Lion. Me encuentro ya bastante cerca de terminarlo. El jefe de Stella no lo necesita enseguida, razón por la cual me estoy tomando mi tiempo. La pluma y la tinta suelen ser traicioneros para el artista que va con prisas.

—¿Y está satisfecho con el resultado?

—Lo estoy. Al menos por el momento.

—Bien. Es solo que... me ha parecido que estaba un poco triste. Antes de que iniciáramos el paseo, quiero decir. Espero que no le importe que se lo diga.

—Es que... —empezó a decir él.

Pero la explicación fácil que sintió tentaciones de ofrecer, prima segunda de una mentira, murió en sus labios. Edie se merecía conocer la verdad, o como mínimo algo que se le acercase. La respetaba demasiado como para caer en sus excusas habituales.

—He tenido un mal sueño. Una pesadilla. Me pasa de vez en cuando.

Esperó entonces a que ella respondiera con una réplica ficticia y educada, algo así como que todos teníamos pesadillas alguna vez y que resultaban agotadoras, y que también ella las había padecido en cantidad a lo largo de los años.

—Continúe —dijo en cambio.

—¿Desea escuchar la versión breve y esterilizada o el relato largo y más sincero?

—Este último, si le parece bien.

Entonces, posó la mano sobre la de él y esperó a que continuara.

—Durante la guerra fui oficial de ingenieros del Ejército británico. Desactivador de explosivos. Me alisté en su momento en uno de los regimientos escoceses, pero el sargento de la oficina de reclutamiento me rechazó. Dijo que era demasiado culto para incorporarme a esas filas y «demasiado oscuro», según sus propias palabras, para ser oficial.

—Oh, Jamie.

—Estaba a punto de dar media vuelta y marcharme, de probar suerte en cualquier otro lado, cuando me llamó de nuevo.

Incluso ahora, años más tarde, Jamie seguía viendo la cara de aquel hombre; seguía oyendo su voz cuando le empezó a disparar preguntas.

—Tiene usted estudios, ¿verdad?

—Sí. Acabo de superar los exámenes finales.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinte. Cumpliré veintiuno en diciembre.

—¿Se plantearía la posibilidad de formar parte del cuerpo de Ingenieros Reales? Necesitan oficiales para la desactivación de explosivos. Es un trabajo peligroso, eso sí. No se lo mencionaría a nadie, pero tiene usted el aspecto adecuado. Nervios de acero. Capaz de pensar con rapidez. Podría funcionar.

Jamie sabía que el hombre le estaba dando coba, pero no le importó.

—¿Dónde estaría destinado?

—Es imposible saberlo en este momento. Probablemente aquí en Inglaterra, al principio. Si los cabeza cuadrada intentan invadirnos, empezarán machacándonos con bombardeos. Y una vez haya pasado eso, podría acabar en cualquier parte. Incluso en un lugar tan remoto como la India. Que imagino que le iría bien.

Hacía ya tiempo que Jamie había aprendido que, a veces, lo más fácil era no decir nada y esperar a que la gente se explicara. De modo que se quedó mirando al hombre y esperó.

—¿No es usted de allí? —le había preguntado el sargento después de un silencio prolongado e incómodo.

—No. Soy escocés. Creía que mi acento me delataba lo suficiente —había respondido Jamie, sonriendo, y el hombre le había devuelto la sonrisa, quizá pensando que estaban compartiendo un chiste.

—Y allí mismo me enrolé —le explicó a Edie—. Empecé entonces la formación y a finales de verano ya estaba lidiando con bombas sin estallar.

—¿De qué fecha estamos hablando? —preguntó ella.

—Septiembre de 1940. Justo a tiempo para el Blitz. Apenas recuerdo aquellos meses. Trabajábamos más horas de las que dormíamos. Después nos enviaron al norte de África. Lo que más recuerdo de allí es la arena, el frío que hacía por las noches y que en el cielo parecía que había el doble de estrellas que aquí. Y luego llegó la campaña de Italia. Cada vez iba mejorando más en mi trabajo. Controlaba bien los nervios y no me temblaban las manos; mis hombres me respetaban. La mayor parte del tiempo estaba agotado, añoraba mi casa y tenía mucho miedo, pero no fue tan malo, la verdad. Comparado con lo que estaban viviendo otros, era fácil.

La mano de Edie se cerró sobre la de él.

—¿Qué pasó?

Debería haber sabido que la señorita Howard vería más allá de aquella ficción anodina en la que llevaba tanto tiempo confiando que casi había llegado a creérsela. Mentirle habría sido muy fácil; insistir en que estaba bien y que dormía tan plácidamente como cualquiera. Pero ya había llegado muy lejos y ella se merecía más.

—Estábamos en Italia, en las cercanías de Roma. Había bajado a un sótano para desactivar una

bomba, y mientras estaba allí, explotó otra. No lo bastante cerca como para matarme, pero sí como para derribar el resto del edificio. Y en eso es en lo que sueño cuando tengo mis pesadillas. En las horas que pasé solo en la oscuridad, atrapado en un agujero, a la espera de morir.

—Qué horror. No soporto pensarlo.

—Cuando entraron y me sacaron de allí, me llevé una sorpresa enorme. Aparte de rotura de tímpano, traumatismo craneoencefálico y algunos rasguños y golpes, salí ileso. En cuestión de una semana estaba trabajando de nuevo. Y entonces...

Lo que seguía no se lo había contado a nadie, ni siquiera a su padre, y en lugar de pararse a examinar los motivos por los que se lo iba a contar a Edie, siguió hablando:

—Un día nos enviaron a estudiar un artefacto que había quedado atrapado en un pozo de un pequeño pueblo reducido a escombros. Allí no había más que edificios destruidos y gente desesperada que no tenía dónde ir. Me dispuse a bajar al pozo y desactivar la bomba, pero cuando miré por el borde y estaba listo para descender, me di cuenta de que no sentía las manos. Que solo las veía, que sabía que estaban allí, pero no las sentía. Fue una sensación de lo más extraña. No recuerdo cuánto tiempo estuve de aquella manera, intentando decidir qué hacer, con todos mis hombres detrás mirándome y seguramente preguntándose qué me pasaba. Jones, mi sargento, se acercó para preguntarme y, cuando intenté explicárselo, comprobé que tampoco podía hablar. Ni una sola palabra.

Incluso ahora, recordaba cada instante de lo que había sucedido después. Jones era de esos hombres a quienes no se le pasaba nada, pero, en lugar de avergonzar a Jamie delante de sus hombres, había actuado como si todo estuviera bien.

Jamie seguía recordando con absoluto detalle el horror de lo que sucedió a continuación.

—No está muy abajo, señor, pero no creo que usted pueda maniobrar adecuadamente. Mejor enviar a alguien con una envergadura que le dé un poco más de espacio para moverse. A lo mejor el señor Ogilvy podría intentarlo.

El teniente segundo Ogilvy apenas tenía veinte años, era flaco como un palo y estaba más que dispuesto a demostrar su valía.

—Encantado de intentarlo, señor —había dicho, a lo cual Jamie había asentido, y estaban empezando a descender al chico, cuando la bomba estalló.

No habían podido sacar del pozo lo bastante de Ogilvy como para proporcionarle un entierro decente, y cuando Jamie había intentado escribir la carta de rigor a la madre del chico, se había visto incapaz de sostener la pluma; había sido entonces cuando su comandante se había enterado de lo sucedido, había llamado a Jamie y le había dicho que su trabajo en el ejército había tocado a su fin.

Y así se lo explicó a Edie, que en lugar de encogerse de horror o de hacer algún tipo de

comentario bien intencionado diciendo que la guerra crispaba los nervios incluso de los hombres más valientes, se limitó a apretarle la mano. Solo eso.

—Me enviaron de vuelta a Inglaterra, a un hospital de convalecencia cerca de Greenwich, y cuando terminó la guerra pude volver a sujetar un lápiz. Pasé el Día de la Victoria en Trafalgar Square, viendo cómo la gente lo celebraba mientras yo trataba de dibujar lo que veía a mi alrededor, intentando siempre no pensar en los hombres que habían perdido la vida por haber tenido que rematar un trabajo que mi debilidad me había impedido hacer.

Se quedó a la espera de su réplica, preparándose para ese tipo de respuesta cuidadosamente comedida a la que recurría la mayoría de la gente, incluidos sus padres, cuando reaccionaban a su relato. Pero Edie volvió a sorprenderlo.

—Yo también estuve aquel día en Trafalgar Square. Qué extraño se me hace saber que usted no estaba muy lejos. Igual incluso nos cruzamos. O bailamos. —Otro momento de silencio—. ¿Ha vivido en Londres desde entonces?

—No. Pensé en quedarme aquí, pero mis padres insistieron en que regresara a Edimburgo. Y eso hice. Fue la única manera de convencerlos de que había vuelto entero.

—¿Cuánto tiempo se quedó allí? —quiso saber ella, ignorando la pregunta de si había acabado la guerra como un hombre entero o como un hombre roto.

—Unos dos años. Terminé estudiando Derecho, básicamente para complacer a mi padre. Y, bueno, para tener algo que hacer.

—¿Y entonces por qué está aquí? ¿Por qué no está en algún juzgado?

—Porque lo aborrecía. Necesité una eternidad para confesarle la verdad a mi padre: que era un infeliz y que me horrorizaba la idea de convertirme en abogado, que quería echar por la borda los últimos dos años de estudios y ser artista. Pero cuando se lo confesé todo, se mostró encantador conmigo. Ambos. Mi madre lloró, pero solo porque estaba muy preocupada por mí, y a partir de aquel momento insistió a diario en que me apuntara a una escuela de arte, hasta que acabé preparando diversas solicitudes y mandándolas por correo.

—¿Sus padres le animaron? —dijo Edie, como si la idea fuera tan descabellada que no pudiera creérselo.

—Sí, lo hicieron. No creo que hubiera sido capaz de dar el salto sin aquel primer empujón que me dieron ellos.

Edie no dijo nada, y a Jamie le pareció que se quedaba perdida en sus pensamientos, o que tal vez estaba resucitando sus propios recuerdos.

—¿Está usted bien? —le preguntó.

—Sí. Lo siento. Es solo que no me puedo imaginar cómo debe de ser querer hacer algo en tu

vida y conseguirlo.

—¿Nunca ha deseado dedicarse a otra cosa?

—Hubo una época en la que deseaba con todas mis fuerzas ser primera bailarina, pero me duró solo unos meses, cuando tenía siete u ocho años. Me llevaron a Sadler's Wells a ver a Margot Fonteyn y fue embriagador. —Intentó sonreír, pero sin convicción, y la luz de los ojos se atenuó—. Antes de mí, antes de que yo naciera, mis padres tuvieron dos hijos varones. Los mataron en la Gran Guerra, y como mi padre era hijo único... Tuvieron que intentarlo de nuevo.

—Debió de ser usted un gran consuelo para ellos —dijo Jamie. Palabras vacías, pero por mucho que se esforzara no se le ocurrió nada mejor que decir.

—Confío en que lo fuera. Se les veía felices, aunque sé que esperaban que fuese niño.

¿Y qué decir a eso? ¿Cómo podría haber vivido él sabiendo algo así? No podía hacer nada, nada en absoluto, de modo que se volvió de frente a ella, le cogió también la otra mano y se la apretó con fuerza. Solo durante unos segundos, y solo para que supiera que la había escuchado.

Edie le sonrió, y esta vez era cierto: su corazón empezó a hacerse trizas en su pecho.

—Pero todo esto ya es pasado, ¿verdad? —dijo Edie.

—Tiene razón —concedió él. Y añadió, porque no soportaba la idea de no decirlo—: Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por recordarme las normas de los visitantes del parque. Por contarme lo del señor Hinton, los pelícanos y el cubo de arenques. Por escucharme.

—De nada, pero...

—Discúlpeme por interrumpirla, pero si lo que está a punto de decir es que no es ninguna molestia, o que no es nada especial, o que esto es el tipo de cosa que haría cualquiera, no lo diga, por favor. La amabilidad que ha mostrado conmigo, y que sé que muestra con los demás, se merece mucho más que unas simples palabras de agradecimiento. Así que gracias por escucharme, y por darme un hogar, y por cuidar de todos los que vivimos en el Blue Lion. Es usted un tesoro, Edie Howard, y ya va siendo hora de que alguien se lo diga.

ABRIL

Capítulo trece

Edie

Jueves, 2 de abril de 1953

El día después de su paseo con Jamie, Edie había recibido una llamada telefónica del señor Kaczmarek, el director de Picture Weekly. Durante la conversación, el hombre había accedido a la petición de que fuera Stella quien se encargara de las fotografías que acompañarían al artículo sobre el Blue Lion, confirmado que la revista incluiría la ilustración de Jamie y sugerido una fecha para una entrevista con una de sus redactoras.

—Se llama Ruby Sutton —le había explicado—. Es una de mis mejores redactoras y Stella y ella trabajan muy bien juntas.

Había llegado por fin el día, la señorita Sutton tenía que aparecer en cualquier momento y Edie no había conseguido hacer absolutamente nada durante toda la mañana. Stella le había garantizado que todo iría bien, que la redactora era agradable y simpática y que el artículo que publicara Picture Weekly presentaría el Blue Lion desde el punto de vista más favorable posible. Y Edie la había creído. La había creído de verdad.

La dificultad estaba en que toda la responsabilidad recaía sobre ella. Tenía que ser divertida, ingeniosa y perspicaz. Tenía que conseguir que el Blue Lion quedara como el hotel más encantador, acogedor y memorable de Londres. Y si fracasaba en cualquiera de esos aspectos, la culpa sería única y exclusivamente suya.

Se había dado por vencida y había dejado de escribir a máquina después de echar a perder tres hojas de papel por tontos errores uno tras otro. Luego había deambulado por los pasillos que, como el resto del hotel, estaban ya perfectamente inmaculados, sin una sola mota de polvo que pudiera capturar su atención. Y ahora, cuando faltaban solo cinco minutos para la cita, se dedicó a recorrer la planta principal, aunque con cuidado de mantenerse dentro del alcance visual de la puerta de entrada.

En el vestíbulo, colocó a la perfección los periódicos y las revistas de las mesitas, ahuecó los cojines y animó un poco el fuego de la chimenea. Normalmente, no la habría encendido ya tan entrada la primavera, pero era un día frío y húmedo y el fuego añadía un agradecido matiz hogareño a la estancia. No repasó el estado de la biblioteca, puesto que el profesor estaba ocupado con sus documentos y las criadas ya habían hecho un trabajo excelente limpiando todas

las partes del cuarto excepto la mesa donde el profesor trabajaba.

Siguió en el vestíbulo y recolocó los folletos turísticos en su expositor, se sirvió del pañuelo para limpiar las motas invisibles de suciedad que pudieran cubrir el marco dorado de la deteriorada acuarela del hotel, e incorporó en su lista mental de «Cosas que hacer en el hotel (futuro)» la tarea de buscar quien pudiera hacer una limpieza profesional tanto de aquel cuadro como de las demás obras de arte repartidas por el establecimiento.

A las tres en punto de la tarde, la campanilla de la puerta de entrada tintineó con alegría. Edie se alisó la chaqueta y la falda, enderezó la espalda y se preparó para recibir a la señorita Sutton, que cruzó la puerta como un aluvión en forma de paraguas empapado por la lluvia, impermeable y bolso gigante.

Se produjo entonces un momento incómodo, cuando la otra mujer empezó a pelearse con el paraguas, consiguió por fin cerrarlo con fuerza y lo metió, impaciente, en el paragüero de la entrada.

—Maldito trasto —murmuró, pero enseguida levantó la vista y sonrió—. ¿Señorita Howard? Soy Ruby Sutton.

Sorprendida por el acento norteamericano de esta, Edie le estrechó la mano y le devolvió la sonrisa.

—Encantada de conocerla. Bienvenida al Blue Lion.

—Muchísimas gracias por acceder a hablar conmigo. Tenía de verdad muchas ganas de conocerla y de ver el hotel, por supuesto. Tiene su historia.

—La tiene, sí. ¿Quiere que me ocupe de su impermeable? Puedo colgarlo en mi despacho. Será un momento.

Cuando regresó, la señorita Sutton ya había sacado del bolso una libreta y un lápiz y estaba atareada tomando notas.

—No me haga caso, por favor. Es que se me han ocurrido varias cosas por el camino y necesito apuntarlas para que luego no se me olviden.

—La entiendo —dijo Edie. Se sentía extrañamente dubitativa, puesto que la señorita Sutton, a pesar de ser de lo más agradable, no era una huésped del hotel, sino una reportera y, como tal, podía optar por escribir cosas poco halagadoras sobre su establecimiento—. No sé muy bien por dónde empezar —dijo, decidiendo comenzar con total sinceridad—. ¿Le apetece que le enseñe antes que nada el hotel y luego nos sentamos para charlar un poco más?

—Eso es justo lo que esperaba que me dijera.

Edie guió obedientemente a la señorita Sutton de una estancia a otra, empezando por el salón, echando luego un vistazo rápido a la biblioteca y subiendo después para mostrarle una de las

habitaciones destinadas a los huéspedes. Como las Honorables no habían sido desalojadas todavía de las suyas, Edie había pedido a las criadas que airearan y limpiaran a fondo una habitación de la segunda planta que quedaba justo encima de la de ellas y que tenía una vista excelente sobre Northumberland Avenue, quedaba cerca de un cuarto de baño y un aseo, y tenía una colcha, unas cortinas y una alfombra que, aun sin ser nuevas, seguían siendo muy bonitas. El mobiliario era una mezcla de piezas georgianas y de la época de la Regencia, sencillas, sólidas y relucientes, y la habitación, consideraba Edie con satisfacción, era de esos lugares donde uno podría alojarse felizmente durante días enteros. La señorita Sutton hizo comentarios gratificantes y positivos sobre lo agradable de la decoración y lo conveniente de la localización del hotel, mientras iba tomando nota de todo lo que Edie decía.

—El cartel de la puerta dice que el hotel fue fundado en 1560 —dijo la señorita Sutton, cuando terminó de inspeccionar la habitación—. ¿Ya era propiedad de su familia por aquel entonces?

—Lo era, sí. Jacob Howard fue el primer propietario, y yo soy su descendiente directa.

—¿Y el nombre? ¿Esconde alguna historia?

—Si la esconde, se ha perdido con el tiempo. En heráldica, el león azul está asociado con los duques de Northumberland, pero mi familia estaba relacionada con los duques de Norfolk, y solo de forma muy lejana. No estoy segura de que los primos aristócratas de los fundadores conocieran tan siquiera su existencia. No hay constancia de que los duques o su familia más directa se alojaran aquí.

—Entendido. ¿Puede contarme más cosas sobre el edificio en sí? ¿Cuándo fue construido?

—La estructura original data de finales del siglo XIV. Probablemente en sus inicios fue una casa de campo, y al principio solo había dos plantas. Los pisos superiores fueron añadidos cuando se reconstruyó toda la zona, hará unos cien años, y también se amplió el edificio.

—¿De modo que por aquel entonces todo esto eran campos?

Edie movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Cotos de caza, campos de cultivo y alguna que otra casa solariega. Pero tampoco es que estuviera en medio de la nada. Charing Cross quedaba justo al oeste y el Támesis a pocos centenares de metros en dirección este. Cuando Jacob inauguró la posada, era un lugar mucho más concurrido. El palacio de Whitehall quedaba cerca y las carreteras estaban mejorando, y en poco tiempo empezó a haber viajeros yendo y viniendo de las diligencias cerca de lo que hoy es Trafalgar Square.

Edie se calló de repente, consciente de que estaba proporcionando muchos más detalles históricos de lo que la señorita Sutton probablemente necesitaba o quería.

—Perdón. Tengo tendencia a divagar cuando empiezo a hablar sobre la historia del hotel.

—No se disculpe, por favor. Este es precisamente el tipo de material que quiero para mi artículo.

Volvamos a lo que me ha comentado sobre la reconstrucción de la zona. No fue como consecuencia del Gran Incendio, ¿verdad?

—No, el incendio fue más al este. Las calles de los alrededores fueron reconvertidas en vías rectas y modernizadas en la década de 1730, y luego otra vez hacia 1850. La fachada victoriana se construyó entonces. ¿Ha visto la ilustración de la fachada original que ha hecho James Geddes?

—Sí, la tengo. Es muy buena. En ella se intuye perfectamente la antigüedad del hotel.

—Puede ser difícil de ver, claro, con todos los cambios que se han producido a lo largo de los años. Pero las partes realmente antiguas siguen aquí. Solo hay que tomarse la molestia de encontrarlas. Algunos de los paneles de madera del salón de abajo son originales, igual que partes de la escalera, y aquí y allá tenemos también vigas antiquísimas, que normalmente están colocadas a la altura justa para que nuestros huéspedes más altos se golpeen la cabeza con ellas si no se andan con cuidado.

—¿Tienen algún fantasma? —preguntó la señorita Sutton, con un matiz de picardía en la voz.

—No, que yo haya visto.

—Supongo que, a fin de cuentas, probablemente suponga un alivio para sus huéspedes. Pero el hotel sí que tiene su propia leyenda.

—Oh, sí, claro. La de Isabel I y la gran tormenta de 1564.

—Adelante.

—Lo que cuenta la leyenda es muy sencillo. La reina había salido a montar y, a pesar de que cuando ella y su séquito salieron de palacio hacía buen tiempo, al parecer se desencadenó sin previo aviso una tormenta de nieve y se extraviaron. De un modo u otro, acabaron en las puertas del Blue Lion. Como era de esperar, fueron calurosamente recibidos y obsequiados con todas las comodidades que Jacob Howard tenía a mano: comida, vino, una silla junto al fuego para la reina y cobijo también para los caballos. Conservamos aún la silla en la que la reina se sentó... Recuérdeme que se la muestre cuando estemos en el comedor.

—¿Se quedó a pasar la noche?

—Tristemente, no. Prosiguieron su camino en cuanto el tiempo dio un respiro. Jacob recibió una bolsa con monedas a modo de agradecimiento, pero se las gastó pronto. Y así termina la leyenda. No hay ningún dragón, ni tampoco un camino milagroso abierto en la nieve para que pudiera pasar la Reina Virgen. Simplemente una silla cómoda en la que poder sentarse junto a la chimenea.

—¿Y fue su antepasado, Jacob Howard, quien la recibió? —preguntó la señorita Sutton, sin dejar de escribir.

—Así es, siempre y cuando asumamos que la leyenda es cierta. Me gustaría poder creerla, pero no existen pruebas y la verdad es que a mí me parece algo improbable. Al menos en determinadas partes.

—¿En qué partes?

—Por aquel entonces, esto era el campo, pero no es que no hubiera nada, ni mucho menos. Cerca debía de haber varias casas solariegas, todas ellas mucho más lujosas que el Blue Lion. Además, el palacio de Whitehall estaba a menos de trescientos metros al sur de aquí. ¿Por qué no acelerar el paso e intentar llegar a casa?

—Si fue una tormenta de nieve repentina, estarían desesperados por encontrar cobijo — reflexionó la señorita Sutton—. Me crie en Nueva Jersey, y en invierno siempre sufríamos un par de tormentas en las que la nevada era tan fuerte que te dolía incluso cuando te caía encima. Tal vez fuera una situación similar.

—Tal vez —reconoció Edie.

—No creo que realmente importe si la leyenda es cierta o no. Es una buena historia, aunque no haya dragones, ni caballeros de reluciente armadura, ni espadas encantadas. Además, la parte de la historia que sí que es cierta, la de la relación de su familia con este lugar, es tan interesante como la visita de la reina. Al menos en mi opinión.

—Es muy amable por su parte.

—¿Le hace sentirse orgullosa o diría que es más bien una carga?

Era la primera de todas las preguntas de la señorita Sutton que dejaba a Edie confusa.

—No sé qué decirle..., un poco ambas cosas, creo. Amo este lugar, y siento que tengo la importante obligación de conservarlo y de cuidar de la gente que trabaja y vive aquí.

—No es mi intención ponerla en un compromiso. Lo que sucede es que no puedo imaginarme cómo lo llevaría yo de estar en su pellejo. ¿Se ha planteado alguna vez vender el hotel?

—No, de manera seria, no. —No era del todo verdad, pero si reconociera sus dudas y sus preocupaciones, o si insinuara las repetidas ofertas del señor Bamford, tendría que explicar a sus empleados y huéspedes, y probablemente más de una vez, que no tenía ningún deseo de vender el hotel siempre y cuando pudiera evitarlo—. A lo largo de los años he recibido ofertas, pero ninguna que valiera la pena considerar. Dirigir este hotel es el trabajo de mi vida. —Esa parte, como mínimo, era verdad.

La señorita Sutton hizo un gesto de asentimiento, sin dejar de tomar notas.

—¿Por qué no me cuenta qué planes tiene para la coronación?

—Sí, tenemos la suerte de estar situados en el recorrido de la procesión, y tengo todas las

habitaciones reservadas para las semanas previas y posteriores al día de la coronación. Claro está que, por supuesto, cualquiera que desee alojarse con nosotros más adelante, recibirá una cálida bienvenida. Servimos además a diario, domingos incluidos, el tradicional té de la tarde, que está abierto también a cualquiera que no esté alojado en el establecimiento. —Miró el reloj y se alegró de que fueran justo las cuatro y media de la tarde—. De hecho, es la hora del té. ¿Le gustaría acompañarme?

—Sí, por favor —contestó entusiasmada la señorita Sutton—. Aunque espero que no le importe si me abstengo de beber el té. Llevo más de diez años viviendo en Inglaterra y la adoración que sienten ustedes por él continúa desconcertándome.

Edie no se olvidó de enseñarle a la señorita Sutton la silla de la reina, instalada ahora en una plataforma baja junto a la gigantesca chimenea del comedor, y puesto que la silla no tenía nada de gran interés aparte de su antigüedad y su relación con la realeza, enseguida estuvieron sentadas en la mesa de Edie, justo al lado de la puerta que daba acceso a las cocinas. La estancia se encontraba vacía, con la excepción de las Honorables que, para alivio de Edie, estaban concentradas en su conversación y apenas levantaron la vista al verlas llegar. Ginny, con varios platos de exquisiteces en la mano, apareció en el instante en el que Edie y su invitada tomaron asiento, lo cual ayudó a paliar parte del malestar que experimentó Edie al percatarse de la ausencia de comensales.

—¿Le apetece entonces café? —preguntó Edie—. Lo preparamos fuerte, café de verdad. Nada que ver con esa esencia embotellada que hay por todas partes.

—Sí, por favor. Pero solo si no es mucha molestia.

Edie miró a Ginny.

—Un café, por favor, y una tetera para mí. Gracias.

—Sí, señorita Howard.

—Sírvase usted misma lo que quiera —dijo Edie—. Seguro que está hambrienta.

—Gracias. Tiene todo un aspecto delicioso.

—Hay que decir que la cocinera hace verdaderos milagros. Nadie diría que la mantequilla y el azúcar siguen racionados.

Ginny regresó con el café y el té, y Edie y la señorita Sutton se concentraron en sus tazas hasta que llegó el momento de iniciar otra ronda en su conversación. Edie sabía que debía contar más cosas sobre el hotel, pero llevaba todo el rato hablando sin parar y la voz empezaba a fallarle.

—Antes ha dicho que llevaba en Inglaterra..., ¿cuánto tiempo?

—En realidad, han pasado casi trece años. En principio, vine solamente por un año, pero la ciudad y su gente me calaron hondo. Aquí me siento como en casa, de un modo en el que nunca

me sentí cuando vivía en Estados Unidos.

Edie se fijó entonces en la alianza de boda y el anillo de compromiso de la señorita Sutton.

—¿Es también periodista su esposo? —preguntó.

—¡Ja! No, Bennett es abogado. Nos presentó su mejor amigo, Walter Kaczmarek. Mi jefe en PW.

—Ah, sí. Justo el otro día estuve hablando con el señor Kaczmarek.

—Bennett fue la primera persona que conocí al llegar aquí, parece increíble, y la verdad es que me causó muy buena impresión. —La señorita Sutton sonrió, animada por los buenos recuerdos—. Luego pasé años sin apenas verlo. Él estaba fuera, haciendo cosas misteriosas de las que todavía no puede hablar. Pero sobrevivió a la guerra y cuando volvió a casa vino a buscarme, y desde entonces no nos hemos separado prácticamente ni un día.

—Suenan muy romántico. ¿Tienen hijos?

—Sí. Victoria, que tiene cinco años y medio, y Vanessa, que está a punto de cumplir cuatro. Cuando eran bebés decidí quedarme en casa, pero ahora que Victoria ya va al colegio y su hermana acude al parvulario algunas mañanas, me he reincorporado al trabajo.

Edie hizo un gesto de asentimiento, abrumada por la energía efervescente de aquella mujer, y durante un instante sintió envidia del aura de felicidad que irradiaba.

—Supongo que fue agradable disfrutar de esos años en casa con ellas.

—Oh, lo fue, sí. Son unas niñas preciosas, aunque es evidente que no estoy siendo objetiva, y hay días en los que preferiría quedarme en casa leyéndoles cuentos, dando largos paseos con los perros y riendo sin parar cuando intentan imitar mi acento. Por otro lado, quiero también que vean que mi trabajo es importante e interesante para mí, igual que el trabajo de su padre es importante e interesante para él. ¿Cree que tiene sentido?

Tenía todo el sentido del mundo.

—Sus hijas son muy afortunadas de tenerla como madre —dijo Edie.

—Gracias. —La señorita Sutton miró el reloj y frunció el ceño—. Lo siento, pero tengo que irme corriendo. Las niñas se han quedado esta tarde con su tía abuela. He dicho que iría a recogerlas a las cinco y media y veo que ya son las cinco, y están nada menos que en Kensington. —Bebió de un trago lo que le quedaba de café, engulló el último trocito de bollo y guardó el cuaderno y el lápiz—. Creo que tengo todo lo que necesito, pero si más tarde se acuerda de cualquier otra cosa, ¿le importaría llamarme?

—En absoluto. Voy a buscarle el impermeable.

Se despidieron estrechándose la mano y Edie se quedó en la puerta viendo cómo la señorita Sutton corría bajo la lluvia, con el paraguas todavía por abrir, el bolso colgado del hombro y la mano izquierda aferrada al sombrero, como si esperara que una repentina ráfaga de aire se lo arrancara de la cabeza.

Edie le dijo adiós con la mano y entró, para reencontrarse de nuevo con la calidez y el confort del Blue Lion, con sus siglos de secretos y con la vida solitaria que llevaba allí dentro.

Capítulo catorce

Stella

Domingo, 12 de abril de 1953

7 de abril

Querida signorina Donati (o Stella, como espero que me permitas llamarte):

Mi Walter me ha hablado mucho sobre ti y siento que no puedo esperar más tiempo a conocerte. Si te parece bien, espero que accedas a venir a cenar con nosotros el próximo domingo.

Vivimos en Hampstead, pero el viaje hasta aquí no es complicado y creo que te resultará un cambio agradable con respecto a la ciudad. ¿Te iría bien venir a las cinco y media, aunque sea muy pronto? Los niños cenar a las seis y me encantaría que los conocieras, pero si prefieres cenar más tarde, también nos podemos acomodar. En cualquier caso, dile a Walter si te va bien venir, ya que estoy ansiosa por conocerte y escuchar todo lo que puedas contarme sobre las fotografías que tanto han impresionado a mi marido.

Con todo mi cariño,

Miriam Dassin

Por muy amable que fuera el escrito, Stella tenía clarísimo que Miriam Dassin esperaba que estuviera presente el domingo para cenar en su casa.

—Estaré encantada de acudir a la cena —le dijo a Kaz a última hora de aquel mismo día—. ¿Puedo llevar alguna cosa?

—Solo a ti misma, además de cierto nivel de tolerancia ante niños excitables que olvidan sus modales delante de los invitados.

Junto con la invitación, Miriam había incluido indicaciones detalladas que especificaban, al milímetro, el recorrido hasta su casa, situada en una callejuela llamada Holly Walk. En comparación con las calles transitadas y llenas de construcciones de Charing Cross, Hampstead era como una ciudad pequeña, con calles sinuosas, apenas automóviles, y ancianos árboles que proyectaban un velo moteado de color verde dorado sobre los pavimentos. La casa estaba algo apartada de la calle, separada de esta por un murete de piedra, construida con ladrillo rosado tapizado por una cortina de hiedra y un tejado de pizarra que con los años se había ido cubriendo de musgo. El caminito hasta la puerta principal estaba flanqueado por parterres de lavanda aún por florecer, debilitados narcisos con sus cabezas ya ladeadas y tulipanes de color rosa claro que acababan de brotar. El triciclo de un niño yacía abandonado a los pies de la escalera.

Stella levantó el triciclo, lo dejó en un lado para que nadie pudiera tropezar con él y llamó a la puerta. Kaz abrió enseguida y sus ojos claros se iluminaron detrás de los gruesos cristales de las gafas dándole la bienvenida. Llevaba en sus brazos a un pequeño que no paraba de llorar. Kaz sonrió, Stella le devolvió la sonrisa, repentinamente nerviosa, y él se apartó para dejarla entrar.

—Hola, Stella, bienvenida. —Movi6 la cabeza en direcci6n al peque6o que ten6a en brazos—. Este jovencito es mi hijo, David. Estaba montando guardia en la ventana y me temo que, con la emoci6n por venir conmigo a abrir la puerta, ha dado un traspie y se ha ca6do.

—Lo siento mucho. ¿Estás bien? —le pregunt6 Stella a David.

El ni6o asinti6, sorbiéndose los mocos ruidosamente.

—Ay.

—Ay, claro que s6 —dijo Kaz—. Pasa. Miriam est6 en la cocina con Sarah. Han preparado un pastel en honor a tu visita y lo est6n sacando del horno en estos momentos.

Un agradable caos hogare6o se hab6a apoderado del vest6bulo y de lo que Stella pod6a ver de la casa. En la entrada hab6a un amasijo de zapatos y botas, de todos los tama6os, y las paredes quedaban casi ocultas por fotograf6as enmarcadas. Vio de refil6n una imagen de Miriam y Kaz en lo que parec6a ser el d6a de su boda, as6 como en otros ambientes menos formales: Kaz en su despacho, toda la familia de vacaciones en la playa, y Miriam en el estudio de un artista, de espaldas a la c6mara y con las manos levantadas para colgar fragmentos de material en una pizarra.

Con la atenci6n fija en las fotograf6as, casi se le pasa por alto el documento enmarcado en la pared opuesta, un texto escrito en hebreo y embellecido con detalles dorados y del color de brillantes piedras preciosas. El contrato de matrimonio de los padres de Stella, su ketubah, tambi6n colg6 en su d6a de una de las paredes de la sala de estar de su piso en Livorno; de lo contrario, no habr6a entendido el sentido de aquel documento: significaba que Kaz o Miriam, o m6s probablemente los dos, eran jud6os.

—Lo has reconocido —dijo Kaz—. Poca gente lo hace.

—¿Sabías que yo era judía? —preguntó Stella.

—Hasta este momento no. Ven a conocer a mi esposa.

Lo siguió hasta la cocina y el primer pensamiento de Stella, al entrar, fue lo mucho que le recordaba la cocina de zia Rosa en Mezzo Ciel. No en los detalles, naturalmente, puesto que era una estancia bastante distinta, sino más bien en cómo se sentía allí dentro.

Había una estufa grande en lugar de chimenea, y en el centro había una mesa robusta de madera encima de la cual se veía un proyecto artístico a medio terminar. Un gato negro con patas blancas dormitaba en un silloncito al lado de la estufa y, junto a la puerta trasera, había una cesta de mimbre llena de herramientas de jardinería, guantes sucios de tierra y una pila de macetas de barro.

El jardín estaba empezando a quedar engullido por la creciente oscuridad, pero a través de las ventanas de la cocina se vislumbraban muros de ladrillo entrelazados con rosales y parras que el invierno había dejado sin hojas, una zona de césped sin recortar y un columpio para niños colgado de las ramas nudosas de un manzano. En el rincón más alejado podía verse un invernadero, con un camino enlosado que iba desde su puerta hasta la cocina.

Miriam y su hija, que tendría unos cuatro años, estaban ocupadas con el pastel, pero se volvieron cuando entró. Fue entonces cuando Stella vio que estaba esperando un bebé.

—Por fin, por fin —dijo Miriam, y cogió las dos manos de Stella antes de inclinarse, con cierta torpeza por culpa de su abultado vientre, para darle un beso en ambas mejillas—. Niños, esta es la señorita Donati. Trabaja como fotógrafa con papá. ¿Qué se dice a los nuevos amigos cuando nos los presentan? En français, s'il vous plaît.

La niña le ofreció la mano para que Stella pudiera estrechársela.

—C'est un plaisir de faire votre connaissance, mademoiselle Donati. Je m'appelle Sarah.

—Merci bien —replicó Stella—. Piacere di conoscerti. Así es como nos presentamos en Italia.

David, que seguía lloriqueando, le tendió una manita húmeda y Stella se la estrechó también.

—Allô —dijo, enfurruñado.

Miriam sonrió a su hijo con benevolencia.

—Bueno, al menos lo hemos intentado, ¿verdad?

Miriam era más joven de lo que se esperaba Stella. Tendría poco más de treinta años, una tez fresca y resplandeciente, ojos castaños y un pelo oscuro precioso recogido en la nuca en un moño suelto.

—¿Qué tal el viaje hasta aquí? —preguntó—. ¿Han sido fáciles de seguir mis indicaciones?

—Han sido muy útiles, gracias.

Por la tarde, Stella había comprado un ramo de tulipanes naranjas en un puesto de flores de la estación de Charing Cross y se lo ofreció a Miriam.

—Son para ti —dijo, sintiéndose tímida por presentar un regalo tan modesto, pero la mujer reaccionó como si acabara de regalarle un ramo de rosas de invernadero.

—Son bellísimos, y el color es delicioso. Gracias.

—Tenéis una casa preciosa —dijo Stella, observando cómo Miriam recortaba los tallos de los tulipanes y los disponía en un jarrón de porcelana con dibujos azules y blancos.

—Es agradable, ¿verdad? Te la enseñaré, pero antes sentémonos a tomar algo. ¿Te apetece una copa de vino? He abierto una botella de rosado para preparar el guiso y está casi entera.

—Sí, por favor.

—Pasemos al salón mientras Walter se encarga de servir el vino. Dame a David —arrancó el niño de brazos de su padre y se lo asentó en la cadera—, y traeremos también a Sarah para que puedan jugar los dos mientras nosotros hablamos. Ven, Sarah.

El salón era tan cálido y acogedor como la cocina. Estanterías hasta el techo y llenas a rebosar de libros ocupaban las paredes que flanqueaban una chimenea donde ardía alegremente el fuego, delante de la cual se disponían en ángulo recto un par de sofás con mullidos cojines. Un segundo gato, cuyo pelaje era un bonito mosaico de color jengibre, blanco y gris paloma, dormitaba en el brazo de una robusta silla de roble, de frente a la chimenea.

Miriam dejó a David en el suelo y observó con cariño cómo corría hacia su hermana, que estaba sentada en una mesita situada junto al gran ventanal de la estancia. Sarah lo ayudó a trepar a su sillita y, en cuanto estuvo instalado, abrió una caja de cuentas de madera de distintos colores, le pasó a su hermano un cordón de zapatos con un nudo en un extremo y le enseñó cómo ensartar las cuentas.

—Juega muy bien con él —comentó Stella.

—Sí —replicó su madre—, aunque David no tardará mucho en aburrirse y Sarah en impacientarse; en menos de cinco minutos los tengo otra vez a los dos pegados a mí, seguro. Por eso tenemos que aprovechar estos escasos momentos de paz. Ven y siéntate conmigo en este sofá... Walter querrá la «silla de papá», como dice David.

—¿Puedo preguntarte por qué lo llamas Walter cuando todo el mundo lo llama Kaz?

Miriam se echó a reír.

—Solo porque a mí siempre me ha parecido Walter. Aunque no me importa que los demás lo llamen Kaz.

El protagonista de la conversación reapareció justo en aquel momento con copas de vino para Stella y para él y un vaso de agua con gas para su esposa, y después de que Stella le diera las gracias, Miriam explicó el porqué de aquel aperitivo tan curioso.

—Ya sé que es indiscreto reconocerlo, pero este bebé me provoca unas indigestiones terribles. El agua con gas parece que me va bien, aunque no me guste tanto como el vino.

—¿Falta mucho para que llegue el bebé? —preguntó Stella, que se arrepintió al instante de su audacia por preguntar algo tan personal.

Pero Miriam no se molestó en absoluto.

—Lo espero para finales de junio. Parece muy lejos y, al mismo tiempo, muy pronto. Por suerte, tengo ayuda con los niños por las mañanas y Sarah se porta maravillosamente bien con su hermano.

—Casi siempre —observó Kaz. Y a continuación, volcando la atención en su esposa—. El artículo aquel que te estaba comentando el otro día, sobre el hotel Blue Lion, fue idea de Stella. Ruby lo está escribiendo y Stella se encarga de las fotografías. Estoy planteándome ponerlo en portada..., pero no se lo digas a la señorita Howard, por favor —añadió, dirigiéndose a Stella—. Por si acaso al final no sale bien.

—No diré nada. Creo que será una sorpresa muy agradable para ella.

—¿Te importaría mucho si utilizáramos la ilustración de James Geddes para la portada en lugar de una de tus fotografías?

—No, en absoluto —respondió Stella con sinceridad.

Hacía apenas unas semanas que uno de los retratos que había hecho de las personas que seguían con graves problemas de salud por culpa de la Gran Niebla había ocupado la portada, razón por la cual no envidiaba que el señor Geddes se llevara la satisfacción de ver su obra expuesta en un lugar destacado.

—Cuéntame otra vez cómo acabaste viviendo en el Blue Lion —preguntó Kaz—. ¿Me confundo si digo que es porque tenías algún tipo de relación con la señorita Howard? Creo que me mencionaste algo de eso en el transcurso de nuestra correspondencia.

—Así es. Mis padres entablaron amistad con la señorita Howard y su familia cuando trabajaban en su primera guía de viajes dedicada a Londres. Cuando me ofreciste el puesto en PW, escribí a la señorita Howard para pedirle consejo sobre algún lugar donde vivir y me invitó a alojarme en el Blue Lion. En el hotel hay otros huéspedes de larga estancia y resulta muy económico en comparación con un piso.

—Claro, tiene sentido. ¿Puedo explicarle a Miriam lo de tus padres y las guías que escribían? —Kaz esperó a que Stella hiciera un gesto de asentimiento antes de proseguir—. De eso hace ya unos cuantos años, pero los padres de Stella se dedicaron a publicar una serie espléndida de guías

de viaje titulada, y le ruego que me perdone por mi nefasto italiano, Guide di turistiche Donati. Podría decir, sin ánimo de equivocarme, que las guías de los Donati eran para los italianos lo que las guías Michelin son para Francia. Recuerdo haberlas visto por todas partes cuando estuve en Italia antes de la guerra, y también en otros países... No me equivoco, ¿verdad?

—No te equivocas, no —confirmó Stella—. Las guías de Italia de mis padres fueron publicadas en ocho idiomas y acababan de publicar una serie de guías de otros países europeos cuando...

El dolor era tan grande que, incluso años después, Stella se quedaba sin aliento al recordar. Y también el miedo. Hablar sobre todo lo que había pasado era peligroso, incluso en un lugar tan seguro y abiertamente acogedor como Inglaterra.

Pero entonces Stella recordó el ketubah que había visto. Aquí, en esta casa, podía hablar sinceramente sobre lo que le había ocurrido a su familia. Aquí, entre esta gente, se sentía segura.

—Las leyes cambiaron. Fue antes de la guerra. A mi familia le quitaron su pequeña empresa. Nos lo quitaron todo. El Gobierno requisó las imprentas y a los empleados de mis padres les dijeron que no podían trabajar para judíos. Y prohibieron la venta de las guías en las tiendas, los museos y las galerías de arte. Creo, además, que tampoco esos lugares querían verse asociados con libros escritos y publicados por judíos.

—¿Cómo os apañasteis después de eso? —preguntó con prudencia Miriam.

—Teníamos un poco de dinero, aunque no mucho. Fue complicado. Fue...

De pronto cobró conciencia del parloteo de los niños, del movimiento de un tronco en la chimenea, del ronroneo de placer del gato. Esperó a que Kaz o Miriam cambiaran de tema, o que le dijeran que era una chica afortunada por haber sobrevivido, o que le ofrecieran cualquier otro tipo de vendaje inadecuado que sirviera para cubrir las heridas, aunque no para curarlas.

Pero se quedaron a la espera, sin apartar la vista, y Stella supo, sin que tuvieran que decírselo, que la comprendían.

—Cuando cambiaron las leyes, el padre de Edie intentó ayudarnos. Incluso encontró la manera de enviarle algo de dinero a mi padre. Muchos de los amigos de mis padres nos volvieron la espalda, pero el señor Howard, jamás. Le escribí después de la guerra porque quería darle las gracias, pero Edie me respondió contándome que sus padres habían fallecido. Me dijo que sentía mucho lo de mi familia y a partir de ahí iniciamos una correspondencia. No muchas cartas, porque Edie siempre está muy ocupada, pero sí las suficientes como para tener la sensación de que se había convertido en mi amiga.

Justo entonces, para alivio de Stella, los niños llegaron corriendo y se abrazaron a las rodillas de su madre.

—¿Cuándo comeremos, maman? —preguntó Sarah—. ¡Tengo la barriga vacía!

—Sí, sí, lo sé, es hora de cenar —dijo Miriam, llenando de besos sus caritas. Se volvió hacia

Stella, puso cara de querer disculparse y se incorporó con la ayuda de la mano que al instante le tendió Kaz—. He preparado un guiso de ternera con vino tinto —explicó—, tenemos también un pan recién horneado que está buenísimo, y mantequilla y ensalada.

—¡Y mi pastel! —exclamó Sarah.

—Por supuesto que comeremos el delicioso pastel que has preparado, pero solo cuando hayamos terminado la parte principal de la cena.

Desfilaron todos hacia la cocina. Una vez allí, Kaz empezó a cortar el pan y a ponerlo en una cesta que entregó a Sarah con la solemne advertencia de esperar a que todo el mundo estuviese sentado en el comedor antes de coger una rebanada. Entre tanto, Miriam aliñó la ensalada de endivias y achicoria, y se la pasó a Stella para que la llevara a la mesa; finalmente, sacó del horno una cazuela tapada.

El comedor estaba amueblado y decorado con sencillez; la mesa servida con una vajilla blanca y una preciosa cubertería antigua de plata, y decorada con el jarrón de tulipanes que había traído Stella. Kaz instaló a David en la trona que previamente había acercado a la mesa y Sarah tomó asiento en una silla con un cojín grueso como alzador.

Y aunque los niños utilizaban platos y cubiertos más pequeños, les sirvieron la misma comida que a los adultos.

El guiso de Stella fue lo más delicioso que Stella había comido en meses. La cocinera del hotel era muy capaz, por supuesto, pero preparaba la comida pensando en el gusto de los ingleses, que eran simples y aburridos en opinión de Stella. Aunque no podía decirlo por miedo a herir los sentimientos de la cocinera.

—Está maravilloso —dijo—. Todo está maravilloso.

—Gracias. Es comida sencilla, pero elaborada con buenos ingredientes. Por suerte, aquí en Hampstead tenemos un verdulero y un panadero excelentes, lo cual es de gran ayuda.

Durante la cena, Stella preguntó a sus amigos cómo se habían conocido, lo que llevó a Kaz a explicar, de forma encantadora, que Miriam se había quedado con el zapato atrapado en una rejilla del suelo al cruzar una calle y él había acudido en su rescate.

—Me pareció un gesto de lo más galante y, a pesar de que de entrada me mostré muy cautelosa, acabé accediendo a ir a comer con él. De eso hace ya seis años.

—Casi exactamente, sí —dijo Kaz—. La verdad es que ella me salvó. Llevaba años regodeándome en mi soledad, pero no me di cuenta de ello hasta que nos conocimos. Miriam me enseñó a ver el mundo con otros ojos.

Animada por la amabilidad de sus amigos, además de la gran copa de vino que acababa de terminar, Stella les habló de su vida después de la guerra. De su zia Rosa y su nonno Aldo, de sus amigos Nina y Nico, de la antigua granja donde vivían y de la preciosa campiña de los

alrededores. Les habló de lo difícil que le había resultado irse de allí y de lo mucho que seguía echándolos de menos.

—¿Eres feliz aquí? —le preguntó Miriam.

—Lo soy. Amo mi trabajo, y no lo digo porque me estés escuchando, Kaz. Es verdad. He aprendido mucho del señor Keller, de Frank y de todos los demás.

—Es la única que lo llama así —observó Kaz—. Seguramente él preferiría que lo llamasen Win.

—¿Sabes por qué se llama Winton? Pensaba que se llamaba Winston, por el señor Churchill, pero me dijo que era sin «s» y que todo el mundo se equivoca.

—Win es como a él le gusta. Te lo explicará cuando esté preparado para hacerlo.

Stella asintió, puesto que comprendía mejor que la mayoría la importancia de los secretos.

—Dejar Italia fue difícil, pero necesitaba empezar en un lugar nuevo. En un lugar distinto. No sé si tiene sentido lo que estoy diciendo...

—Lo tiene —respondió Miriam.

—Cuando terminó la guerra, me dije a mí misma que recuperaría todo lo que mis padres habían perdido. Todo: su casa, las guías, la fábrica donde se imprimían los libros. Pero pronto comprendí que jamás lo conseguiría. Lo perdieron todo.

—Pero acabaste igualmente dedicándote a la fotografía.

—Al principio fue en honor a mi madre. Luego, porque disfrutaba con ello. Y ahora sigo porque sé que soy buena en esto y porque hay historias que me gustaría contar con las fotografías que hago. Aquí en Londres, por el momento, y quizá también en otras partes. Aunque eso todavía no.

Kaz sonrió con aprobación.

—Me alegra oírlo. Te has convertido casi en indispensable, que lo sepas.

—Muy amable. Y no te preocupes, si me voy de Londres será solo para irme de vacaciones.

La mención de la palabra «vacaciones» fue suficiente para llamar la atención de Sarah.

—¿Irás a la playa? Adoro la playa. Nosotros fuimos el verano pasado y excavamos en la arena y buscamos conchas y me comí un helado y mi papá se quemó muchísimo porque se olvidó la gorra.

—A veces se me olvida la gorra, pero lo que nunca se me olvida es comer lo que me ponen de cena —le dijo Kaz a su hija—. ¿Por qué te queda todavía tanta ensalada en el plato? ¿Y en el tuyo, David? Tres bocados más, por favor, y luego podréis comer un poco de pastel.

—¡Pastel! —exclamó David, que corrió a comerse, obedientemente, tres bocados más de ensalada.

A regañadientes, su hermana siguió su ejemplo.

—Bien hecho —dijo Kaz—. No, Miriam, Stella y tú podéis quedaros donde estáis. Ya retiro yo los platos y vuelvo con el pastel.

—¿Qué tipo de pastel es? —le preguntó Stella a Sarah.

—Es un pastel de manzana, y las manzanas son del árbol del jardín. Las recogimos hace una eternidad y papá las guardó en el sótano en una caja de madera, donde se está muy fresquito. Hacer el pastel ha sido muy divertido, pero lo de cortar las manzanas es de lo más aburrido. Mamá me ha ayudado en esa parte del trabajo.

Los niños devoraron con entusiasmo sus trozos de pastel y pidieron más, pero su padre hizo caso omiso a sus súplicas, los cogió en brazos a los dos y anunció que era hora de acostarse.

—He puesto la cafetera italiana, así que presta atención si silba. No creo que tarde —le dijo a su esposa mientras se llevaba a los niños.

Miriam empezó a retirar los platos.

—¿Me acompañas mientras recojo la cocina?

—Por supuesto, pero solo si me permites ayudarte.

Miriam se ocupó de lavar los platos, y Stella de secarlos uno a uno con cuidado e irlos dejando en la mesa.

—Recuerdo haber visto esas cafeteras en Italia, en el escaparate de alguna tienda, pero en casa nunca tuvimos. ¿Hacen buen café?

—Oh, sí. Para mí, es uno de los mayores inventos de nuestro tiempo. Olvídate tú de cosas como el radar, la televisión o los antibióticos. Poder hacerme una buena taza de café fuerte en mi propia cocina me parece un milagro —dijo Miriam con alegría—. Ah, antes iba a preguntarte una cosa, pero los niños me han distraído. Estábamos hablando sobre las vacaciones. ¿Estás pensando en viajar a algún sitio cuando la revista cierre en verano por vacaciones? Son solo quince días, pero imagino que es tiempo suficiente para ir a Italia y visitar a la familia.

—Me gustaría verlos, sí. Y si fuera en tren, podría aprovechar para hacer una parada en el viaje de vuelta y pasar un par de días en París.

—¿Has estado alguna vez?

—Sí, pero no desde que acabó la guerra. Mis padres me llevaban a visitar a mis primos en Colombes. Está muy cerca de París.

—Madre mía. Es justo donde yo me crie. Qué coincidencia más asombrosa.

—Vivían en la Rue des Cerisiers. Mi padre me contaba que el nombre se traducía como «calle de los cerezos», pero yo nunca vi cerezas. Siempre me llevaba una decepción.

Miriam se había quedado paralizada.

—Michele Donati... ¿Se llamaba así tu tío?

—Sí, ¿cómo...?

—Vivía con su familia en la puerta de al lado. Conocí a tus padres, Stella. Los conocí, y me resulta increíble no haber caído hasta ahora. Lo recuerdo perfectamente. Fuimos a casa de los vecinos a verlos y mi madre me dijo que fuera muy buena con una niña que venía desde Italia. Eras tú, Stella.

—¿Y no recuerdas nada más?

A Stella empezaron a temblarle las manos y tuvo que dejar el plato que sostenía, envuelto en el trapo. Si Miriam podía añadir un solo detalle más, un retazo de recuerdo, supondría un regalo de un valor incalculable.

—Fuimos a comer y nos sentamos alrededor de la mesa grande que tus tíos tenían en la cocina, y tus primos también estaban, aunque eran mayores. Creo que ya habían terminado el colegio, ¿verdad? Pero seguían viviendo en casa.

—Daniele y Carlo.

—Sí. No recuerdo qué comimos. Pero sí que después salimos al jardín y jugamos a los bolos en el césped, y luego te empujé en el columpio. Seguían teniendo un columpio, aun cuando sus hijos ya eran adultos.

—Recuerdo ese columpio. Recuerdo el aroma de las rosas que cultivaba mi tía, y también el de las peonías.

Una oleada de emoción, punzante pero dulce, se apoderó del corazón de Stella.

—Sí. Mi madre y tu tía adoraban las peonías. Ahora entiendo por qué, cuando te he visto, no me has parecido una desconocida.

La cafetera empezó a silbar. Miriam se secó las manos, la retiró de los fogones y entonces sacó un pañuelo del bolsillo de su falda y se lo pasó a Stella.

—Ven y siéntate a tomar el café.

Stella se secó los ojos, recuperó el aliento y saboreó el maravilloso café que Miriam le había servido.

—Nunca he vuelto a Livorno. Creo que no podría soportarlo. Volver a ver cómo acabó siendo robado todo lo que mis padres crearon. Destruído.

—Lo entiendo. De verdad que lo entiendo.

—Sobreviví a los campos con la ayuda de una amiga. Fue la familia de esta la que me acogió, su familia política, es decir. Fueron siempre muy buenos conmigo, les tengo muchísimo cariño. Pero solo me conocen de después. En todo el mundo no queda nadie que me conozca de antes. No sé si me explico.

—Te explicas, sí.

—Pero tú me conociste antes. Nos conocimos hace mucho tiempo, antes de que todo cambiara. Antes de que yo cambiara. Jamás pensé que volvería a vivir algo así.

—Ni yo —dijo Miriam, con un tono de voz increíblemente delicado—. Somos tan pocos los que podemos saber, o entender, qué se siente cuando te lo quitan todo. Y no me refiero a cosas materiales. Hablo de mi sensación de seguridad. De mi fe en la justicia. Y durante mucho tiempo, también de mi esperanza en el futuro. Durante estos años, ha habido muchas veces en las que he temido que mi rabia pudiera acabar consumiéndome.

—Yo también siento rabia. La oigo susurrándome al oído incluso en mis días más animados. Confío en que lo que digo no te suene raro.

—No, en absoluto.

—¿Qué le pasó a tu familia? —se atrevió a preguntar Stella.

—Mis padres y mi abuelo fueron arrestados en 1942. Fueron enviados a un lugar llamado el Vélodrome d'Hiver, junto con muchos miles de judíos franceses más. Creo que a tu tío y su familia se los llevaron más o menos por la misma época.

—Les escribí una vez terminada la guerra, pero me devolvieron la carta. ¿Cómo es que a ti no te arrestaron?

—Estaba trabajando en París. Mi padre temía que pudiera pasar algo así y consiguió cambiar mis documentos de identidad para que pareciera que era gentil. Pude seguir viviendo sin esconderme durante meses e incluso colaboré con la resistencia haciendo pequeños trabajos. Pero finalmente fui capturada y enviada a Ravensbrück. Igual que tú, encontré amigos que me ayudaron. Sobreviví, y luego vine a Inglaterra para volver a empezar.

—¿Llegaste a saber qué fue de tus padres?

—Sí. Mi Walter me prometió que los encontraría y, como estoy segura de que ya sabes bien, puede llegar a ser muy insistente cuando algo le importa de verdad. —Hizo una pausa y Miriam se secó entonces sus propias lágrimas—. Fueron asesinados en Birkenau.

—Yo estuve allí —musitó Stella—. Estuve allí, y creo que es donde mataron a mis padres. Supongo que también al resto de mi familia. Aún no he intentado averiguarlo.

—¿Pero tú sobreviviste y ellos no?

—La policía no me encontró cuando vinieron a por nosotros, al menos no de entrada. Intenté esconderme, pero no tenía dinero. Ni comida. Le pedí a una de nuestras vecinas que me ayudara, pero se negó y llamó a la policía. Me enviaron a Bolzano, donde estuve un tiempo, y de allí a Birkenau.

—¿Y después?

—Hubo una selección. Sobreviví solo porque una amiga mía me dijo que mintiera con respecto a mi edad. A los niños y a la gente mayor que viajaban en nuestro tren los enviaron directamente a la muerte. Dije que tenía dieciséis años y decidieron no matarme enseguida. Pero me robaron mi nombre y lo sustituyeron por una serie de números, después me raparon la cabeza y me dieron ropa que acababan de quitar del cadáver de una mujer. Todo eso en mi primer día en Birkenau.

—¿Cuántos años tenías en realidad? —preguntó Miriam, con un rictus de agonía en el rostro.

—Catorce. Pero era fuerte y alta para mi edad, y necesitaban trabajadores. Me enviaron a un campo en Alemania. Me pusieron a trabajar en una fundición, a fabricar piezas de armamento. — Le mostró a Miriam las manos para que pudiera ver las constelaciones de cicatrices minúsculas que las poblaban—. Al cabo de un tiempo, ya ni siquiera notaba las chispas.

—Lo siento mucho —dijo Miriam.

—Eso no me importa. Pero esto... —Se desabrochó el puño de la blusa y se subió la manga—. Esto aún me duele. El recuerdo, me refiero, no el tatuaje.

Miriam fijó la vista en los números tatuados en el brazo de Stella y posó los dedos sobre las marcas. Su mano estaba caliente y su tacto era casi una caricia.

—Me dije que nunca me aprendería ese número. Me negué a guardarlo en mi cabeza. Pero no tuve más remedio que aprenderlo porque lo utilizaban para pasar lista. Me robaron mi nombre y lo sustituyeron por esto, y ahora me resulta imposible olvidarlo.

—Mi querida Stella. Pobrecilla. Lo siento muchísimo.

—Gracias. Hablar con alguien que me entiende está muy bien. ¿Cómo..., cómo puedes vivir con esto? —le preguntó a su nueva amiga.

—De mala manera —respondió Miriam, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Mi marido es un hombre paciente y mis hijos no entienden todavía estas cosas, claro está. Y luego está mi trabajo. Mi trabajo ha sido muy importante. ¿Quieres verlo?

Salieron fuera por la puerta de la cocina y siguieron el camino que conducía al invernadero, que

resultó no ser un invernadero sino un taller. Miriam encendió la luz y le indicó con un gesto a Stella que pasara.

—Mi taller.

En el otro extremo de la estancia, junto a una ventana de gran tamaño, había una especie de mesa sin tablero, y donde debería haber estado el tablero, había una pieza de tela tensada por un marco de madera. En la tela había dibujado un grupo de gente, o, mejor dicho, delineado con hilo. La gente corría por una calle, empujada por manos poco amables, y en el centro del grupo una mujer se había detenido y se había vuelto para plantar cara a sus perseguidores.

Las otras figuras eran todavía perfiles fantasmagóricos, pero la mujer estaba casi acabada. Se veía confeccionada con trozos de tela delicadamente unidos entre sí, y unas puntadas maravillosamente bordadas daban vida a su rostro. Stella no podía apartar los ojos de aquello, puesto que la obra que tenía delante, incluso estando inacabada, era equivalente a cualquier cosa que hubiera podido ver en las galerías de arte de Londres, Florencia o Roma.

—No sé qué decir, la verdad. Es extraordinario. De entrada he pensado que era un cuadro. Pero está hecho de tejido e hilo.

—Hasta hace poco estuve trabajando como bordadora en el taller de monsieur Hartnell..., a lo mejor has oído hablar de él. Es el modisto encargado de confeccionar el vestido para la coronación de la nueva reina.

—¿Y ya no trabajas allí?

—Lo dejé cuando nació Sarah. Sigo siendo bordadora, pero ahora me dedico solo a mis obras.

—Esta mujer... ¿es tu madre?

Miriam hizo un gesto afirmativo, tal y como Stella imaginaba.

—Sí.

—Ojalá tuviera palabras para expresar cómo me siento. Tu trabajo es extraordinario —repitió Stella.

—Gracias. Quizá podrías plantearte hacer lo mismo.

—¿Bordar así? Jamás podría... —empezó a decir Stella.

—Me refiero a hacer lo mismo con la fotografía. Solo he visto algunas de tus fotos, pero puedo decirte que son el trabajo de una artista. Estoy segura.

—Aun en el caso de que lo fuera, ¿qué conseguiría? No puedo cambiar lo sucedido. No puedo devolverlos a la vida.

—No puedes. Pero sí puedes contar su historia, y la tuya, y la de todos los demás que también han sufrido y han muerto.

—¿Cómo? —preguntó Stella, sintiéndose impotente ante la expresión de serena seguridad del rostro de Miriam.

—Solo tú puedes responder a esa pregunta. Reflexiona sobre la idea y visualiza cómo te gustaría contar tu historia..., el resto vendrá solo. Tal vez no esta noche, ni mañana, pero vendrá. De artista a artista: te lo prometo.

Capítulo quince

Jamie

Viernes, 17 de abril de 1953

Llovía, por supuesto, y por supuesto se había dejado el paraguas arriba. Tendría que subir corriendo a por él. Había estado esperando un buen rato a que pasara lo peor de la hora punta de la mañana hasta que la impaciencia había podido finalmente con él, y ahora eran las nueve y cinco y no estaba dispuesto a tomarse la molestia de subir a buscar el impermeable o el paraguas. De modo que decidió ir corriendo lo más rápidamente posible hasta el quiosco de la estación de Charing Cross. Una vez allí, se sumó a la larga cola de viajeros que compraba el periódico y, mientras esperaba, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para moderar sus expectativas.

Llegó por fin su turno.

—Buenos días, señor Patel. ¿Qué tal está?

—Muy bien, gracias. Ya se los tengo preparados. Media docena de ejemplares, tan frescos que incluso se huele la tinta. Se los tengo guardados en una bolsa... Aquí está. Será un florín.

Jamie le entregó sus dos chelines, aceptó la bolsa con las revistas y se planteó por un instante abrir una para echar un vistazo. Pero no; era mejor esperar un poco más.

—Gracias.

Mick lo esperaba en la puerta del hotel y, en cuanto Jamie dobló la esquina, corrió para protegerlo con el paraguas.

—Buenos días, Jamie. ¿Por qué no ha cogido uno de esos paraguas grandes que tenemos en el vestíbulo? Porque apuesto lo que sea a que se ha olvidado el suyo arriba, en la habitación.

—Me temo que sí. Pero tenía prisa por ir al quiosco. Hoy salía a la venta el nuevo número de Picture Weekly.

Mick cerró el paraguas y siguió a Jamie hacia el interior.

—¿Así que ya ha salido el artículo que estaba escribiendo esa chica americana sobre el Blue Lion?

Jamie sacó un pañuelo para secarse un poco la cara y el pelo.

—Efectivamente, y he comprado algunos ejemplares de más para que todo el mundo pueda verlo. Aunque, a ser posible, creo que lo correcto sería que la señorita Howard fuera la primera en verlo.

—Más que correcto —coincidió Mick. Se volvió en dirección al mostrador de recepción, detrás del cual Ivor Brooks estaba ocupado con un montón de correo saliente—. Tú, ve a decirle a la señorita Howard que el señor Geddes la está esperando.

Jamie tuvo que contener una carcajada ante la respuesta silenciosamente indignada de Brooks al recibir órdenes de Mick, pero las palabras que pronunció aquel hombre a continuación fueron bastante menos graciosas.

—¡Maldita sea, Nelligan! Sabes que la señorita siempre está ocupada. El señor Geddes puede dejarme las revistas a mí.

—No —dijo Jamie.

—¿Disculpe?

—No —repitió Jamie—. No quiero dejarle a usted las revistas. —Levantó un poco la voz para que sus palabras llegaran más lejos, aunque no tanto como para sonar beligerante—. ¿Si pudiera simplemente comunicarle a la señorita Howard que tengo el último número de Picture Weekly y que quería enseñárselo?

Funcionó. La puerta del despacho se abrió y apareció Edie.

—¿Ya está aquí?

—Aquí está, sí. ¿Tiene un momento?

—Por supuesto..., pase por aquí.

Fruncirle el ceño a Brooks habría sido un placer, pero consideró que era mucho mejor mirar a través de él, como si fuera invisible, y darle con eso a aquel hombre una ración de su propia medicina. Se permitió entonces un guiño en dirección a Mick y, para su satisfacción, el portero no solo se lo devolvió, sino que amplificó además el descarado gesto con una amplia sonrisa.

Jamie cerró la puerta del despacho, porque no le apetecía tener a Brooks escuchando, y se acercó a Edie, que esperaba de pie junto al escritorio.

—¿Nerviosa? —preguntó.

—Un poco. La señorita Sutton fue muy amable, pero nunca se sabe cómo pueden acabar estas cosas.

—Dudo mucho que sea un artículo menos que perfectamente halagador.

—¿No lo ha leído aún?

—Ni siquiera le he echado un vistazo por encima. Quería tener la oportunidad de verlo juntos..., espero que no le parezca presuntuoso por mi parte.

—Para nada —replicó ella, tranquilizándolo—. Me alegro de que haya esperado. ¿Lo vemos?

Jamie asintió, sacó uno de los ejemplares de la bolsa y lo dejó bocarriba en la mesa. En la portada aparecía su ilustración del Blue Lion, junto con la pregunta: «¿Es este el hotel más histórico de Londres?». No sabía, ni se esperaba, que su obra fuera a aparecer en portada.

Edie fue la primera en romper el silencio.

—Daba por sentado que en portada saldría Rab Butler y sus zapatos nuevos.

—Supongo que el número ya estaría en imprenta cuando se anunciaron los presupuestos —dijo Jamie de modo casi reflexivo, porque no estaba seguro de si a Edie le gustaba. Anhelaba saberlo, pero no tenía valor para preguntárselo.

—Su cuadro del hotel... —dijo Edie entonces—. Es perfecto.

Jamie soltó el aire que sin darse cuenta había estado reteniendo.

—Gracias. Espero haber conseguido reflejar el edificio tal y como debía de ser en tiempos de Jacob Howard.

Jamie había representado el exterior de la versión del siglo XVI del Blue Lion con bastante detalle y empleando unos mínimos toques de color: un azul luminoso para el león del cartel colgante de la entrada y puntos de rojo, naranja y amarillo para sugerir la profusión de flores de verano que llenaban los jardines de los alrededores, que desde entonces habían quedado enterrados bajo siglos de progreso y océanos de hormigón. El resultado era una versión idealizada, aunque no imposible, del hotel, y si ello significaba un sacrificio de su identidad artística, amén. La expresión de la cara de Edie revelaba que había merecido la pena.

—¿Miramos el interior? —preguntó Jamie, y esperó al gesto de asentimiento de ella antes de abrir la revista.

Walter Kaczmarek había adjudicado tres páginas enteras al artículo, un espacio generoso desde cualquier punto de vista, y junto al texto de Ruby Sutton aparecían las fotografías que Stella había hecho del hotel y de la gente que trabajaba en él. La primera, y la más grande, era de Edie de pie en la puerta del Blue Lion, con su habitual traje de chaqueta abandonado a favor de un bonito vestido azul.

Leyeron el artículo con las cabezas casi rozándose, y Jamie tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para concentrarse en el escrito y no en la reacción de Edie a este. Tal y como esperaba, Ruby

Sutton había captado a la perfección la calidez y el atractivo del Blue Lion sin pasar del todo por encima las dificultades de gestionar un pequeño hotel en una gran ciudad. Cualquiera que leyera el artículo se sentiría tentado a visitarlo, al menos para disfrutar del té de la tarde, que había quedado descrito con encantador detalle, o para ver en directo el escenario de la leyenda de la visita de Isabel I durante una tormenta de nieve, que también había sido relatada con mimo.

Supo que Edie había acabado de leer cuando suspiró y levantó la vista hacia él.

—¿Qué opina? —preguntó.

—Creo que es espléndido. Tanto el artículo como las fotografías de Stella. ¿Coincide conmigo? —respondió Jamie.

—Oh, sí, por supuesto. Estaba preocupada por cómo quedaría. No porque la señorita Sutton pudiera escribir algo desagradable, sino más bien, supongo, por la posibilidad de que el hotel quedara como un establecimiento espantosamente obsoleto y anticuado. Sin embargo, ha hecho que parezca el lugar más encantador imaginable.

—He comprado varios ejemplares —se acordó entonces Jamie de decirle—. He pensado que le gustaría tenerlos para repartir entre el personal, incluso para los huéspedes.

—Qué considerado por su parte. Todo el mundo está muy emocionado. Excepto el profesor, por supuesto. El otro día se enteró del tema y vino a verme echando casi espuma por la boca. Según él, el Gobierno está utilizando la coronación para convencer al pueblo de que todo va bien. «Para engatusar a la nación con falsas esperanzas», fue la frase que utilizó, además me acusó de ser cómplice de todo ello por haber cooperado con el artículo de Picture Weekly.

—¿Puedo hacer alguna cosa por ayudarla? ¿Intentar, tal vez, que entre en razón?

—Ni en sueños se me ocurriría hacerle perder el tiempo de esa manera. Además, solo es fanfarronería. Haré lo posible para asegurarme de que los demás huéspedes lo dejen en paz y le pediré a Ginny que le sirva el desayuno y el té en su habitación o en la biblioteca. Eso debería minimizar cualquier momento de fricción.

A Jamie le entraron ganas de ir a buscar al profesor para dejarle claras unas cuantas cosas. Pero sabía que, de hacerlo, lo único que conseguiría sería molestar a Edie.

—Parece bastante indiferente a la opinión y el bienestar de los demás —dijo, en cambio—. Por no decir algo peor.

—Indiferente es una buena forma de describirlo. Es una buena persona, pero cuando se le mete una idea en la cabeza puede llegar a ser implacable. Ayer, por ejemplo, era el túnel de debajo del hotel. Por lo visto había estado leyendo sobre la construcción en madera durante el siglo XV y empezó a sentir curiosidad por el soporte estructural del edificio. Insistió en que le permitiera inspeccionar las vigas de soporte para buscar evidencias de marcas de inscripción, sea lo que sea eso, y luego empezó a hablarme sin cesar sobre vigas cortadas a mano y vigas cortadas con

serrucho, y me temo que me habló de más cosas, pero dejé de escucharlo.

—¿Hay túneles debajo del hotel? —preguntó Jamie, esforzándose por contener su horror.

—Solo uno, que sigue intacto y que no hemos utilizado desde la guerra. Ni siquiera como almacén. No tengo del todo claro que las vigas de las que me hablaba sean muy seguras, y está todo lleno de polvo, además.

—¿Me promete una cosa? —preguntó Jamie, confiando en que Edie no se percatara del brillo del sudor que empezaba a asomar en su frente—. No acceda a meterse en ese túnel con Thurloe. Por mucho que se lo pida, no vaya. Tiene usted toda la razón al no considerarlo seguro, porque no lo es. Las estructuras antiguas de ese estilo casi nunca son seguras.

—Se lo prometo. De verdad.

—No quiero que parezca que estoy diciéndole lo que debe hacer en su propio hotel. Ni por asomo. Es solo que durante el Blitz vi muchas cosas. Cosas horribles. —Hundió las manos en los bolsillos, confiando en que Edie no viera cómo le temblaban—. No sabría decirle cuántas personas sacamos de refugios antiaéreos que se les habían derrumbado encima. Refugios que les habían garantizado que eran seguros.

—Lo entiendo. Y tiene toda la razón del mundo al preocuparse. Le prometo que me mantendré alejada del túnel y que solicitaré los servicios de un topógrafo para que lo inspeccione.

—Me parece una idea sensata —dijo.

Pero el descubrimiento ya estaba agobiándolo. Sabía que se pasaría el día dándole vueltas al tema y empezó a saborearlo ya en forma de futuras pesadillas, y sabía también que, salvo suplicarle a Edie que rellenara de hormigón el dichoso túnel, no dejaría de preocuparse hasta que hubiera dejado para siempre el hotel. E incluso entonces seguiría preocupándose, porque si ella se aventuraba a bajar allí de aquí a un año, olvidándose de sus advertencias, y quedaba atrapada, enterrada con vida, igual que a él le sucedió en su día...

Ya basta.

—No quiero entretenerla más —dijo—. Espero que entregue personalmente las revistas a la cocinera y a los demás.

—Naturalmente, pero debe quedarse una para usted.

—No se preocupe. Me compraré otra. Esta debería enmarcarla... ¿o preferiría quedarse con el original? Me refiero al original de mi ilustración.

—¿En serio? No sé qué decir. Lo guardaré como si fuera un tesoro, por supuesto. —Con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos brillantes de felicidad, Edie se puso de puntillas y le estampó un beso en la mejilla—. Gracias, Jamie. Muchísimas gracias.

Jamie asintió y entonces, antes de que le diera tiempo a pensárselo dos veces, dijo:

—¿Le gustaría salir conmigo a cenar una noche?

—Sí. —Fue la respuesta de ella, tan rápida que Jamie pensó que no la había oído bien—. Sí, por favor —repitió.

—Estupendo. —Y entonces, antes de volver a pensárselo, añadió—: Y en cuanto a dónde podríamos ir..., ¿ha probado alguna vez la comida india?

—Me temo que no. Un curri de verdad, jamás. Solo kedgeree y cosas por el estilo. Pero me encantaría probarla.

—Excelente. No muy lejos de aquí hay un restaurante que me gusta bastante. ¿Me dirá qué día le va bien?

—Lo haré. Y gracias de nuevo. Por las revistas, claro está, pero sobre todo por su bello retrato del Blue Lion.

Jamie salió con ella del despacho al vestíbulo y esperó a que desapareciera por el pasillo antes de dar media vuelta y subir las escaleras. Aunque sabía que Brooks estaría fulminándolo con la mirada, lo ignoró por completo. Con esa actitud seguramente se habría ganado un enemigo, pero en aquel momento no le preocupaba en absoluto. Sobre todo, teniendo tan fresco el recuerdo de la alegría de Edie al ver el artículo de Picture Weekly y con la feliz aceptación de su invitación a cenar resonándole aún en los oídos. Ya se arrepentiría al día siguiente.

Capítulo dieciséis

Edie

Miércoles, 22 de abril de 1953

-¿Señorita Howard? ¿Edie? ¿Podría hablar un momento con usted?

Ivor estaba en el umbral de la puerta que separaba el despacho de Edie de la recepción, cargado con un ramo enorme de azucenas rosas.

—Por supuesto. ¿De dónde han salido estas flores?

Ivor dejó en la mesa el bello jarrón de cristal tallado que contenía las flores.

—Acaban de traerlas. Creo que entre tanto verde hay una tarjeta.

—No me imagino quién puede haberlas mandado —dijo Edie, buscando entre el bosque de tallos. Las flores eran bonitas, pero su intenso aroma era tal vez demasiado fuerte; ya empezaba a dolerle la cabeza—. Ah, aquí está.

Una muestra de mi continua consideración.

David Bamford

Maldito fuera aquel hombre. No solo por su insistencia, sino también por su nefasto gusto en la elección de flores. Tal vez lo hubiera perdonado de haberle enviado peonías.

—¿Dónde quiere que las pongamos? —preguntó con cautela Ivor.

«En la papelera más próxima», pensó Edie.

—No me gusta mucho su olor —respondió, en cambio—. Veamos si las Honorables las quieren.

Ivor retiró el arreglo floral y cruzó el vestíbulo, pero, en lugar de seguir camino hacia las habitaciones de las hermanas Crane, dejó el jarrón en la repisa de la chimenea y volvió a entrar

en el despacho de Edie.

—En un momento subo las flores, pero antes me gustaría pedirle una cosa.

—Por supuesto. Lo siento, estaba distraída. —Ivor parecía cansado y la fatiga hacía que sus ojeras fueran casi moradas—. ¿Sucedó algo?

—No. Es decir, sí, sucede algo, pero no deseo molestarla.

—Ivor, cuéntemelo.

—Mi madre está enferma. Tengo esperanzas de que se recupere, pero pregunta continuamente por mí, y como llevo ausente tanto tiempo...

—Debe ir a verla. ¿Cuánto tiempo necesita? ¿Es suficiente una semana?

—Jamás la abandonaría a usted durante tanto tiempo. Había pensado en tres días como máximo. Eso debería permitirle sobrevivir hasta después de la coronación.

—¿Necesita marcharse ahora mismo?

—Solo si es conveniente para usted. Tal vez el señor Swan podría entrar un poco antes...

Podría, pero la señora Swan no le estaría agradecida a Edie por ello.

—No pasa nada. Márchese y no tenga prisa por volver.

Se marchó corriendo y Edie trasladó su libro de cuentas al mostrador de recepción. Le daba lo mismo estar allí sentada mientras repasaba las facturas de la última semana, y si pasaba por allí alguno de sus empleados, le pediría que le trajese una taza de té.

Acababa de empezar a hacer el recuento de los gastos de la semana anterior, que lamentablemente eclipsaban los ingresos del mismo periodo, cuando la campanilla de la puerta de entrada sonó con su alegre tintineo de bienvenida.

—Inspector Bayliss —dijo Edie, saludando al hombre que acababa de cruzar la puerta y se aproximaba al mostrador de recepción—. Ha pasado una eternidad desde su última estancia aquí.

—Tiene usted razón, sí. ¿Tiene un minuto para hablar conmigo? En su despacho, a ser posible, si es que puede encontrar a alguien que le controle la recepción.

—Por el momento todo está tranquilo —replicó Edie—. Ahora salgo a abrirle la puerta.

Cumplido este paso, Edie tomó asiento en su lugar habitual, detrás de su escritorio, y esperó a que el inspector Bayliss se instalara en la silla frente a ella. Era un hombre grande, más ancho que alto, con el pelo corto y pelirrojo y una cara pecosa que le daba un aspecto más joven de lo que probablemente era.

—No es mi intención alarmarla, pero tengo que decir que se trata de un asunto muy serio — empezó diciendo.

Una oleada de posibilidades catastróficas se precipitó por la cabeza de Edie. Sería algo relacionado con algún miembro del personal... o con alguno de sus huéspedes. Alguien que había resultado herido, o incluso que había sido asesinado, y la policía le enviaba a un inspector conocido para darle la noticia.

—¿Es..., es una mala noticia? ¿Ha sufrido algún daño alguien del hotel?

—No, no. No es nada de eso. Tendría que habérselo dicho de entrada.

—Gracias a Dios.

—Pero, igualmente, es muy serio.

Introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre, y de este sacó un papel doblado por la mitad. Alisó el papel sobre la mesa para que ella pudiera leerlo.

Una nota escrita a lápiz ocupaba la mayor parte de la hoja. Estaba escrita en claras letras mayúsculas, de aspecto algo infantil.

LA VERDAD DEBE SER CONOCIDA. SOMOS UNA NACIÓN DE MENDIGOS, HUMILLADOS POR LA GUERRA MIENTRAS NUESTROS ENEMIGOS FLORECEN DE NUEVO. VIVIMOS EN LA PENURIA MIENTRAS LA REINA ESPERA SU CORONA DE ORO. CUIDADO, PORQUE ES UNA CORONA FALSA FORJADA CON EL METAL MÁS VULGAR Y DORADA CON MENTIRAS.

QUE SIRVA ESTO COMO ADVERTENCIA A NUESTROS LÍDERES DE QUE DEBEN REPARAR LOS DAÑOS CAUSADOS Y NO LOS SUFRIDOS POR EL ENEMIGO, SINO POR EL PUEBLO BRITÁNICO. HAY UNA DEUDA PENDIENTE Y LA COBRAREMOS CUANDO LLEGUE EL DÍA DE LA CORONACIÓN.

Pero eso no era lo peor. La nota, vio entonces Edie con horror, había sido escrita en un papel con el membrete del Blue Lion.

—La nota fue entregada ayer en el Times. Y otras, con idéntico mensaje y escritas todas ellas con el mismo papel carta, fueron entregadas asimismo en el Mail, el Mirror, el Telegraph, el Herald, el Sketch y el News Chronicle.

A Edie se le quedó la boca seca de golpe.

—No sé qué decir. Es ridículo. Una broma de pésimo gusto.

—Podría ser, pero no podemos subestimarlos. Y mucho menos estando tan cerca de la fecha de la coronación. Y dado que se trata de una nota anónima y que ha sido enviada a todos estos periódicos al mismo tiempo, me siento obligado a investigarla. Da igual que la experiencia me diga que probablemente es obra de algún chiflado patético que no sabe qué hacer en su tiempo libre.

—Entiendo.

—No la estoy acusando de nada, pero me preocupa que la persona que emite estas amenazas haya decidido hacerlo con papel de carta de su hotel. Porque es papel de carta de su hotel, ¿verdad?

—¿Puedo coger la nota?

—Adelante. Ya la hemos examinado en busca de huellas dactilares.

Edie acercó el papel a la luz y abrió a continuación el cajón de su escritorio para sacar una hoja de papel de carta con el membrete del hotel. La marca de agua era la misma en ambos papeles y el león rampante de la parte superior de cada hoja, una versión simplificada del antiguo letrero del hotel, era idéntico. Para economizar, la impresión era solo en tinta negra, con el nombre del hotel y la dirección en la parte inferior de la hoja.

—Sí. Es el mismo papel —reconoció.

—¿Proporciona usted papel de carta a los huéspedes del hotel?

—Sí. Media docena de hojas y dos sobres.

El inspector había sacado su libreta y empezó a tomar nota de las respuestas.

—¿Y el material se renueva cada vez que se aloja un nuevo huésped?

—Sí. —Y Edie añadió, por mucho que le diera apuro reconocerlo—: En las últimas semanas no puede decirse que hayamos tenido mucho trabajo.

—¿Tienen mesa de escritorio todas las habitaciones?

—Sí.

—¿Y tienen todos esos escritorios un protector de papel secante?

—Sí.

—¿Y con qué frecuencia lo cambian? —preguntó el inspector—. El secante, me refiero.

—Solo si está manchado de tinta.

—Aparte de los huéspedes, ¿quién más podría tener acceso al material de escritura? ¿Dónde lo

almacenan?

—Hay varias cajas en el cuarto de material..., puede ver la puerta allí mismo. Lo utilizan las criadas cuando necesitan reponer el material de los carritos de la limpieza.

El inspector asintió, sin dejar de escribir.

—Las criadas... ¿Cuántas mujeres tiene trabajando aquí?

—Cuatro chicas, todas muy formales y trabajadoras. Dudo mucho que estén detrás de esto.

—Yo también —dijo el inspector—, pero igual en algún momento me veré obligado a hablar con ellas. Es posible que alguna haya visto algo raro.

—Supongo. Pero no irá a asustarlas, ¿verdad?

—Intentaré mostrarme lo menos amenazador posible. Veamos, para confirmar el tema..., ¿las únicas personas que tienen acceso a este material serían las criadas y usted? ¿Podría alguien más tener motivos para coger cosas de ese cuarto?

—Supongo que el subdirector, Ivor Brooks. Se ha ausentado por unos días, pero pronto estará de vuelta. Y luego está el responsable de noche, Arthur Swan, y el portero, Mick Nelligan. De vez en cuando guarda equipajes en ese cuarto. Y creo que eso es todo.

—Muy bien. Sin hacer mucho ruido, me gustaría que sacara los secantes y el papel de carta de todas las habitaciones, incluso de las que lleven vacías varias semanas, y anote de qué habitación sale cada juego de material de escritura. Supongo que lo más fácil será ir anotándolo con lápiz en el dorso. Y, entre tanto, ¿podría trasladar las cajas de este material a un lugar más seguro? ¿Y a poder ser guardarlo bajo llave?

Edie movió la cabeza en un gesto afirmativo e intentó no pensar en la molestia y el gasto que supondría todo aquello.

—Simplemente tenemos que echar un vistazo al papel y los secantes —le aclaró el inspector Bayliss—. Se lo devolveré todo lo antes posible.

—¿Me permite preguntar por qué los necesita? ¿Es para buscar huellas?

—Las cartas están escritas con lápiz duro, por lo que es posible que la persona que las escribió dejara algún tipo de impresión sobre las hojas de papel de debajo o sobre el secante.

—Debería haberme imaginado que habría pensado usted en eso.

El inspector sonrió con picardía ante el comentario.

—Nunca hay que infravalorar la estupidez del hombre de a pie. Y, aprovechando que estoy aquí, ¿le resultaría mucha molestia proporcionarme un listado de sus antiguos huéspedes? No me

pondré en contacto con ninguno de ellos por el momento, pero nos resultará útil saber quién se ha alojado aquí en el año aproximado que ha transcurrido desde el ascenso al trono de la reina.

—Muy bien. Aunque preferiría que se abstuviera de hablar con cualquiera de mis huéspedes, tanto actuales como antiguos. Debo pensar ante todo en la reputación de mi hotel. Si algo de todo esto saliera a la luz...

—Ya ha salido a la luz, señorita Howard. Todos los responsables de todos los periódicos de Londres saben que las amenazas fueron escritas en papel de carta sacado de su hotel. Puedo mantener el tema alejado de las noticias siempre y cuando exista la probabilidad de que represente una amenaza legítima, pero soy incapaz de evitar que la gente chismorree.

—¿Puedo hacer algo más por usted? —preguntó Edie—. ¿Aparte de recoger los secantes y el papel de carta e indicarle a qué habitación corresponden?

—Ponerse en contacto conmigo si se percata de algo que se salga fuera de lo normal: quejas sobre la coronación, sentimientos republicanos, insatisfacción con el gobierno en general. Ese tipo de cosas.

—En un día normal y corriente del hotel, cabe esperar como mínimo media docena de conversaciones de ese estilo.

—No me refiero a los lamentos habituales —le aclaró el inspector—. Más bien a alguien que hable como si tuviera un interés personal en ello. A alguien cuyo discurso esté impulsado por la rabia, no por el aburrimiento.

—Oh, entiendo.

—Dejando aparte los huéspedes que están de paso, ¿qué me dice sobre sus huéspedes de larga estancia? Las hermanas Crane y el profesor Thurloe siguen viviendo aquí, ¿verdad?

—Así es —confirmó Edie—, igual que una amiga de mi familia, una fotoperiodista italiana. Trabaja en la revista *Picture Weekly*. Y luego está también James Geddes, un pintor. Se aloja aquí mientras trabaja en un encargo de la Venerable Compañía de Carreteros y Carroceros, que están aquí enfrente.

—Lo sé. No hace mucho estuve en el *Queen Bess* y coincidí allí con Mick y con él. Me pareció un tipo decente.

—Lo es. Apostaría el futuro de mi hotel a que lo es. Y por lo que a las hermanas y el profesor se refiere, ninguno de ellos es ni siquiera remotamente capaz de lo que usted alega. Sobre todo porque exigiría un nivel de sigilo y astucia que simplemente no poseen.

—¿Y esa mujer italiana?

—Imposible. Le doy mi más solemne palabra. La conducta de Stella Donati es irreprochable.

—Me parece bien. Lo cual nos deja aún con dos posibilidades: o bien las cartas son obra de alguien que birló el material cuando se alojó en el hotel y lo utilizó luego porque lo tenía a mano, o bien las amenazas son obra de alguien que ha utilizado muy concretamente su material de escritorio con la esperanza de meterla en un grave apuro.

El inspector habló en un tono afable, pero aquellas palabras le sentaron a Edie como un auténtico bofetón en la cara.

—¿A mí? No puedo haber hecho nada para provocar una conducta así.

—No estoy diciendo que haya hecho usted alguna cosa. Pero quiero que piense en ello. ¿Hay alguien que pueda desearle algún mal o que esté resentido con usted de alguna manera?

—No lo sé. Supongo que es posible que...

Tendría que repasar a conciencia todas las conversaciones que había mantenido durante semanas y semanas con todas y cada una de las personas que se habían cruzado en su camino, y preguntarse en cada caso si esa otra persona habría estado albergando malos sentimientos hacia ella. ¿Sería posible que, sin ser consciente de ello ni pretenderlo, hubiera herido a alguien? ¿Hasta el punto de que esa otra persona se sintiera forzada a vengarse de ella de un modo tan terrible?

—No deje que todo esto le afecte —dijo el inspector Bayliss, adivinando los derroteros que estaban siguiendo sus pensamientos—. Pero si se le ocurre alguna cosa, llámeme enseguida. Le dejo mi tarjeta.

—Gracias. Lo haré.

—Buenas noches, señorita Howard. E intente no preocuparse.

Volvieron a estrecharse las manos y, en cuanto el inspector se marchó, Edie se derrumbó en su silla y el borde de la tarjeta de visita se le clavó en la palma de la mano. Lo único que podía hacer en aquel momento, en el que se sentía más sola que nunca, era preocuparse.

Pero preocuparse nunca le había servido de nada y esta vez no tenía por qué ser distinto. Decidió, por lo tanto, prepararse una taza de té, fuerte y con mucho azúcar, y ponerse de nuevo a trabajar.

MAYO

Capítulo diecisiete

Stella

Sábado, 2 de mayo de 1953

Cada dos sábados, en cuanto salía del trabajo, Stella se dirigía a la oficina de correos de Leicester Square, compraba un documento de giro postal por importe de cinco libras y diez chelines, y lo enviaba a Italia, con su zia Rosa como destinataria. Le adjuntaba siempre una larga carta, escrita en folios de papel a lo largo de sucesivas tardes, y hasta la fecha todos los giros habían llegado sin problemas a su familia.

De haber hecho buen tiempo, habría ido a dar un paseo bajo el sol o se habría sentado en un banco del parque y disfrutado de un helado, pero llevaba horas lloviendo sin parar y decidió ir a visitar la National Gallery por tercera o cuarta vez desde que se había mudado a Londres, ya que el museo estaba a poco más de cinco minutos andando del Blue Lion.

Antes de la guerra, antes de 1938 y de las leyes que prohibieron a su familia el acceso a las galerías de arte y los museos de Italia, a Stella le encantaba ver cuadros, cuanto más antiguos mejor, y siguiendo la guía de su madre, a menudo intentaba imaginarse a la persona que había cogido los pigmentos y el óleo, la tela, la madera y la cola, y los había transformado en algo completamente distinto. Posteriormente, cuando ya solo tenía el recuerdo de los cuadros para sostenerla, había seguido maravillándose ante la existencia continuada de unas creaciones tan frágiles como aquellas. ¿Cómo era posible, se preguntaba, que sus creadores llevaran tanto tiempo muertos y su obra siguiera viva?

Las generaciones vivían y morían y, entre tanto, la Tierra seguía girando sobre su eje, sin ralentizar nunca el ritmo, sin descansar jamás. Existía ya eones antes de que su propia vida fuera una realidad, y seguiría existiendo mucho después de que ella y todas las personas que había conocido se hubieran convertido en polvo.

Semejante idea tendría que inquietarla, y sospechaba que a la mayoría de la gente le resultaría inquietante, pero a ella le reconfortaba, igual que le reconfortaban las visitas al museo. Los artistas cuyas pinturas admiraba no sabían nada del siglo XX, nada de los años terribles a los que ella había conseguido sobrevivir; y, cuando se sumergía en aquellos universos desaparecidos, un lienzo tras otro, todos ellos liberados por completo del peso del futuro, tenía la sensación de que la carga de dolor que llevaba sobre sus hombros se aligeraba un poco.

No había nadie a quien hablarle sobre la maravillosa sensación de ligereza, de libertad incluso, que aquellas pinturas le proporcionaban, porque no había nadie en Londres que conociera todo el horror de sus recuerdos. Entre aquellos que la querían, solo su amiga Nina entendía en profundidad el alcance de todo aquello, porque había estado al lado de Stella desde la noche en que llegaron a Birkenau hasta el día de su liberación, y también después.

Pero Nina se encontraba a medio continente de distancia, ocupada con sus estudios y sus hijos, y hacía años que Stella no se sentía capaz de hablar con su amiga sobre su dolor, su ira y su soledad. Temía aún que compartir sus recuerdos pudiera equivaler a hundirse de cabeza en las profundidades de su pérdida, con el riesgo de no volver a salir nunca más a la superficie.

Por ahora, le bastaba con visitar el museo con la mayor frecuencia posible, con sumergirse en el pasado desconocido y luego, de camino de vuelta a casa, regalarle el capricho de una taza de café en el Café Milano, donde el camarero, apiadándose de una compatriota italiana tan alejada de casa, solo le cobraba dos peniques en lugar de los seis que decía en la carta.

Aquel día, inesperadamente, se había sentido cautivada por una sucesión de cuadros de Rembrandt. Había algo muy familiar en sus protagonistas, porque si dejaba de lado su vestimenta extraña y a veces incluso alarmante —debía de ser un horror llevar aquellas gorgueras almidonadas—, era capaz de reconocer muchas cosas en aquellas expresiones serias y a menudo ansiosas.

Quizá, reflexionó, algún truco de magia les estuviera permitiendo ver a través de sus ojos pintados y estuvieran alarmados ante el mundo que los recibía. El siglo XX era a buen seguro desconcertante, y no solo por la rareza de la vestimenta, la forma de hablar y los modales modernos. De repente, Stella sintió una necesidad apremiante de tranquilizarlos, de acercarse de puntillas a los retratos y susurrarles palabras de consuelo y esperanza.

«No todo son guerras y calamidades —deseaba poder decirles—. La gente sigue amando. Siguen naciendo niños, los jardines se siguen cuidando y los coros alzan su voz para cantar. Los artistas siguen viendo la belleza y la immortalizan con pinturas y lienzos».

Lo cual era una tontería, por supuesto, porque los imperturbables comerciantes y sus esposas, junto con Rembrandt y su Hendrickje, llevaban muertos y enterrados casi trescientos años, y permanecerían para siempre ignorantes de los horrores y la gloria de este siglo.

—¿Stella?

Ella volvió la cabeza y descubrió a Win Keller a su lado. Fue tal sorpresa encontrárselo fuera de la oficina que se quedó quieta, de pie, y se limitó a parpadear.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—Sí. Perdón. Es que no esperaba encontrarlo aquí. Eso es todo.

—Puedo irme si prefieres estar sola.

—No..., me alegro de verle. Es que estaba perdida en mis pensamientos.

El señor Keller asintió y siguieron contemplando juntos Mujer bañándose en un río.

—¿Qué es lo que te atrae de Rembrandt? —preguntó él de repente.

—Las caras normales y corrientes. Sus protagonistas parecen reales. Tienen arrugas y pecas, también bultos en la nariz, y el pelo no siempre se ve limpio, igual que la ropa. Incluso las manos parecen reales. Solo un siglo antes, la gente representada en los cuadros tenía manos que parecían no haber sujetado en la vida nada que pesara más que una pluma. Pero Rembrandt pintaba manos con las uñas mordidas, con callos y manchas oscuras.

Se calló al darse cuenta de que estaba ofreciendo una respuesta mucho más larga que la que el señor Keller probablemente quería o esperaba, y decidió entonces ser ella la que formulara una pregunta.

—¿Qué ha venido a ver hoy?

—Nada en particular. Me gusta pasear por las salas y ver qué me llama la atención. Estaba a punto de irme cuando he tropezado contigo.

—¿Le apetece acompañarme a tomar un café? —dijo Stella de forma impulsiva, sin pararse a examinar los motivos de su invitación—. El Café Milano no queda muy lejos.

—Lo conozco. Si salimos por la puerta lateral, podemos recortar varios minutos de trayecto.

Las ventanas de la cafetería estaban empañadas por el vapor que desprendía la gigantesca máquina Gaggia de café expreso y las mesas se encontraban abarrotadas con gente que se refugiaba como ellos del pésimo tiempo, pero el señor Keller divisó enseguida un hueco en la barra, hacia el fondo.

—Ahora recuerdo por qué no vengo muy a menudo por aquí —dijo, mientras ayudaba a Stella a encaramarse a un taburete—. La Facultad de Medicina del Charing Cross Hospital está justo al lado, lo que significa que esto está siempre lleno a rebosar de estudiantes. Puedo detectarlos de lejos: son los que parecen haber resucitado de entre los muertos. Pobres diablos. Y bien, dime, ¿qué te apetece?

—¿Podría ser un expreso? Espere, que le doy el dinero.

—No, faltaría más. ¿Y te apetece comer algo? ¿Compartimos un panecillo de pasas?

No tardó mucho en volver con dos tacitas de café expreso y el panecillo prometido, que cortó limpiamente por la mitad.

—Toma —dijo.

—Gracias. Me lo comeré, pero antes el café. Sabe mejor cuando está muy caliente.

Cogió la tacita, que tenía un asa tan diminuta que se vio obligada a sujetarla con el índice y el pulgar, y acabó el café de un trago maravillosamente satisfactorio.

De pronto se percató de que llevaba tiempo ansiando devorar momentos como ese. Momentos fugaces de felicidad, inspiración y comprensión, que resultaban tan audaces y revitalizantes como la deliciosa taza de café que acababa de degustar. Los ansiaba con voracidad, pero no había caído en la cuenta hasta aquel preciso instante.

—¿Visita a menudo el museo? —preguntó.

—Una o dos veces al mes, si puedo. Contemplando cuadros he aprendido mucho sobre composición fotográfica. Cada vez que vengo al museo descubro algo nuevo. Hoy, por ejemplo, he aprendido cosas sobre Rembrandt y las manos. Y te doy las gracias por ello.

—De nada. ¿Por qué se llama Winton?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque es importante para usted. O, al menos, me lo parece.

—Muy bien.

Se bebió también de un trago el café, como si necesitara apuntalar su determinación, y miró entonces por la ventana, a pesar de que el cristal estaba empañado y no había nada que ver. Cuando empezó a hablar de nuevo, lo hizo en voz baja y tono dubitativo, como si el hombre calmado y decidido que Stella conocía del trabajo hubiera sido sustituido por un desconocido:

—Cuando Alemania se anexionó los Sudetes, mi familia y yo nos convertimos en refugiados. Huimos a Praga, y como mi padre estaba seguro de que Hitler no cumpliría el Acuerdo de Múnich, se propuso buscar un lugar donde pudiéramos ir mi hermana y yo. No éramos gente rica, no teníamos conocidos en el extranjero y nadie estaba interesado en acoger judíos. Mi padre se sentía desesperado, los dos, mi padre y mi madre. Y entonces se enteró de que había un inglés que estaba elaborando una lista. El hombre en cuestión se alojaba en el hotel Europa, de modo que fuimos e hicimos cola, con un frío terrible que hacía, junto con lo que me dio la impresión de que eran todos los judíos de la ciudad. Estuvimos allí horas y horas, y mis padres se pasaron todo el rato discutiendo en susurros. Mi madre estaba segura de que aquello era un engaño, pero mi padre insistía en que era verdad, que el grupo que aquel hombre representaba solo deseaba ayudar.

»Llegamos al principio de la cola y el inglés se mostró muy amable. De verdad. Tomó nota de mi nombre y del de mi hermana, luego nos hicieron fotos y nos dijo que haría todo lo posible para que pudiéramos viajar a Inglaterra. A un lugar seguro.

—¿Y lo hizo?

—Lo hizo. Llegó una carta, con los billetes y los detalles del viaje que emprenderíamos los niños, y recuerdo que mis padres dijeron que no estaríamos separados mucho tiempo. Nos

prometieron que sería como unas vacaciones. Yo estaba tan emocionado cuando nos despedimos que apenas presté atención.

Parpadeó con fuerza, sin dejar de mirar a un punto concreto al otro lado del cristal.

—Cuando Renata y yo llegamos a Londres, nos enviaron a una especie de hogar infantil y, al cabo de una semana, llegó un hombre para hacernos fotografías para una revista. Para Picture Weekly. Verás, Kaz había prometido publicar una serie de artículos breves sobre los niños llegados al país. No lo conocí entonces, pero su decisión llevó a que nos acogieran un director de banco jubilado y su esposa, que vivían en Lewisham.

—¿Fueron buenos con ustedes?

—Oh, sí. Mi hermana sigue viviendo con ellos. El señor Swakeley pagó incluso mis estudios.

—¿Y cómo acabó en el PW?

—En cuanto cumplí los dieciocho, intenté alistarme en el servicio activo, pero seguía considerado un nacional extranjero. Me mandaron entonces a una oficina, no muy lejos de aquí, y aprendí toda la operativa del cuarto oscuro. Pasé el resto de la guerra ampliando fotografías aéreas de plantas industriales alemanas, algo que sigo considerando ridículo dado que las fuerzas armadas me rechazaron con el argumento de que yo suponía un riesgo para la seguridad.

—¿Y después de la guerra?

—Me presenté en las oficinas de PW y supliqué tener diez minutos de entrevista con Kaz. Le dije que trabajaría gratis hasta que comprobara por sí mismo que no podía sobrevivir sin mí. Me contrató al instante.

—No me ha explicado aún lo de su nombre.

Suspiró e hizo el numerito de mirarla con el ceño fruncido, aunque Stella intuyó que no estaba molesto.

—Antes era Wilhelm. Pero a la media hora de llegar a este país ya había decidido cambiarlo. Solo Adolf podría haber sido peor. Estaba desesperado por encajar con todo esto, por perder mi acento, aprender inglés y dejar todo lo demás atrás.

—¿Por qué Winton?

—Era el hombre del hotel, en Praga. Nicholas Winton. Una tontería por mi parte, la verdad.

—¿Por qué? ¿Porque la gente piensa que se llama Winston?

—Sí. Pero también porque podría haber elegido perfectamente Nicholas.

Sonrió, una sonrisa que aceleró de repente el corazón de Stella.

—Gracias por contármelo.

—No me tomo esta molestia con la mayoría de la gente. En PW solo Kaz y Frank conocen toda la historia.

—¿Por qué Frank?

Otra sonrisa fugaz.

—Porque fue el que me hizo la fotografía para aquel artículo.

Stella sabía que no debía seguir presionando, pero necesitaba saber más.

—¿Qué pasó con sus padres?

—Murieron. Deben de estar muertos, pues de lo contrario habrían venido a por nosotros. Imagino que los enviarían a los campos.

—¿Por qué me cuenta esto?

Esta vez no apartó la vista.

—Fue a los pocos días de que empezaras a trabajar en la revista. Ibas a descolgar unas fotografías que estaban en los cables de más arriba. La manga de tu blusa se deslizó y vi los números.

—Pero no dijo nada.

—Si me los hubieras enseñado, te habría preguntado al respecto. Pero lo de ver las marcas que llevas en el brazo fue un accidente. No me pareció correcto preguntar.

—Me gustaría ser de ese tipo de personas que tienen la valentía suficiente como para hablar en voz alta y clara sobre todo lo que pasó. Poder utilizar mi sufrimiento para ayudar a los demás. Pero me parece una cosa muy íntima. No siento vergüenza, en absoluto. Pero no me apetece compartir con desconocidos mi dolor.

—Pues no lo hagas. Y eres valiente, que lo sepas. Jamás pienses lo contrario. Las palabras no son la única forma de responder a las preguntas del mundo. Lo estás haciendo ya con tus fotografías.

—¿Qué le parecería si le dijera que me gustaría hacer retratos de gente que, como nosotros, acabaron sobreviviendo? De sus caras, y también una fotografía de sus manos sujetando algo de su antigua vida que consideren muy valioso. Una fotografía de algún ser querido, un recuerdo de cualquier tipo.

—Me parece muy buena idea. ¿Sería para la revista?

—Algún día. Por el momento sería solo para mí misma.

Win buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó de su interior un objeto pequeño que le presentó a Stella, abriendo la palma de la mano.

—Este es mi recuerdo. Mi tesoro. —Era un gato tallado en madera, enroscado sobre sí mismo, que resultaba a la vez simple y muy bello—. Mi padre era ebanista —le explicó—. Cuando huimos, tuvo que abandonar todas sus herramientas, pero consiguió tallar esto solo con su navaja. Me lo regaló unos días antes de partir. Le dije que no me gustaba. Por aquel entonces, yo ya tenía trece años y le solté que aquello era algo para bebés. Lo encontré más adelante, escondido en el fondo de mi mochila, cuando creía que iba a morir de tanto que los echaba de menos, a él y a mi madre. Cada día, me dormía con el gato encerrado en mi mano.

Win se guardó de nuevo el gato en el bolsillo, dando unos golpecitos al tejido exterior para asegurarse de que estaba a buen recaudo.

—¿Y tú?

—No tengo nada de antes de la guerra. Nos lo robaron todo, o lo destruyeron. Ni siquiera tengo una sola fotografía de mis padres.

Al oír aquello, la expresión de Win se volvió intensamente triste.

—Stella. Lo siento mucho. No lo he pensado.

—No pasa nada. Apenas hablo de ellos, pero ahora, con usted, puedo hacerlo. Sé que me entenderá.

—Es un honor.

—Si pudiera elegir algo que recuperar, creo que sería el cuaderno de dibujos de mi madre. Mi padre y ella escribían guías de viajes y, siempre que volvían a casa de alguna de sus excursiones, mi madre me mostraba los paisajes que había dibujado. En una ocasión le pregunté por qué no enmarcaba alguno de aquellos dibujos y me respondió que estaban hechos para quedarse en el cuaderno. Que eran como una especie de diario, me explicó.

Tal vez el diario siguiera existiendo en alguna parte. Tal vez los dibujos habían sido arrancados del cuaderno, enmarcados y vendidos a turistas. Tal vez algún día, si llegaba a ver la cantidad suficiente de mundo, se tropezaría con alguno de ellos colgado en la pared de una tienda o en un puesto de antigüedades de un mercado. Porque sabía que reconocería enseguida la mano de su madre y podría recuperar, de este modo, algo de la vida perdida que en su día compartieron.

—Los recuerdo aún —dijo por fin—. A mis padres, los lugares que visitaron y las fotografías que mi madre traía a casa. Y con eso me basta. Para mí, por ahora, tiene que ser suficiente.

Capítulo dieciocho

Jamie

Viernes, 8 de mayo de 1953

A las seis de la tarde, Jamie dejó el lápiz y empezó a concentrarse en la importante tarea de prepararse para ir a cenar con Edie. Normalmente, la atención que prestaba a su aspecto no iba más allá de comprobar que llevase la bragueta bien abotonada, no hubiera manchas en la corbata, los calcetines fueran del mismo color y el pelo estuviese mínimamente peinado, pero aquella noche tenía que lucir lo mejor posible.

La caldera, que por una vez estaba en modo cooperativo, escupió justo la cantidad de agua caliente necesaria para poder afeitarse y darse un baño rápido. Había reservado para la ocasión su mejor camisa, limpia aún de la lavandería. Confirmó definitivamente que los calcetines eran del mismo color. El traje estaba planchado. La corbata, regalo de cumpleaños de su hermano, era de seda y, además, lo parecía. Todo eran augurios excelentes para la velada que tenía por delante.

Ayudaba también que fueran a cenar a un restaurante indio, puesto que las probabilidades de que alguien se quedara mirándolo o de que cualquier comensal le hiciera saber qué opinaba de que un hombre oscuro estuviera sentado en compañía de una mujer blanca disminuían de manera notable. Incluso así, sabía que no podía bajar la guardia. Para empezar, pedirle salir había sido correr un gran riesgo y, a pesar de que no se arrepentía ni se arrepentiría nunca de ello, no deseaba ver a Edie avergonzada o humillada como consecuencia de su decisión. Ayudaba asimismo que fuera alto y lo bastante ancho de hombros como para desanimar a todos, excepto a los intolerantes más apasionados, aunque eso por sí solo nunca era suficiente. Si alguien deseaba hacerle saber que no era bienvenido, que se sentía ofendido, que le daba miedo o incluso que lo odiaba, poco podía hacer para impedirselo.

Tendría unos seis años, quizá un poco menos, cuando aprendió que los demás lo veían con otros ojos en relación con los demás niños, incluidos sus hermanos. Había sido en el transcurso de una reunión familiar, probablemente por Navidad, y Jamie estaba absorto en un libro que le habían regalado. Era una historia de Escocia, con ilustraciones preciosas, y apenas había levantado la vista de sus páginas en todo el día. Sin embargo, en un momento dado, se había dado cuenta de que los mayores estaban hablando de él.

—Es una lástima que haya salido a Shilpa. Pobre criatura —oyó murmurar a tía Morga.

Al oír aquello, Jamie se había quedado confuso, puesto que su madre era la mujer más guapa que había visto en su vida. Su tía se había equivocado, seguro.

—La verdad es que es de lo más desconcertante. Fraser y Fiona se parecen tantísimo a su padre que jamás dirías que son mezcla. Y luego sale él, oscuro como un arándano. Debió de ser un shock para Colin. Aunque no lo admitirá nunca, y mucho menos siendo James como es su favorito. Pero aun así...

La mujer que había dicho eso era una vecina. No recordaba su nombre.

—Es brillante, lo es de verdad, pero ¿qué oportunidades tiene de prosperar en el mundo? Con ese aspecto, ninguna —había sentenciado su tía con una serena rotundidad, emitiendo después un prolongado suspiro.

En aquel momento, Jamie la había odiado y temido a la vez. Veinticinco años más tarde, año más o año menos, seguía guardando rencor a aquella mujer que le había quitado lo que le quedaba de infancia.

A partir de aquel momento lo había visto, y lo había sabido, y muchas cosas que antes no tenían sentido habían encajado de repente. Los niños del colegio, que no paraban de decirle que necesitaba un buen fregado con estropajo para quedar limpio. Los profesores, que parecía que no lo viesen nunca, incluso cuando levantaba la mano y nadie más en el aula sabía la respuesta. Los vecinos, que nunca lo saludaban y que se negaban a dejar que sus hijos jugaran con él.

Estaba bastante seguro de que cuando Edie lo miraba no lo veía como un hombre inferior debido a su raza. No había oído aún en ella ni un mínimo tufillo de intolerancia, ni creía probable que alguna vez lo oliera. Pero ¿cómo estar totalmente seguro? Edie podía sentirse encantada de aceptarlo como un huésped al que valoraba e incluso tenía en gran estima, y podía incluso haber empezado a pensar en él como un amigo, pero ¿sería capaz algún día de pensar en él como algo más? Porque eso era lo que Jamie quería de ella, y había llegado el momento de reconocerlo, aunque fuera solo para sí mismo.

Edie lo esperaba en el vestíbulo. Alarmado, vio que estaba arrodillada delante de una de las sillas tapizadas que flanqueaban la chimenea y que estaba arrancando un trozo del fleco decorativo de la parte inferior de la silla con la ayuda de unos alicates. Edie levantó la vista, sonrió con tristeza y siguió a lo suyo.

Jamie cruzó el vestíbulo y se agachó a su lado.

—Confieso que no esperaba encontrarla practicándole una cirugía de emergencia a una silla.

—Enseguida acabo. —Arrancó lo que quedaba de fleco, arrugó la nariz por el olor a amoníaco que desprendían los hilos enredados y volcó la atención sobre unas pocas grapas que se aferraban tercamente a la madera—. La señora Hemmings se hospeda aquí durante una semana cada mes de mayo y septiembre, lleva haciéndolo toda la vida, y siempre la acompañan un par de perritos, no los mismos, claro está, aunque siempre parecen los mismos... Me recuerdan a un pequeño

reposapiés marrón y...

—¿Pequineses?

—Sí. Son de carácter muy cariñoso, pero se hacen pipí por todas partes. Y el señor Swan me ha informado de que uno de los pequineses de la señora Hemmings ha decidido elegir esta silla para quedarse a gusto no hace ni siquiera media hora. Me ha dicho que lo ha fregado bien, pero que el fleco no tiene remedio. Mañana buscaré alguna cinta para cubrir el borde, pero de momento tendrá que quedarse así.

—Tendrá que darle también un buen corte a la otra silla —le aconsejó Jamie—. Ahora se ven un poco desaparejadas.

Edie examinó una silla, luego la otra.

—Supongo que tiene razón.

—¿Quiere que lo haga yo? Tengo experiencia sacando grapas de marcos y lienzos.

Edie se quedó considerando la oferta un momento y enseguida asintió con determinación.

—Sí, por favor. Sería de enorme ayuda.

A pesar de que la nariz de Jamie estaba al menos a un metro de distancia de la segunda silla, el fleco olía a rancio; sospechaba que debía de haber sido también uncida por uno de los pequineses de la señora Hemmings.

—Será mejor que lo metamos en la basura —dijo Jamie, recogiendo todo.

—Gracias. El cubo grande está en el patio de atrás y podemos lavarnos las manos en la trascocina.

Jamie siguió a Edie por el pasillo, pensando en que era una forma bastante inusual de dar comienzo a una cita, pero también que le importaba un comino empezarla así. Siguiendo instrucciones, tiró el fleco en el cubo grande con tapa que había junto a la puerta y luego insistió en esperar su turno para lavarse las manos en el fregadero.

—Ya estoy —dijo ella, secándose las manos—. Lo siento. Sinceramente le digo que pensaba haber terminado antes de que bajase. Espero que no lleguemos tarde por culpa de esto.

—Tranquila. Son solo un poco más de las siete y el restaurante no queda lejos. Podemos ir en taxi, si quiere.

—¿Está lo bastante cerca como para ir andando? Llevo toda la tarde encerrada en el despacho.

—A menos de un kilómetro, calculo. Y a mí también me apetece un poco de aire fresco.

Después de ayudarla a ponerse el abrigo, Jamie se apartó un momento para que Edie pudiera hablar con el señor Swan sin él de por medio.

—No creo que vuelva muy tarde, señor Swan —dijo Edie.

—Estupendo, señorita Howard. Espero que disfrute de una velada encantadora. Oh, señor Geddes, quería alertarle.

—¿Sí? —replicó Jamie con cautela—. ¿Sucedó algo?

—Oh, no, por Dios, no. Solo quería decirle que mejor que se lleve un paraguas —le aconsejó el señor Swan, con su rostro tan normal animado tan solo por una preocupación de lo más sincera.

—Gracias. Muy amable por recordármelo —dijo Jamie, y corrió a coger un paraguas de los que había en el paragüero. Equipado para el paseo, se volvió hacia Edie—. ¿Vamos?

De camino hacia Trafalgar Square, Jamie procuró mantenerse a la distancia correcta de Edie, puesto que había luz y era tremendamente fácil que la cita se echara a perder antes incluso de haber empezado. No es que los hubieran molestado durante los paseos que hacían de vez en cuando por las tardes, pero la verdad era que siempre había procurado mantener cierta distancia entre ellos.

—¿Qué tal ha ido el día? —preguntó Edie.

—Ha sido productivo. He pasado la mayor parte del tiempo trabajando en bocetos preparatorios de la carroza dorada. Es bastante complicado capturarla en pintura.

—Solo oro, entonces.

—Sí. Oro y más oro, y estoy nervioso porque temo que si no lo consigo pueda acabar pareciendo la calabaza de Cenicienta.

—Dudo mucho que no lo consiga —replicó ella con seguridad—. Teniendo en cuenta que el resultado está en manos de un pintor tan dotado como usted.

—Gracias —dijo él, aunque su respuesta le pareció totalmente inadecuada para un cumplido tan elocuente como el que acababa de recibir—. ¿Y su día? Le prometí que se lo preguntaría.

—Bueno... —Se quedó pensativa—. Imagino que ya conoce el punto más bajo de la jornada.

—¿Los pequineses y la silla?

—Sí, pero por otro lado he conseguido convencer a la cocinera para que piense en un menú basado en la coronación para ofrecer a la hora del té. Se mostraba reacia, pero al final me he impuesto.

—¿Qué nuevas exquisiteces nos preparará? —preguntó Jamie, confiando en que el menú no

acabara resultando algo delicado e insustancial. Le gustaba el robusto té de la tarde que servían en el Blue Lion, sobre todo porque la cocinera siempre le obsequiaba con algún sándwich de más.

—No se trata tanto de cosas nuevas como de nombres nuevos. El pastel de jengibre pasará a llamarse Gâteau de Couronnement y la ensalada de pollo con curri se llamará Poulet Reine Élisabeth. Ya se habrá percatado de que lleva muy poco curri. A la cocinera le gusta decir que le pone solo la cantidad necesaria para darle un poco de color.

—Jamás se me pasaría por la cabeza quejarme —dijo Jamie con sinceridad.

Continuaron andando, esquivando las palomas de Trafalgar Square, pasando por delante de la National Gallery y siguiendo en dirección norte rumbo a Leicester Square. La conversación era agradable y no especialmente memorable. Ella le habló sobre el plan que tenía de instalar un televisor en el salón y sobre los rumores de que el azúcar dejaría por fin de estar racionado. Él le comentó algo sobre los libros que había leído las últimas semanas, casi todos tomados prestados de la excelente biblioteca del hotel, y de su esperanza de poder viajar a Edimburgo para visitar a la familia en cuanto hubiera terminado el encargo de la Compañía de Carreteros y Carroceros.

La conversación tal vez fuera intrascendente, pero la sensación de caminar junto a ella, de estar simplemente cerca de ella, no lo era. Edie se había puesto perfume, un aroma delicado que le encajaba a la perfección, y llevaba un vestido precioso debajo del abrigo, de una tonalidad azul tinta exactamente igual al color del cielo en el horizonte cuando se pone el sol.

Llegaron enseguida a Gerrard Street.

—Ya estamos —anunció Jamie—. Sé que todo el mundo dice que Veeraswamy es el restaurante indio más antiguo de Londres, pero Shafi's lleva aquí también mucho tiempo. No tiene un interior muy lujoso, pero la comida es excelente.

Era imposible pasar por alto el Shafi's, puesto que su fachada estaba pintada en blanco puro y su nombre rotulado en letras negras y angulares. Los recibió el habitual portero, vestido con abrigo de sastrería, tocado con un turbante inmaculado y con una barba y un bigote blancos como la nieve. Les abrió la puerta con un gesto de asentimiento y una expresión solemne y observadora. Edie le sonrió, le dio las gracias y Jamie vio que el hombre, evidentemente fascinado, le devolvía la sonrisa.

Una vez dentro, fueron recibidos por el maître.

—Buenas noches y bienvenidos a Shafi's.

—Buenas noches. Tengo una reserva para las siete y media. A nombre de Geddes.

—Sí, por supuesto. ¿Me permiten primero sus abrigos? —Las prendas desaparecieron detrás de una cortina—. Y ahora, si tienen la amabilidad de seguirme hasta su mesa...

El maître retiró la silla de Edie, le ofreció la carta y luego hizo lo mismo con Jamie.

—¿Les apetece un aperitivo para empezar? ¿Señora?

—¿Podría ser un vaso de agua tónica?

—Por supuesto, señora. ¿Señor Geddes?

—Tomaré una pinta de cerveza. Tennent's, si tienen. —Otra razón por la que prefería el ambiente más desenfadado del Shafi's.

—Perfecto. Su camarero les atenderá enseguida.

Jamie observó a Edie mientras leía la carta, confiando seriamente en que encontrara algo que le gustara.

—¿Alguna cosa que le llame la atención? —preguntó.

La expresión de Edie, cuando levantó la vista de la carta, era de inseguridad.

—No sé muy bien qué pedir. Veo que hay platos ingleses, pero preferiría probar algo indio. Me parece una lástima venir a un sitio tan encantador como este y comer pollo asado con puré de patatas.

—Es bastante normal pedir varios platitos e ir comiendo un poco de todos ellos. Creo que le gustaría uno de los curris, ¿de cordero, o mejor de paloma? Esta noche parece que no hay pollo. Elija el que elija, la carne estará cocinada en una salsa y será, por lo tanto, muy tierna. Y la salsa en sí es suave. Desconozco los ingredientes exactos, pero probablemente llevará tomate, yogur y cosas como jengibre, ajo y otras especias. Pero no será excesivamente picante, se lo prometo.

—Suenan estupendo.

—Bien. Pediré también chana masala, que son garbanzos cocinados en una salsa, algo de arroz con verduras y unas samosas. Es una pasta con relleno de verduras. Y también unos poppadoms con chutney de mango.

—Seguro que todo estará delicioso —dijo Edie.

Apareció entonces un camarero vestido con chaquetilla blanca, les sirvió las bebidas y se marchó después de haber tomado nota de lo que querían. Jamie cogió la cerveza y estaba a punto de beber un buen trago, cuando recordó justo a tiempo que ya no era un estudiante acalorado, sino un hombre adulto de cena con una mujer a la que quería impresionar. Se contuvo, por lo tanto, y se limitó a beber solo un sorbo para refrescarse y dejó de nuevo la copa en la mesa.

—Hace tiempo que quería preguntarle acerca de su nombre —empezó a decir Jamie, pensando que era una pregunta adecuada para iniciar la conversación de la cena—. En la chapita que luce siempre en la solapa, sus iniciales son «E» y «D». ¿Deriva de ellas Edie? ¿Es algún tipo de diminutivo?

—¿Sabe? No estoy segura del todo. Siempre he sido Edie, lo cual está bien teniendo en cuenta que mi nombre de pila es Edwina y nunca me ha gustado mucho.

—Pues a mí me parece un nombre encantador —replicó él—. Le pega.

—Gracias. ¿Y su nombre? He visto que firma como A. J. Geddes. ¿La «A» a qué corresponde?

—A Alexander, por mi abuelo, pero en la familia siempre me han llamado Jamie.

—Por un momento pensaba que iba a decirme que la «A» correspondía a un nombre increíblemente raro o anticuado —dijo, con la risa dando brillo a su voz—. Augustus, por ejemplo, o Archibald.

—Ese es un buen nombre escocés. —Y a continuación, arriesgándose, añadió—: Podría también haber sido Aadiyapadham, el nombre de mi abuelo por parte de madre.

—También muy bonito —dijo ella—. Aunque seguramente tendría que pasarse la vida deletreándolo a todo el mundo y luego corrigiéndolo porque lo habrían entendido mal.

—Exactamente.

—De vez en cuando tenemos huéspedes cuyos nombres no son ingleses. Me refiero al idioma de su nombre, no a su nacionalidad.

—Por supuesto —dijo él, aunque no había ningún «por supuesto» al respecto. No conocía a mucha gente capaz de tomarse la molestia de hacer esa distinción.

—Siempre intento asegurarme de que pronuncio los nombres correctamente —prosiguió Edie—, y si no lo veo muy claro, pregunto. De forma discreta, para no ponerlos en un aprieto. No quiero que piensen que han hecho algo mal, porque la que debe aprender soy yo. Considero importante hacer bien ese tipo de cosas.

—Muy correcto por su parte. La mayoría de la gente no le da importancia a ese tema, o montan un escándalo cuando los corrigen. Supongo que por eso mis padres nos pusieron nombres convencionales. Convencionales si eres británico, claro está.

—Sí, pero ¿quién tiene la autoridad para decir lo que es convencional y lo que no lo es? Hay una gran cantidad de nombres ingleses (nombres y apellidos en idioma inglés, me refiero) que se salen bastante de lo normal. Recuerdo, hace años, que llegó un huésped y se presentó como señor Fanshaw. Se ofreció enseguida a deletreármelo, y me quedé sorprendidísima, porque se escribía de un modo totalmente distinto, con un montón de letras más a lo que correspondía por cómo lo había pronunciado. De no haber sabido que se pronunciaba como él me dijo, lo habría pronunciado como «feather-stone-huff».

—Imagino que estaría acostumbrado a esa confusión. En el colegio había un niño que se apellidaba Mingus. Hasta unos años más tarde no me enteré de que en realidad se escribía «M-e-n-z-i-e-s». No tengo ni idea de por qué se pronunciaba de ese modo.

La conversación continuó con aquel tema unos quince minutos más, hasta que llegó la comida. El camarero dispuso con maestría los platos delante de ellos y luego, siguiendo instrucciones de Jamie, sirvió porciones de todo lo que habían pedido.

—Creo que debería haber venido a cenar aquí hace mucho tiempo —dijo Edie, sonriendo, y el corazón de Jamie le dio un vuelco en el pecho.

—Cuánto me alegro —dijo.

—¿Cocina su madre este tipo de comida en casa?

—La verdad es que no es muy amante de la cocina. Se crio en una familia acomodada donde los criados lo hacían todo y no estoy seguro de si llegó a entrar alguna vez en la cocina antes de casarse. Luego intentó aprender, pero con escaso entusiasmo. Supongo que su trabajo le interesaba mucho más.

—¿A qué se dedica?

—Es profesora de Matemáticas en la universidad. Durante la guerra estuvo metida en asuntos de alto secreto. Jamás ha comentado una palabra sobre el tema.

—Santo cielo.

—De pequeño, teníamos un ama de llaves que se ocupaba de todas las tareas domésticas: cocinar, la colada y limpiar la casa. La señora Beild, aunque la llamábamos Billy. Una mujer encantadora. Se jubiló antes de la guerra y mi madre nunca ha llegado a superarlo del todo.

—¿Y Billy os preparaba curri?

—Ah, no. En casa no comíamos nada que no fueran los platos escoceses más simples y enérgicos. Cuando nos apetecía comer comida india de verdad, íbamos a un restaurante.

—Para mí esto es un auténtico regalo —dijo Edie, sirviéndose otra porción de chana masala—. No solo la comida, sino también tener tiempo para saborearla.

—¿La mantiene tan ocupada el hotel que le impide salir por las noches?

—Me temo que sí. A principios de este año salí unas cuantas veces a cenar, pero siempre por temas relacionados con el hotel. Nunca con un amigo, no sé si me explico.

Se ruborizó y Jamie cayó de repente en la cuenta de que estaba hablando de aquel hombre odioso con quien la había visto un día en el vestíbulo del hotel.

—Confío en que esta noche no la vea de la misma manera.

—Por Dios, no. Esto, esta noche, con usted, es diferente. Se lo prometo.

—Me alegro de oírlo. ¿Y varios días lejos del hotel? —preguntó Jamie, cambiando prudentemente de tema—. ¿Cuándo fueron sus últimas vacaciones?

—Me temo que no ha habido vacaciones desde antes de la guerra.

A Jamie casi se le cayó el vaso de cerveza.

—¿Está diciéndome que no ha tenido vacaciones desde hace catorce años? Sus empleados disfrutaban de tiempo libre, ¿no? Estoy seguro de que usted también se lo merece.

—Supongo. Pero mis padres murieron a finales de 1940 y llevo dirigiendo el hotel desde entonces.

—¿Los mataron en el Blitz? —preguntó Jamie, que de inmediato deseó haberse mordido la lengua.

—Sí... No. Lo que quiero decir es que fue durante el Blitz, pero no los mató una bomba. Estaban cruzando el Strand, en uno de esos momentos en el que todas las luces estaban completamente apagadas, y fueron atropellados. Fue una ambulancia, por increíble que parezca. El conductor dijo que no los vio, e iba tan rápido que probablemente ellos tampoco vieron la ambulancia. Supongo que debería estar agradecida por ello.

—Lo siento mucho.

—Mis hermanos murieron en la Gran Guerra, antes de que yo naciera..., pero eso ya se lo conté, ¿no? Y como mi padre era el único hijo superviviente de su familia, yo era la última de los Howard. Y por eso acabé dirigiendo el hotel. —Mientras hablaba empezó a jugar con su vaso, dándole vueltas y más vueltas.

—No debería haberle preguntado. Lo siento.

—No pasa nada. Hace ya mucho tiempo.

—¿Quiere contarme cosas sobre sus padres? ¿Cómo se conocieron?

Edie por fin sonrió.

—Los padres de mi madre tenían una casa de huéspedes en Margate, y cada año mis abuelos Howard pasaban allí sus vacaciones. Así se conocieron, de niños, en los veranos. Se casaron muy jóvenes. Creo que mi madre tenía solo diecinueve años.

—¿Vivieron siempre en el Blue Lion desde que se casaron?

—Sí, claro. Creo que por aquel entonces eran felices. Mis hermanos se llevaban poco más de un año entre ellos y el hotel funcionaba bien en aquellos tiempos.

—¿Y sus hermanos? —preguntó Jamie, incapaz de contenerse.

—Los mataron en el Somme. Los telegramas llegaron el mismo día. Edwin acababa de cumplir los veinte y Duncan tenía dieciocho. Mi madre nunca fue la misma después de aquello. O eso al menos me contaron.

Edwin. Duncan.

—Su nombre es por ellos —dijo Jamie, y ella hizo un débil gesto de asentimiento.

Fue todo lo que pudo hacer en aquel momento para disimular su reacción. Toda la vida de Edie, todos y cada uno de sus días habían estado consagrados eternamente al servicio de la memoria de sus hermanos. ¿En qué demonios estarían pensando sus padres? ¿Por qué no podían haber recordado y honrado a sus hijos de un modo que no exigiese aquel sacrificio por parte de su hija?

Pero solo estaba empezando a conocer a Edie y no era correcto criticar a dos personas de las que no sabía nada por una decisión que habían tomado cuando todavía se sentían destrozados por el dolor. Se tragó su horror y buscó rápidamente algo que decir.

—Los hombres que comandé durante la guerra tendrían la edad de sus hermanos. Ninguno de ellos sería mayor de veinte o veintiún años. De hecho, yo tenía solo veinte cuando me pusieron al mando de mi sección y de una quincena de hombres. Las primeras semanas me temblaban las rodillas por el miedo.

—Eso es pedir demasiado a un hombre tan joven —observó Edie.

—Crecimos rápidamente, igual que tuvo que hacer usted.

—¿Cuando murieron mis padres? Supongo que fue un shock, pero llevaba trabajando en el hotel desde que era una niña y conocía bien el trabajo. Además, yo no estaba haciendo nada peligroso. Y lo que es evidente es que nunca me dediqué a desactivar bombas... ¿Cuánto duró aquello?

—Unos tres años y medio.

—Es un milagro que sobreviviera.

—Si creyera en esas cosas, estaría de acuerdo con usted. Pero pienso que fue más bien cuestión de suerte, pura y simplemente. Conocí a hombres que eran mucho mejores que yo desempeñando aquel trabajo, que tenían las manos más firmes, los nervios más templados, pero que acabaron topándose con algún dispositivo de cableado novedoso y diabólico y...

Era un imbécil por agobiarla ahora explicándole todas esas cosas. Si decidía levantarse y marcharse, lo entendería. Era...

La mano de ella cubrió de repente la de él, una mano fría y delicada, y Jamie pudo volver a respirar.

—Le ruego que me disculpe —consiguió decir, y habría seguido metiendo la pata de no haber llegado la salvación en forma de pudín. Tan concentrado estaba en Edie, y solamente en Edie,

que ni siquiera se había dado cuenta de que ambos habían dejado los platos limpios.

—Con los saludos de nuestro chef, señor Geddes —dijo el camarero—. Nuestra preparación especial: kulfi de rosa y pistacho.

—Muchas gracias.

Edie cogió de inmediato la cucharita y, sin preguntarle acerca de los ingredientes o el sabor del dulce helado, probó primero un bocado, y luego otro.

—Está delicioso —dijo, entre cucharada y cucharada—. Al principio pensaba que sería un helado, pero no lo es, ¿verdad?

—No, aunque es bastante similar. Lo hay de distintos sabores, pero este es uno de mis favoritos.

—No me extraña. Y bien... ¿dónde estábamos? Ah, sí, habíamos empezado a hablar sobre usted. ¿Seguimos?

«No, por favor —pensó Jamie—. No más preguntas sobre la guerra».

—¿Tiene hermanos o hermanas? —preguntó Edie, en cambio, sorprendiéndole de nuevo.

—Un hermano y una hermana. Mi hermano, Fraser, es cuatro años mayor que yo. Trabaja como abogado en el bufete de mi padre. Su esposa se llama Mary y tienen tres niños. Mi hermana, Fiona, es dos años mayor. Fue enfermera durante la guerra. Se casó con uno de los médicos con los que estuvo trabajando y tienen dos hijos, una niña y un niño.

—Sus padres deben de sentirse en el cielo con cinco nietos.

—Claro —dijo él, decidiendo guardarse para sí el declarado deseo de su madre de tener más nietos—. ¿Y usted tiene más familia?

—Por parte de padre, no. Como le he dicho, soy la última de los Howard. Mi padre fue hijo único y los hermanos de mi abuelo murieron hace años. Puede que mi padre mencionara algún primo, pero no sé ni cómo se llaman. Es posible que hubiera algún tipo de pelea entre ellos. Pero si la hubo, fue mucho antes de que yo naciera y nadie ha aparecido desde entonces.

—¿Y por parte de madre, tiene a alguien?

—Algunas tías y tíos, pero no los veo nunca. Cuando mis padres vivían, estaban siempre por el hotel, a veces durante varias semanas seguidas, pero jamás pagaron ni un penique por la habitación ni por la comida. Cuando mis padres murieron, decidí cortar con aquello. No quería hacerlo, pero nos estaba costando una fortuna y no podía permitírmelo. Y ahí se acabó todo. Desde entonces, ni siquiera una felicitación por Navidad.

—No me cabe duda de que está mejor sin ellos —dijo Jamie—. Pero aun así...

—Aun así, sí —repitió ella—, a veces me siento muy sola. Los huéspedes van y vienen, y el personal... Les tengo mucho cariño a todos, claro, y a algunos los conozco desde que era pequeña, pero no tengo amistad con ninguno de ellos.

—¿Y puede hablar con alguien cuando tiene un día difícil?

—En un momento de necesidad, podría hablar con la cocinera. O con Mick, supongo. Pero no sería justo. Todo el mundo tiene sus propios problemas. No querría ser una carga para ellos en ningún sentido.

—Tal vez —dijo Jamie, con el corazón latiéndole tan fuerte que le resultaba incluso extraño que Edie no estuviera oyéndolo—, podría recurrir a mí. Cuando tenga preocupaciones o miedo por algo. Yo estaría encantado de escucharla.

—Gracias, Jamie.

Lo dijo en voz baja y la expresión de sus ojos, al toparse con la mirada inquisitiva de él, era de solemnidad y confianza.

—Lo digo en serio. Nunca hago promesas que no tenga intención de cumplir.

—Le creo. ¿No me prometió, acaso, que disfrutaría de la cena? Y aquí estamos: he dejado el plato limpio y reluciente mientras íbamos hablando, y ha sido todo maravilloso, Jamie. Maravilloso de verdad.

Estaba lloviendo cuando emprendieron el recorrido de vuelta a casa, de modo que Jamie abrió el paraguas que había tomado prestado del hotel y ella le cogió del brazo, y durante esos minutos él se sintió más feliz de lo que se había sentido en años, incluso en décadas.

Acababan de enfilar Little Newport Street, cuando un automóvil dobló la esquina a cierta velocidad y levantó una gran cantidad de agua que fue directa hacia ellos. Jamie reaccionó por instinto y se colocó delante de Edie para que su abrigo y su bonito vestido no se mojaran. La tenía cerca, muy cerca, y durante un momento eterno se limitó a mirarla, cautivado por la expresión de sus encantadores ojos.

Ella también se sentía feliz. No le importaba que le estuviera tocando los brazos. Que la estuviera reteniendo tan cerca de él.

Edie se puso entonces de puntillas y rozó su boca contra la de él, y él casi se muere allí mismo por la sorpresa y el placer. Pero en cuanto recuperó mínimamente el control de los sentidos, le devolvió el beso y, al apartarse, recorrió con la punta de los dedos la curva de la mejilla de Edie, memorizando su bellissimo rostro. La cogió de nuevo por el brazo y juntos volvieron a casa, al Blue Lion.

Capítulo diecinueve

Edie

Jueves, 14 de mayo de 1953

Un té le vendría bien.

La idea, por sí sola, la había impulsado desde el despacho hasta la cocina, la había ayudado a mantener un tono de voz tranquilo mientras le pedía a la cocinera una bandeja con el té y le decía que no, que ya se encargaría ella misma de llevársela al despacho, y que sí, que no pasaba nada, y que por favor no molestase a Ruth por eso, y que no, que simplemente le dolía un poco la cabeza después de una larga jornada encerrada trabajando.

Había salido sin problemas de la cocina, había cruzado el comedor con la bandeja, que parecía pesar más a cada paso que daba, y estaba ya por la mitad del vestíbulo cuando Jamie entró por la puerta. Y, a pesar de que se esforzó por devolverle la sonrisa, el rostro de Edie se negó a cooperar y sus ojos se llenaron con lágrimas que no podía secarse porque tenía las manos ocupadas con la bandeja y su tintineante contenido.

No lloraba delante de nadie desde el día del funeral de sus padres, ¿por qué ahora? ¿Por qué la visión de la cara amable y maravillosamente familiar de Jamie había hecho que lo que le quedaba de coraje se desvaneciera por completo?

Jamie cruzó corriendo el vestíbulo y arrancó la bandeja de las manos temblorosas de Edie.

—Buenas noches, señorita Howard. ¿Me permite que se la lleve yo hasta el despacho?

Edie asintió y abrió la puerta; una vez dentro, Jamie depositó la bandeja en la mesa junto a la butaca en la que ella nunca tenía tiempo para sentarse. Cogió a Edie del brazo y la acompañó con cuidado hasta la silla.

—¿Cómo toma el té? —preguntó.

—Solo. Gracias.

—¿Lo soportará si le echo un poco de azúcar? Creo que le irá bien.

Edie hizo un gesto de asentimiento. Jamie le echó dos cucharadas colmadas, removiéndolo bien y se

aseguró de que ella sujetaba con firmeza la taza y el platito antes de soltarlos. Solo entonces acercó el taburete y tomó asiento.

—Bébase el té —le dijo.

Dio un sorbo, dudando un poco, luego otro, y otro, y empezó a notar que ya no temblaba tanto. Descansó entonces la taza y el platillo en su regazo y se recordó a sí misma que tenía que respirar.

—Cuénteme —dijo Jamie.

—No sé por dónde empezar. Ni qué pensar. Estaba siendo un buen día hasta que ha llegado el telegrama. Creo que debían de ser poco más de las cinco de la tarde. Venía de California. De la señora Daley. Su esposo y ella viven en Santa Mónica y viajarán a Londres para la semana de la coronación. Lo primero que he pensado ha sido que debía de contener alguna petición especial: si podía hacerles una reserva en algún restaurante en concreto o disponerlo todo para que un coche fuera a recogerlos al aeropuerto. Viajan en avión hasta aquí, por increíble que parezca.

—¿Y qué decía el telegrama? —preguntó Jamie.

—Lo tengo aquí. En el bolsillo de la chaqueta.

Extrajo un papel ya arrugado y se lo entregó a Jamie. Ella ya se lo sabía de memoria.

RECIBIDA HOY CARTA DE CANCELACIÓN DE NUESTRA ESTANCIA EN BLUE LION.
SIN PREVIO AVISO NI EXPLICACIÓN. VACACIONES MALOGRADAS. EXIJO
EXPLICACIONES. SEÑORA FRANK DALEY.

—¿Les canceló usted la reserva?

—No, por supuesto que no. Envié una carta para confirmarlo todo, pero eso fue en agosto. He puesto una conferencia con California para poder hablar con ella y comprender qué ha pasado. Las operadoras han tardado una eternidad en establecer la conexión y, cuando han conseguido ponerme en contacto con la señora Daley, apenas la oía. Le he explicado que se trataba de un tremendo error y que de ningún modo le habíamos cancelado la reserva, que, de hecho, estábamos deseando poder darle la bienvenida a nuestro hotel. Pero me ha respondido diciéndome que había recibido una carta enviada directamente por mí, firmada además por mí y con el membrete del hotel. Me ha dicho también que ya ha hecho una reserva en otro establecimiento, que ha estado muy mal por mi parte hacer una cosa así, y luego ha colgado.

—Vaya, Edie.

—He ido enseguida a ver al señor Brooks para preguntarle si era posible que él hubiera

cancelado la reserva, pero no sabía nada al respecto. De hecho, he tenido que explicárselo más de una vez para que lo entendiera. Incluso se lo he preguntado al señor Swan cuando ha llegado, y también se ha quedado muy sorprendido.

—¿Es habitual que cualquiera de ellos dos gestione las reservas?

—Solo si son por teléfono, e incluso en ese caso, yo siempre soy la encargada de confirmarlas. Es la única manera de asegurarnos de no duplicar la reserva de alguna habitación. Después me he quedado en blanco. He estado un rato sentada en el despacho, intentando darle sentido a lo sucedido, y entonces se me ha ocurrido verificar el resto de las reservas para esa semana.

—Muy sensato por su parte —observó Jamie.

—La llamada a California me ha costado más de dieciséis libras, ¡dieciséis libras, Jamie!, de modo que he pensado que era mejor empezar con las reservas que tengo de Inglaterra. He decidido llamar al coronel Arbuthnot, porque su esposa y él siempre han sido muy amables conmigo y hace muchísimos años que se hospedan aquí cuando visitan la ciudad. El coronel se ha mostrado muy comprensivo, aunque también terriblemente confuso, porque acababa de recibir una carta firmada por mí, con el membrete y el papel del hotel, diciéndole que, sintiéndolo mucho, me veía obligada a cancelar su reserva.

—¿Y no se le ocurrió al coronel llamarla para ver qué había pasado?

—Se ve que no le gustan mucho los teléfonos, y ha reconocido que tampoco es que a él le apeteciera mucho desplazarse a Londres para la coronación, que era la señora Arbuthnot la que había insistido. Le he dicho que le manteníamos la habitación si estaba todavía interesado. Me ha preguntado si había habido un error y le he dicho que sí y que lo sentía mucho, y me ha dicho que lo entendía y que hablaría con la señora Arbuthnot y ya me diría si todavía estaba en pie lo de desplazarse desde Cornwall.

—¿Con cuántos huéspedes con reserva para la semana de la coronación ha conseguido hablar?
—preguntó Jamie entonces.

Estaba tan sereno. Razonaba tan bien. Quizá podría ayudarla a encontrarle el sentido a todo aquello.

—Con diez —respondió Edie—. Todos habían recibido la carta. Y mi firma, o lo que parecía ser mi firma, estaba en todas ellas.

—¿Diez de cuántas reservas?

—De trece. Los otros tres viven en el extranjero. Uno en Canadá, otro en Nueva York y el último en Malta.

Jamie hizo un gesto de asentimiento, pero en lugar de formularle otra pregunta le cogió la taza y el platillo, y le sirvió más té acompañado por una montaña de azúcar.

—Primero esto. Bébaselo todo si puede.

—Le pido disculpas por este lío —dijo Edie entre sorbo y sorbo—. Por robarle tanto tiempo e impedirle seguir con los planes que pudiera tener para la noche.

—¿Edie? Edie. ¿Quiere mirarme?

Ella dejó la taza en la mesa y entonces, haciendo acúmulo de la poca fuerza que le quedaba, lo miró a los ojos. En ellos solo vio comprensión, paciencia y compasión.

—¿No éramos amigos? —preguntó Jamie.

—Sí.

—Perfecto. Entonces, cuando un amigo recibe una noticia inquietante o alarmante, ¿cómo se responde normalmente? ¿Con indiferencia? ¿Con, no sé, con enojo porque te han interrumpido una tarea importante?

—No, en absoluto, claro. Es solo que...

Jamie se quedó a la espera y, pasado un momento, le cogió ambas manos.

—Nunca he tenido muchos amigos —reconoció Edie—. No en este sentido. Ni siquiera de pequeña. Mi vida siempre estuvo aquí, en el hotel. Tuve algunas amigas en el colegio, pero nunca muy íntimas. Supongo que les resultaría extraño que viviera en un hotel y que por eso no pudiera salir y hacer cosas con ellas muy a menudo, puesto que tenía que ayudar en el mostrador de recepción. Luego murieron mis padres y...

—Edie. De eso hace casi trece años.

—Lo sé. Lo sé. Pero desde entonces, ya sabe, mi vida no ha sido más que este hotel. No he tenido tiempo para ninguna de las cosas con las que soñaba de pequeña: salir a bailar, ir al cine, tomar un té y un bizcocho en el Lyons...

—La verdad es que no sé si calificaría de divertida una visita al Lyons —dijo él, en tono delicadamente chistoso.

—¿No? Para mí sería fabuloso.

—Tal vez no pueda salir y hacer esas cosas, pero eso no significa que no tenga amigos. La he visto con la gente que trabaja aquí, Edie. Sé que la quieren. Todo el mundo la quiere. ¿No son entonces sus amigos?

—¿Cómo quiere que lo sean? Les pago un salario, decido sus horarios de trabajo y, de vez en cuando, incluso tengo que echar a alguno. Entre nosotros siempre habrá una distancia, y no porque me considere mejor que ellos. No es por eso. Es solo que... ¿Cómo pueden sentirse cómodos cuando soy la que está sentada aquí?

Jamie asintió, con expresión solemne y algo triste.

—Sí. Creo que la entiendo.

—Gracias.

—¿Se siente un poco mejor? ¿Le ha sentado bien el té?

—Sí. Pero la verdad es que no sé qué hacer ahora.

Reconocerlo era vergonzoso, pero estaba casi segura de que Jamie la entendería.

—Yo tampoco lo sabría, pero seguro que entre los dos somos capaces de averiguarlo. Empecemos con las reservas canceladas. ¿Ha podido reconfirmar alguna de las reservas?

—No todas, pero sí algunas. Cinco de ellos vendrán tal y como estaba planificado, tres se lo están pensando y me dirán alguna cosa, y dos, incluyendo la señora Daley de California, han reservado ya en otro establecimiento.

—Lo cual nos deja con al menos dos habitaciones que hay que llenar con nuevas reservas y posiblemente otras tres, si es que el resto de los huéspedes extranjeros deciden no venir. ¿Será difícil encontrar huéspedes para las habitaciones que han quedado o queden libres?

—No creo. Tengo una lista de gente que había expresado su interés por una habitación en el caso de que alguna quedara disponible. Una especie de lista de espera. Podría llamarlos por teléfono.

—Me parece un plan excelente.

—Pero me gustaría saber por qué, ¿por qué alguien haría una cosa así?

—Cuando estudiaba Derecho, uno de mis profesores siempre nos formulaba la pregunta cui bono: ¿quién se beneficia? ¿Existe alguien que pudiera beneficiarse de que el hotel estuviera pasando dificultades?

«¿Todas esas dificultades y problemas? Solo van a ir a peor». Habían pasado meses desde sus cenas con David Bamford, pero recordaba perfectamente bien su predicción. ¿O había sido tal vez una promesa?

—A finales del año pasado se puso en contacto conmigo un hombre llamado David Bamford. Un hombre de negocios. Quería comprar el hotel. Salí a cenar con él varias veces, básicamente porque era muy insistente, pero siempre le dejé muy claro que no pensaba venderlo. Me temo que la última vez que hablamos me mostré bastante maleducada con él.

—¿Y se ha vuelto a poner en contacto con usted desde entonces? —preguntó muy serio Jamie.

—Directamente, no. Le pedí que me dejara en paz, y lo ha hecho, aunque un día me mandó flores. Unas azucenas horribles que hacían que el hotel oliese como una funeraria. Pero no ha

vuelto a intentar hablar conmigo.

—Basándose en las conversaciones que mantuvo con él, ¿cree que Bamford es el tipo de hombre capaz de hacer una cosa así?

—No. Era egocéntrico y no especialmente atento, pero no me pareció nunca tan malicioso. Además, no entiendo cómo podría haber obtenido los detalles de las reservas y el papel de carta que utilizamos.

—Si hubiera contado con la ayuda de alguien de aquí, supongo que habría sido sencillo. Pero acaba de sacar a relucir un punto interesante: aparte de usted, ¿quién tiene acceso al libro de reservas?

—Si estoy fuera del despacho, tanto el señor Swan como el señor Brooks están autorizados para hacer reservas. Las escriben a lápiz y me dejan una nota. Y luego, yo confirmo la reserva con una carta al huésped interesado. De esa parte siempre me encargo yo.

—¿Cree que podría ser uno de ellos? —preguntó Jamie.

Edie consideró que a eso podía responder con seguridad.

—No. Arthur lleva años en el hotel y confío plenamente en él.

—¿Y Brooks?

—No lo conozco desde hace tanto tiempo, pero también él es indispensable.

—¿Cómo empezó a trabajar aquí?

—Fue una cuestión de suerte —respondió Edie, recordando la primera conversación que mantuvo con Ivor, hacía ya casi cinco años—. Estaba alojado en el hotel por unos días, creo que fue porque le estaban pintando el piso. El anterior subdirector, el señor Jephson, acababa de jubilarse y no había conseguido encontrar todavía un sustituto. El señor Brooks se enteró de que había aquella vacante y me preguntó si podía presentarse. Su currículum era impresionante. Había trabajado en hoteles antes de la guerra, y creo que también en una farmacia, y su historial de servicios durante la guerra era ejemplar. Verifiqué sus referencias y todas eran buenas, de modo que lo contraté para un periodo de prueba. A finales de su primera semana ya no recordaba cómo me las había apañado hasta entonces sin él.

Jamie asintió, asimilándolo todo.

—Muy bien. Por el momento, creo que debería guardar bajo llave el libro de reservas siempre que no se encuentre usted en su despacho. ¿Hay alguien más que tenga una llave de la caja fuerte?

—No —dijo Edie.

Siempre había habido una única llave y estaba en el llavero que ella siempre tenía controlado. Por la noche lo dejaba en la mesita y durante el día, en el bolsillo de su chaqueta.

—Bien. No hable con nadie más sobre todo esto, todavía no. Si Brooks o Swan le preguntan sobre las reservas, dígales simplemente que está mirándolo.

—Entendido.

—Y pienso también que debería hablar con la policía. No hace mucho, Mick me presentó a un inspector de Scotland Yard, Gordon Bayliss. Parecía un tipo sensato. Quizá podría hablar con él.

—Conozco al inspector Bayliss —dijo ella enseguida.

—Ah, claro, de cuando se alojaba aquí durante la guerra.

—Sí, pero vino además a verme hará cuestión de tres semanas. Alguien había enviado unas amenazas a diversos periódicos. Algo relacionado con la coronación y con que el pueblo tenía una deuda que cobrar, y las amenazas estaban escritas en papel de carta del hotel. Debería habérselo contado, pero el inspector me dijo que no lo comentara con nadie. Y por eso no lo hice. Lo siento.

—No me debe ninguna disculpa. No era asunto mío, para empezar, y comprendo que fue lo correcto por parte de Bayliss decirle que mantuviera silencio al respecto.

—¿Cree que las cancelaciones podrían estar relacionadas con las amenazas? En ambos casos se utilizó papel con el membrete del hotel.

—Creo que es posible, y con ello hay más motivos incluso para ir a hablar con el inspector Bayliss. ¿Qué le parece si lo llamo ahora mismo? Con un poco de suerte, lo encontraremos antes de que se marche a casa y podríamos quedar con él por aquí cerca, en el Queen Bess, por ejemplo.

Edie vio que Jamie estaba esperando a que le diera su conformidad.

—De acuerdo —dijo, y se levantó hacia su mesa para mover el teléfono y que quedase cerca de la silla de las visitas.

Jamie tomó asiento, marcó y esperó a que se conectara la llamada mientras sonreía a Edie para tranquilizarla.

—Buenas tardes. ¿Podría ponerme con el inspector Gordon Bayliss? Dígale que es James Geddes, del Blue Lion. Oh, estupendo. Sí, espero... ¿Inspector Bayliss? James Geddes al aparato. Nos conocimos en... Ah, sí, ya veo que lo recuerda. ¿Podría quedar con Edie y conmigo en un rato? ¿Le va bien en media hora? No en el hotel, en el Queen Bess sería mejor. En quince minutos, pues. Estupendo. Nos vemos allí.

Colgó el auricular del teléfono y resopló con satisfacción.

—¿No le ha preguntado por qué? —dijo Edie.

—No ha sido necesario. En nada lo veremos.

—Ha dicho quince minutos...

—Sí. ¿Es tiempo suficiente para prepararse?

—No lo sé —respondió Edie con preocupación—. No he estado nunca en una taberna.

—¿Ni siquiera en el Queen Bess?

—Ni una sola vez. ¿Debería cambiarme?

—No hace falta. Así está perfecta.

El interior del Queen Bess era cálido y agradable y no tan distinto del comedor del Blue Lion, pensó Edie, exceptuando, claro está, la barra de madera de caoba con sus botellas, sus dispensadores de cerveza y sus hileras de copas, la asfixiante nube de humo que le provocó al instante escozor en los ojos y la gran cantidad de clientes, en su mayoría hombres y muchos de ellos caras conocidas del barrio. Reconoció al propietario, que cada año acudía con su esposa al té de la tarde del Blue Lion para celebrar el cumpleaños de ella, y que los saludó alegremente cuando entraron.

Jamie fue directo hacia una mesa situada en un rincón bastante oscuro, le preguntó a Edie qué quería y regresó con un vaso pequeño de agua tónica y dos jarras enormes de cerveza.

—Una es para Bayliss —le explicó—. Mi límite está en una pinta.

El inspector Bayliss llegó unos minutos más tarde y fue directo hacia ellos después de que Jamie lo saludara y le señalara la cerveza que esperaba ya en la mesa.

—Ya he pedido por usted.

—Muy amable por su parte. Buenas tardes, señorita Howard.

—Buenas tardes, inspector Bayliss.

El inspector se sentó, le dio un buen trago a la cerveza, disimuló con discreción un eructo y clavó una mirada muy de policía primero en Edie y después en Jamie.

—Y bien, cuéntenme.

—Adelante, Edie —dijo Jamie—. El inspector preferirá que se lo cuente usted.

—Esta tarde a primera hora he descubierto que todas las reservas que tenía para la semana de la

coronación (bueno, creo que son prácticamente todas) han sido canceladas por alguien que se ha hecho pasar por mí. Todo aquel que tenía una reserva ha recibido una carta con el membrete del Blue Lion, y con lo que parece ser mi firma, explicándole que su reserva ha quedado cancelada.

—¿Ha podido ver alguna de esas cartas? —preguntó con calma el inspector.

—No, pero el coronel Arbuthnot me ha prometido enviármela. Está en Cornwall, por lo que debería llegar mañana por la tarde.

—Edie me ha dicho que ha habido también amenazas escritas en papel de carta del hotel —dijo Jamie.

—Sí. Y resulta casualmente que tengo novedades en ese asunto. Al parecer, las amenazas fueron escritas sobre el secante correspondiente a la habitación del profesor Thurloe, en lápiz duro, que dejó múltiples impresiones en el secante de debajo.

Imposible. Era imposible.

—No puedo creerlo. No quiero creerlo —insistió Edie—. ¿Qué motivación tendría el profesor para hacer algo así?

—No he dicho que el profesor sea el autor de las amenazas —aclaró el inspector Bayliss—, solo que el secante sobre el que fueron escritas estaba en su habitación. Y mientras es posible que él escribiera las cartas, también es posible que alguien dejara allí el secante para que las sospechas cayeran sobre él.

—Ah, entiendo. Porque estoy segura de que ese hombre jamás haría daño a nadie.

—Me alegro de oírlo, aunque eso no lo descarta. Todos sabemos que puede resultar un poco obsesivo cuando decide que alguna cosa le molesta. ¿De qué se trata este mes? ¿Del ruido de la Hoover? ¿De que el té no está lo bastante caliente?

—Yo no lo llamaría obsesivo —protestó Edie—. Es muy particular, eso es todo.

—Aun en el caso de que fuera Thurloe, es muy posible que no tuviera nada que ver con usted. Podría ser simplemente que estuviera molesto por los gastos y el jaleo que conlleva la coronación. Y de ser ese el caso, le aseguro que no está solo, ni mucho menos. Basta con ver las cartas al director de cualquier periódico y tendrá la respuesta.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Jamie—. Imagino que no podrán hacer nada contra Thurloe si no disponen de más pruebas.

—Efectivamente, no podemos. Por el momento, me inclino a pensar que tanto las cartas de amenaza como las de las cancelaciones son obra de algún chiflado insatisfecho. Posiblemente de alguien que tenga alguna conexión con usted, señorita Howard, o con el hotel, pero, como no dispongo de ninguna prueba sólida, ni de cualquier otra evidencia, excepto un único secante que podría haber sido introducido en la habitación del profesor en cualquier momento, no puedo

hacer otra cosa que pedirles a los dos que estén muy al tanto de cualquier suceso.

—¿De verdad considera que no hay ningún peligro? —preguntó con ansiedad Edie—. No soportaría que alguno de mis empleados o de mis huéspedes pasara miedo o sufriera algún daño.

—No, por el momento. Según mi experiencia, noventa y nueve de cada cien amenazas de este tipo son obra de algún pobre solitario al que se le mete en la cabeza la idea de que le han hecho daño y responde de esa manera. No lo hace directamente, porque enfrentarse a la persona con la que está enojado exige cierto grado de valentía, y prácticamente nunca con un acto de violencia. Es el tipo de personaje que calma su ira escribiendo cartas apasionadas al director y echándolas al correo.

El inspector Bayliss apuró lo que le quedaba de cerveza y empujó la silla hacia atrás.

—Mejor me voy. No me he acordado de llamar a mi mujer antes de salir y no estará para nada contenta si llego muy tarde a casa. —Se inclinó por encima de la mesa para darles la mano—. Dejando aparte todo lo que acabo de decirles, si ven algo que no les cuadra quiero que me llamen enseguida. —Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó dos tarjetas de visita y se las dio a Edie y a Jamie—. La dirección de mi casa y mi número de teléfono están escritos en el dorso. Por si acaso necesitan ponerse en contacto conmigo fuera del horario de trabajo.

—Seguro que no llegaremos a eso —dijo Edie.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero quiero igualmente que me prometan que me llamarán si ven algo raro. Mejor equivocarse y quedar un poco como tontos que tener razón, no decir nada y sufrir las consecuencias.

Cuando el inspector se marchó siguieron sentados en silencio y, a pesar de que Jamie había terminado su cerveza hacía una eternidad, no parecía importarle que ella se estuviera tomando su tiempo con su agua tónica. A pesar de las inquietantes circunstancias, estaba disfrutando de su visita al Queen Bess. Tal vez podrían desplazarse hasta allí cualquier otra tarde, sentarse juntos como otras parejas estaban haciendo y compartir una hora tranquila de conversación.

—¿Vamos? —preguntó Jamie, al ver que Edie ya tenía el vaso vacío.

—Sí. Sí, por supuesto. Estaba perdida en mis pensamientos.

Jamie sonrió.

—Una de mis ocupaciones favoritas.

Se levantó para retirarle la silla y al salir le dio unas simpáticas buenas noches a Pete, el propietario. Entonces se quedaron solos bajo el ácido resplandor de la farola y envueltos por el abrupto frío de una noche demasiado fresca.

A Edie le habría gustado haber ido a un lugar más alejado para de este modo alargar el paseo con Jamie, y estaba pensando en qué cosa agradable decir, aunque fuera solo para rematar la salida

con una nota más feliz, cuando de pronto emergieron dos hombres de entre las sombras. Incluso a tres metros de distancia, Edie vio, y olió, que estaban seriamente tocados por la bebida.

—¡Oye, tú! ¡Tú, el que va con la chica blanca! —gritó uno de ellos.

El brazo de Jamie se tensó alrededor del de Edie, pero su paso no vaciló.

—¡Estoy hablando contigo, tío! —prosiguió aquel tipo grosero, cuyo enojo se vio sin duda incrementado por la indiferencia de Jamie—. ¿Es que no me oyes?

Moviéndose a una velocidad sorprendentemente rápida para un borracho, el hombre aceleró hasta quedarse a menos de un metro de ellos.

Su amigo le siguió más despacio y balanceándose de un lado a otro, hasta que se quedó justo al lado del otro hombre.

—¡Que hablamos contigo!

—Ya lo veo —replicó con calma Jamie.

El primer hombre volvió la cabeza para mirar a Edie y la recorrió de arriba abajo con una mirada lasciva.

—¿Qué hace una chica como tú con un tipejo como este?

Edie quería responder, pero era como si el miedo le hubiera comido la lengua, dejándosela helada. Y, antes de que le diera tiempo a descongelarla, Jamie le cogió la mano y tiró de ella para situarla detrás de él.

—Te agradecería que no hablaras con la señorita. Si tienes algo que decir, dímelo a mí. Pero ándate con cuidado con el lenguaje que utilizas.

—Me parece bien —reconoció el primer hombre—. A ver qué te parece esto: lárgate a tu casa, ¿entendido?

—¡Tiene toda la razón! —intervino el segundo hombre—. ¡Combatimos en la guerra para mantener bien lejos a tipos como tú!

Jamie siguió sin encogerse ni lo más mínimo, y no se movió ni un centímetro cuando los hombres se acercaron más aún, con el odio y el alcohol que llevaban encima proporcionándoles a todas luces una falsa idea de valentía.

—¿Cuál? —preguntó Jamie.

—Pero ¿qué dices? —replicó el primer hombre, con una cara casi cómicamente perpleja.

—¿En qué guerra? Porque yo combatí en la última. Y cuando fui contratado como oficial del

ejército de Su Majestad, no recuerdo que me dijeran que la guerra, o el servicio que yo prestara en ella, tuviera nada que ver con mantener a un hombre como yo, nacido y criado en Gran Bretaña, lejos de mi propio país. Por eso te pregunto de qué guerra en concreto estás hablando.

Los hombres intercambiaron miradas nerviosas.

—No nos referíamos a nada de eso —murmuró con incomodidad el segundo hombre.

—Naturalmente que sí. Siempre es así.

Jamie siguió sin moverse, inflexible, impertérrito, y solo cuando Edie empezó a sentirse mareada se dio cuenta de que se le había olvidado respirar. Inspiró una gran bocanada de aire y eso fue lo único que llevó a Jamie a perder su concentración ante la grosera pareja.

—Si nos disculpan, la señorita y yo seguiremos nuestro camino. ¿Señorita Howard?

Edie se cogió una vez más del brazo de Jamie, rodearon a los hombres y siguieron andando por la calle como si nada hubiera pasado y no hubieran dejado a nadie atrás.

—Jamie, yo...

—Mejor espere a que lleguemos sanos y salvos a casa —dijo él, con un tono de voz perfectamente firme.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad y casi a punto de salirse del pecho, Edie se armó de valor para enfrentarse a un posible ataque desde atrás, pero los hombres, reducidos a simples gruñidos de desdén, no intentaron seguirlos.

En poco tiempo, Jamie y Edie cruzaron el umbral del hotel; sin decir palabra, Edie le cogió la mano y lo guio hacia el mostrador de recepción y de allí a su despacho. Al señor Swan le dirigió simplemente una sonrisa y un gesto de asentimiento.

—Necesito una copa de jerez —dijo, yendo directa al armarito de las bebidas—. ¿Prefiere quizá un whisky? Tengo una botella casi entera de Laphroaig.

—Me encantaría, pero póngame solo lo justo para cubrir el fondo del vaso. De lo contrario, me pasaré media noche en vela con pesadillas.

Edie sirvió las copas y tomaron asiento en las sillas que flanqueaban la pequeña chimenea, y, en lugar de beber el jerez a sorbitos como una dama, Edie lo engulló de un solo trago.

—Siento mucho lo sucedido —dijo Jamie—. No debería haber dicho nada. En condiciones normales no les habría respondido, pero cuando aquel hombre se ha dirigido a usted, no he podido evitarlo.

—No me debe ninguna disculpa. Para nada. Son esos, esos... —Intentó encontrar un término que transmitiera su repugnancia, pero curiosamente su vocabulario carecía del tipo de palabras

groseras que cuadrarían con los sentimientos que albergaba en aquel momento—. La culpa fue de esos cretinos. No de usted. Y me gustaría haberles dicho algo. Haberles dicho que debían sentirse avergonzados por su conducta.

—No habría servido de nada. Nunca sirve de nada.

—Espero que no sea así. —Se fijó en que Jamie también se bebía de un solo trago el whisky que le había servido—. ¿Podrá dormir?

Jamie se encogió de hombros y mantuvo una expresión inescrutable.

—Estaré bien. ¿Y usted?

—Estoy acostumbrada a que las preocupaciones me mantengan despierta.

Y entonces intentó, sin conseguirlo, esbozar una sonrisa creíble.

—Intente no obsesionarse con lo que ha pasado. Y lo mismo vale para el misterio de las cancelaciones. Solo le pido que me prometa una cosa: si nota algo raro, hágamelo saber enseguida. Igual que se lo ha prometido al inspector Bayliss.

—Está usted demasiado ocupado con el encargo —replicó Edie—. No puedo seguir molestándolo.

La sonrisa de Jamie también fue forzada, y algo triste.

—No tan ocupado como para no poder prestar mi ayuda a una amiga necesitada. Prométame que me lo hará saber. Aunque sea solo para que esta noche pueda dormir.

—De acuerdo. ¿Le apetece un té? Puedo ir a la cocina y...

—No, gracias. Iré ya a acostarme. Gracias por permanecer a mi lado esta noche. Significa un mundo para mí.

Salió del despacho y cerró con cuidado la puerta a sus espaldas. De repente, Edie acababa de comprender que estaba enamorada de él, y además perdidamente, una verdad sobre la que en aquellos momentos no podía reflexionar. No hasta que la coronación hubiera pasado, el hotel hubiera recuperado su equilibrio y ella tuviera tiempo para pensar, soñar y reflexionar. Solo entonces, y posiblemente solo después de que Jamie se hubiera ido, podría permitirse soñar con lo que podría depararle el futuro.

Capítulo veinte

Stella

Domingo, 17 de mayo de 1953

El ensayo para la procesión de la coronación, completo en casi todos los detalles excepto por la presencia de la reina, había empezado al amanecer, pero a Stella no le había importado madrugar para fotografiarlo desde distintos puntos estratégicos, entre ellos la entrada del Blue Lion, la amplia zona despejada del Mall y los peldaños del Victoria Memorial. El primer grupo de fotografías, sacadas desde lo alto de una escalera de mano apoyada en la pared de la fachada del hotel, sería de escaso valor para PW, pero confiaba en que fueran de utilidad para el señor Geddes a modo de referencia para el cuadro que estaba pintando de la reina a su paso por delante del feo edificio situado al otro lado de Northumberland Avenue.

No es que el señor Geddes se lo hubiera pedido (no era del tipo de hombres que pide favores a los demás), pero Edie le había preguntado con delicadeza a Stella si dispondría de unos minutos para hacer algunas fotografías y darle así una sorpresa al señor Geddes, y con la ayuda de Mick —que había sido el encargado de procurarle la escalera y de sujetarla mientras ella se encaramaba en lo más alto—, todo había sido muy fácil. Las prisas posteriores para capturar distintas vistas de la procesión habían sido algo más problemáticas, pero por fin había terminado el trabajo, estaba de nuevo en casa y tendría el resto del día para hacer lo que le apeteciera.

Stella subió fatigada las escaleras, pensando en su habitación y en la promesa de un largo baño y una breve siesta, pero cuando se encontraba a la mitad del pasillo, descubrió que no estaba sola. Vislumbró al señor Brooks en la penumbra, delante de la habitación del profesor Thurloe, que quedaba al fondo del pasillo, y su inesperada presencia fue suficiente para despertarla de sus ensoñaciones.

—¿Señor Brooks? —dijo, dando un dubitativo paso hacia él—. ¿Qué hace por aquí? El profesor nunca está en su habitación a esta hora del día.

El señor Brooks miró a su alrededor, sorprendido, y se volvió hacia ella. Y con el movimiento, cayó al suelo un libro que sujetaba bajo el brazo.

—¿Señorita Donati? Lo siento..., no la había visto.

—¿Estaba buscando al profesor Thurloe?

—Oh, no. No, no es eso.

Y entonces Stella vio que el señor Brooks tenía una llave en la mano.

—¿Iba a entrar en su habitación justo ahora?

El señor Brooks se volvió para mirar detrás de él y a continuación estiró el cuello para poder ver por encima de la cabeza de Stella. Satisfecho, le indicó con señas a Stella que se acercara.

—Para ser totalmente sincero, justo ahora estaba saliendo de su habitación. Es..., es un asunto bastante delicado.

—No se me ocurre qué motivo podría tener para entrar en una habitación sin permiso.

—En condiciones normales, no se me ocurriría ni en sueños hacer una cosa así, pero estaba preocupado. El libro de reservas había desaparecido y he buscado y buscado y no lo he encontrado por ningún lado. —Se agachó para recoger el libro que había caído a sus pies y se lo mostró a Stella para que pudiera leer lo que venía escrito a mano en la portada: «Hotel Blue Lion. Registro de reservas. 1953»—. Tenía el presentimiento de que podía haberlo cogido él y quería asegurarme antes de decírselo a la señorita Howard.

—¿Y por qué querría el profesor ese libro? ¿Qué interés podría tener en él?

El señor Brooks miró de nuevo a su alrededor para asegurarse de que el pasillo estaba vacío.

—La señorita Howard no quiere que el personal lo sepa, pero no creo que le moleste si se lo cuento a usted. El pasado jueves nos enteramos de que alguien que se hace pasar por la señorita Howard había cancelado todas las reservas de la semana de la coronación. Si no lo hubiésemos descubierto, el hotel habría estado totalmente vacío para esas fechas.

—Eso es horrible, pero no entiendo qué tiene que ver con el profesor. Es imposible que él haya hecho una cosa así.

—No es tanto que yo sospeche de él, sino la policía. Llevan semanas vigilándolo, meses incluso. Creo que les preocupa que su posición contraria a la coronación se haya vuelto obsesiva y que esté enojado con la señorita Howard por la interrupción de su rutina que todos los preparativos del hotel le están causando.

Stella estaba cansada y enfadada con el señor Brooks y su conducta furtiva.

—Bueno, y ahora que ya ha encontrado el libro, ¿piensa devolvérselo a la señorita Howard y decirle todo lo que sabe?

—Preferiría no comentárselo por el momento. Supongo que no entenderá mi postura, pero la señorita Howard ya tiene demasiadas preocupaciones. No le haría ningún bien decírselo en estos momentos.

—No estoy de acuerdo. Insisto en que se lo diga.

—Usted no la conoce tan bien como yo —le espetó el señor Brooks—, solo lleva unos meses viviendo aquí, mientras que yo llevo años a su lado. ¡A nadie le importa tanto el Blue Lion como a mí! ¡A nadie!

Stella retrocedió un paso, poniéndose de repente en guardia, puesto que estaban solos en el pasillo y aquel hombre parecía a punto de perder por completo los nervios.

—Le ruego que me perdone —dijo—. No pretendía ofenderlo. Pero igualmente insisto en que se lo comuniquemos a la señorita Howard. Puedo ir yo sola ahora mismo o puede venir conmigo si quiere.

—De acuerdo —dijo el señor Brooks; entonces, como si en aquel momento hubiera recordado que estaba hablando con una huésped del hotel, añadió—: Perdóneme, por favor, por este arranque de rabia que acabo de tener. Me he visto superado por la preocupación que siento por el Blue Lion. Y también por la señorita Howard.

—Lo entiendo. ¿Bajamos?

Cuando llegaron al vestíbulo, vieron sobre el mostrador de recepción el cartelito y la campana.

—Espere aquí. Iré a buscar a la señorita Howard —le ordenó el señor Brooks.

Edie llegó corriendo al vestíbulo al cabo de pocos minutos, seguida por el señor Brooks.

—Stella, ¿pasa algo? Dice el señor Brooks que tenéis algo inquietante que contarme y no me imagino qué puede ser.

—Me parece que sería mejor entrar en tu despacho —dijo Stella—. Es un tema que solo se puede hablar en privado.

—Muy bien —dijo Edie, y su expresión era tan desalentadora y cansada que el corazón de Stella se encogió de lástima.

—Cuando me explicó lo de las cancelaciones me quedé terriblemente preocupado —empezó a decir el señor Brooks en cuanto entraron en el despacho y hubieron cerrado la puerta—. Y hoy, antes de mi pausa de media mañana, he decidido examinar con detalle el libro de reservas. Sé que lo guarda bajo llave por las noches y no estaba seguro de haberlo visto en su mesa esta mañana, y entonces me he puesto a buscarlo y no lo he encontrado por ningún lado. Ni en su mesa ni en cualquier otro rincón de su despacho.

Edie miró de reojo el libro, que el señor Brooks acababa de dejar sobre la mesa.

—Veo que lo ha encontrado.

—Sí. Y debo confesarle una cosa. Con los nervios he hecho algo..., algo un poco imprudente.

—Continúe.

—Se me ha ocurrido quién podía haberlo cogido. Y, aunque sé que debería haber venido directo a decírselo a usted, en el calor del momento he decidido asumir la responsabilidad de encontrar el libro lo antes posible.

Edie miró a Stella con expresión inquisitiva.

—¿Y qué hace entonces Stella aquí? —preguntó.

—Está a modo de testigo. Se encontraba justo en el pasillo cuando he encontrado el libro en la habitación del profesor Thurloe.

—¿En la habitación del profesor?! —repitió Edie. En su frente se había marcado una arruga profunda.

—Sí. Lo había dejado en la mesa que hay al lado de la ventana. Ni siquiera se había tomado la molestia de esconderlo.

Edie inspiró hondo, como si estuviera intentando serenarse, y soltó el aire con calma deliberada.

—Sabe perfectamente bien que me opongo por completo a que el personal del hotel entre en las habitaciones de los huéspedes sin su permiso expreso. He despedido a varios empleados simplemente por hacer eso.

—Lo entiendo, por supuesto que lo entiendo, y en circunstancias normales no se me habría ocurrido ni en sueños hacerlo. Pero estaba casi seguro de que encontraría el libro en la habitación del profesor.

Edie hizo un gesto de asentimiento, y por un momento dio la impresión de que iba a decir algo más. Pero lo que hizo, en cambio, fue atraer el libro hacia ella y posar las manos encima, como si esperara ser capaz de adivinar sus secretos a través del tacto.

—Tiene que decírselo al inspector Bayliss —dijo el señor Brooks—. ¿No fue ese el motivo por el que estuvo aquí la otra semana? Aquí pasa algo raro, y estoy seguro de que el profesor tiene algo que ver con ello.

—No puedo decir nada, Ivor. Todavía no.

—¿Podría alguien más haber metido el libro en la habitación del profesor? —preguntó Stella en voz baja.

Se quedó perpleja cuando vio la mirada furiosa que le dirigía el señor Brooks. Parpadeó y él apartó la vista, y su voz, cuando habló a continuación, fue contenida y tranquila. A lo mejor se había equivocado, pensó Stella.

—Parece poco probable —respondió el señor Brooks—. Aunque... supongo que podría haber

sido también alguna de las criadas. ¿Cree que podría haberlo hecho alguna de ellas?

La señorita Howard negó con la cabeza con determinación.

—Por supuesto que no. Y no voy a ir a ver al inspector Bayliss. Todavía no. Creo que Stella tiene razón. Cualquiera podría haber metido el libro en la habitación. No tenemos pruebas concluyentes de que el profesor haya llevado a cabo un acto ilícito, y unas simples sospechas no son suficientes para convencerme de despedir a un residente del hotel de larga estancia.

—Pero ha robado el libro de reservas...

—No. El libro de reservas ha sido encontrado en su habitación, lo cual es completamente distinto. No olvide que mi reputación y la del hotel están en juego con todo esto. Si lo acusamos falsamente, el profesor estará en todo su derecho de acusarnos de difamación. Necesito pensar bien qué camino seguir y, entre tanto, insisto en que no diga nada al resto del personal.

—Lo entiendo. Y le pido de nuevo perdón por ponerla en esta posición. Imagino que debería haber hablado antes con usted.

—Lo hecho hecho está. Y ahora, si no le importa volver a su puesto, tengo algo que decirle a Stella.

—Por supuesto, señorita Howard.

El señor Brooks se retiró, muy digno, y cerró la puerta. Stella tuvo que contener el impulso infantil de dirigirle una mueca a sus espaldas. No se había creído absolutamente nada de su historia, pero, por desgracia, no se le ocurría ninguna explicación razonable a por qué el señor Brooks podría querer dejar el libro de reservas en la habitación del profesor. Tal vez confiara en quedar como un héroe delante de Edie, a la que a todas luces adoraba. O quizá le guardaba algún tipo de rencor al profesor y esperaba poder desacreditarlo de aquella manera.

Sus reflexiones quedaron interrumpidas por la voz amable de Edie.

—¿Stella? ¿Estás bien?

—Sí. Estaba perdida en mis ensoñaciones. ¿Se dice así?

—Sí, una frase muy útil. Te he pedido que te quedaras para poder desearte feliz cumpleaños, aunque debo disculparme por hacerlo con un día de retraso. Tenía la intención de ir a buscarte, pero ayer fue como si las horas se me escurriesen por entre los dedos y hasta medianoche no tuve un momento para pensar en ello. ¿Pudiste celebrarlo correctamente?

—Todavía no, pero lo haré pronto. Mi jefe y su esposa me llevarán a cenar fuera esta noche.

—Son encantadores. Espero que te lo pases muy bien. Y no te preocupes por lo del profesor, te lo ruego. El señor Brooks es muy servicial e imagino que solo estaba intentando ayudarme, aunque con sus acusaciones creo que ha enturbiado un poco la cosa.

—¿Crees que el profesor Thurlow cogió el libro de reservas?

—No. A veces es un hombre difícil, aunque eso podría aplicarse a varios centenares de huéspedes que han pasado por aquí a lo largo de los años. No te incluyo a ti, por supuesto. — Edie cerró los ojos y suspiró, pero, al instante, su habitual expresión de decidida alegría volvía a estar presente—. Espero que te lo pases estupendamente bien esta noche.

Cuando Kaz fue a recogerla para ir a cenar, Stella estaba que no cabía en sí de emoción. Era el primer cumpleaños que pasaba lejos de Mezzo Ciel desde que había acabado la guerra y, a pesar de que todavía añoraba un poco su casa y echaba terriblemente de menos a su familia, la escasa infelicidad que sentía estaba más que compensada por la perspectiva de salir a cenar con sus nuevos amigos.

—Hola, Stella, y feliz cumpleaños —dijo Kaz a modo de saludo.

—Ya me felicistaste ayer en el trabajo.

—Sí, pero entonces lo hice como Kaz, tu jefe. Y esta noche lo hago como Kaz, tu amigo. Miriam está fuera, esperando en el taxi. ¿Vamos?

—Sí, por favor.

Y lo siguió hacia el taxi. Kaz, todo un caballero, le abrió la puerta y, después de animar a Stella a sentarse al lado de su esposa, se apretujó como pudo en el asiento abatible de delante de ellas. El taxi se incorporó rápidamente al tráfico y Stella se acomodó e intentó orientarse. No había pensado en preguntar dónde iban, pero era posible que fuera una sorpresa.

—¿Puedo preguntar cómo es el restaurante? ¿O es un secreto?

—Para nada. Es un restaurante italiano que Walter y yo visitamos a menudo. La comida siempre está buenísima. Sencilla, pero muy buena. Los propietarios son italianos, aunque llevan muchos años viviendo en Inglaterra.

—Ya estamos casi —comentó Kaz—. Solo queda doblar por Charterhouse. No tenía ni idea de que esta noche habría tan poco tráfico. Lo cual está muy bien, para variar.

—Walter detesta los coches, tanto conducirlos como viajar en ellos —le explicó Miriam—. En casa tenemos, pero he decidido que la velada sería mucho más agradable si esta noche lo dejábamos en el garaje.

—Dudo que hubiéramos encontrado dónde aparcar ese maldito trasto —observó Walter—. Parece que en Londres cada vez hay más coches.

El taxi se desvió de la calle principal hacia una más tranquila, dobló otra esquina y se paró en mitad de la calle.

—¡Ya hemos llegado! —anunció el taxista.

El exterior del restaurante estaba pintado de blanco, con molduras rojas alrededor de las ventanas y barriles llenos de geranios rojos a ambos lados de la puerta. En lugar de un cartel, el nombre del establecimiento, The Victory Café, había sido pintado con una historiada caligrafía en el cristal de la puerta de entrada. El interior era ruidoso y estaba lleno de gente, y el ambiente olía a cosas deliciosas, cosas maravillosas, y Stella supo, sin ni tan siquiera ver la carta o probar un solo bocado, que la cena sería espléndida.

Kaz se volvió hacia Miriam y Stella.

—Veo a Jimmy al fondo..., nos está haciendo señas. Debemos de tener la mesa allí.

Stella siguió a Miriam y Kaz, y, al no haber mucho espacio entre las mesas, tuvo que ir todo el rato vigilando por dónde pisaba y sin ver nada más allá de las anchas espaldas de Kaz.

—¡Ya estáis aquí! —exclamó el hombre llamado Jimmy—. ¿Es esta la invitada de honor? —preguntó, estrechándole a Stella la mano—. Buona sera, signorina. Feliz cumpleaños y bienvenida al Victory Café.

Con un gesto, le indicó a Stella que avanzara, Kaz se hizo a un lado, y entonces vio que en la mesa ya había tres personas sentadas: Edie, James Geddes y Win. Estaban allí para celebrar su cumpleaños. Estaban allí por ella.

Stella parpadeó enérgicamente, decidida a no derramar ni una lágrima, aunque fuesen de felicidad. Tomó asiento y aceptó los buenos deseos y felicitaciones de los presentes. Jimmy se ocupó personalmente de servirles la cena y todo fue perfecto: linguini con salsa de tomate y anchoas como primo, pollo a la florentina como secondo, y como dolci, tarta de almendras rellena con cerezas. Regado todo ello con vino tinto, aunque Stella fue sensata y se limitó a beber solo dos copas pequeñas. Cuando sirvió el pastel, Jimmy dejó también en la mesa una cafetera italiana enorme y, cuando los platos quedaron limpios y hubieron apurado todo el vino y todo el café, Miriam sacó una cajita envuelta en papel plateado y la depositó delante de Stella.

—Para ti —dijo, y Stella la abrió con cuidado porque no quería estropear aquel papel tan bonito. En el interior había un monedero confeccionado en felpa de color azul y decorado con un precioso bordado de flores blancas entrelazadas formando una corona—. Jazmín estrellado —le explicó—. En honor a tu nombre.

—¿Lo has hecho tú?

—Así es, y he disfrutado mucho haciéndolo.

—Gracias. Lo guardaré como si fuera un tesoro.

Win también tenía un regalo para ella: un catálogo razonado de los retratos en grabado de Rembrandt. Le dio las gracias tartamudeando, puesto que jamás se habría imaginado recibir un regalo de parte de él, de ninguno de los presentes, en realidad. La cena que habían compartido

era más que suficiente.

Y entonces Edie sacó otro paquete.

—Esto tiene un poco de historia, de modo que espero que me aguantes la explicación —empezó diciendo—. En 1932, como bien sabes, tus padres vinieron a Londres para trabajar en la primera de las guías que hicieron de la ciudad, y no solo incluyeron una descripción espléndida del Blue Lion en dicha guía, sino que también entablaron rápidamente amistad con mi padre. Siguieron en contacto con él, y dos años después mis padres fueron a Italia de vacaciones. Durante su estancia allí, visitaron a tu familia. Mi padre siempre llevaba una cámara encima en sus viajes, pero solo hacía fotos de monumentos y apenas de gente. Tengo álbumes llenos de fotografías de edificios antiguos, ruinas, puentes y cosas por el estilo, pero apenas se ve una cara humana. De modo que cuando busqué las fotos que hizo durante aquella visita a Italia, empecé con cautela, aunque también con esperanza.

Edie cogió el regalo y lo puso en manos de Stella.

—Adelante —dijo, animándola.

Stella consiguió deshacer el lazo sin romper la cinta y, después de retirar las diversas capas de tela, descubrió una fotografía enmarcada de su familia. De su madre, su padre y ella, con cuatro años.

Se les veía más jóvenes de lo que recordaba, aunque también más felices. Ella estaba en sus brazos, abrazándolos, segura y feliz. Llevaba las piernas al aire, el pelo recogido en dos coletas y estaba riendo.

—Ha pasado tanto tiempo... —consiguió decir—. Llevo sin verlos tantos años...

—¿No tienes ninguna otra fotografía de tus padres? Dios mío. De haberlo sabido, habría buscado esto, y lo habría encontrado hace meses —dijo con inquietud Edie.

—No te disculpes, por favor. Ya me has dado demasiado.

Y ya no pudo decir más.

—Ven aquí, ma belle —dijo Miriam.

Refugiada en el reconfortante círculo de los brazos de su amiga, Stella se permitió llorar unos minutos antes de volver a sentarse bien, aceptar un pañuelo, secarse los ojos y sonarse la nariz con la mayor discreción posible. Los demás, para consuelo de Stella, también se estaban secando los ojos. E incluso Win, el estoico Win, tuvo que recurrir a pellizcarse el puente de la nariz.

—Temía estar olvidándolos —explicó Stella—. Cada noche, cierro los ojos e intento recordarlos, pero hace tanto tiempo que ya no estaba segura de si mis recuerdos eran correctos. Ahora, con esta foto, puedo volver a verlos. Puedo recordarlos con claridad. Y mi corazón rebosa felicidad.

Capítulo veintiuno

Jamie

Lunes, 25 de mayo de 1953

En el inicio de su segunda reunión en Cartwrights's Hall, Jamie fue invitado a tomar asiento en el despacho del maestro Owens. El Gainsborough seguía colgado en la pared, y desde donde estaba sentado, Jamie podía distinguir incluso las pinceladas en el lienzo. Confiaba en que el cuadro no acabara colgado en algún pasillo secundario cuando su obra, comparativamente mucho más humilde, lo desplazara de aquí a unos meses.

—¿Cómo le va? —preguntó Owens—. Como hace meses que no tenemos noticias de usted, he considerado prudente pedirle información.

—Ningún problema —respondió al instante Jamie.

La semana anterior, Archibald Owens le había enviado una nota a Hugh Campion preguntándole si Jamie tendría tiempo para poner al corriente a la Compañía de Carreteros y Carroceros sobre sus avances con el encargo. Hugh se la había remitido a Jamie, que no había visto motivos para negarse al encuentro, y había quedado para verse con Owens el lunes a las diez de la mañana. Había pasado casi todo el fin de semana repasando sus dibujos y pinturas preparatorias con el fin de seleccionar los mejores ejemplos y enseñárselos al maestro Owens y cualquier otro miembro del gremio que fuera a asistir a la reunión.

Para alivio de Jamie, Owens se había presentado solo con uno de sus colegas, el señor Mallory, el del bigote manchado de nicotina. Sabía que un único opositor era fácil de gestionar; una sala llena habría sido otro cantar.

—He traído algunos ejemplos del trabajo preparatorio que he hecho hasta el momento —les explicó Jamie. Abrió la carpeta y seleccionó varios dibujos al carboncillo del edificio—. Les presento algunos bocetos del edificio, realizados con un intervalo de un mes. Cuando los árboles se llenaron de hojas, empezaron a oscurecerse partes de la fachada, aunque también la suavizaron y le sumaron una especie de luminosidad de la que carecía a principios de la primavera.

Mallory ya estaba moviendo la cabeza.

—Apenas reconozco nuestro edificio en estos dibujos. Imagino que no estaremos pagando

doscientas guineas por algo tan deforme como esto. Parece justo el tipo de cosa que uno podría encontrarse colgado en la Tate.

—Sería un honor tener mi obra expuesta allí —replicó Jamie, notando que su compostura empezaba a deshilacharse—. Aparte, son trabajos preparatorios. Los he hecho para familiarizarme con el modo en el que la luz y la sombra caen sobre la fachada, tanto en días soleados como lluviosos.

—Estoy seguro de que el día de la coronación será magnífico —dijo Mallory, con pomposa certidumbre.

Jamie tuvo tentaciones de comentarle que la lluvia daría como resultado un cuadro mucho más interesante, pero sospechaba que su explicación sería ignorada.

Owens estaba estudiando los dibujos con el entrecejo fruncido, y Jamie se preparó para otra crítica.

—¿Suced algo? —preguntó.

—En absoluto. Es solo que estaba intentando averiguar dónde se encontraba situado usted cuando hizo todo esto. Demasiado cerca para estar en la acera y algo elevado, además. ¿Lo copió de una fotografía?

—He estado utilizando fotografías, no solo del edificio sino también de la carroza e incluso de la reina. Pero estos dibujos están hechos desde mi habitación en el Blue Lion, enfrente. Llevo varios meses viviendo allí. Desde mi habitación veo todo el edificio, sin que me quede escurado, y el día de la coronación no tendré que pelearme con la muchedumbre para poder ver la procesión.

—Vaya por Dios. No tenía ni idea de que aquí delante hubiera un hotel —dijo Owens.

—Es pequeño pero muy bien gestionado, y su localización es ideal para mis fines.

Jamie habría seguido elogiando el hotel, pero sabía que ninguno de los dos hombres le daría importancia o recordaría sus palabras.

—¿Y si volviéramos al tema que nos ocupa? —dijo Mallory—. ¿Está diciendo que lo único que ha hecho son estos dibujos? ¿En cuatro meses?

Jamie se había mostrado paciente y educado hasta el momento, y había intentado mantener la compostura ante el talante desdeñoso de Mallory, pero ya no le apetecía quedarse más rato sentado mientras aquel hombre intentaba intimidarlo.

—En el contrato no hay ninguna cláusula que me exija realizar una cantidad determinada de trabajo preparatorio. Ninguna. Que yo lo haya hecho siguiendo mi propio criterio, restándole con ello tiempo a mis otros trabajos, es algo a lo que de ninguna manera estoy obligado. Tampoco, debo añadir, se me exigía que viniera aquí hoy. ¿Me he explicado con claridad suficiente?

La única respuesta de Mallory fue una especie de chisporroteo que le recordó a Jamie una tetera oxidada a punto de hervir. Habría sido gracioso de no haber sonado cansinamente familiar.

—Una vez más, señor Geddes, debo rogarle que no tenga en cuenta a mi colega —intervino Owens—. Por mi parte, estoy encantado con lo que nos ha enseñado.

—Gracias. De hecho, tengo varios bocetos preparatorios más para mostrarles. Aquí, por ejemplo, tenemos una vista, pintada al óleo, del edificio en un día de lluvia. —Jamie esperó a que Mallory hiciese algún comentario sobre la inevitabilidad del buen tiempo, pero el hombre estaba aún refunfuñando por la refutación de Jamie—. ¿Ven cómo se acentúan los colores en ausencia de sol? Si el día de la coronación llueve, espero emplear este tipo de paleta.

La pintura, apenas un poco más grande que una hoja de papel de escribir, había salido muy bien. Jamie estaba especialmente satisfecho con la representación de los detalles arquitectónicos del edificio, que había enfatizado con sutileza allí donde contribuían al resultado global y había dejado difuminados cuando podían ser un elemento de distracción o restaban efecto al conjunto. El resultado era una versión de Cartwrights' Hall indefiniblemente más interesante e impactante sobre lienzo de lo que en realidad se veía, pero que, aun así, seguía siendo reconocible.

Colocó al lado otro trabajo al óleo, esta vez sobre una plancha de yeso de mayor tamaño.

—Aquí se pueden apreciar algunos detalles de la estructura de la carroza y su decoración. La abundancia de dorados, junto con el gran volumen de la ornamentación, hace que sea algo sorprendentemente difícil de pintar. Temía que pudiera acabar dominando toda la composición, pero creo que le he dedicado tiempo suficiente a estos elementos como para sentirme más seguro.

Y finalmente expuso tres dibujos a lápiz de la reina, embellecidos todos ellos con delicados trazos de acuarela. Un cuarto retrato, un poco más grande que el resto, estaba realizado al óleo.

—Ha capturado muy bien el parecido —observó con entusiasmo Owens—. Me siento satisfecho.

—Pero no lleva la corona —dijo Mallory, que por fin había redescubierto su voz.

—Pues no. Pasará por delante del edificio de camino a la coronación. Antes de la coronación, no después.

—¿Y?

—La reina solo lucirá la corona para la parte de la procesión que tenga lugar después de la ceremonia de coronación. De camino a la abadía, llevará la diadema del Estado de Jorge IV. La misma que luce en mis retratos. La misma que luce en todas las monedas que se han acuñado desde el año pasado o antes.

Pero Mallory había decidido mantenerse en sus trece.

—Creo que deberíamos mostrar la corona. De lo contrario, ¿cómo va a saber la gente que el

cuadro representa el día de la coronación?

—Pienso que debería ser evidente. La reina irá vestida con los ropajes de Estado y se desplazará a bordo de una carroza que solo sale de entre las bolas de naftalina en la que está guardada un par de veces por siglo, las calles estarán abarrotadas de simpatizantes y habrá tantas banderas del Reino Unido que, puestas en fila, llegarían de aquí hasta Gibraltar. ¿Qué parte de todo eso no le indica que se trata de una coronación?

—Caballeros, caballeros —imploró Owens, con su aire de cordial bonhomía empezando a debilitarse—. Haga como considere más conveniente, señor Geddes. Es una pena que la procesión no pase por aquí de regreso de la abadía, pero debemos considerarnos afortunados por estar en el recorrido. Ninguno de los otros gremios puede presumir de esa circunstancia. Y dicho esto, ¿cuándo piensa que lo tendrá listo?

—Terminar la pintura me llevará varias semanas, seguro, y los óleos necesitarán un mes o más de secado posterior. Digamos que unas seis semanas como mínimo, pero probablemente estará para entregar a finales de julio.

—Me parece muy correcto —dijo Owens, y Jamie estrechó no solo su mano, sino también la de Mallory cuando este se la ofreció.

En conjunto, la reunión había ido mejor de lo que temía, aunque peor de lo que esperaba, pero ya había acabado y ahora podía dejar de pensar de una vez por todas en las expectativas de aquella gente.

Se marchó sin perder más tiempo. Cuando llegó al Blue Lion, saludó alegremente a Mick, que llevaba aún el abrigo de portero a pesar de que había empezado a hacer ya buen tiempo. El mostrador de recepción estaba vacío —siempre lo comprobaba, por si acaso Edie rondaba por allí en ausencia de Brooks o de Swan—, y se disponía a enfilarse la escalera cuando alguien gritó su nombre.

—¡Jamie, muchacho, por fin apareces!

Se giró, y casi se le cae la carpeta al suelo al reconocer a quien acababa de pronunciar aquellas palabras. Era su padre, cómodamente instalado en una de las butacas que flanqueaban la chimenea, y verlo fue a la vez tan inesperado y bienvenido que Jamie se quedó paralizado mirándolo.

—Empezaba a temer que te hubieras marchado a pasar el día fuera, pero la señorita Howard me ha dicho que estaba segura de que volverías en poco tiempo.

—Estaba justo en la acera de enfrente —replicó Jamie. Y a continuación, sintiéndose de repente ansioso, añadió—: ¿Es mamá? ¿Ha pasado algo?

Su padre no viajaba casi nunca y aborrecía dormir en otro sitio que no fuese su cama; sin embargo, si hubiera malas noticias que compartir, nunca lo habría hecho por teléfono o por carta.

Pero su padre negó con la cabeza y su sonrisa era más amplia que nunca.

—Tu madre está perfectamente, no sufras. ¿No piensas venir a darle un abrazo a tu padre?

En dos pasos, Jamie cubrió la distancia entre ellos. Era varios centímetros más alto que su padre, pero el consuelo de sentirse abrazado por él fue tan fuerte y reconfortante como siempre.

—¿Todo bien entonces? —preguntó Jamie, separándose de mala gana.

—Sí. Debería haberte escrito, pero ha sido una decisión de último minuto.

—¿De último minuto?

—Bueno, sí. Tu madre y yo estábamos charlando anoche durante la cena y la noté preocupada. Que si estarías comiendo y durmiendo correctamente, que si serías feliz con tu trabajo. Esas cosas. Y como acabo de decirte, sin pensarlo realmente, le comenté que siempre podía coger un tren para ir a comprobarlo por mí mismo; y bueno, ya la conoces... me tomó la palabra. Antes de que me diera siquiera tiempo a parpadear, me encontré en la puerta sin apenas más ropa de la que llevo encima. Subí anoche a un tren nocturno, he viajado en coche cama y he llegado hace poco más de media hora.

—Me alegro de verte, papá, pero de verdad que estoy bien. Más que bien.

—Y yo me alegro de oírlo. Estaba pensando en pasar el día por aquí y volver a coger el tren de regreso a casa esta misma noche, pero no quiero interrumpir tu trabajo.

—No estoy tan ocupado como para no poder pasar un día con mi padre. Subamos a mi habitación para dejar mi carpeta. Y si quieres, puedes dejar allí también tu maletín.

De haber sabido con tiempo que iba a recibir la visita de su padre, Jamie habría hecho un mínimo esfuerzo para ordenar su habitación. Por suerte, aquella mañana había hecho la cama y la ropa estaba bien colgada, pero la mesa de trabajo era un desastre, con su superficie totalmente cubierta por un caos de dibujos, montañas de lápices y hojas y hojas de notas garabateadas.

Como era de esperar, su padre fue directo a la mesa.

—Tu letra no fue siempre tan espantosa.

Jamie se encogió de hombros.

—Mamá la lee sin problemas.

—Umm —dijo su padre, pues su atención se había visto atrapada por el dibujo a lápiz de Edie que Jamie había hecho un día antes. Era algo sencillo, poco más que unas líneas, pero había salido bastante bien—. Ahí está de nuevo. Una chica encantadora.

Jamie sabía que era mejor no mentirle a su padre, cuyo olfato de abogado era capaz de olisquear

una falsedad con la facilidad de un sabueso.

—Lo es —reconoció Jamie—. Todo en ella es encantador.

Aparentemente satisfecho con la respuesta de Jamie, su padre se acercó a la ventana.

—¿Cuál de estos anodinos bloques de piedra es el edificio del gremio que tienes que immortalizar?

—El que tiene esos círculos de cristal plomado en las puertas. Supuestamente, deberían emular las ruedas de una carreta. Hay también una inscripción en latín en el dintel que hay encima de la puerta. ¿Eres capaz de leerla desde aquí?

—Discere haciendo, creo. «Aprender haciendo». Muy noble por su parte. Creía que habías mencionado que era con motivo de la celebración de su quinto centenario. Ese edificio, sin embargo, no puede ser mucho más viejo que yo.

—El original se perdió en el Blitz. Había sido construido en el siglo XV, sobrevivió al Gran Incendio y a saber a cuántas cosas más a lo largo de los siglos, pero un impacto directo de la Luftwaffe lo redujo a escombros.

No quería pensar en los bellos edificios que había visto destruidos. No quería pensar en los cuerpos destrozados que había encontrado entre sus ruinas, ni en las horas que había pasado encerrado en su propia tumba mientras esperaba la misericordia del olvido. Hoy no pensaría en esas cosas.

—Una gran decepción para el gremio, imagino. De la magnificencia de la Edad Media a lo que podría pasar por la sede de una compañía de seguros.

—Me parece que les da igual, y la calle será decorada con motivo de la coronación. Habrá banderolas colgadas de las farolas y macetas con flores en todas las ventanas. Además, el punto central del cuadro será la reina a bordo de la carroza dorada.

—Un objeto monstruoso —observó el padre de Jamie, arrugando la nariz con desdén—. Siempre he pensado que parece una escultura de Bernini sobre ruedas y sumergida en una tina de pintura dorada. Aunque siempre es mejor que un automóvil descubierto, como si fuera la esposa de un político norteamericano.

—Dudo que alguien pudiera confundir a la reina con Mamie Eisenhower, papá. Además, es un reto que me apasiona. ¿Quieres ver las cosas que he estado experimentando? —Cogió la carpeta, que había dejado tirada en la cama, y extrajo de su interior la plancha de yeso que había enseñado a Owens y Mallory hacía poco más de media hora—. Lo más complicado es conseguir el color adecuado. El dorado tiene que parecer antiguo. Suave, de alguna manera, y no tan brillante o reflectante como uno podría pensar. —Señaló entonces un grupo de remolinos y florituras rococó—. Aquí, esta parte. Esa está bien. Esto es lo que tengo que conseguir capturar.

—Me siento orgulloso de ti —dijo su padre—. Muy orgulloso.

—Puede que no lo estés tanto cuando veas el resultado final —dijo Jamie, bromeando, pero su padre frunció el ceño y le dirigió la misma mirada que empleaba siempre que alguno de sus hijos decía alguna tontería o imprudencia. Cuando era pequeño, aquella mirada le hacía temblar de la cabeza a los pies. Y seguía haciéndolo.

—Alexander James Geddes, te estaría muy agradecido si me permitieras expresar mi admiración por tus logros sin correr a invalidar mis sentimientos. Es maleducado y egoísta, y espero algo mejor por tu parte.

—Sí, padre. Te ruego que me perdones.

—En ese caso, permíteme que te lo repita: me siento muy orgulloso de ti. Ambos, tu madre y yo, nos sentimos muy orgullosos de ti. Estamos inmensamente orgullosos del hombre en el que te has convertido.

—Gracias —dijo Jamie, y a continuación, arriesgándose a recibir otra regañina, añadió—: Sé que esto no es lo que querías.

—Tal vez no al principio. Tenía todas mis esperanzas depositadas en que desarrollaras también mi trabajo, tal y como ha hecho tu hermano. Pero ya lo he superado. O, mejor dicho, tu madre se ha encargado de que lo superase. Lo único que ahora me importa es tu felicidad. Y tengo claro que aquí, en este lugar, eres más feliz de lo que lo has sido en muchos años.

Pasaron juntos un día muy agradable, uno de los más agradables que recordaba Jamie. Salieron a desayunar y luego dieron un paseo por el Embankment, cruzaron el río hasta Westminster y volvieron por la zona que había sido acondicionada con motivo del festival. Comieron juntos en Rules y luego su padre estuvo un rato leyendo mientras Jamie trabajaba en sus bocetos preparatorios. Y después llegó la hora de dar otro paseo, esta vez solo hasta la librería favorita de su padre en Londres, Marks & Co, en Charing Cross Road. Pasaron una hora maravillosa removiendo, felices, montañas de libros, y Jamie no podía creerse la suerte que había tenido cuando desenterró de las profundidades un ejemplar de Anatomía del caballo.

—He estado yendo a la biblioteca del Victoria and Albert para consultarlo, pero tener mi propio libro es mucho mejor —le explicó a su padre—. Voy a pagar.

Fue atendido en la caja por el señor Doel, que hacía años que no los veía, pero que había reconocido a Jamie y a su padre en cuanto habían entrado en el establecimiento.

—Buenas tardes, joven señor Geddes. Veo que ha encontrado la edición de 1899 de Stubbs. No es tan exquisita como la original, pero mucho mejor que la de 1938. ¿Se la va a llevar hoy?

—Sí, por favor. ¿Cuánto es? —preguntó Jamie, rezando para que el importe del libro no quedara fuera de su alcance. Si tenía que rechazar la compra, estaba seguro de que su padre se obcecaría en comprárselo. Y le sabía mal, puesto que ya había insistido en invitar a Jamie al desayuno y la

comida.

—Doce y seis. ¿Le parece bien?

Le parecía estupendo, puesto que se esperaba que el precio fuera el doble o el triple.

—Oh, sí. Muy bien.

Aguardó entonces a que su padre pagara sus compras y le envolvieran los libros, y cuando emprendieron el camino de vuelta a casa para tomar el té, confió en que pudiera disfrutar de unos minutos de la compañía de Edie.

Edie ya se encontraba en el comedor, escuchando a las hermanas Crane que debían de estar exponiéndole algún asunto urgente, pero vio entrar a Jamie y su sonrisa fue sin duda solo para él. Jamieladeó la cabeza, formulando una pregunta muda pero inequívoca, y Edie asintió al instante.

Pasaron unos minutos hasta que ella consiguió excusarse y cruzar la estancia para llegar a la mesa habitual de Jamie.

—Buenas tardes. ¿Qué tal ha ido su día por Londres, señor Geddes? —dijo, dirigiendo sus palabras al padre de Jamie.

—Ha sido una jornada espléndida. ¿Le importaría sentarse con nosotros?

—Me encantaría, aunque me temo que no podré quedarme mucho tiempo. ¿Les ha tomado ya nota Ginny?

—Sí, y me ha dicho mi hijo que lo que me espera es de una exquisitez excepcional. Que es el mejor té de la tarde de todo Londres, y creo que voy a tener que creérmelo.

—Son los dos muy amables —replicó Edie, ruborizándose—. Oh, vaya, aquí está. Gracias, Ginny.

Edie se quedó con ellos media hora y, a pesar de que la conversación fue entretenida y agradable, en ningún momento se desvió de lo convencional. Hablaron sobre el tiempo, el ferrocarril, el aluvión de turistas que se esperaba para la coronación, el tiempo otra vez y, finalmente, sobre las dificultades de racionamiento que seguían existiendo, y, mientras tanto, Jamie no podía apartar la mirada de ella. Sabía que estaba participando en la conversación, que estaba bebiendo té y comiendo sándwiches y tarta, pero sus pensamientos volvían una y otra vez hacia un solo asunto: Edie, y la repentina y esclarecedora toma de conciencia de que la amaba.

La amaba, pero no podía estar seguro de los sentimientos que albergaba ella hacia él, todavía no. La observó con detenimiento, en busca de alguna chispa que le llevara a entender lo que Edie escondía en su interior, pero su barniz de educada reserva se mantenía intacto, y si había detectado alguna parte de los verdaderos sentimientos de él, no daba muestras de ello.

Esperar algo distinto no tenía sentido, sobre todo en presencia de su padre, pero eso no le impidió tener esperanzas de detectar algo más. Cuando Edie se disculpó y se encerró en su despacho, Jamie se sentía mareado, inseguro y con tantas dudas como un colegial.

El tren de su padre partía a las siete de la tarde, lo que les dejaba tiempo suficiente para tomar una copa en el Queen Bess. Fue muy agradable ser recibido con tanta calidez por Pete, el propietario, y por alguno de los clientes habituales, que lo reconocían tanto por ser un huésped de larga estancia del Blue Lion como amigo de Edie y de Mick. Encontró una mesa en un rincón tranquilo, pidió media pinta de cerveza para su padre y una entera para él, y se preparó para disfrutar de un rato más de la compañía del hombre que más admiraba en el mundo.

Se parecían en ciertos aspectos, puesto que Jamie había heredado tanto la altura de su padre como su constitución delgada, además de una nariz de puente alto que sabía que con la edad se iría volviendo más aguileña. Pero las similitudes, al menos en lo referente a su apariencia, acababan ahí, puesto que su padre tenía el pelo rubio oscuro con las sienes canosas, los ojos de un tono azul celeste cautivador y una piel tan clara y pecosa que siempre se le quemaba en verano.

Casi nadie se percataba de sus similitudes. Y más bien se fijaban en sus diferencias. En la piel morena de Jamie, en sus ojos oscuros y en su pelo negro. Lo veían como alguien que parecía exótico, en el mejor de los casos, y extranjero, en el peor. Lo veían como alguien que era imposible que fuera hijo de Colin Geddes.

—¿Estarás en el hotel hasta junio? —preguntó su padre, despertando a Jamie de sus infelices reflexiones.

—Eso creo. Quizá un poco más. Depende de cuánto tiempo me lleve terminar el cuadro. Pero he hecho mucho trabajo preparatorio, lo cual me ayudará.

—¿Y después? —La voz de su padre sonó amable, pero Jamie no se dejó engañar.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé.

—¿No te has planteado la posibilidad de quedarte?

—¿Cómo, papá?

—Creo que la señorita Howard sería razón suficiente.

—Lo es, pero existen posibilidades reales de que se vea obligada a cerrar el hotel. Cuando lo heredó, el establecimiento apenas era solvente. Desde entonces ha hecho verdaderos milagros para mantenerlo abierto, pero está agotada y, si no se le presenta alguna solución, puede que decida venderlo.

—Lo que no cabe duda es de que la propiedad vale una suma respetable de dinero —dijo con serenidad el padre de Jamie.

—Supongo que sí. Pero no creo que a ella eso le importe.

Y había otro problema. Si Edie vendía el hotel, se convertiría en una mujer adinerada. Una mujer que podía encontrar algo mucho mejor que un artista sin un penique en el bolsillo.

—A la hora del té se la veía esperanzada. Con todos esos norteamericanos ricos que se alojarán en el hotel.

—Eso le irá bien —reconoció Jamie—, pero el dinero no durará mucho tiempo.

En lugar de replicar enseguida, el padre de Jamie bebió un trago de cerveza y Jamie, que lo conocía lo bastante como para saber que no tenía que pincharlo, hizo lo mismo.

—Te gusta —dijo por fin su padre.

—Sí.

Se había convertido para él en algo tan esencial como el aire, el agua y el sol, y cuando ahora pensaba en su casa, pensaba en Edie y el Blue Lion.

—¿Comparte ella tus sentimientos?

—Confío en que sí, pero no estoy seguro. Todavía no. Es imposible saberlo mientras ella esté tan ocupada con el hotel y yo con mi encargo. Llevo días sin apenas tener tiempo para decirle poco más que «hola». Hoy, de hecho, ha sido la primera vez que hemos intercambiado algo más que unas pocas palabras en todo lo que va de semana. Espero que todo sea más fácil cuando haya pasado la coronación.

—Basándome en lo que he observado de vosotros dos durante la hora del té, estoy bastante seguro de que tú también le gustas. La pregunta es, claro está, cuánto le gustas. ¿Estaría dispuesta a asumir todo lo que ello conlleva?

Jamie no necesitaba que su padre concretara qué era exactamente lo que Edie tendría que estar dispuesta a asumir y soportar si elegía unir su futuro al de él: desdén, insolencia, incredulidad, rechazo..., incluso por parte de gente conocida. Sabía por su amarga experiencia que por parte de los desconocidos recibiría un trato aún más humillante. El encuentro con aquel par de tipos a la salida del Queen Bess la había perturbado de mala manera, y siempre habría otro intolerante esperando, otra espalda vuelta con repugnancia, otra oleada de maltrato que soportar.

—No lo sé. ¿Cómo lo supiste tú? —preguntó Jamie—. Con mamá, me refiero. Nunca has hablado de que tuvieras dudas, de que te preocupara lo que pensarán los demás o cómo pudiese afectar a tu futuro.

—Tenía veintiún años cuando me enamoré de ella. No tuve ninguna duda, por supuesto. Era la chica más guapa que había visto en mi vida y, si quieres que te diga la verdad, cuando me enteré de que ella sentía lo mismo por mí, me quedé sorprendido. —Su padre sonrió con el recuerdo—. Sus padres eran gente muy adinerada; por parte de tu abuela había habido incluso un maharajá

hacía pocas generaciones. En todos los sentidos, se casaba con un inferior. Otros tal vez no lo supieran, pero yo sí.

—¿Y lo que dijera la gente? ¿El modo en el que pudieran tratarla entonces? ¿O ahora? ¿No te da rabia? —Jamie apuró de un trago la cerveza, confiando en aplacar la ira que iba ascendiendo por su pecho, aunque no sirvió de nada—. Si supieras la de veces que la gente me ha dicho que es una auténtica lástima que saliera a mi madre. Es como si cada vez que me lo dicen me hundieran un cuchillo entre las costillas.

—¿Y crees que a mí no me dicen lo mismo? ¿Tanto con relación a ti como en relación a tu madre?

—¿Y cómo les respondes?

—Les digo que mi hijo es tal y como tiene que ser, y que su madre es la mujer más maravillosa que he conocido, y que tal vez deseen retractarse de sus palabras mientras todavía estén a tiempo de hablar con cierto grado de lucidez. Y normalmente funciona.

En aquel momento, Jamie pensó que no podía querer más a su padre.

—Muy bien hecho. Yo, normalmente, me limité a intimidarlos con la mirada.

—No negaré que sea exasperante —continuó su padre—. Sobre todo porque ninguna de esas personas vale ni siquiera un solo pelo de la cabeza de tu madre. Naturalmente, hago todo lo que está en mi mano por protegerla y nuestros amigos nos proporcionan una especie de aislamiento, y luego están Fraser, Fiona y sus respectivas familias. Y tú, por supuesto.

—¿Yo? —dijo Jamie.

—¿Por dónde quieres que empiece? Saliste de Oxford con dos matrículas de honor. Serviste al país durante la práctica totalidad de la guerra, haciendo el trabajo más aterrador imaginable, y fuiste condecorado por ello. Tuviste la sabiduría necesaria para hacer caso a tus instintos cuando te dijeron que lo de las leyes no estaba hecho para ti. Te ganaste una plaza en la escuela de arte más prestigiosa de Inglaterra y sobresaliste allí. Tu obra ha sido exhibida en la Royal Academy y has sido premiado con un importante encargo para pintar a la reina el día de su coronación. Tienes que saber que con todo ello nos has hecho sentir muy felices e increíblemente orgullosos a tu madre y a mí, así como a toda la familia.

—Oh, papá —murmuró Jamie.

Parpadeó con fuerza. No es que su padre fuera a regañarlo si lloraba. Simplemente le pasaría un pañuelo, le aconsejaría que se sonara la nariz y le daría una palmadita en la espalda cuando hubiera acabado.

—Soy un viejo sentimental —dijo su padre, y posó la mano sobre el hombro de Jamie. El peso de aquella mano fue tan reconfortante y necesario que Jamie tuvo que parpadear de nuevo, con más fuerza incluso que antes—. Y ahora, tengo que volver a casa con tu madre. ¿Vendrás pronto

a vernos?

—Iré. A finales de verano, si puedo.

—Bien. Me alegro.

—Tu visita de hoy ha sido de gran ayuda. Gracias, papá. Gracias por todo. Creo que ahora puedo verle a todo una salida.

Capítulo veintidós

Edie

Miércoles, 27 de mayo de 1953

Edie se consideraba una mujer fuerte, capaz de responder con discreción, compostura e incluso cierto grado de aceptación a las noticias más desgarradoras. Pero la última revelación del inspector Bayliss era demasiado para soportarlo, al haber llegado, además, después de un día terriblemente agotador.

Trasladar a las Honorables al otro lado del pasillo les había llevado horas, ya que la poca distancia de la mudanza apenas había sido relevante ante la obstinada negativa de las hermanas a permitir que ni siquiera la más mínima de sus pertenencias fuera embalada antes de realizar el cambio de habitaciones. Lo cual había acabado siendo un problema, puesto que todas las superficies de las dos habitaciones que habían ocupado durante más de treinta años estaban cubiertas con objetos frágiles. En la repisa de la chimenea, en el par de estanterías que la flanqueaban y en las mesitas auxiliares de ambos lados del sofá, las hermanas exhibían con orgullo una dolorosa variedad de piezas de cerámica pintada y dorada, figuritas de porcelana, fotografías con soportes metálicos, lámparas de aceite de cristal tallado, ramilletes de flores secas bajo campanas de cristal y un mono disecado de lo más patético, todo ello colocado sobre tapetes de ganchillo, mantelitos de encaje de Brujas y paños bordados. Y eso solo la salita; el dormitorio había sido igual de espantoso.

Edie y las cuatro criadas habían tardado casi seis horas en transportar las cosas de las hermanas al otro lado del pasillo, con la ayuda de Mick para arrastrar los muebles, y luego volver a montar y ordenar hasta la última de las posesiones de las hermanas a su entera satisfacción. Durante todo el tiempo, las ancianas habían estado alborotando, gruñendo y quejándose a gritos de la falta de amabilidad de Edie, y solo varias teteras y un montón de platos de galletas de limón habían conseguido mantener a raya sus lágrimas.

A Edie le habría gustado poder derrumbarse en la cama y pasar las veinticuatro horas siguientes allí, postrada, aunque no hubiera comido absolutamente nada desde la hora del desayuno y estuviera a punto de morir por falta de una buena taza de té fuerte. Y estaba sentada en su despacho, preguntándose si tendría tiempo para pasarse un momento por la cocina para picar algo, cuando Ivor llamó a la puerta y le informó, con ese tono de saber de qué hablaba que le resultaba extremadamente irritante, de que el inspector Bayliss acababa de llegar y deseaba hablar con ella.

El inspector no perdió el tiempo, en cuanto ella lo hizo pasar y cerró bien la puerta, en ponerla al corriente de unas desalentadoras noticias.

—Ha habido otra ronda de cartas enviadas a los periódicos. Y de nuevo con papel impreso con el membrete del Blue Lion. Sin huellas dactilares. Con matasellos del lunes, lo cual probablemente descarta a cualquiera que llegara después de ese día. Lo siento, de verdad que lo siento mucho, pero tendré que registrar el hotel.

—¿Me permite ver la carta? —preguntó Edie, agotada.

—Por supuesto. Es tan similar a la anterior ronda que parece probable que haya sido escrita por la misma persona.

El inspector extrajo un papel de uno de los sobres que llevaba y se lo pasó a Edie.

NUESTROS ENEMIGOS SE HAN IMPUESTO Y LA BATALLA POR INGLATERRA PRONTO ESTARÁ PERDIDA. PRETENDEN COLOCAR UNA CORONA FALSA SOBRE LA CABEZA DE ISABEL. SU PUEBLO VIVE EN LA MISERIA Y SU REINO ESTÁ BAJO ASEDIO. ESTÁ POR LLEGAR UN AJUSTE DE CUENTAS Y PAGARÁN CON SANGRE TODO LO QUE HA SIDO ROBADO.

Edie lo leyó y lo releyó, pero seguía pareciéndole de lo más extraño. ¿Cómo era posible que estuviera pasando una cosa así?

—¿Tiene que registrar el hotel hoy mismo? ¿Ahora? ¿Qué les digo a los huéspedes?

—No está obligada a decirles nada. De hecho, preferiría que les dijese lo menos posible —le ordenó el inspector Bayliss—. Diga simplemente que la policía está inspeccionando todos los edificios a lo largo del recorrido del desfile por una cuestión de pura seguridad pública. Como un modo de garantizar...

—¿Que no se haya instalado por aquí ningún elemento perturbador? —sugirió Edie, consciente de su tono irónico.

—Exactamente. Si se muestran reacios, envíemelos. Les responderé con un gesto de preocupación y murmuraré cualquier cosa sobre la defensa del reino, con lo cual debería ser más que suficiente.

—¿Cree que se trata del profesor Thurloe? —Edie temía formular la pregunta, pero tenía que saberlo.

—Es posible, pero no puedo estar seguro. Lo que sí puedo hacer es confesarle que llevamos unas semanas vigilándolo, lo cual ha sido fácil de organizar puesto que ese hombre apenas sale del

hotel. Y ese es el tema: no ha salido del establecimiento desde la semana pasada. Desde mucho antes de que fuera enviada la última tanda de cartas.

—En su día me comentó que las multitudes de turistas le resultan desconcertantes. Y me dijo que pensaba mantenerse escondido como un tejón hasta que todo esto hubiera pasado.

—No lo culpo por ello. Pero necesito igualmente registrar todas las habitaciones. La de ese hombre en especial, pero también la de usted y la de James Geddes. Aquí no puede haber favoritismos.

—Lo entiendo. ¿Puedo acompañarle? Creo que si voy yo le ayudaré a mantener a raya las quejas.

—Puede. Pero antes de empezar, habrá que comunicar a todo el mundo que vamos a registrar sus habitaciones. ¿Le importa decírselo al personal? Y con los huéspedes iremos hablando a medida que avancemos.

—Perfecto. Solo que... no quiero mentirles en ningún sentido.

—Solo tiene que decirles que es una cuestión policial rutinaria. Algo que cabría esperar teniendo en cuenta la ubicación del hotel en el trayecto de la procesión. Es la verdad, al fin y al cabo, aunque no toda.

—Imagino. ¿Y el profesor? Supongo que estará en la biblioteca.

—Yo me encargaré de él. No sufra, no lo haré enfadar.

El mal trago de tener que comunicar a sus empleados de toda la vida, demostradamente trabajadores y leales, que la policía empezaría en breve a registrar el hotel, incluidas sus habitaciones, fue una experiencia que Edie confiaba en no tener que repetir jamás. Se asustaron, igual que ella, y se mostraron cautelosos ante los supuestos motivos del registro, pero ninguno de ellos planteó la más mínima objeción ni pidió más explicaciones.

—Tenéis derecho a estar presentes en vuestra habitación mientras es registrada —les explicó—, pero no tenéis necesidad de estar allí. Yo acompañaré en todo momento al inspector Bayliss y a sus agentes, y os doy mi palabra de que el registro se llevará a cabo correctamente y de que vuestras pertenencias no sufrirán ningún daño.

Edie regresó a la recepción y esperó al inspector. Cuando volvió, parecía perplejo e incluso sonreía.

—Le he dicho al profesor que íbamos a registrar su habitación.

—¿Y?

—Ha dicho que adelante, pero que de ninguna manera le desordenemos los papeles.

—¿Y nada más?

—Le he recomendado que estuviera presente mientras llevábamos a cabo el registro, pero me ha dicho que estaba ocupado con su trabajo y que confiaba en que usted me vigilara.

—Ay, pobre —dijo Edie—. ¿Cree que debería ir e intentar convencerlo?

—No. Ya lo he puesto sobre aviso y me ha entendido a la perfección. Mejor que nos pongamos manos a la obra.

Subieron al piso más alto Edie, el inspector y dos agentes turbadoramente jóvenes, y en el transcurso de los primeros quince minutos Edie comprendió que supervisar un registro policial era un asunto tremendamente tedioso. Los agentes procuraban dejar las pertenencias de los ocupantes tal y como las habían encontrado, y los escasos documentos que presentaron al inspector Bayliss fueron enseguida recolocados en la misma posición en la que habían sido encontrados.

Edie se alegró de haber hecho la cama por la mañana, aunque habría estado más feliz sin tener que ver a los agentes de mejillas barbilampiñas registrando el cajón de la cómoda que contenía su ropa interior.

La habitación de Jamie estaba inmaculadamente ordenada y, a pesar de que Edie esperaba que Jamie hablara con el inspector Bayliss durante el registro, él se mantuvo al margen sin decir nada, como si fuera un completo desconocido.

Su compostura solo vaciló un poco cuando Edie le saludó y le explicó, de cara a los agentes, los motivos del registro. Jamie dirigió un gesto de asentimiento al inspector Bayliss y accedió enseguida a que empezaran el registro, aunque su mirada, cuando se movió hacia Edie, fue de malestar. Estaba preocupado, pero no por él, sino por ella. Jamie sabía la factura que le estaba pasando todo aquello a Edie, y la entendía y le preocupaba.

—Ya estamos, señor —anunció uno de los agentes.

—Muy bien. ¿Le parece bien que sigamos con el piso de abajo, señorita Howard?

—Sí, naturalmente.

Llegaron a la habitación del profesor Thurloe. Edie abrió con llave la puerta, se hizo a un lado para que los policías pudieran pasar y se quedó en el umbral observando el registro, con las manos empapadas en sudor y el corazón acelerado.

—Me temo que no deja que las criadas toquen ni ordenen nada de las mesas —explico Edie, avergonzada ante el estado de la habitación, que parecía haber sido removida por todas partes solo momentos antes de su llegada.

—Lo entiendo —dijo el inspector Bayliss, con una breve sonrisa formal—. Si no le importa esperar junto a la puerta, nos pondremos a trabajar.

Edie se retiró un poco e intentó no escuchar los murmullos de conversación, y cuando vio que

empezaban a recoger papeles y a guardarlos en sobres empezó a ponerse más nerviosa. Finalmente, cuando el inspector se volvió hacia ella con expresión grave, lo supo.

—¿Qué pasa? —preguntó con ansiedad—. ¿Puede decírmelo?

—Tenemos que registrar el resto de las habitaciones. Cuando hayamos terminado, usted y yo tendremos una charla.

Paralizada por el miedo, Edie siguió a los policías de habitación en habitación, y, aunque normalmente se habría reído al ver a los jóvenes agentes evolucionando con cautela por las abarrotadas estancias de las Honorables, fue incapaz de concentrarse en nada que no fuera la horripilante posibilidad de que el profesor Thurloe estuviera de verdad conectado con los estrambóticos sucesos de las últimas semanas.

El registro terminó por fin. Y mientras los agentes montaban guardia en el salón, probablemente para impedir que el profesor se fugara en caso de que se le ocurriera levantar la vista de sus libros y comprendiera qué estaba pasando, Edie entró con el inspector Bayliss en su despacho.

—¿Le importa si le ocupo la mesa? —preguntó el inspector.

—Para nada. Espere un momento, que le enciendo la luz.

El inspector llevaba consigo varios sobres abultados, el primero de los cuales vació sobre la mesa. Después de ponerse unos guantes de algodón fino, cogió uno de los objetos. Era una pequeña libreta con tapas de cartulina negra y hojas con las esquinas dobladas.

—¿Reconoce esto?

—Parece una de las libretas del profesor. Las utiliza para anotar sus ideas. Pensamientos dispersos, vías de investigación que quiere seguir. Ese tipo de cosas.

—Umm... Junto con sus preocupaciones y quejas sobre diversos temas. El hotel entre ellos.

—Lo único que le pasa es que le gusta que las cosas se hagan de una determinada manera. No puedo culparle por ello.

—¿Cosas como...?

—Bueno, el ruido es un problema. Detesta los ruidos inesperados, y no soporta el sonido del aspirador. Nos adaptamos a sus sugerencias de la mejor manera posible.

—¿Diría usted que es un hombre rabioso? —preguntó el inspector, sin dejar de hojear la libreta.

—En absoluto —insistió Edie—. La verdad es que jamás se ha mostrado maleducado o agresivo conmigo.

—Tal vez no, pero ¿podría decirse lo mismo con respecto a otras personas del hotel? ¿Con las

criadas, por ejemplo?

—No, que yo sepa.

El inspector Bayliss hizo un gesto de asentimiento, sin dejar de leer y resoplar de vez en cuando, como si acabara de encontrarse con algún detalle inesperado.

—¿Qué sucede? —preguntó Edie, incapaz de soportar por más tiempo la incertidumbre.

—Sucede que es... material inquietante. No sé cómo describirlo. Aquí, por ejemplo. Ha escrito: «La sangre correrá por las calles como el agua por el Támesis». Y después, mire este fragmento: «Pronto alguien dará fin a la majestad de la reina, y todo irá bien».

—Siempre lo había considerado inofensivo. Un excéntrico, sin lugar a duda, pero no un revolucionario. Pero esto...

—Lo sé. Es malo. Sobre todo porque estos pasajes me recuerdan las cartas anónimas. ¿Recuerda cómo, en la primera carta, el autor hablaba de una falsa corona dorada con mentiras, o algo por el estilo? Porque aquí, en una entrada de mediados de abril (el dieciséis, para ser concretos), escribe: «La coronación es un lienzo para las masas, forjado en metal común y dorado con falsas esperanzas».

Era, por desgracia, muy similar.

—Decía que le molestaba el gran presupuesto dedicado al evento —confirmó Edie—. Eso es de la misma semana que el artículo sobre el hotel que salió publicado en Picture Weekly. Por eso lo recuerdo.

—¿Qué dijo al respecto?

—Le indignaba que el Gobierno hubiera reducido los impuestos por la compra de cosas como cosméticos, televisores y automóviles. Defendía que los productos de lujo debían estar gravados con impuestos más altos y que el dinero que se recaudara con ello se utilizara para la reconstrucción de la posguerra.

—¿Tan indignado como para predecir o, mejor dicho, prometer que la sangre pronto correría por las calles de Londres?

Edie se dejó caer en una de las sillas de su despacho.

—¿Quién de nosotros no ha dicho o escrito ciertas cosas en un arrebató de rabia? ¿Cosas que en realidad jamás soñaría hacer?

—Pero no muchos nos habríamos tomado la molestia de enviar a los periódicos cartas anónimas amenazando la vida de la reina.

Edie asintió, y entonces cayó en la cuenta. Tenía que contarle al inspector lo del libro de

reservas.

—Hay una cosa más. No se lo conté porque no era nada que pudiera demostrar, y sabía que usted ya estaba muy ocupado. De todos modos, no estoy aún convencida de que lo hiciera el profesor.

—Adelante —la animó el inspector Bayliss.

—La semana pasada, el pasado domingo, para ser más concretos, mi subdirector me comentó que se había dado cuenta de que el libro de reservas había desaparecido. Luego reconoció que había ido directamente a la habitación del profesor Thurloe a buscarlo, y que después de entrar, había registrado sus cosas. El libro de reservas estaba en una de las mesas.

—¿Y se creyó su explicación?

—No tenía motivos para no hacerlo. Una de mis huéspedes se lo encontró casualmente en el pasillo justo cuando él salía de la habitación del profesor.

—Santo cielo —dijo el inspector, masajeándose las sienes—. Como si no tuviéramos ya el plato bastante lleno.

—Lo siento.

—No lo sienta, usted no tiene la culpa de nada de todo esto. El caso es que tendré que llevarme al profesor para interrogarlo correctamente.

—¿Por lo del libro de reservas?

—No. No lo encontramos allí y no hay manera de saber si alguien lo puso en su habitación. Pero lo de estos cuadernos es más que suficiente, y eso que aún nos queda pendiente registrar todos los papeles que tiene en la biblioteca. Lo mejor, pienso, será llevárnoslo a él, junto con todas las evidencias, a comisaría.

—Es un hombre muy sensible, ¿me promete que serán amables con él?

—No es mi intención meterlo en el potro de tortura, pero tampoco pienso tratarlo como a un chaval que ha roto el cristal de una ventana de un pelotazo. Está bajo sospecha por delitos muy graves.

—Es que lleva tanto tiempo viviendo aquí... —le explicó Edie—. No tiene a nadie más.

—¿No está ni siquiera un poco enfadada con ese hombre? ¿Nada?

—Si hubiera pruebas seguras contra él, quizá. Si hubiera ido a correos para echar las cartas, por ejemplo, o si lo hubieran sorprendido en el acto de enviar las cartas de cancelación. Pero todo es muy circunstancial.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero estoy obligado a actuar contra cualquier cosa que parezca

una amenaza creíble. Y ese hombre vive a un tiro de piedra del trayecto del desfile, falta solo una semana para la coronación y aquí tenemos suficiente como para mantenerlo en prisión preventiva durante al menos cuarenta y ocho horas, hasta después de que la reina haya sido coronada sin problemas.

—Lo entiendo —dijo Edie, y lo entendía. Las evidencias podían ser totalmente circunstanciales, pero igualmente eran condenatorias.

—El caso es, Edie..., ¿le importa si me dirijo a usted por su nombre de pila?

—No, en absoluto.

—El caso es que tenemos las cartas escritas en papel con el membrete de su hotel. Tenemos la oleada de cancelaciones, también con papel de carta del hotel y, esta vez, además, utilizando su firma falsificada. Tenemos el libro de reservas que fue encontrado en la habitación de Thurloe. Y ahora tenemos una segunda ronda de cartas a los directores de media docena de periódicos. Podría defenderse que Thurloe es el vínculo entre todas estas cosas. Podría hacerlo, y así es como se lo explicaré a mis superiores. Da igual que en realidad no crea que el profesor es el actor que está detrás de todo esto. Pero ¿sabe qué es lo que une absolutamente todo esto? Usted.

—Yo jamás...

—No me refiero a que usted sea personalmente la responsable de todo esto. Más bien al contrario. Lo que quiero decir es que usted podría ser el objetivo. No la reina, tampoco el Gobierno, sino usted. Veamos, ya sé que es una pregunta que le formulé anteriormente, pero ¿se le ocurre alguien que quisiera hacerle algún daño?

—No se me ocurre nadie.

Tenía que concentrarse en sus preguntas. Simplemente concentrarse, escuchar y responderle con sinceridad. Ya habría tiempo para intentar encajar todas las piezas cuando el inspector se hubiera ido.

—¿Ha tenido que despedir a alguien recientemente?

—Hace una eternidad que no despido a nadie. Soy muy cuidadosa en cuanto a quién elijo para trabajar conmigo y pago bien. Mis empleados se quedan años conmigo.

—Alguien con quien haga negocios, pues. ¿Tal vez alguna disputa por cuestiones de dinero?

Edie negó con la cabeza, e incluso aquel mínimo movimiento le provocó mareo.

—No creo. He tenido que recurrir a mis ahorros de vez en cuando y siempre he pensado que mejor eso que deberle dinero a alguien.

—¿Se le ocurre alguien? ¿Alguien con quien haya sido difícil tratar? ¿Alguien que le haya dado problemas en algún sentido?

—A principios de año me reuní con un hombre que quería comprar el hotel. Cenamos juntos varias veces. Pero hace mucho tiempo que no he vuelto a tener noticias suyas. David Bamford. Debo de tener su tarjeta por algún lado.

—Bien. Tomaré nota de sus datos. ¿Alguien más que haya mostrado interés por la propiedad?

—No, no desde hace tiempo. ¿Piensa..., piensa que alguien quiere hacerme daño?

Su respuesta fue tranquilizadora y rápida.

—No creo que corra riesgo de sufrir ningún daño físico, no, pero sí creo que podrían querer hacerle daño a usted haciéndole daño a su hotel. Como negocio, me refiero. Si las pérdidas exceden los beneficios, podría verse obligada a vender. Inspeccionaré a ese tal Bamford y le informaré en el caso de que encuentre algo preocupante. Entre tanto, me llevaré al profesor.

Edie se levantó, dispuesta a seguirlo, pero el inspector negó con la cabeza.

—No. Mejor quédese aquí.

—¿Me promete que lo tratarán bien?

—Haré lo posible. Siento mucho todo esto, Edie, pero cuanto antes lo solucionemos, antes podrá volver a la normalidad la vida del Blue Lion.

Edie intentó sonreír, pero el resultado, como se temía, fue más similar a una mueca de dolor que a cualquier otra cosa. Acompañó al inspector hasta la puerta de su despacho y se quedó mirando cómo se perdía de vista y prestando atención a cualquier indicio de alboroto en la biblioteca. Sin embargo, siguió reinando el silencio. No oyó gritos, tampoco oyó sonidos de refriega ni voces pidiendo ayuda.

—Edie —dijo un susurro a sus espaldas.

Se volvió rápidamente, con un grito formándose en sus labios, que contuvo en cuanto vio quién estaba detrás de ella.

—Ivor, me ha asustado.

—Perdón. ¿Me permite que le pregunte qué sucede? ¿Por qué ha vuelto el inspector Bayliss?

—Al parecer, alguien del hotel ha estado amenazando con reventar la coronación. Los periódicos han recibido cartas escritas en un papel que contiene el membrete del hotel.

Los ojos de Ivor se abrieron de par en par, reflejando una combinación de sorpresa y horrorizada fascinación.

—¿Uno de nuestros huéspedes? ¿De aquí, del Blue Lion?

—No está seguro del todo. Por eso han registrado el hotel.

Debería habérselo comentado antes a Ivor, pero estaba tan concentrada en gestionar la reacción de los empleados que vivían en el establecimiento, y de todos los huéspedes, que se le había pasado.

—¿Ha sido el profesor?

—Eso creen. La carta enviada a los periódicos parece una repetición de algunas cosas que ha estado escribiendo en sus cuadernos. Y, naturalmente, está también el tema del libro de reservas encontrado en su habitación.

Justo en aquel momento, el inspector salió del pasillo acompañado por el profesor Thurloe, que estaba hablando a mil por hora y no parecía angustiado en absoluto. Edie se quedó donde estaba, en el umbral de la puerta de su despacho, hasta que el profesor y el inspector abandonaron el edificio. Se sentía, sin embargo, tremendamente intranquila, como si acabaran de llevarse a su abuelo.

—Amenazar a la reina... —murmuró Ivor, haciéndole cosquillas con su aliento a Edie en la nuca—. Y ser tan imprudente como para escribirlo con papel de carta del hotel. Si eso no es el acto de un loco, no sé qué es, la verdad.

—Ningún comentario sobre el tema. Si alguien pregunta, diga que la presencia policial en el hotel ha sido un mero control rutinario. Nada más.

—¿Y si preguntan por qué han arrestado al profesor?

—No lo han arrestado, para empezar. El inspector Bayliss quería hablar discretamente con él, y como usted y yo hemos sido los únicos testigos de su salida del hotel, dudo que haya problemas. Les diré a la cocinera y a las criadas que el profesor estará ausente unos días.

—¿Y después? —preguntó Ivor, presionándola—. Imagino que no querrá volver a verlo por aquí.

—Eso dependerá de lo que el inspector averigüe. Si el profesor es inocente, no hay motivo por el cual no pueda regresar.

—Pero...

—No lo sé —le espetó Edie, notando que su impaciencia empezaba a evaporarse—. No tengo respuestas para nada de todo esto y no deseo hacer especulaciones.

—Lo entiendo. ¿Quiere que le vaya a buscar una taza de té? Todo este tema debe de resultarle tremendamente incómodo.

—Sí, por favor. Muchas gracias.

Se encerró en su despacho, pero la idea de sentarse a la mesa, continuar como si nada hubiera pasado y esperar a que sonara el teléfono o a que Ivor llamara a la puerta para informarle de que la policía estaba de vuelta se le hacía insoportable. Necesitaba... ¿Qué necesitaba, exactamente?

Y entonces, de repente, lo supo.

Olvidándose de Ivor y de la taza de té que le había ido a buscar, Edie subió corriendo las escaleras, un tramo tras otro, hasta que se plantó delante de la puerta de la habitación de Jamie. Unos segundos para recuperar el aliento y llamó.

—¡Adelante!

Edie abrió la puerta, sintiéndose de pronto nerviosa, y dio un único y vacilante paso al frente. Jamie estaba sentado en el alféizar de la ventana, con un puñado de pinceles en la mano, que dejó de lado en cuanto la vio.

—¿Edie?

No se le ocurría qué responder, ni una sola palabra, de modo que se encogió de hombros y parpadeó con impotencia cuando su visión quedó empañada por las lágrimas, y entonces lo vio allí, delante de ella, con los brazos abiertos. Un paso más y él la acogió, con una mano sujetándole la cabeza y la otra abierta sobre su espalda.

—Tranquila, tranquila —dijo, consolándola—. Ya está aquí. Pase. Pase y siéntese y cuénteme qué sucede.

La guio hacia la silla tapizada y, en cuanto estuvo instalada, Jamie acercó la silla de su escritorio y la dispuso para quedarse de frente a ella. Le cogió entonces ambas manos, le sonrió con ternura y se quedó a la escucha mientras ella le contaba todo lo que había pasado.

No la interrumpió ni una sola vez, y, cuando Edie llegó al final de su relato, le preguntó:

—¿Quiere hablar un poco más sobre el tema? ¿No? ¿Qué le parece entonces si se queda un rato haciéndome compañía?

—Me gustaría —respondió Edie, y su miedo empezó a disminuir un poco. Allí estaba a salvo, con Jamie, con la lluvia golpeando suavemente la ventana y la claraboya, con su voz tan reconfortantemente firme y segura.

—Ayer, durante la hora del té, oí que una de las criadas decía que la cocinera estaba alterada por la preparación del menú para la semana de la coronación —dijo Jamie—. Pensé que había dicho que no habría cambios en el té de la tarde.

Recordar sus conversaciones con la cocinera fue suficiente para provocar una sonrisa en Edie.

—Es el desayuno lo que la tiene preocupada. Toda esa «comida extranjera» que se espera que prepare..., y por «comida extranjera» se refiere a comida norteamericana.

—Me imagino que no estará pensando en perritos calientes y hamburguesas, ¿no? —cuestionó Jamie, fingiendo sentirse horrorizado ante esa perspectiva.

—Más bien se trata de zumo de naranja, cereales de desayuno y beicon veteados. Le daría un soponcio si le contara lo que me está costando el zumo de naranja.

—¿Y lo único que se ve afectado es el desayuno?

—Hemos incorporado algunas cosas al té de la tarde: unas rosquillas rellenas de mermelada y también una especie de tarta de chocolate. Un brownie, creo que lo llaman. —Y a continuación, animada con el tema, añadió—: Pero lo que ha estado a punto de llevar a la cocinera a la tumba ha sido la petición de los americanos que se alojan en las habitaciones de las hermanas Crane: el señor y la señora Harding y el señor y la señora Ivey. Una gente muy agradable de Georgia. Han pedido té dulce para el desayuno.

—¿Y no les basta con echarle azúcar?

—Es lo que yo me preguntaba. De modo que fui a ver a la señora Harding y se lo pregunté, y me explicó que se refería a té frío, servido con hielo y con azúcar añadido. Incluso me escribió la receta.

—¿Y qué pasó cuando se lo dijo a la cocinera? —preguntó Jamie.

—Eché un vistazo a la receta de la señora Harding y dijo que era, y aquí cito textualmente, «una abominación».

—No puedo decir que no esté de acuerdo con ella. ¿Y accedió a prepararlo?

—Sí, después de recordarle, con delicadeza, claro está, que a la señora Harding y a su grupo le estamos cobrando un ojo de la cara por sus habitaciones. Y luego le prometí una quincena de vacaciones pagadas en julio.

—Me parece más que justo.

Pero solo mencionar el verano y las vacaciones que jamás podría permitirse, fue suficiente para bajarle los ánimos una vez más.

—Me muero de ganas de que acabe todo esto —reconoció.

—¿No siente emoción?

—No. No he tenido tiempo. En un par de días estaremos completos por primera vez en años, pero apenas tenemos personal para dar abasto con todo. No puedo ni dormir con tantas preocupaciones.

—Pronto todo volverá a la normalidad —dijo Jamie.

Y aunque su intención era tranquilizarla, sus palabras tuvieron el efecto contrario. Porque «normalidad» significaba también que el hombre que tenía a su lado se marcharía. Un hombre que, en el espacio de unos pocos meses, se había convertido en su persona favorita.

—¿Edie? Quédese conmigo un poco más. Deje de pensar en todo esto, si puede.

De haberse tratado de cualquier otro día, Edie tal vez habría sido lo bastante valiente como para preguntarle si tenía la intención de quedarse más tiempo. Pero no creía que pudiera soportar la decepción de oírle decir que pronto tendría que dejar el Blue Lion. Por lo tanto, mejor centrarse en los nuevos problemas que se le habían presentado aquella tarde.

—Lo siento. Es que estoy preocupada por lo que ha dicho el inspector Bayliss. Que todo esto podría tenerme a mí como objetivo.

—Lo sé, aunque también me ha dicho que el inspector cree que podría haber alguien intentando clausurar el hotel. No que haya nadie que desee hacerle daño.

—Ya, pero igualmente da miedo.

—Por supuesto, pero Bayliss sabe lo que se hace. Estoy seguro de que llegará al fondo del asunto.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Edie.

—¿Recuerda lo que le dijo cuando nos reunimos con él en el Queen Bess hace unas semanas? Que mantuviera los ojos y los oídos bien abiertos. Que confiara en su instinto. Y que si veía algo raro, corriese a decírselo. Haga lo que haga, no se lo guarde solo para usted. ¿Me lo promete?

—Se lo prometo.

Capítulo veintitrés

Stella

Sábado, 30 de mayo de 1953

No se esperaba que fuera a ser tan emocionante. Hacía días que iban llegando huéspedes, en su mayoría británicos, aunque había también norteamericanos, canadienses, australianos e incluso una familia de Argentina. El hotel estaba completo, y sus pasillos, antes tranquilos, ahora solo se quedaban en silencio por las noches. El comedor estaba lleno tanto a la hora del desayuno como a la del té, y Stella disfrutaba de todo.

Los huéspedes eran fascinantes. Los norteamericanos eran simpáticos, dejaban propinas generosas —Stella pensaba que quizá no eran del todo conscientes del valor de las monedas que dejaban a las camareras y que ponían en la mano de Mick cada vez que les paraba un taxi— y devoraban con placer sus gigantescos desayunos. Los canadienses eran algo más reservados, aunque también muy amables, e insistían siempre en que no había que confundirlos con los estadounidenses. Todos habían viajado hasta Londres con el objetivo de ver a la reina el día de la coronación.

Esa era la parte que más confundía a Stella, puesto que la ceremonia se transmitiría por televisión a todo el mundo, así como por radio; en pocos días podría verse además en el cine, y periódicos y revistas, la *Picture Weekly* incluida, publicarían detalladas crónicas. La diferencia entre ver la coronación de esa manera, con relativa facilidad y comodidad y sin el gasto y la molestia que conllevaban viajar, en lugar de estar apretujado entre desconocidos durante horas interminables solo para ver de refilón pasar a la reina a bordo de su carroza, no tenía ningún sentido.

La joven reina era una presencia ineludible, naturalmente, y se había convertido para Stella en una figura muy familiar desde que había llegado a Inglaterra. Su cara estaba representada en muchísimos lugares, desde los billetes y los sellos de correos hasta las latas de galletas y las tazas de cerámica, pasando por pañuelos de seda de imitación, y la mayoría de los establecimientos, también el *Blue Lion*, exhibían su fotografía enmarcada. Pero reconocer su cara no era lo mismo que conocerla.

Tal vez fuera por eso por lo que los huéspedes del hotel habían viajado hasta Londres. Tal vez pensarán que ver pasar a la reina, y quizá captar su atención por un par de segundos, les serviría para tener una relación real y sincera con ella. Que les daría la oportunidad de poder contarles a sus hijos y nietos que habían visto a la reina en su carroza dorada el día de la coronación, y que

la habían saludado con la mano, y que ella, de un modo improbable pero indiscutible, les había devuelto el saludo y la sonrisa. Sería una buena historia que contar cuando fueran mayores y los recuerdos de la jornada se hubieran ido desvaneciendo y fueran remotos para la mayoría de la gente.

Y ahora se había llevado la sorpresa de que ella, Stella, sería una de las pocas personas que podría decir, en los años venideros, que había estado presente en la Abadía de Westminster cuando la reina fue coronada.

Hacía meses, desde mucho antes de que Stella llegara a Londres, que los espacios para los periodistas estaban reservados y, mientras se había acordado que Ruby ocupara uno de los lugares en los bancos de la nave principal, a Frank le habían adjudicado uno de los codiciados espacios para fotógrafos en el triforio, al que solo se podía acceder a través de una estrecha escalera de caracol. El punto de acceso era tan reducido, de hecho, que las cámaras de televisión y demás aparatos de filmación habían sido subidos con cabestrante meses antes.

Nadie había caído en la cuenta hasta que Frank se presentó al ensayo de periodistas la mañana del 29 de mayo y descubrió que era incapaz de subir por aquella escalera hasta el triforio, y como no había posibilidad de que el día de la coronación lo subieran con la ayuda de un cabestrante, Kaz había pedido autorización para que otro fotógrafo pudiera ocupar el puesto de Frank aquel día.

Y ese fotógrafo había resultado ser Stella, puesto que, al parecer, a nadie más le apetecía encargarse de ese trabajo.

—Ahí dentro —le había explicado Kaz— estaréis todos apretujados y será un auténtico horno, y tendrás que llegar con mucha antelación y no moverte de allí durante horas. Ten en cuenta, además, que he sido incapaz de recibir una respuesta clara por parte del despacho del conde mariscal con respecto a la cuestión de los baños. Tampoco se te permitirá llevar más que una pequeña bolsa de material.

Stella no se había inmutado, puesto que ya se había hecho una idea del tipo de fotos que quería hacer, algo que iba bastante más allá de las imágenes documentales que Kaz le exigiría.

—¿Te acuerdas de las fotografías con las que estuve experimentando hace unas semanas? ¿Las de Trafalgar Square? —le preguntó a Win, que apenas arqueó una ceja cuando Stella subió corriendo para explicarle que el 2 de junio estaría en la abadía.

—¿Las de la florista y las palomas? Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa con ellas?

Había sido a última hora de la tarde, poco antes de que anoheciera; Stella se había sentido atraída por las multitudes que paseaban por la plaza y había dedicado cierto tiempo a jugar con las velocidades del obturador de la Leica, reduciéndolas primero a una décima de segundo, luego a un quinto de segundo. Casi todas las fotografías resultantes habían sido una porquería, pero una de ellas destacaba sobre las demás.

Una anciana, que daba toda la impresión de encontrarse allí plantada desde el cambio de siglo, estaba vendiendo migas de pan a los turistas, y las palomas que la envolvían trazando un círculo, sorprendidas por algún elemento perturbador invisible para el ojo humano, habían extendido las alas y habían salido volando. La mujer, que debía de estar acostumbrada a las murmuraciones de las aves, apenas se había movido; las palomas, agitando con fuerza las alas, se habían transformado en un remolino gris y blanco gracias al largo tiempo de exposición que Stella había empleado.

—Eso es lo que quiero capturar en la coronación. No conozco a la reina, pero me parece que es una persona calmada, incluso cuando los que están a su alrededor no paran de batir las alas. Como esas palomas.

—Sí, entiendo lo que quieres decir.

—¿Crees que funcionará?

—Sí. Frank es un buen fotógrafo, y me sabe mal por él que no pueda estar presente en la abadía para la ceremonia, pero espero (lo creo) que cuando vuelvas de allí me traigas algo extraordinario.

Ya era tarde cuando Stella llegó a casa después de haber pasado horas hablando con Win y, a pesar de que había estado concentrada en la conversación, también había estado luchando por reprimir una serie de pensamientos cada vez más románticos hacia ese hombre. Trabajaban juntos, para empezar, y él todavía no había dado indicios de sentir hacia ella cualquier cosa que fuera más allá de un interés estrictamente profesional. Sabía que presionar para obtener más información sería poner en riesgo su relación profesional y también poner en peligro su puesto en PW.

Aun así, cuando cruzó la puerta del Blue Lion con la intención de localizar a Edie, su corazón rebotaba de felicidad. No solo se moría de ganas de compartir la noticia con ella, sino que además tenía una pregunta bastante más práctica para su amiga: ¿qué ponerse para asistir a la ceremonia de coronación?

El señor Swan la hizo pasar al despacho de Edie y, en cuanto le comentó a su amiga lo del triforio y el problema de rodillas de Franz, y la decisión de Kaz de elegirla a ella como sustituta, Stella cursó su petición de ayuda.

—Hay un código de etiqueta y, con los pocos días que quedan para el acto, no sé qué hacer.

—Seguro que encontraremos algo elegante que puedas ponerte. ¡Oh, Stella, qué emocionante! Ven conmigo. Tengo cosas que podrían servirte.

—No creo que sea necesario que sea un vestido largo hasta el suelo —dijo Stella, delante del armario abierto de Edie y examinando su contenido—. En la invitación pone «vestido de tarde», pero no sé muy bien qué significa.

—Significa que con un vestido bonito basta. No necesitarás abrigo, ni tampoco tendrías espacio para dejarlo. Y no se trata de andar con una molesta falda larga mientras trabajas. ¿Qué te parece este? —Edie le mostró un bonito vestido de lana, con un corte dulcemente femenino y una exquisita tonalidad azul oscuro—. Tengo un sombrero que le queda perfecto.

—Dice la invitación que no están permitidos los sombreros. Mira, está escrito en la tarjeta que venía con mi invitación.

—«Un velo ligero que caiga por la parte posterior de la cabeza» —leyó en voz alta Edie, y arrugó la nariz en un gesto de desaprobación.

—¿Eso significa un velo como el que usaría una novia? —preguntó Stella.

—¡Espero que no! Probemos primero el vestido para asegurarnos de que te queda bien, y luego ya veremos qué ponerte en lugar del sombrero.

El vestido de Edie le quedaba bien a Stella y, aunque quizá le iba un poco ancho de cintura, ambas coincidieron en que nadie lo notaría y en que, además, se sentiría más cómoda. Edie bajó entonces una caja de sombreros de lo alto del armario y sacó una liviana media luna confeccionada en paja negra trenzada y pensada para que quedara colocada como una diadema en la cabeza de su usuaria.

—Tengo un pañuelo negro de gasa muy fina por algún lado... Aquí está. Si lo sujetamos a la media luna, te cubrirá únicamente la parte posterior de la cabeza, no más. Mira, ¿qué te parece?

Stella examinó el improvisado tocado en el espejo interior de la puerta del armario.

—Es muy bonito. Gracias, Edie.

—Encantada de ayudarte. ¿Qué piensas hacerte en el pelo?

—He pensado que me lo arreglaré yo misma —reconoció Stella—. No tendré tiempo para más.

—Llevas siempre un pelo precioso y seguro que te quedará bien. Pero ponte mucha laca. Solo necesitarás cepillártelo, ponerte este sombrero que no es un sombrero y echar a andar hacia la abadía.

Antes de bajar a tomar el té, Stella dejó en su habitación el vestido y el sombrero que no era un sombrero, junto con la bolsa de la cámara y demás utensilios de trabajo. No estuvo ausente más de una hora, pero en cuanto volvió a entrar supo al instante que alguien había estado en su habitación. La puerta, que había cerrado aunque no con llave, estaba entreabierta, y había un aroma flotando en el ambiente, demasiado débil para identificarlo pero claramente extraño.

No se habían llevado nada. El bolso y las pocas monedas que contenía estaban sin tocar. La cámara, lo mismo. Su viejo ejemplar de la Guida Donati de Londres seguía en su lugar en la

mesita de noche.

Solo cuando encendió la luz del techo vio lo que había pasado. La fotografía de sus padres había sido retirada de su marco y hecha pedazos. Los fragmentos eran tan pequeños que resultaba imposible unirlos. Había perdido el rostro de sus padres una vez más.

Seguía arrodillada junto a la cama cuando el señor Geddes la encontró, pues con el disgusto no se había dado cuenta de que había dejado la puerta que daba al pasillo abierta de par en par.

—¿Señorita Donati? ¿Está bien? Subía por la escalera y la he oído llorar. Cuénteme qué sucede.

—Mi foto. La única que tengo de ellos, la que me regaló Edie por mi cumpleaños. Ya no está —dijo, llorando—. La han destruido.

—¿Me permite verla? —preguntó Jamie, y en cuanto Stella hizo un gesto de asentimiento, entró en la habitación. Cuando vio lo que había pasado, suspiró, se pasó la mano por la cara y se sentó en el suelo, a su lado—. Es terrible. Es simplemente terrible.

—Pensaba que el Blue Lion era mi casa. Aquí me sentía segura. Pero ahora...

—¿Se ha mostrado alguien poco amable con usted?

—No. Aquí no.

—¿Ninguna conversación desagradable al pasar? ¿De esas que bajan de volumen cuando ven que se acerca?

—No sé si entiendo lo que me está diciendo —respondió Stella, aunque era más bien que sí lo entendía, pero no soportaba la idea de tener que hablar ahora de eso.

—¿De verdad? ¿No ha oído a nadie quejándose de que los extranjeros roban los buenos puestos de trabajo a los ingleses, de que en los viejos tiempos se vivía mejor, de que la mitad de las veces cuando van en autobús no le encuentran ni pies ni cabeza a lo que la gente dice porque parlotean en cualquier idioma extranjero?

—Sí, claro —reconoció—. Aunque no muy a menudo. Supongo que es porque la gente no distingue que soy extranjera hasta que hablo con ellos, y porque no ven que soy judía a menos que les muestre los números que llevo tatuados en el brazo. Para usted, supongo, no debe de ser fácil.

—No lo es. Tengo la piel dura como un elefante, pero no por ello soy insensible. E imagino que a usted le pasará lo mismo.

—Creía que era insensible. Después de que me liberaran y acabara la guerra, decidí que estaba a salvo en Mezzo Ciel con mis amigos, que ya nunca más me harían daño. ¿Qué podían hacerme a mí que no me hubieran hecho ya en los campos? ¿Qué más podían robarme? Pero sigue doliendo. Esto duele —dijo, acariciando el confeti al que había quedado reducida su preciosa

fotografía—. Ojalá supiera cómo blindarme contra todo esto.

—¿No tiene piel de elefante? —preguntó Jamie en voz baja.

—En mi caso, no. Aunque quizá es mejor así. Si construyo una muralla alrededor de mi corazón y me digo a mí misma que no voy a permitir que nada me haga daño, que es mejor olvidar, perderé todo lo que me queda de mis padres. Debo aferrarme a mis recuerdos, tanto a los buenos como a los malos. Por el bien de ellos, y también por el mío. —Se quedó en silencio, consciente de repente de la pasión con la que había estado hablándole a un hombre que era poco más que un desconocido—. Perdón —musitó—. Jamás se lo habría contado a nadie. Pero me ha preguntado y...

—No se disculpe, por favor. Gracias por contármelo. Por confiar en mí. No puedo decir que comprenda del todo lo que tuvo que soportar durante la guerra, pero yo...

—Adelante —dijo Stella, animándolo.

—Lo que quiero decirle es que conozco un poco qué se siente al ser considerado como alguien que no pertenece a un lugar, y no por algo que yo pueda haber dicho o hecho, sino simplemente por mi ascendencia. De nada me vale decir que los antepasados de mi padre lucharon al lado de Robert the Bruce en la batalla de Bannockburn, ni que los antepasados de mi madre eran mucho más distinguidos que cualquier integrante del clan de los Geddes y que tiene un árbol genealógico que se remonta a algo así como mil años. Todo eso no significa nada para esa gente.

Con movimientos lentos, con un agotamiento evidente, Jamie se incorporó.

—Es tarde y necesita dormir. ¿Me deja los fragmentos de la fotografía? Me gustaría ver si puedo hacer algo.

El señor Geddes sacó del bolsillo de la chaqueta un pañuelo doblado, se agachó y lo extendió en el suelo para depositar los fragmentos sobre el cuadrado de tela. Los recogió con el máximo cuidado posible y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

Se paró al llegar al umbral.

—Esta noche cierre la puerta con llave y coloque una silla debajo del pomo. Por si acaso. Y recuerde que mi habitación queda justo encima de esta. Si algo le inquieta, grite y bajaré en un instante.

—Gracias, señor Geddes.

—Jamie, ¿de acuerdo? Que duerma bien, mañana vendré a ver cómo sigue.

Cuando se hubo desnudado y metido en la cama, y después de asegurar la puerta tal y como el señor Geddes —Jamie— le había dicho que hiciera, Stella se sintió mejor. Saber que él estaba cerca era un consuelo, ayudaba también que se hubiera ofrecido a reparar la fotografía. Parecía poco probable que pudiera hacer alguna cosa, puesto que estaba rota en mil pedazos; sin

embargo, el ofrecimiento había sido un detalle maravillosamente amable.

Se tapó con la colcha hasta la barbilla y en el instante en que cerró los ojos, los vio. A sus padres, exactamente igual que estaban aquel espléndido día de julio de hacía tanto tiempo, cuando la vida era una tarde de verano infinita llena de sol, risas y el cielo más azul imaginable.

Durmió bien, se vistió, y se estaba cepillando el pelo cuando casualmente vio que alguien metía un sobre por debajo de la puerta. Por un instante, el corazón se le paralizó de miedo, pero entonces vio el nombre escrito en la esquina izquierda del sobre: «A. J. Geddes».

En el interior había un dibujo. Era la imagen de la fotografía, solo que ahora era mejor; era como si el genio de Jamie como artista hubiera impregnado el conjunto. Y había también una nota.

Querida Stella:

Edie me mostró la fotografía el día que la encontró. En aquel momento me quedé impactado por su composición y, naturalmente, por la expresión feliz de las caras de todos ustedes. Espero haber logrado capturar el semblante de sus padres y, si no lo he conseguido, reharé el dibujo para asegurarme de que se parece el máximo posible a la fotografía que le han robado. Entre tanto, recuerde que aquí en el Blue Lion tiene muchos amigos, entre los que me incluyo.

Atentamente,

Jamie

Capítulo veinticuatro

Jamie

Domingo, 31 de mayo de 1953

La noche anterior no había dormido nada, puesto que se había empeñado en poder entregarle a Stella algún tipo de versión restaurada de su fotografía. Había acabado el dibujo justo cuando el sol empezaba a salir y, tras guardarlo en un sobre y meterlo por debajo de la puerta, había decidido seguir adelante con su jornada. Un baño caliente le había ido bien, y después había emprendido un largo paseo por el Embankment. En solo dos días, aquello sería un mar de caras sonrientes y banderas ondeantes y él estaría en su nido de águilas, desde donde dominaba Northumberland Avenue, a la espera de que la reina pasara a bordo de su carroza; sorprendido, se dio cuenta de que tenía ganas de que llegara el momento.

De vuelta en su habitación, cometió el error de tumbarse en la cama. Solo unos minutos, solo lo suficiente como para descansar un poco los ojos. Pero se vio catapultado de nuevo hacia el sótano, hacia el peso de la tumba que lo envolvía y lo asfixiaba. Estaba solo en la oscuridad una vez más, y por mucho que intentara escapar, la noche eterna lo abrazaba con fuerza.

—Jamie.

La voz sonaba muy lejos, pero se oía con claridad, y eso le dio esperanzas.

—¿Jamie? Estoy aquí. Abre los ojos. Ven conmigo.

En la oscuridad apareció una mano, esbelta, limpia y maravillosamente fuerte. Intentó aferrarla, y de pronto estaba de nuevo en pie, parpadeando para defenderse de la luz del día. Y Edie estaba a su lado. Lo había encontrado en la oscuridad. Lo había rescatado.

—Estás aquí —dijo—. Sano y salvo.

—¿Dónde estamos?

Edie miró por encima del hombro y su sonrisa se acentuó.

—En casa —respondió—. ¿Es que no lo ves? Te he traído a casa, al Blue Lion.

Alguien estaba llamando a la puerta. Jamie se sentó, se subió los tirantes y se restregó los ojos para despejarse.

—¿Sí? —respondió.

—¿Jamie? Si está ocupado, ya vuelvo más tarde.

Edie. Llegó a la puerta con un par de zancadas. La abrió, le indicó que pasara, pero ella no se movió y frunció el entrecejo.

—Lo he despertado. Lo siento.

—No quería dormirme, pero es que anoche me quedé despierto hasta muy tarde. Me alegro de que esté aquí. ¿Puede quedarse un rato?

—Puedo, pero ¿le gustaría salir a dar un paseo? ¿Antes de que empiece a llover?

—Me encantaría. ¿Vamos a visitar a los pelícanos?

—No sé si puedo ausentarme tanto rato. ¿Se conforma con los jardines del Embankment?

—Me conformo.

Caminaron el uno al lado del otro por Northumberland Avenue hasta el río y los jardines del Embankment, y la paz de estar con ella, de tener tiempo a solas con ella, fue un bálsamo para su estado de ánimo mucho más efectivo que cualquier cantidad de sueño o introspección.

—¿Está bien? —preguntó Edie.

—Un poco cansado, eso es todo.

—¿Le gustaría que le contase cosas sobre el televisor que ahora ocupa cerca de una cuarta parte del salón? Nos lo ha traído esta misma tarde un hombre muy amable de Empire Wireless and Television Services. La parte de la entrega ha llevado solo un par de minutos, pero lo de la instalación ha costado muchísimo tiempo más.

—¿Temperamental?

—La televisión lo es, por supuesto. Pero el hombre que la trajo era de lo más agradable. Se pasó como media hora conectando el aparato, prometiéndome una y otra vez que solo necesitaba calentarse y ponerse en marcha, y justo cuando ya estaba perdiendo las esperanzas, el trasto empezó a ladrar. Bueno, el televisor no. El responsable de los ladridos era Rin Tin Tin. Unos segundos después, se encendió la pantalla y allí estaba... Me refiero al perro.

—¿De modo que funciona?

—Sí. Por el momento solo hay un programa, por lo que lo único que tengo que hacer es

encenderla y esperar a que se caliente. Pero, bueno, ya basta de hablar sobre mis preparativos para la coronación. ¿Qué tal usted?

—Bien. Lo tengo todo preparado para el martes. Tengo listos mis cuadernos de dibujo y los materiales dispuestos como un juego de instrumental quirúrgico. Lo único que me queda pendiente es capturar los sentimientos del momento. Sé que podría pintar Cartwrights' Hall y la carroza dorada con los ojos cerrados, de modo que eso no me preocupa. A la reina también. Incluso los caballos. He estado estudiando un libro de anatomía equina que compré cuando mi padre estuvo de visita por aquí.

—Me alegré mucho de poder conocerlo —dijo Edie—. Se parecen mucho, ¿sabe?

—Muchas gracias. De hecho, es un gran elogio.

—¿Pasaron los dos un buen día? Tenía pendiente preguntárselo, pero hace tiempo que apenas nos vemos.

—Sé que ha estado muy ocupada, Edie. Y me alegro de que me lo pregunte. Ver a mi padre... Bueno. Me ha hecho pensar.

Edie no contestó nada y se limitó a enlazar el brazo con el de él. Y ese estímulo fue suficiente para Jamie.

—Me ha hecho pensar en la vida que se ha construido. Es un hombre de éxito, eso es evidente, pero además es feliz. Es un hombre satisfecho, lo cual tiene muy poco que ver con cómo puedan considerarlo los demás. Si cualquiera le preguntara al respecto, estoy seguro de que respondería que la alegría principal de su vida es la familia, no su trabajo. No ninguna cosa material que pueda haberse ganado con ese trabajo, sino la gente que quiere.

Edie, con expresión solemne, hizo un gesto de asentimiento y esperó a que continuara.

—He estado pensando también en lo que sucedió hace quince días. En lo de aquellos hombres que nos cruzamos al salir del Queen Bess. Sé que fue incómodo para usted y supongo que le dio un poco de miedo, y me pone enfermo que tuviera que ser testigo de aquella escena. Pero son cosas que a mí me pasan muy a menudo. En la mayoría de las ocasiones, es mala educación pura y dura, a veces indirecta y otras, totalmente descarada. Y no puedo evitarlo. ¿Me explico? No puedo hacer nada para evitarlo.

—Oh, Jamie. Sigo pensando en aquella noche, y en que yo debería haber dicho algo. Haberles contestado a aquellos patanes lo que pensaba de ellos.

—No habría servido de nada.

—Lo sé. Pero ¿sirve para algo, ahora, si le digo que siempre estaré de su lado? Siempre. Porque es el mejor hombre y más valiente que he conocido, y vale lo que mil de esos hombres horribles, y no soporto que nadie se muestre desagradable con usted.

Estaba Jamie asimilando todavía la verdad y el peso de aquellas palabras, cuando ella jadeó y se aferró con más fuerza a su brazo.

—Dígame la verdad, ¿hay alguien en el hotel que le haya tratado alguna vez de esa manera?

—No —respondió Jamie, que no quería sumarle a Edie una preocupación más. Brooks era descortés y desdenoso con él, pero su actitud no podía calificarse de pura intolerancia. En comparación con la mayoría de los lugares donde había vivido, el Blue Lion era un oasis de buena disposición—. Su hotel es como un refugio —le garantizó—. Allí me siento como en casa.

—Me alegro mucho —replicó Edie, visiblemente aliviada.

Siguieron andando y Jamie se animó a decir más. A abrirle su corazón y, con ello, averiguar si los sentimientos de Edie eran parejos a los suyos. Acababa de definirlo como un hombre valiente, pero se sentía debilitado al pensar en el riesgo que se disponía a correr. Sin embargo, ¿qué era el valor, sino la voluntad de enfrentarse directamente a los propios miedos? Había comprendido la verdad desde la conversación en el Queen Bess con su padre, y aquella verdad había madurado y florecido, y ahora tenía el volumen suficiente como para ayudarlo a empujar y dejar de lado lo que le quedara de miedo.

—Cuando vi a mi padre, hablamos sobre la vida que mi madre y él habían construido juntos. Sobre cómo se apoyan el uno al otro y sobre cómo juntos son capaces de mantener a raya a cualquiera de esos patanes. Y eso me hizo darme cuenta de que... —Jamie hizo una pausa para obligar a su voz a mantener una cadencia más firme, para rezar y que las palabras que iba a pronunciar a continuación lograran transmitir la sinceridad de sus sentimientos—. Me hizo darme cuenta de que durante estos últimos meses, viviendo en el Blue Lion, he sido feliz, y creo que gran parte de mi felicidad se la debo a usted. A lo que ha llegado a significar para mí.

—Oh, Jamie.

—No espero que me dé una respuesta ahora —se apresuró a añadir—. No cuando tiene tantas cosas en las que pensar, hacer y planificar. Pero quizá, cuando la coronación haya pasado, ¿podríamos hablar de nuevo de esto?

Edie se detuvo en seco, se soltó del brazo y se volvió hacia él. Estaba preciosa, con los ojos brillantes y una sonrisa amplia y sincera. El corazón henchido de esperanza de Jamie se detuvo un instante a la espera de su respuesta.

—¿Y si le respondo ahora? Porque quiero hacerlo. Usted también me gusta, y cuando la reina haya sido coronada y esos norteamericanos tan agradables hayan vuelto a sus casas, y la vida vuelva a aproximarse a lo normal, confío en que podamos hablar sobre lo que pueda venir a continuación. Para empezar, albergo grandes esperanzas de que siga alojándose en el Blue Lion. Es en lo único que puedo pensar en estos momentos, en que deseo que se quede.

—Me quedaré —prometió Jamie.

—Me alegro. Y ahora, ¿me acompaña de vuelta a casa? Es casi la hora del té y tengo el hotel lleno de huéspedes a los que atiborrar de pan de jengibre, bollitos y, que el cielo nos ayude, vasos enormes de té helado. ¿Me acompaña?

—La acompaño al té, la acompaño mañana y la acompaño siempre. En eso, le doy mi palabra.

DÍA
DE LA
CORONACIÓN

Capítulo veinticinco

Edie

Cuando Edie abrió los ojos a las cuatro de la mañana, lo primero en lo que pensó fue en Jamie, en las cosas que le había dicho el domingo por la tarde, maravillosas y tristes al mismo tiempo, y en el hecho de saber que le gustaba. Le gustaba a Jamie, él se planteaba un futuro que la incluía a ella, y lo único que ella tenía que hacer ahora era superar los siguientes días.

Pero cuando se despertó un poco más y la claridad descendió sobre ella como un yunque, recordó todas las otras cosas: las montañas de facturas que se acumulaban en su mesa de productos como el zumo de naranja, la mantequilla de cacahuete, el salmón ahumado y el champán —no tenía ningún recuerdo, absolutamente ninguno, de haber hecho un pedido de dos docenas de botellas de champán—, y la espeluznante cifra de setenta y cinco guineas por la compra, entrega e instalación de un televisor que dudaba mucho que alguien viera una vez pasada la coronación.

Además, la ausencia de noticias del inspector Bayliss sobre el profesor Thurloe resultaba preocupante, aunque fuera preferible no tener ninguna noticia. Si se encontraban evidencias que vincularan al profesor con los extraños sucesos, se sentiría fatal, sobre todo porque se le habrían pasado por alto las señales de su malestar y no habría sido capaz de protegerlo de sus peores impulsos. Si, por otro lado, el profesor quedaba libre de toda sospecha, estaría encantada por él... también mucho más ansiosa por sí misma y el hotel, puesto que ello significaría que el autor de las amenazas seguía en libertad y, cabría suponer, empeñado en alterar drásticamente y de algún modo inesperado el día de la coronación.

Incluso la caldera había considerado adecuado desatar su propia forma de caos. Cuando Dolly había bajado a abastecerla el día anterior por la mañana, había encontrado agua en el suelo del sótano. Edie, una vez levantada, había enfocado su linterna eléctrica hacia la base del mastodonte y había descubierto un pequeño pero constante chorrito de agua que salía de debajo del tanque principal. El señor Pinnok, a quien había llamado al instante, había accedido a realizar una visita de emergencia, aunque no sin antes insistir en recibir un depósito de veinticinco libras. Y después de hurgar, pinchar, refunfuñar y farfullar durante más de media hora, había informado a Edie de que la caldera tenía una fuga.

—De eso ya estoy al tanto, señor Pinnok. Esta mañana había un charquito en el sótano. ¿Podría decirme por qué?

—Lo sabré mejor cuando la movamos. Lo más probable es que se trate de un caso de corrosión

del fondo. No hay una plataforma de hormigón debajo, ¿sabe? Lo cual es un problema.

—¿No fue su propio abuelo el que supervisó la instalación de esta caldera? —le había preguntado Edie, sin tomarse la molestia de disimular su enfado.

—Los tiempos cambian, señorita Howard, e incluso la caldera de la mejor calidad tiene que sustituirse llegado el momento.

—No puedo permitirme reemplazarla ahora, ni en un futuro inmediato, razón por la cual quizá deberíamos estar hablando de una reparación. ¿Puede arreglarla?

—No sin vaciarla antes y excavando luego alrededor del tanque principal.

—No puedo quedarme sin agua caliente. Al menos hasta después de la coronación. ¿No es posible poner algún tipo de parche?

El señor Pinnok se quedó pensando y refunfuñó y farfullo un poco más, hasta que reconoció finalmente que sí sería posible.

—Habrà que retirar esta primera hilera de piedras. Simplemente para poder acceder al borde de esa parte con corrosión. Haré un poco de ruido.

—Haga lo que haga falta mientras tenga agua caliente para mis huéspedes.

El resto del lunes había sido un no parar, y no había bajado el ritmo, ni siquiera había hecho una pausa para tomar un té hasta bien pasadas las diez de la noche. El personal había organizado una pequeña fiesta en su comedor, cuya celebración Edie había fomentado al ver lo duro que habían trabajado, y había asomado la cabeza por la puerta para darles las buenas noches y las gracias por todo.

Había encontrado a Mick a punto de abrir varias botellas de champán, que alguien había explicado que eran el regalo de un huésped, aunque ninguno de los presentes recordaba exactamente de cuál, puesto que la tarjeta había desaparecido. Otra caja de botellas había sido entregada a la cocina, con instrucciones de ser repartidas entre los huéspedes de larga estancia. La cocinera le había explicado a Edie que Ivor estaba en aquellos momentos haciendo una ronda por las habitaciones para distribuir las.

—Eso está muy bien, pero no recuerdo haber pedido champán para los huéspedes. Es demasiado caro para mí ser tan generosa.

La cocinera se había encogido de hombros, Mick se había encogido de hombros, y Edie había decidido que era un problema que ya abordaría el miércoles, cuando la coronación hubiera pasado y ella y los demás no estuvieran tan cansados como para caer redondos al suelo.

—¿No se queda? —le había preguntado la cocinera, y los demás se habían sumado a la oferta, aunque Edie sospechaba que lo hacían solo para ser amables y que en realidad no querían que se quedara.

—Gracias, pero aún tengo un montón de cosas pendientes de repasar. Pasadlo muy bien... y que nadie olvide que mañana hay que madrugar.

Podría haberse ido a la cama llegado aquel punto, pero había vuelto a su despacho, se había olvidado por un momento de las tediosas facturas y se había dedicado a responder las solicitudes de reservas. Había habido un incremento, aunque muy modesto, y temía que los beneficios solo servirían para simplemente mantenerse a flote. Pero ese era, también, un problema para otro día.

A la una de la madrugada, había subido a su habitación. El hotel estaba en silencio y los pasillos vacíos, y ella se había sentido sola mientras se aseaba, se preparaba para acostarse, dejaba preparada la ropa para el día siguiente y comprobaba el despertador.

Ahora eran las cuatro de la mañana y estaba despierta y en un estado de alerta tal que era imposible que pudiera volver a conciliar el sueño. De modo que quitó la alarma al despertador, se levantó de la cama y abrió las cortinas. Era todavía de noche y gotas rabiosas de lluvia aporreaban el cristal de la ventana.

Se cepilló los dientes en el lavabo, cogió el cepillo y empezó a desenredarse el pelo. Cuando vio su imagen reflejada en el espejo, se quedó atónita al ver la cara de agotamiento que lucía. Tenía la mirada apagada y la piel alrededor de los ojos se veía tensa y pesada. Una compresa caliente, decidió; eso le iría bien y aplacaría también su incipiente dolor de cabeza. Abrió el grifo del agua caliente, dejó que corriera, pero el agua seguía estando fría cuando unos minutos después se mojó la punta de los dedos.

—No —musitó—. Hoy no.

Tuvo que ser el champán. Dolly no estaba acostumbrada a aquel tipo de cosas, seguramente estaría un poco achispada cuando subió a acostarse y debía de haberse olvidado de llenar antes la caldera. Eso era todo. Y mientras solventara ella el tema ahora mismo, habría agua caliente para los baños de la mañana.

Se puso el mono de trabajo y solo se entretuvo un momento para recogerse el pelo con una goma elástica y un puñado de horquillas. Entonces, bajó corriendo al sótano, sin molestarse en encender las luces del pasillo, puesto que la lámpara que había junto a la puerta trasera era más que suficiente para ver bien los primeros peldaños de acceso al sótano.

Abrió la puerta del sótano, y se disponía a encender la luz cuando, alarmada, oyó una voz abajo. No había ningún motivo para que hubiese alguien en el sótano a aquellas horas, nadie excepto Dolly, que por lo que Edie sabía seguía durmiendo plácidamente arriba. Y lo que había oído, además, era la voz de un hombre.

Habría gritado para preguntar quién era, pero algo, algún instinto, le dijo que era mejor guardar silencio. Se quedó quieta junto a la puerta, preguntándose qué hacer, y cuando el hombre empezó a hablar de nuevo, se armó de valor y descendió hacia la oscuridad.

Había llegado casi a los pies de la escalera cuando las voces se hicieron más claras, igual que el

otro día, cuando los ladridos de Rin Tin Tin surgieron de repente de aquel televisor horrorosamente caro.

—No estoy autorizado a entrar en los túneles. Dice la señorita Howard que no son seguros. Si actúo contra sus deseos, se enfadará mucho conmigo.

Era el profesor Thurloe. ¿Se habría fugado? ¿Habría regresado al hotel en busca de venganza?

De pronto, surgió otra voz de la oscuridad.

—Lo sé, pero he pensado que le gustaría verlo personalmente. Solo necesitamos avanzar un poco más.

¿Ivor? ¿Por qué estarían él y el profesor juntos en el túnel? No tenía sentido, puesto que Ivor también sabía que no era un lugar seguro, era de noche, además, y a esas horas aquel hombre tenía que estar durmiendo en su casa.

—¿Qué es esto? —preguntó el profesor, elevando en señal de alarma su voz aflautada—. ¿Qué ha hecho? ¿Qué demonios...?

Edie se quedó paralizada en la oscuridad, intentando darle sentido a lo que estaba escuchando. Le pareció que alguien se revolvía ofreciendo resistencia; luego oyó como si estuvieran arrastrando algo y después, lo más horripilante de todo, solo silencio.

Tenía que salir de allí. Tenía que ir a buscar a Jamie. Él sabría qué hacer. Él la ayudaría.

Comenzó a subir de nuevo por la escalera, con el corazón en un puño, forzando frenéticamente la vista para poder vislumbrar algo en la oscuridad. La puerta se había cerrado, impidiendo el paso de la luz del pasillo. Solo tenía que llegar hasta ella —unos pasos más, solo unos pocos— y estaría a salvo. La cerraría por fuera y subiría corriendo a buscar a Jamie.

Ya estaba casi arriba, tenía que estarlo, pero entonces notó que ascendía una ráfaga de aire desde el vacío, que un peso asfixiante le cubría la cara y un olor terriblemente dulzón y nauseabundo le inundaba la nariz y la boca; y cayó, hacia abajo, hacia la oscuridad.

Cuando Edie se despertó de la pesadilla notó un sabor desagradable en la boca y un dolor de cabeza terrible. Tenía frío y la cama estaba dura y llena de bultos extraños. Decidió taparse con la colcha, pero no podía mover las manos. Las tenía, comprendió después de varios minutos de esfuerzos infructuosos, atadas a la espalda.

La habitación estaba a oscuras..., pero aquello no era su habitación. Estaba en el sótano, lo reconoció por el característico olor a humedad de aquel lugar. Había oscuridad, sí, pero vislumbró algunos destellos de luz que parecían no estar muy lejos.

—¿Hola? —dijo.

Y entonces, recordó. El sótano. La escalera. El profesor Thurloe. Ivor.

La luz se aproximó, se acercó aún más, y de pronto sintió un golpe en las costillas. El pie de un hombre, una patada.

—¿Despierta? —preguntó el hombre.

—¿Ivor? ¿Es usted?

El hombre se agachó a su lado y sus zapatos rechinaron sobre el suelo de piedra caliza prensada.

—Podrías llamarme primo Ivor. Ya no es necesario fingir, ¿no te parece?

La luz era tan potente que le dolían los ojos.

—No veo nada. ¿Dónde estoy?

De pronto, la luz se trasladó hacia arriba, apuntando hacia el techo, y Edie pudo ver al hombre. Era Ivor, y por alguna razón llevaba una especie de lámpara en la cabeza, como las de los mineros. Resultaba casi cómico, aunque la gélida expresión de rabia de su cara no tenía nada de divertido.

—No has podido evitarlo, ¿verdad? La maldita caldera. Tenías que bajar justo ahora para ver qué pasaba. En un rato yo te hubiera avisado para que bajaras, pero a ti te daba igual. Al menos me has ahorrado tener que volver a subir.

Con la luz sin darle directamente a los ojos, Edie consiguió ver un poco mejor. Y cuando volvió la cabeza, observó que el profesor Thurloe estaba tumbado en el suelo a aproximadamente un metro de distancia de ella, con los ojos cerrados y las manos atadas.

—¿Por qué me hace esto? ¿Y al profesor? No entiendo nada.

—Por supuesto que no. No tienes ni la más remota idea de lo que sucede a tu alrededor. —Ivor sonrió, pero era un gesto mecánico, desprovisto de calidez—. Me lo has puesto muy fácil. Edie, estúpida, ingenua, tú no eres ni mucho menos la última de los Howard, por mucho que afirmes serlo. ¿O acaso te has olvidado de verdad de aquellos de nosotros que fuimos desheredados porque tu abuelo privó a su propia hermana de su derecho como primogénita?

—Jamás he conocido a un solo primo Howard, ni he tenido noticias de su existencia —insistió Edie, aunque mientras decía aquello recordó los rumores sobre una disputa que habría tenido lugar mucho antes incluso de que naciera su propio padre.

—Por supuesto que lo sabes. Mi abuela era cinco años mayor que su hermano, tu abuelo, y el doble de lista que él, además, y a pesar de que lo sabía todo sobre este hotel y sus entresijos, su propio padre decidió dejarla de lado cuando se casó con mi abuelo.

—Coincidió en que eso habría sido de lo más injusto, Ivor, y de haberlo sabido...

—Lo sabías. Todos lo sabíais. La repudió, sin dejarle ni un penique a su nombre, y mi madre se crio en la casa de un pobre hombre en South Shields, mientras tu padre se dedicaba a arruinar este lugar.

—No deliberadamente, eso nunca. Y yo, desde que heredé el hotel, he hecho todo lo que ha estado en mis manos para corregir la situación. Lo sabes perfectamente, primo.

—Supongo. Pero ahora ya no importa.

—Ivor, escúchame. Te juro, por mi honor, que no sabía que tu abuela hubiera sido desheredada injustamente. De haberlo sabido, habría reparado ese daño. No solo porque habría sido lo correcto, sino también porque nunca deseé ser la última de los Howard. Sabes muy bien lo sola que he estado todos estos años. ¿Por qué no me lo dijiste? No te habría echado. Te habría acogido con los brazos abiertos.

Por un momento, Ivor pareció reflexionar sobre lo que Edie acababa de decirle, pero, entonces, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Y qué si lo hubieras hecho? Ahora ya es demasiado tarde.

En aquel momento, Edie comprendió que no saldría de allí con vida.

—¿Qué vas a hacer? —consiguió preguntar.

—Nada tan terrible como lo que podrías estar pensando. He fabricado una pequeña bomba... desde aquí no la puedes ver, me temo, pero debería ser suficiente para derribar el túnel y parte del patio de entrada, y suficiente también para alarmar a las autoridades. Volveré a dejarte inconsciente antes de activarla y, cuando el túnel se derrumbe, te prometo que no sentirás nada de nada. Considéralo una gentileza de este primo que perdiste hace tanto tiempo.

A lo lejos, en el otro extremo del sótano, se oyó de repente un sonido. ¿Sería un crujido de la escalera? ¿Se había abierto la puerta del sótano? Edie cogió aire, preparándose para gritar, pero Ivor fue más rápido. Le metió un trapo en la boca, lo presionó con fuerza para que no pudiera escupirlo de ninguna manera, y se levantó de un brinco.

—Enseguida vuelvo. No te vayas a ningún lado.

Capítulo veintiséis

Stella

Fue el sonido de los petardos lo que la sobresaltó y la despertó. Juerguistas, imaginó, a los que les traía sin cuidado molestar a la gente con tal de divertirse. Siguió acostada, pero fue inútil. Estaba completamente despierta, y muerta de sed, además.

Stella se puso la bata y salió al pasillo para ir al cuarto de baño a beber un poco de agua. Cuando pasó por delante de la habitación temporal de las hermanas Crane, vio que la puerta estaba entreabierta y la luz todavía encendida.

—¿Señorita Polly? ¿Señorita Bertie? —dijo en voz baja, y viendo que ninguna de las dos le respondía, decidió asomar la cabeza.

La señorita Polly estaba durmiendo, acostada encima de la colcha, todavía con el vestido de fiesta de la noche anterior. Su hermana roncaba en el sillón del otro lado del cuarto, con su diadema adornada con un penacho de plumas caído sobre la frente. Asustada, Stella se acercó a la señorita Bertie y le tocó el hombro. Estaba caliente, respiraba, pero estaba terriblemente quieta.

Pasó a la salita de estar de las hermanas, en la habitación contigua, y vio entonces una botella de champán abierta sobre la mesa y, por lo que quedaba de contenido, dedujo que ninguna de las dos podía haber consumido más de una copa. A buen seguro, no la cantidad de champán suficiente como para dejarlas en aquel estado. ¿Y si estaban enfermas? Era plena noche y Edie estaría durmiendo, aunque el señor Swan debía de estar de guardia en recepción. Seguro que podría ayudarla.

Se vistió a toda prisa y bajó corriendo al vestíbulo, pero el señor Swan no estaba en el mostrador de recepción. Se atrevió a abrir la puerta del despacho y asomó la cabeza, esperando encontrarlo allí.

—¿Señor Swan? —dijo, sin levantar la voz, pero la única respuesta fue el silencio.

Cerró de nuevo la puerta y miró detrás del mostrador, allí estaba el señor Swan, tumbado en el suelo y durmiendo también tan profundamente que sería imposible despertarlo. ¿Qué hacer, qué hacer? Corrió por el pasillo que llevaba a la cocina, también a oscuras y en silencio, igual que el comedor del personal. Y entonces, justo cuando pasaba por delante de la puerta de acceso al sótano, lo oyó. Una voz. En el sótano había un hombre y, por el tono en el que hablaba, estaba furioso.

Abrió la puerta, solo un poco. Lo suficiente para poder oír lo que decía aquel hombre.

—... maldita caldera. Tenías que bajar justo ahora para ver qué pasaba. En un rato yo te hubiera avisado para que bajaras, pero a ti te daba igual. Al menos me has ahorrado tener que volver a subir.

Era Ivor Brooks, pero ¿qué hacía en el hotel en plena noche, y en el sótano, además? ¿Y por qué estaba tan enfadado por la caldera?

Le respondió otra voz. La de una mujer..., la de Edie, que parecía aterrada.

—¿Por qué me hace esto? ¿Y al profesor? No entiendo nada.

—Por supuesto que no —dijo entonces Brooks, y el modo en el que le estaba hablando a Edie, con todas y cada una de sus palabras supurando repugnancia y desdén, le heló a Stella la sangre —. No tienes ni la más remota idea de lo que sucede a tu alrededor. Me lo has puesto muy fácil. Edie, estúpida, ingenua...

No tenía sentido, nada de aquello tenía sentido, pero lo peor que podía hacer ahora era perder la cabeza. Jamás podría con él ella sola..., necesitaba ayuda.

Jamie la ayudaría.

Stella cerró la puerta lo más discretamente posible y echó a correr por el pasillo, pero con las prisas tropezó con el paragüero que había al lado de la puerta de la cocina. Se quedó paralizada, rezando para que Brooks no hubiera oído nada, pero ya era imposible.

Oyó pasos en la escalera del sótano, implacables, aterradores, y comprendió que disponía de escasos segundos para esconderse. Pero ¿dónde? ¿Dónde? La trascocina era lo que le quedaba más cerca y tenía la puerta entreabierta. Las montañas de colada servirían para ocultarla. Cruzó como una flecha el pasillo y se apretujó detrás de una de las cestas de mimbre más altas.

Contuvo la respiración y esperó, y esperó. Los pasos se acercaron, siguieron acercándose. Cobró conciencia de que estaba respirando muy fuerte, de que el latido de su corazón retumbaba.

Los pasos se detuvieron. ¿Habría entrado Brooks en la trascocina? ¿O seguiría aún en el pasillo? Pasaron unos segundos que se le hicieron eternos, pero, entonces, justo cuando Stella pensaba que acabaría desmayándose por el esfuerzo de mantenerse tan quieta y callada, Brooks refunfuñó y maldijo para sus adentros.

Caminó por el pasillo, alejándose. La puerta del sótano se cerró. Una llave giró, rascando la cerradura.

Stella salió de su escondite, recorrió el pasillo y enfiló la escalera. Corrió a tanta velocidad que tropezó y se golpeó las espinillas más de una vez, pero llegó enseguida a la puerta de la habitación de Jamie, que aporreó con violencia, sin importarle en absoluto la posibilidad de despertar a todo el hotel. Aunque, por lo que imaginaba, todo el mundo había sido drogado, igual

que las hermanas Crane y el señor Swan.

¿Y si Jamie estaba también inconsciente? ¿Qué haría entonces? ¿Llamar por teléfono a la policía? Pero los únicos teléfonos estaban en la planta baja, en el mostrador de recepción y en el despacho de Edie, y si utilizara cualquiera de ellos, Brooks la oiría.

—¡Jamie! —gritó, alzando la voz—. ¡Jamie, salga, por favor! ¡Necesito su ayuda! ¡Está pasando algo muy grave! ¡Por favor...!

Se abrió la puerta y apareció Jamie, perfectamente despierto aunque en pijama.

—¿Qué sucede, Stella?

—No puedo despertar a las hermanas Crane, y el señor Swan también está dormido en el suelo, y he oído a alguien en el sótano. Es Ivor Brooks, ese desgraciado, y tiene a Edie con él, y está muy enfadado, y creo que quiere hacerle daño. Me parece que me ha oído, y ahora ha cerrado la puerta del sótano y no sé qué hacer. ¡Ayúdeme, por favor!

—La ayudaré —dijo Jamie, y Stella lo creyó—. ¿Sabe cómo funciona el teléfono?

—Sí, pero temía que Brooks pudiera oírme. He pensado que sería mejor venir antes a despertarlo.

—Me alegro de que lo haya hecho. Creo que si utiliza el del despacho de Edie no pasará nada. Mientras cierre la puerta y hable bajito, Brooks no la oirá. Marque primero el cero para que salga la operadora y, cuando le responda, díglele que le ponga con el inspector Gordon Bayliss en Gairloch Road, en Southwalk, ¿entendido? Gordon Bayliss, Gairloch Road, Southwalk. Le responderá seguro. Díglele que Brooks tiene a Edie encerrada en el sótano. ¿Podrá hacerlo?

—Sí.

Jamie echó a correr escaleras abajo.

—¡Ya me ocuparé yo de Brooks! —gritó.

—¡Pero el sótano está cerrado con llave!

—Lo sé. Pero tengo otro plan.

Capítulo veintisiete

Jamie

Jamie iba pensando en sus opciones mientras bajaba corriendo por la escalera y salía al patio por la puerta de atrás. Era aún noche cerrada, aunque pronto amanecería; tenía tiempo suficiente, de todos modos, para colarse en el sótano sin que Brooks se diera cuenta. Lo único que tenía que hacer ahora era rezar para que el conducto del carbón fuera lo suficientemente ancho como para poder deslizarse por él.

Lo era. Tiempo atrás debía de haber sido otra entrada, puesto que la portezuela estaba instalada en el ángulo correcto con respecto al suelo y era lo bastante grande como para dar cabida a dos hombres. Se acuclilló delante de ella y se estiró para alcanzar el pomo. Le temblaban las manos y la opresión que sentía en el pecho era enorme, como si estuviera buceando en aguas profundas, pero no podía permitir que el miedo le impidiera acudir al rescate de Edie.

Abrió la puerta, temeroso del chirrido de las bisagras oxidadas, pero alguien se había encargado de mantenerlas bien engrasadas. Que Dios lo bendijera, quienquiera que fuese. Se deslizó por la abertura, dejando que los brazos sostuvieran el peso de su cuerpo, incapaz de ver nada por la oscuridad que le rodeaba.

La carbonera estaba casi vacía y le resultó fácil, descalzo como iba, retirar los pocos fragmentos que quedaban y encontrar el equilibrio sobre el suelo áspero. Extendió los brazos para palpar los bordes de la carbonera y, cuando los localizó, pasó primero una pierna y luego la otra.

Se quedó quieto para dejar que sus ojos se adaptaran a la oscuridad y esperar a que el latido de su corazón se ralentizara. Transcurrido aproximadamente un minuto, vislumbró una luz a lo lejos. Oscilaba arriba y abajo, como si una luciérnaga gigante se hubiera metido en el sótano, pero era suficiente para servirle de guía.

Jamie se acercó lentamente, muy lentamente, decidido a pillar por sorpresa a Brooks. No llevaba ningún arma encima, un descuido que le llevó a maldecirse por ello, pero tenía a su favor la ventaja del factor sorpresa.

Brooks estaba hablando, y resultaba absolutamente increíble oír a aquel desgraciado charlar como si estuviera en una fiesta, cóctel en mano, chismorreando sobre la gente de alrededor.

—Tengo muchos planes para el hotel en cuanto te quites de en medio. Para empezar, un cambio de decoración completo y echar de patitas a la calle a ese par de viejas que has dejado que se pudran aquí durante años. Vaya panda de inútiles.

La lámpara que Brooks llevaba en la cabeza proyectaba un haz de luz donde fuera que la enfocara, y cuando se giró y miró hacia abajo, Jamie vio a su querida Edie, y tuvo que contenerse para no correr hacia ella y estrecharla entre sus brazos.

Estaba tumbada de costado en el suelo frío y duro, con las manos atadas a la espalda y un trapo en la boca. El profesor Thurloe estaba también en el suelo, no muy lejos de Edie, con los ojos cerrados. También estaba atado y amordazado.

—¿No tienes nada que decir? —le preguntó Brooks a Edie—. Oh, claro. Había olvidado que estás amordazada. —Brooks se agachó y le sacó bruscamente el trapo de la boca—. Si gritas, te lo meteré en la garganta hasta el fondo, hasta que te ahogues con él.

—¿Qué te hace pensar que tendrás el hotel cuando esté muerta? —preguntó Edie, con una voz que apenas era un susurro—. En mi testamento, lego el hotel a mis empleados y los beneficios que se obtengan se tendrán que dividir de acuerdo con los años de servicios prestados. A ti te quedarán algunos miles de libras, poco más.

—Estúpida, eres una chica estúpida. Te refieres a tu antiguo testamento. En tu nuevo testamento, el que la policía encontrará en tu caja fuerte, lo legas todo a tu amado primo, al que durante tanto tiempo habías dado por perdido. Entre mis muchos talentos, soy un experto en falsificar tu firma. He tenido años de sobra para practicar, claro está.

—Supongo que fuiste tú quien envió las cancelaciones —dijo Edie con cansancio, y la desesperación de su voz le partió el corazón a Jamie.

—Efectivamente, pero lo hice solo por diversión.

—¿Y las amenazas enviadas a los periódicos?

—Culpable también de esos cargos. Había que preparar el escenario para lo que venía después. El profesor Thurloe será considerado el culpable de la bomba, yo seré el héroe del día y mi recompensa será este hotel.

—Jamie te lo impedirá —insistió con valentía Edie.

—Ese no hará nada —espetó Brooks, y le tiró del pelo con tanta rabia que Edie lanzó un grito agónico—. No hará nada porque está durmiendo plácidamente en su cama, él y toda la gente que hay en el hotel. Ha bastado con un poco de champán manipulado... ¿Te puedes creer que incluso me ha dado las gracias por la botella?

Brooks volvió a tirarle del pelo y el sonido del grito lastimero de Edie fue más de lo que Jamie podía soportar.

—Te he dado las gracias —dijo, saliendo de su escondite— como haría cualquier caballero. Pero no me lo he bebido. Odio el champán. Lo he odiado siempre. Si me hubieras traído una pinta de Tennent's... Pero no has caído en ello.

Brooks se giró, y en aquel momento Jamie se dio cuenta del grave error que había cometido al delatar su presencia, puesto que la luz de la lámpara de Brooks, que le enfocaba directamente, resultaba cegadora.

Se tambaleó, retrocediendo, notó una ráfaga de aire y lo único que pudo ver fue una sombra cerniéndose sobre él. Levantó los brazos, preparándose para recibir un golpe, que acabó siendo peor de lo que imaginaba puesto que Brooks lo atacó con una barra de metal y los golpes que le empezó a propinar eran tan salvajes que le traqueteaban los dientes. Le llovieron golpes por todas partes, en los brazos, hombros y pecho, y, a pesar de que Jamie era más grande y probablemente más fuerte, comprendió que era solo cuestión de tiempo que Brooks le partiera un brazo, la clavícula o algo peor.

Jamie escuchó otro silbido revelador cuando el arma cortó de nuevo el aire en dirección a él, pero esta vez, en lugar de bloquear el golpe, consiguió agarrar el objeto, empujarlo bruscamente hacia delante y, con Brooks tan cerca de él que incluso podía oler su aliento agrio, dirigirlo hacia la lámpara para arrancársela de la cabeza.

Su enemigo se tambaleó hacia atrás, sin soltar todavía lo que Jamie vio entonces que era una barra metálica para hacer palanca y abrir cajas de embalaje. Con el forcejeo, habían salido del túnel y estaban de nuevo en el sótano, casi a los pies de la escalera, donde había mucha más oscuridad. Tanta que Jamie no vio la montaña de escombros hasta que tropezó con ella y cayó de espaldas al suelo.

Brooks levantó la barra por encima de su cabeza y, con el rostro contorsionado en un rictus de odio, la hizo descender, pero Jamie consiguió moverse a tiempo hacia un lado y el golpe impactó contra su hombro, en lugar de darle en el cráneo. Se arrastró entonces por el suelo, desesperado por volver a ponerse en pie, y, cuando Brooks se abalanzó una vez más sobre él, Jamie cogió un puñado de arena y gravilla y se lo echó a su enemigo a la cara.

Brooks gritó, retrocedió y tropezó con la misma montaña de escombros que había derribado a Jamie momentos antes. Cayó de rodillas al suelo y, antes de que le diera tiempo a incorporarse de nuevo, se abrió la puerta del sótano y una figura bajó corriendo por la escalera. Era Stella, que de un salto se plantó al lado de Brooks y le clavó un objeto en la espalda. ¡Era un paraguas cerrado!

—Esta arma apunta a tu corazón —gritó Stella—. Si te mueves, si se te ocurre siquiera pestañear, te mato. Te lo prometo.

Jamie arrancó la palanca de las manos de Brooks, la arrojó lejos y le dobló el brazo hacia la espalda hasta estar a punto de dislocárselo. Instantes después, lo tenía postrado en el suelo, con ambos brazos sujetos y, aunque supiera que su padre lo habría desaprobado, encontró terriblemente satisfactorio poder clavarle la rodilla con fuerza en la zona lumbar.

—¿Hay por ahí alguna cosa con la que poder atarle las manos?

—Aquí hay cuerda —respondió Edie.

Stella corrió a buscarla y encontró también una navaja que se le debía de haber caído antes a Brooks. Era una suerte que el muy desgraciado no hubiera pensado en utilizarla.

Jamie ató las muñecas de Brooks con la cuerda, bastante más fuerte de lo que debería haberlo hecho, y luego cortó un segundo trozo de cuerda para atarle los pies y sentirse más seguro antes de ponerlo bocarriba. No sería bueno que muriera por asfixia antes de ser llevado a juicio.

Entonces se acordó de la bomba.

Corrió hasta donde estaba Edie, se arrodilló y desató la cuerda con la que Brooks le había sujetado las muñecas.

—Ha hablado de una bomba... ¿Dónde está?

—En el túnel. No sé exactamente dónde.

La lámpara de la cabeza de Brooks estaba en el suelo y Jamie la utilizó para guiarse y avanzar por el envolvente vacío del túnel sin iluminación. Seguir caminando, un paso tras otro, y adentrarse en la oscuridad desconocida le suponía un esfuerzo enorme. Le temblaban las piernas, le costaba respirar y, cuando por fin localizó el dispositivo que Ivor Brooks había ingeniado, la poca valentía que le quedaba amenazó con abandonarlo.

Brooks había dicho que quería quedarse el hotel, e incluso había cambiado el testamento de Edie para asegurarse de ser su heredero, pero el dispositivo que Jamie tenía delante era capaz de derribar el Blue Lion y cualquier otro edificio situado en un radio de cincuenta metros. No solo parecía contener al menos veinticinco kilos de dinamita, sino que además el despertador que llevaba incorporado a modo de mecanismo de cronometraje marcaba firmemente el paso del tiempo, y la manecilla de las horas —las otras habían sido retiradas— avanzaba sin tregua hacia un cable de contacto fijado mediante una gota de cera fundida. Teniendo en cuenta la velocidad a la que avanzaba el cronómetro, la bomba detonaría en un cuarto de hora... o antes.

Volvió corriendo al sótano, se agachó al lado de Brooks y le obligó a volver la cabeza para mirarlo.

—No sé quién te contó cómo fabricar una bomba, pero un solo cartucho de dinamita bien colocado habría sido más que suficiente para volar el túnel y acabar con Edie y el profesor. Pero ese maldito explosivo que has montado podría acabar derribando la totalidad del hotel y los edificios vecinos. ¿En qué estabas pensando?

Brooks abrió de par en par los ojos con incredulidad.

—Mientes. Me dijeron que para volar el túnel necesitaba al menos cien cartuchos.

—¿Te lo dijo el hombre que te los vendió? ¿Por cien veces el precio de la cantidad que realmente necesitabas? Deja que adivine, ¿fue también el que te enseñó a conectar el artefacto?

Jamie se consideraba un hombre pacífico, pero aquella exhibición de avaricia, crueldad, egoísmo

y estupidez de la que estaba siendo testigo le hacía intensamente complicado resistirse a la tentación de estrangular a Brooks allí mismo. Se contuvo con enorme dificultad, aunque solo porque necesitaba comprender cómo había ensamblado Brooks el artefacto.

—Escúchame bien —dijo, fingiendo un tono de compasión que no era para nada sincero—. Puedo llegar a entender tus sentimientos. Estoy seguro de que tienes razones para hacer lo que has hecho. Del mismo modo que estoy seguro de que las autoridades se mostrarán indulgentes cuando tengas la oportunidad de explicarte. Pero si ahora no me ayudas, vamos a morir todos. Dime que lo entiendes.

Pero Brooks, cuya boca se había transformado en una fina línea de terquedad, no dijo nada.

—¿Has fabricado la bomba de tal forma que pudiera desactivarse si cambiabas de idea en el último momento? Morirá mucha gente. Eso lo entiendes, ¿verdad? Gente inocente, perfectos desconocidos. Centenares de personas. Y entre el gentío que se está congregando por encima de nuestras cabezas también hay niños... ¿No te importan en absoluto?

Brooks se encogió de hombros y fijó la mirada en un punto por encima del hombro de Jamie.

—Ya no tengo posibilidades de hacerme con el hotel, y si sobrevivo me enfrento a una vida entera en la cárcel. Mejor una muerte rápida a esa posibilidad.

Era inútil; Jamie comprendió que no conseguiría sacarle nada.

—¿Stella? —gritó, maravillado al ver lo serena que sonaba su voz—. ¿Ha llegado ya el inspector Bayliss?

—No lo sé.

—Bien. Sube enseguida, y si está por aquí, dile que Brooks ha puesto una bomba que es lo bastante potente como para derribar todo el edificio y crear además un agujero enorme en medio del trayecto de la procesión de la coronación. Y si Bayliss no ha llegado todavía, recorre el hotel entero y haz todo lo puñeteramente posible para despejar el lugar. Edie, mira si puedes despertar al profesor. Pero no pierdas mucho tiempo. Te necesito fuera del sótano y lo más lejos que tus piernas puedan llevarte.

Dicho esto, Jamie volvió corriendo al túnel armado con las únicas herramientas de las que disponía: una navaja desafilada y la lámpara de minero que le había cogido a Brooks.

Se acuclilló delante de la bomba, consciente de que no podría hacer nada hasta que no hubiera evaluado todos sus componentes y entendido mínimamente a qué se enfrentaba. Los cartuchos de dinamita, atados entre sí en distintos paquetes, estaban repartidos entre dos maletas abiertas colocadas la una al lado de la otra en el suelo. Encima de los explosivos, en la maleta de la derecha, estaba el despertador que Brooks había modificado con tanta torpeza. El despertador estaba conectado con cables a un detonador eléctrico, que a su vez estaba conectado a un paquete de pilas de linterna de seis voltios. Los cables de conexión eran de color gris uniforme, y el modo

en el que se hallaba colocado el artefacto, apoyado contra la tapa abierta de la maleta, hacía imposible que Jamie pudiera examinar la parte posterior o inferior para comprobar si había algún tipo de trampa que lo hiciera estallar a la mínima manipulación. Si Brooks se había limitado a conectar un elemento con el siguiente, sería un trabajo sencillo y bastaría con cortar la conexión entre el cronómetro y el detonador, algo que con la navaja que llevaba encima podía hacer en un momento. Pero había elevadas probabilidades de que Brooks hubiera incorporado una trampa explosiva y de que un circuito oculto en algún lado detonara en el instante en el que empezara a manipular el artefacto. No había forma de saberlo, tampoco había tiempo que perder. Montones de vidas —centenares incluso— dependían de Jamie, pero hacía años que no vinculaba su ingenio y sus nervios a un artefacto explosivo, y ni siquiera soportaba la idea de pensar en la última vez que lo había hecho.

—¿Consigues solucionarlo? —preguntó Edie, con una voz tan serena que parecía que estuviera preguntando por una bombilla que había que cambiar.

En ese momento, Jamie se dio cuenta de que llevaba todo aquel rato de pie a su lado.

—Oh, sí. No es nada. Pero no puedo empezar hasta que te hayas ido. Por favor, Edie.

—Si me voy, no tendrás a nadie que te sujete la luz mientras trabajas en ello.

—Te lo suplico. Casi no nos queda tiempo. Debes irte.

—Mírame un momento —dijo Edie—. Gracias. Quiero que sepas que creo, que creo de verdad, que eres capaz de desactivar esta bomba y que la desactivarás. Confío plenamente en ti. Y por eso voy a quedarme aquí a sujetarte la luz, para que tengas las dos manos libres y puedas desactivar este condenado trasto. Tienes que pintar una procesión de la coronación y yo tengo un hotel lleno de huéspedes que en nada estarán pidiendo el desayuno, y ya estoy más que harta de aguantar a Ivor Brooks y sus caprichos.

—¿No puedo convencerte de que te vayas?

—No. Cuando salgamos de este sótano, lo haremos juntos.

Nunca la había querido más.

—De acuerdo, pues. Esto estará en un momento.

Capítulo veintiocho

Edie

Claro que tenía miedo. Estaba al lado de una bomba enorme, capaz de destruir el Blue Lion si explotaba, de matar o mutilar a centenares de transeúntes, de hundir la calle que pasaba por encima, de arruinar la coronación y, además, de acabar con su vida y la del hombre que amaba.

Tenía miedo, pero también una confianza ciega en la capacidad de Jamie para desactivar la bomba. Por eso permaneció a su lado, sujetándole la lámpara y observando cómo se inclinaba sobre el artefacto para examinar las distintas partes que Ivor había ensamblado: un conjunto absurdo de pilas y cables, un despertador al que solo le quedaba una aguja y, lo más alarmante de todo, cartuchos y más cartuchos de dinamita que parecían sacados directamente de una película de Hollywood.

Después de lo que le parecieron horas, pero que probablemente no fueron más que unos minutos, Jamie se apartó, inspiró hondo y le sonrió.

—Hecho.

—¿Estamos a salvo? —preguntó Edie, que apenas se atrevía a respirar—. ¿Qué has hecho?

—Puesto que era evidente que Brooks no tenía ni la más mínima idea de qué cantidad de explosivo utilizar, he llegado a la conclusión de que era probable que tampoco tuviera los conocimientos necesarios para ingeniar una bomba trampa. De modo que simplemente he cortado los cables que conectaban el cronómetro al detonador. Era un riesgo, pero había que correrlo.

—¿Y ya estamos seguros?

—Seguros. Te explicaré encantado los porqués y los dóndees, pero ¿te importaría si lo hiciera arriba? No soporto más estar aquí abajo en el sótano.

A Edie se le encogió el corazón de lástima y también por la culpabilidad de haber olvidado por completo lo insoportable que era para Jamie estar bajo tierra.

—No te culpo en absoluto. Veamos si somos capaces de espabilar al profesor.

El pobre hombre empezaba ya a despertarse; con un poco de ayuda, consiguió sentarse y entonces, cuando se le pasó el mareo, Jamie tiró de él para levantarlo.

—Santo cielo. Pero ¿qué demonios ha pasado?

—Bastantes cosas —respondió Jamie—. Llevémoslo arriba.

—¡Las vigas! El señor Brooks me dijo que había encontrado evidencias de inscripciones. Tengo que echarles una ojeada.

—En otro momento —dijo con firmeza Edie—. Cuando le haya visto un médico, cuando hayamos entregado al señor Brooks a las autoridades y cuando haya pasado la coronación, dejaré que les eche una ojeada.

—De acuerdo. Porque ahora que lo pienso, tengo un dolor de cabeza de lo más desagradable.

—No me extraña —replicó Edie—. Lo único que necesita es una buena taza de té. Vamos, acompáñeme.

Con Jamie sujetando al profesor por el brazo derecho y Edie por el izquierdo, y guiados por la luz cada vez más escasa de la lámpara que Edie seguía sujetando, avanzaron con cuidado, un pie tembloroso tras otro, para salir del túnel y cruzar el sótano. Por delante de ellos, apareció de repente una línea de luz, que fue ampliándose a medida que alguien abría la puerta de lo alto de la escalera.

—¿Solucionado? —preguntó desde arriba el inspector Bayliss.

—Solucionado —respondió Jamie.

—Buen chico. ¿Necesitan ayuda?

—Estaría bien, sí.

El inspector bajó y ayudó a Jamie a sacar al profesor del sótano, dejando a Edie sola un momento. Estaba por la mitad del tramo de escaleras y volvió la vista atrás.

Ivor estaba en el suelo, olvidado, aunque imaginó que la policía no tardaría en bajar a por él. La fulminó con la mirada y, a pesar de que Edie sentía curiosidad por saber cómo, exactamente, había elucubrado sus horripilantes planes, no quería volver a escuchar jamás su voz. Además, tenía cosas mejores que hacer que pasar un instante más en su compañía.

—Me voy a ver la coronación —le dijo—. Espero no volver a verte. Excepto en el juicio, por supuesto. Considérate despedido.

STELLA

Después de que se llevaran al hospital al profesor Thurloe, que seguía mareado por el mal rato que había pasado, y encerraran a Brooks, esposado, en el furgón policial que lo estaba esperando y que había accedido al hotel por el patio posterior al estar todas las calles intransitables con motivo de la coronación, Stella se acordó de que tenía que estar en su puesto en la abadía no más tarde de las ocho de la mañana, y ya eran las siete y media.

—Que no cunda el pánico —dijo Edie, tranquilizándola—. Seguro que encontraremos la manera de que llegues a tiempo. Tú ve y arréglate lo más rápidamente posible.

Por suerte, Stella siempre había sido de ese tipo de personas que tienen dificultades en conciliar el sueño si no dejan todo preparado para el día siguiente, y por eso tenía la bolsa de la cámara a punto y el vestido, que Edie había planchado el día anterior hasta dejarlo perfecto, colgado y listo para que ella se desprendiera del pijama y la bata.

Con la Speed Graphic y la película de gran formato en la mochila, la Leica colgada al cuello y el pase de prensa, el carné de identidad y el pase oficial para acceder a la abadía guardados en el bolsillo delantero del bolso, Stella determinó que ya estaba preparada.

Edie y Jamie la esperaban, junto con Gordon y uno de sus policías uniformados.

—El agente Timms se encargará de llevarla a la abadía —le explicó Gordon—. Yo tengo que volver a comisaría para ver qué le saco a Brooks. Si reconoce alguna cosa importante, se lo haré saber.

—¿Y después de eso? —preguntó Edie—. ¿Seguirá detenido?

—No hay posibilidad de que salga. Ni hoy, ni durante una buena temporada. Intente disfrutar del día de la coronación, si puede.

—Haré lo posible —dijo con alegría Edie. Y a continuación, volviéndose hacia Stella—. Esto es para ti. —Le entregó un paquete de sándwiches envueltos en papel de cera—. La cocinera temía que pasaras hambre mientras esperas a que empiece todo.

Stella guardó los sándwiches en uno de los bolsillos exteriores de la bolsa de la cámara y entonces, por un impulso, estrechó a Edie en un breve pero sentido abrazo.

—Dale las gracias a la cocinera de mi parte, por favor.

En el patio adoquinado de detrás del hotel la esperaba un coche patrulla. Gordon abrió la puerta posterior y aguardó, sin mostrar signos de impaciencia, a que Stella se acomodara en el asiento de atrás. El agente Timms rodeó el capó del coche y ocupó el asiento del lado del acompañante.

—Muchas gracias por todo esto —le dijo Stella a Gordon—. No sé cómo podría haber llegado a la abadía sin su ayuda.

—Es lo mínimo que puedo hacer para compensarla por lo que ha hecho usted esta mañana. Ha sido muy valiente.

—Solo he hecho lo que Jamie me ha dicho que hiciera —replicó Stella—. El que ha bajado al sótano ha sido él.

—Me refería a lo del paraguas. Jamie me lo ha contado mientras se estaba usted preparando. No creo que se me hubiera ocurrido ni a mí.

—Estaba aterrorizada. Ni siquiera lo he pensado.

—Permítame que me muestre en desacuerdo. Ha mantenido la cabeza sobre los hombros y ha ayudado a impedir que Brooks volara el hotel y que la mayor parte de Northumberland Avenue quedara totalmente arrasada. Le hablo como alguien que habría pasado el resto de su vida profesional enmarañado en las consecuencias de esta desgracia si ese cretino hubiese conseguido hacer explotar su bomba, y también como un inglés que desea ver hoy coronada a su reina, y, en consecuencia, me siento agradecido, tremendamente agradecido, por lo que ha hecho. Y ahora, dígame, ¿tiene el pase preparado? ¿Todas esas tonterías que piden? Estupendo. —Le estrechó la mano a Stella, cerró la puerta del coche y dio unos golpecitos al techo—. En marcha y buena suerte.

El chófer recorrió el patio marcha atrás para salir a Craven Street, pero, en lugar de girar hacia la izquierda, en dirección al Strand, giró a la derecha.

—Todas las calles están bloqueadas —le explicó el agente Timms, intuyendo que Stella se había alarmado al ver la dirección que tomaban—, así que iremos por el puente de Waterloo. Muy cerca tenemos un amarre de la policía y una barca esperándola. Desde allí es todo recto hasta el muelle de Westminster. Llegaremos en nada.

En cuestión de cinco minutos, no más, estaban pasando junto al embarcadero de Charing Cross y de allí en adelante, la orilla del río era una masa de multitudes felices, ondeando banderas y entonando canciones a todo pulmón.

—Se agotarán —comentó el agente Timms—. Faltan horas para que empiece la procesión.

La barca llegó al muelle de Westminster poco después y, juntos, Stella y el agente subieron corriendo las escaleras y cruzaron Bridge Street. Stella esperaba encontrarse cierto nivel de caos —¿cómo evitarlo con miles de personas compitiendo entre ellas por tener la oportunidad de ver pasar a la reina?—, pero la multitud se mostró educada y ordenada, y no hubo absolutamente nadie que se quejara cuando el agente Timms les pidió con educación que se apartaran y le abrieran paso.

Justo delante de ellos se alzaba el Palacio de Westminster y a su derecha, la abadía, con su parte oeste engullida por un anexo claramente moderno. Siguieron caminando hasta llegar a una barrera custodiada por una pareja de soldados uniformados.

—Es una fotografía de prensa —les explicó el agente Timms.

—Tenía que estar en su puesto hace horas —replicó uno de los soldados.

—No me vengas ahora con chorradas, por favor —dijo el agente Timms—. Si llega tarde es porque ha estado ayudando a Scotland Yard en una investigación.

—¿Y por qué no lo han dicho de entrada? Veamos el pase... No, es el reverso lo que necesito ver, para saber hacia dónde tiene que ir.

—Creo que lo llaman triforio —dijo Stella, confiando en acelerar el trámite.

—Es una suerte que lleve calzado cómodo. El triforio, sí, y mejor que se prepare para una buena escalada. Tendrá que acceder por la entrada que queda justo al lado del Rincón de los Poetas. Ahí enfrente, antes de la sala capitular. Enséñele esto al ujier cuando llegue a la puerta.

Stella se despidió del agente Timms, que le prometió esperarla, y echó a correr, y con las prisas casi olvida las instrucciones para llegar a la entrada. Era un acceso estrecho en una zona de sombra, y por debajo de los arbotantes de una estructura alta y de forma redonda, conducía hasta la puerta prometida. Una pequeña cola de hombres y mujeres esperaban pasar el proceso de admisión y, al ver que varios de ellos llevaban bolsas con cámaras colgadas al hombro, Stella dedujo que estaba en el lugar correcto.

Una vez obtuvo el visto bueno de sus pases y su identificación, siguió a los demás periodistas hacia una puertecilla de madera, detrás de la cual empezaba una escalera de caracol estrecha y empinada. Subió y subió, sin estar segura de cuándo acabaría aquello, pero, como el hombre que llevaba delante le había dicho que era un redactor de la revista Time, le pareció sensato seguirlo.

La escalera terminaba en una especie de entreplanta situada por encima de la nave de la abadía e, igual que sucedería con el desván de una casa antigua, estaba atestada de desechos acumulados con el paso de los siglos. Cerca del borde del triforio habían colocado varias filas de sillas, y una frágil barandilla metálica que llegaba tan solo a la altura de la cintura actuaba como símil de protección contra una larga y previsiblemente fatal caída.

A Stella le llevó un rato abrirse paso entre los demás periodistas y fotógrafos. Saludó brevemente a los que conocía de alguna sesión fotográfica e intentó en todo momento no pararse a pensar en los veinte metros o más de espacio vacío que se abría entre el triforio y el suelo de mármol de la nave. Cuando consiguió sentarse, comprobó que apenas tenía espacio vital para abrir la Speed Graphic, cargarla y colocarla en su regazo. Por suerte, no tendría necesidad de flash, puesto que las luces instaladas para los noticiarios y la televisión alumbrarían el oscuro interior incluso mejor que el sol directo.

Sacó entonces la Leica del estuche, retiró la tapa de la lente y se la colgó al hombro para instalársela debajo del brazo. De este modo, le resultaría fácil acceder a ella cuando la necesitara y a la vez la protegería de cualquier posible golpe.

Miró el reloj; eran casi las nueve de la mañana y faltaban más de dos horas para que empezara la ceremonia. Era un buen momento para comer al menos uno de los sándwiches que le había preparado la cocinera. Sacó el paquete de la bolsa de la cámara, abrió el papel solo lo suficiente para que asomara el triángulo del sándwich y, cuando le dio el primer mordisco, cruzó la mirada

con una mujer sentada en una de las galerías del lado opuesto. También ella estaba comiéndose un sándwich, y lo gracioso del caso era que utilizaba su tiara, vuelta del revés, a modo de improvisado plato. Intercambiaron sonrisas y, cuando Stella cogió la cámara, la mujer hizo un gesto de asentimiento y levantó lo que parecía una botella de cerveza de jengibre para brindar silenciosamente con ella. Era una imagen que valía la pena capturar, aunque la ceremonia no hubiera comenzado todavía.

La abadía se fue llenando de gente a medida que fueron pasando los minutos, el ruido fue también en aumento, y cuando se encendieron los focos de la televisión, un grito contenido colectivo recorrió la muchedumbre. La música empezó a sonar poco después, subiendo gradualmente de volumen, y con ella, una sensación de anticipación a duras penas contenida. El día de la coronación había llegado por fin, y la reina estaba de camino.

JAMIE

En cuanto Gordon y Stella se marcharon, Jamie consideró que tenía tiempo suficiente para subir, despojarse del pijama sucio, darse un baño rápido, afeitarse y vestirse con una camisa y un pantalón decentes. Se estaba abotonando las mangas y reflexionando sobre lo vacío que tenía el estómago, y también sobre lo tarde que era, cuando alguien llamó a la puerta.

Era Edie, que le traía té, tostadas y mermelada.

—No sabía si te apetecería un desayuno completo. ¿Te va bien esto? Si no tienes bastante, bajo corriendo a buscarte unos huevos con beicon.

—Es perfecto. Gracias. Justo estaba pensando en lo mucho que me apetecía una taza de té.

—Tienes tiempo de sobra. No son más que las nueve y media y aún no hay ni rastro de la procesión.

Jamie se bebió despacio el té y entonces, cuando su edulcorado calor empezó a obrar su magia, se comió tres tostadas, untada cada una de ellas con lo que parecía un tarro entero de mermelada, y a cada mordisco empezó a sentirse un poco mejor, un poco más fuerte y más asentado, y cuando hubo acabado, se sentía casi como un hombre nuevo.

—Ya está —dijo Edie—. Así ya no tengo que preocuparme por si te desplomas hoy mientras estás trabajando. Y ahora, tengo que irme para ver cómo va todo por abajo.

—¿No te quedas? ¿Solo al menos hasta que haya pasado la procesión?

Jamie sabía que era injusto pedírselo, pero la deseaba desesperadamente a su lado.

—Por supuesto que me quedaré. Te lo habría pedido, pero no quería obligarte. ¿Estás listo? ¿Necesitas que te suba algo?

—Estoy listo —le aseguró Jamie.

Y lo estaba, porque acababa de atreverse a coger un carboncillo de madera de vid y su mano se había mostrado firme. Lo había intentado de nuevo, esta vez con un lápiz recién afilado: ni el más mínimo temblor.

Se acercó a la ventana, colocó en su sitio el caballete y Edie se quedó a su lado. Y juntos esperaron. El rugido de la multitud se hizo cada vez más potente y entonces, de repente, empezó todo.

Desfilaron primero montones de guardias uniformados con sus casacas rojas y sus sombreros de piel de oso, seguidos por los miembros de la caballería de la casa real, tocados con cascos dorados coronados con penachos de crin de caballo, y luego, por fin, empezó a vislumbrarse a lo lejos la gran carroza dorada, avanzando a un ritmo mucho más lento de lo que Jamie esperaba, con su equipo de ocho Windsor Greys sudando y esforzándose mientras avanzaban pesadamente, y caminando a su lado, lacayos con librea y los Yeomen de la Guardia, con túnicas ostentosamente bordadas y sombreros de estilo Tudor.

La reina, vestida de blanco nupcial y engalanada con diamantes, era una figura increíblemente menuda y delicada. A pesar de estar sentada en el lado opuesto de la carroza, con el príncipe Felipe a su izquierda, Jamie consiguió verla con claridad, puesto que estaba inclinada hacia delante y miraba hacia uno y otro lado mientras saludaba con la mano a las masas que la adoraban: su brazo, tan elegante como el de una bailarina y su sonrisa sincera e inquebrantable.

Realizó un boceto tras otro, trabajando con rapidez pero en ningún modo frenéticamente, y en cuanto la reina y la carroza se perdieron de vista, añadió color a los dibujos y realizó anotaciones al margen, esforzándose por traducir el torbellino de imágenes que tenía en la cabeza en algo que resultara honesto y hermoso.

Tardó mucho en volver a sentarse. Se frotó los ojos, estiró su dolorida espalda y los huesos le crujieron a modo de protesta.

—¿Has acabado? —preguntó Edie.

—Por el momento, sí.

—¿Qué te ha parecido?

—No lo sé, la verdad. Cuando estaba planificándolo todo, los distintos elementos de la procesión no me acababan de cuadrar. Por alguna razón, me parecían excesivos. No sé si me explico. Pero hoy, justo ahora, no he podido evitar pensar que todo encajaba de golpe. Me preocupaba encontrarlo ridículo, pero no lo era. Y no estoy del todo seguro de entender por qué.

Edie se quedó reflexionando sobre aquellas palabras, pero, en lugar de presionarlo para que

siguiera explicándose, le preguntó:

—¿Te apetece bajar para ver la ceremonia por televisión conmigo?

—Me encantaría, pero quiero repasar antes mis bocetos. Asegurarme de que lo tengo todo claro en la cabeza. —Las campanas empezaron a sonar a lo lejos—. La reina está llegando a la abadía. Mejor que bajes para no perderte la ceremonia. No tardaré.

Jamie esperó a que Edie se hubiera ido, y entonces extendió los bocetos sobre la mesa y los estudió, uno a uno, asimilando todas las líneas, todas las sombras y todas las pinceladas de color hasta que pudo ver el cuadro que llevaba tanto tiempo imaginándose, el cuadro que aún tenía que crear, con la misma claridad con la que ahora veía los bocetos dispuestos delante de él.

Sintió tentaciones de empezar, pero le había prometido a Edie que vería la ceremonia de coronación con ella. Media hora de separación era lo único que se sentía capaz de soportar en aquel momento, cuando el recuerdo de Brooks, de la bomba y del sótano estaba aún tan fresco. Necesitaba estar a su lado y comprobar que seguía sana y salva. Necesitaba saber que ninguna parte de su pesadilla había sucedido.

En el sueño que llevaba tantos años obsesionándolo, estaba solo. Siempre. Pero hoy, en el sótano, con todo en juego, con la posibilidad de perderlo todo, Edie había estado a su lado. Su querida Edie, un dechado de bondad, esperanza y amor, que ahora estaba esperándolo, lo cual significaba, para su sorpresa, que después de todo era un hombre afortunado.

Capítulo veintinueve

Edie

En el salón se habían retirado los sofás y los sillones para la ocasión, y en su lugar se habían instalado hileras de sillas del comedor, dispuestas como un pequeño teatro, con el televisor ocupando el centro del escenario.

Los huéspedes y los empleados de Edie habían llenado la estancia hasta reventar y, a pesar de que Edie estaba nerviosa por su reacción —puesto que consideraba que debería haberse responsabilizado personalmente de la tarea de apaciguar susceptibilidades heridas y crisis de nervios, en lugar de dejar el asunto en manos de Gordon y sus agentes—, fue recibida con vítores y hurras y un sinfín de apretones de manos y felicitaciones, puesto que Gordon había explicado a todo el mundo que Edie, Jamie y Stella habían salvado el día de la coronación de un desastre seguro, aunque la naturaleza exacta de ese desastre, más allá de su relación con el champán adulterado que muchos de los presentes habían consumido, era un tema que prefería dejar para otro día.

La cocinera se había recuperado, se había servido un desayuno excelente, y las ventanas del hotel que daban a la calle se habían llenado de huéspedes y empleados cuando la procesión, con su magnificencia majestuosa, opulenta y, seguramente, antediluviana, había pasado por delante.

Y ahora estaban todos en el salón, apretados como sardinas, para ver la gran celebración por televisión. Incluso Edie tuvo que reconocer que era emocionante ver la ceremonia en el mismo momento en que estaba teniendo lugar y saber, además, que millones de personas de todo el mundo estarían también presenciándola.

La procesión acababa de llegar a la abadía cuando Jamie reapareció a su lado.

—¿Me he perdido alguna cosa?

—No, llegas justo a tiempo.

El salón se había quedado en silencio cuando una marea creciente de música procedente del televisor había anunciado la entrada de la reina. Había sonado una fanfarria de trompetas, el grandioso órgano de la abadía había retumbado y las voces del coro se habían alzado al unísono en señal de bienvenida. «Me alegré», cantaban, y el eco había resonado con total sinceridad en el corazón de Edie, porque, a pesar de todo lo que había sucedido en el sótano y de todo lo que había hecho Brooks, se sentía feliz. Allí, en su casa, con Jamie a su lado, se sentía por fin feliz.

STELLA

Desde lo alto del escenario de la coronación, Stella pudo ver a la perfección cómo la reina era conducida hasta la silla del rey Eduardo para su unción, un misterioso ritual sagrado que quedó escondido de la vista del espectador mediante un dosel dorado. El coro cantó sobre Sadoc, el sacerdote que ungió al rey Salomón, y Stella, para su sorpresa, tuvo que parpadear para no derramar las lágrimas que de pronto le inundaban los ojos. Ser testigo de aquel momento fue maravilloso, igual que lo fue también el momento en el que la reina, envuelta en ropajes dorados, fue conducida hasta un segundo trono, donde recibió, sucesivamente, diversas espadas, orbes y cetros.

Y luego, en completo silencio, el sólido peso de la Corona de San Eduardo fue depositado sobre su cabeza y quedó coronada.

Justo en aquel instante, los centenares de lords y ladies que rodeaban a la reina levantaron los brazos y se tocaron las cabezas con sus pequeñas coronas, y el único punto de quietud de la escena quedó concentrado en la esbelta figura de la monarca, serena, digna y tremendamente sola.

«¡Dios salve a la reina! ¡Dios salve a la reina!». Miles de voces aclamaron a la monarca y, aunque era tentador mirar a su alrededor para contemplar la totalidad del espectáculo, Stella no se movió, sino que presionó con delicadeza el obturador de su Leica, que descansaba encima de la barrera metálica que tenía delante, y sacó una fotografía, y luego otra y otra, sin atreverse a pestañear y ni tan siquiera a respirar.

La ceremonia se prolongó al menos una hora más, desarrollándose en un lenguaje tan arcano y desconocido que Stella ni siquiera hizo un esfuerzo para entender qué estaba pasando. Dejó, en cambio, que sus ojos la guiaran, y utilizó tanto la Speed Graphic como la Leica para capturar momentos de belleza y calma entre tanto ruido. Cambió carretes y carretes de película, y cuando por fin la reina se marchó a bordo de su gigantesca carroza dorada y los miles de invitados empezaron a vaciar sus codiciados asientos, exhaló un suspiro de alivio y se dispuso a guardar las cámaras.

Pasó un buen rato hasta que Stella y el resto de los periodistas pudieron bajar por la peligrosa escalera y salir de la abadía a través de la puerta medio escondida del Rincón de los Poetas, y fue un alivio sentirse libre por fin de la luz intensa de los focos y del calor asfixiante del abarrotado interior de la iglesia.

—¡Señorita Donati!

Casi se había olvidado de que el agente Timms le había prometido esperarla, y se sintió ridículamente alegre al verlo porque, hasta aquel momento, ni siquiera se había planteado cómo

llegar desde allí hasta las oficinas de PW.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el agente—. ¿Ha conseguido hacer buenas fotos?

—Oh, sí —respondió Stella—. Pero no sé cómo voy a llegar al trabajo. Veo que está todo muy concurrido.

—¿Dónde tiene que ir? A Fleet Street, supongo. Eso es sencillo. La llevaremos hasta el puente de Blackfriars. Desde allí no queda muy lejos.

Cuarenta minutos más tarde, Stella subía las escaleras del nido de águilas de los fotógrafos de PW, casi sin aliento después de ir corriendo prácticamente todo el trayecto desde el río.

Win la estaba esperando.

—¿Lo has conseguido? —preguntó.

—Creo que sí. He utilizado la Leica, justo en el momento en el que era coronada, con película Ilford 125. He dejado la velocidad de obturación a un quinto de segundo. —Hundió la mano en la bolsa en busca del único carrete que había guardado en el mismo bolsillo que el pase de prensa; no había tenido tiempo de escribir nada en la etiqueta—. Aquí está. Creo que debe de ser la segunda o la tercera imagen.

—Estupendo. Espera aquí un poco. No tardaré.

Win se encerró en el cuarto oscuro, dejándola sola, y aunque Stella sabía que no pasaría más de media hora hasta que la luz roja se apagara y Win acabara de obrar su magia, tener que esperar, preocuparse y preguntarse cómo saldría, todo fue una auténtica agonía.

La luz del cuarto oscuro se apagó por fin.

—¿Stella? —dijo la voz de Win desde dentro.

—¿Sí?

—Puedes pasar. —Era la primera vez que la invitaba a entrar; la primera vez, por lo que ella sabía, que alguien que no fuese Win tenía permiso para cruzar aquella puerta—. Siéntate en ese taburete —le ordenó él. Sus facciones parecían casi demoniacas bajo el resplandor rojizo de la luz del techo—. La película está todavía secándose.

Pasados unos cinco minutos, Win abrió un armario y extrajo de su interior una tira de negativos.

—Son buenas —dijo—. Espera un poco más mientras preparo una hoja de contactos.

Stella no podía ver qué estaba haciendo Win, puesto que se encontraba de espaldas a ella y le había dicho que se quedara donde estaba, pero el silencio y la penumbra del espacio resultaban maravillosamente reconfortantes. De no haber estado tan ansiosa por ver las fotografías, habría

sentido tentaciones de echar una cabezadita.

—Vayamos a la mesa de fuera —dijo finalmente Win—. Hay mejor luz.

Win despejó un poco la mesa y depositó en ella la hoja de contactos.

—Querrás miraras todas, pero creo que esta es la mejor. —Señaló la segunda imagen de la hoja de contactos—. Adelante —dijo, animándola y pasándole una lupa.

Stella se inclinó sobre la hoja de contactos, acercó la lupa a la imagen que Win le había indicado, inspiró hondo para tranquilizarse y miró.

Tal y como se imaginaba y esperaba, la exposición prolongada que había utilizado había capturado la solitaria figura del trono con un enfoque perfecto, mientras que la gente que la rodeaba había quedado en un segundo plano convertida en un remolino impresionista de luz y oscuridad. La reina era el radiante centro de la imagen, sus galas resplandecían bajo el brillo de los focos de la televisión y sus ropajes confeccionados en hilo de oro brillaban con calidez incluso estando reproducidos en escala de grises.

—Sí —dijo—. Es lo que estaba esperando.

—Estupendo.

Win le cogió la lupa y empezó a examinar a fondo la hoja de contactos.

—No estaba segura de poder conseguirlo —reconoció Stella—. Anoche dormí muy poco.

—¿Por los nervios?

—No. Pusieron una bomba. En el hotel.

Win dejó la lupa y se volvió de repente hacia ella.

—No habrás sufrido ningún daño, ¿verdad?

—No. Por suerte no explotó..., tendría que habértelo dicho de entrada. Fue uno de los empleados. Un hombre horripilante llamado Ivor Brooks. Primero dejó a casi todo el mundo inconsciente con algún tipo de gotas que le puso al champán y después encerró a Edie en el sótano. Lo oí por casualidad, y subí corriendo a buscar a Jamie... Supongo que lo recuerdas de la cena de mi cumpleaños. Él impidió que el señor Brooks hiciera estallar la bomba, y entonces llegó la policía y me ayudaron a llegar a la abadía. Hemos ido por el río. —Se calló de golpe, temiendo que su relato pareciera absurdo, pero se quedó sorprendida al ver la expresión de angustia que reflejaba el rostro de Win—. Oh, Win, no te preocupes. Estoy bien. De verdad que estoy bien.

—Me siento como un estúpido. Ni siquiera te he saludado cuando has llegado, y mucho menos te he preguntado qué tal estabas.

—Era imposible que lo supieras. Por favor, Win, no debes preocuparte.

Él acunó la cara de Stella entre sus manos y examinó sus facciones con la misma atención con la que había examinado la hoja de contactos unos instantes antes.

—¿Te quedas conmigo mientras hago las ampliaciones?

—¿No te distraeré si me quedo?

—Ni lo más mínimo —insistió Win—. Entre tanto, puedes contarme cómo fue la ceremonia. He escuchado algo por la radio, pero me gustaría saber qué te ha parecido a ti.

—No pensaba que te interesara la coronación.

—Y no me interesa. Pero en lo que sí que estoy muy interesado es en ti. No solo eres una fotógrafa con talento, sino que además eres una mujer inteligente y divertida, y estoy intentando con todas mis fuerzas no obsesionarme con lo que ha estado a punto de pasarte esta mañana. Y debería decirte también que, si no estuviéramos en nuestro lugar de trabajo, te habría pedido un beso.

—Lo entiendo —dijo Stella—. ¿Y qué te parece esta noche?

—¿Perdón?

—Cuando termines con las ampliaciones, se las hayas enseñado a Kaz, hayas acabado con todo tu trabajo de la jornada, me hayas llevado a cenar y me acompañes de vuelta al Blue Lion, ¿me pedirás entonces un beso?

—Tal y como me lo planteas, ¿cómo podría negarme?

JAMIE

Jamie volvió a su cuarto en cuanto finalizó la ceremonia de coronación, puesto que Edie estaba empeñada en hacer una ronda entre sus huéspedes para verificar que estuvieran satisfechos y ninguno de ellos sufriera efectos secundarios como consecuencia del consumo del champán adulterado. Hizo más dibujos, cada uno de ellos centrado en un elemento distinto de la procesión que quería fijar en su memoria: el trabajo de orfebrería del manto de la reina, el reflejo de la carroza en los charcos de agua de la calzada, la energía cinética de las multitudes exultantes de júbilo...

Cuando decidió apartar la vista del caballete, el sol ya se estaba poniendo y las calles se hallaban vacías. Bajó corriendo la escalera, pero no encontró ni rastro de Edie ni en el salón, ni en el comedor, tampoco en ninguna de las áreas públicas de la planta baja del hotel.

—Está en su despacho —le informó el señor Swan, al ver el nerviosismo de Jamie—. El inspector acaba de llegar. ¿Le digo que está por aquí?

—Sí, por favor.

Instantes después, Edie salió al vestíbulo.

—Iba a subir a buscarle.

Entraron juntos al despacho y, siguiendo instrucciones de Edie, Jamie tomó asiento a su lado y esperaron a que Gordon les contara qué había averiguado.

—Empezaré diciéndoles que sigo sin tener ni idea de qué empujó a Brooks a actuar del modo en que lo hizo. Más allá de la avaricia y los celos, eso está claro. Al parecer, tuvo problemas para encontrar un trabajo estable después de la guerra y quizá fuera eso lo que lo llevó hacia al sur. Sentía además curiosidad por el Blue Lion, y, cuando se enteró de que había un puesto vacante, se postuló para el mismo y usted lo contrató. Al cabo de poco tiempo, decidió que quería el hotel. Pero por aquel entonces ya la conocía a usted lo bastante como para saber que jamás vendería el establecimiento, a menos que se encontrase en una situación desesperada. Sabía también que usted no disponía de mucho capital después de haber pagado los impuestos de sucesiones tras el fallecimiento de sus padres, y sabía asimismo que los gastos superaban con creces los ingresos, sobre todo en los meses más bajos, cuando había pocos huéspedes. De modo que empezó a rechazar huéspedes, siempre que pudo hacerlo sin que usted se diera cuenta.

—Pero ¿cómo hizo eso? —preguntó Edie—. Siempre he insistido en confirmar personalmente todas las reservas que entran.

—Solo aquellas de las que usted estaba al corriente —le aclaró Gordon—. Era muy hábil, y aprendió a dominar el arte de abrir con vapor los sobres que parecían estar remitidos por clientes potenciales. Si la carta era de alguien que nunca se había hospedado en el Blue Lion, lo cual era fácil de comprobar porque usted conserva un fichero con las preferencias de todos sus clientes habituales, Brooks respondía por carta, firmada con el nombre de usted, informando al solicitante de que el hotel estaba completo y de que probablemente en el Cranbourn Hotel, de Leicester Square, tendrían habitaciones disponibles. Y lo mismo con las personas que llamaban por teléfono para pedir una habitación. Si usted estaba en su despacho, y había por lo tanto la posibilidad de que pudiera oírlo, le pasaba la llamada. Pero si usted no estaba cerca, decía exactamente lo mismo: que el hotel estaba completo y que seguramente en el Cranbourn tendrían habitaciones libres.

—¿Cuánto le estaban pagando en el Cranbourn? —preguntó Jamie.

—Media corona por reserva. Imagino que con los años se hizo con un buen dinerillo a base de hacer eso. Una estrategia que además tenía el beneficio añadido de complicarle a Edie el poder salir adelante con su negocio. Por lo visto, Brooks creía, o lo creía al menos hasta hace poco, que usted tendría que vender si el hotel no conseguía que fuese rentable. Incluso reclutó a un viejo amigo de Newcastle para intentar convencerla. Jack Turnbull. Un hombre que ha entrado y

salido de la cárcel al menos media docena de veces por delitos de todo tipo.

—No conozco a nadie con ese nombre —dijo Edie.

—Utilizaba un alias: David Bamford.

—Santo cielo. Jamás sospeché nada.

—¿Y si Edie hubiera accedido a vender el hotel a Bamford? ¿Qué habría pasado entonces? —preguntó Jamie.

—Dudo que Brooks hubiera llegado tan lejos. Lo que es evidente es que no tenía liquidez para comprarlo. En cualquier caso, usted mandó a paseo a Bamford y entonces fue cuando Brooks cambió de planes.

—Cuando decidió matarme —dijo sin alterarse Edie.

—Sí. Se sentía orgulloso de su pequeño plan, por increíble que resulte, y muy sorprendido de que se hubiera deshecho con tanta facilidad.

—¿Cómo consiguió los explosivos? —preguntó Jamie.

—De un vecino de South Shields. Al parecer, es el típico tío que anda siempre hablando por los codos del peligroso trabajo que lleva a cabo ocupándose de colocar las cargas de dinamita en la mina de carbón del pueblo. Brooks lo hizo hablar, le preguntó si alguien se daría cuenta si faltaba una pequeñísima cantidad de los explosivos que se utilizan en la mina, y le prometió que le pagaría bien por el material si no hacía preguntas. Le dijo que lo necesitaba para demoler un viejo refugio antiaéreo que había en una finca que había adquirido. El vecino convenció a Brooks de que cuanto más mejor, y lo envió de vuelta a Londres con dos maletas, cada una de ellas cargada con doce kilos de dinamita, y se lavó las manos.

—¿De modo que recogió los explosivos cuando estuvo en su casa para visitar a su madre? —preguntó Edie.

—Sí, solo que su madre no estaba enferma y tampoco fue a visitarla. Fue directamente allí y volvió, y pasó el resto de su tiempo libre en su minúsculo piso, aquí en Londres. Supongo que fue entonces cuando preparó las otras partes del artefacto. Tuvo que modificar el despertador, conectar las pilas y soldar los terminales, etcétera.

—Me comentó que su padre era farmacéutico —dijo Edie, tan serena que a Jamie le resultaba increíble—. ¿Fue así como obtuvo lo que sea que le echara al champán?

—Su padre era minero, pero Brooks estuvo trabajando para la farmacia de su pueblo cuando iba al colegio. Barriendo el suelo, de chico de los recados, entregando pedidos. Conseguí sacarle el nombre del establecimiento. No me sorprendería que les hubiera hecho una visita hace poco tiempo, y que como consecuencia de esa visita hubiera desaparecido una botella de hidrato de cloral o de algo por el estilo. Y por lo que se refiere al éter que utilizó para dejarla inconsciente a

usted, podría haberlo comprado en cualquier sitio.

—Dios mío. Esto es cada vez peor —reflexionó Edie.

—La fotografía de Stella —recordó entonces Jamie— ¿fue Brooks el que la hizo pedazos?

—Imagino que sí. En ningún momento le han faltado cosas desagradables que decir sobre ella. Y en cuanto a usted, bueno, no me apetece insultarlo repitiendo algo de lo que ha dicho.

—¿Es eso todo? —preguntó con agotamiento Jamie.

—Casi. Las amenazas a los periódicos fueron también obra de Brooks. Creo que eso ya se lo confesó a usted en los túneles cuando estuvo con él.

—¿Y cómo es que el profesor estaba ya de vuelta en el hotel? —preguntó Edie.

Gordon se puso colorado como un tomate.

—Eso fue un error mío. ¿Recuerda las amenazas que encontramos anotadas en sus cuadernos? ¿Las que hablaban sobre ríos de sangre y demás?

Edie puso mala cara.

—Cómo iba a olvidar una cosa así.

—Pues resultó que no eran amenazas sino traducciones, frases de cartas escritas por seguidores de María, reina de Escocia. Por lo visto, encontró esas cartas hace años, en los archivos donde trabajaba, y estaba empezando a traducirlas del escocés y el francés originales. Fue pura casualidad que fueran tan similares a las amenazas urdidas por Brooks. Me bastó con eso para soltarlo, aunque pedí a uno de mis agentes que lo llevara a otro hotel. Imagino que debió de volver aquí a altas horas de la noche.

—¿Así que esto es todo? —preguntó Jamie.

Gordon se encogió de hombros.

—Más o menos. Todo encaja, al menos por lo que a mí respecta.

—¿Y ahora qué pasará?

—Ahora me corresponde el duro trabajo de confeccionar un caso contra él, aunque debo decir que me ha facilitado mucho la tarea al proporcionarme tantas evidencias. ¿Creerán que ni siquiera se tomó la molestia de utilizar guantes para ensamblar la bomba? Imagino que los dos serán llamados para testificar en el juicio, aunque eso será de aquí a unos cuantos meses. Entre tanto, Brooks permanecerá en prisión preventiva, por lo que no tienen que preocuparse por la posibilidad de que se presente de pronto en la puerta de su casa.

—Gracias a Dios —dijo Edie, mirando el reloj—. Santo cielo, son las nueve y cuarto. Nos hemos perdido el discurso de la reina por radio.

—Seguro que lo repetirán mañana en las noticias —dijo Jamie, tranquilizándola—. Y lo que no nos hemos perdido son los fuegos artificiales.

Se despidieron de Gordon y entonces Edie insistió en hacer la ronda por el comedor, el salón y la biblioteca, y solo entonces, con la seguridad de que sus huéspedes no necesitaban nada de ella, accedió a taparse con el impermeable y salir a pasear con Jamie hasta el río.

—Un paseo nos irá muy bien a los dos —dijo Jamie.

—De acuerdo. Pero solo porque no tengo ganas de que este día termine.

Recorrieron Northumberland Avenue cogidos de la mano. Las calles seguían atestadas de gente celebrando la coronación y, a pesar de que el puente de Bayley estaba abarrotado, Jamie consiguió encontrar un hueco para ellos.

Acababan de empezar los fuegos cuando Edie se puso de puntillas y le dijo a Jamie al oído:

—Creo que debería habértelo dicho antes, aunque me parece que ya lo sabes: te quiero.

—Eso de que insistieses en quedarte conmigo mientras intentaba desactivar la bomba fue una forma de enseñarme tus cartas —replicó él, bromeando—. Yo también te quiero. ¿Puedo besarte?

Edie lo miró con ojos brillantes.

—Sí —respondió.

Y descansó la mano sobre el corazón de Jamie, que inclinó la cabeza y la besó mientras los desconocidos los apretujaban por todas partes, el río seguía fluyendo y los fuegos artificiales de la coronación iluminaban el cielo barrido por la lluvia.

Epílogo

Edie

19 de noviembre de 1953

Iba a ser una visita privada, el Palacio había sido tremendamente claro al respecto. Finalizado el evento, naturalmente, la decisión de Su Majestad la reina de reunirse con la señorita Howard y su gente en el Blue Lion para tomar el té podría ser compartida con la prensa, pero en ningún caso antes.

Durante las semanas transcurridas desde que se habían iniciado las comunicaciones con el Palacio —se había acostumbrado a considerarlo así, como una entidad escrita en letras mayúsculas y personalidad propia—, Edie había aprendido varias cosas. Ahora sabía cómo debía dirigirse a la reina («Su Majestad», cuando le fuera presentada y, a partir de ese momento, utilizando el término más general de «señora»); cómo conversar con ella (sin preguntas directas, sin exhibir en ningún momento un exceso de familiaridad, sin pedir para nada su firma o su compromiso y, sobre todo, sin establecer ningún contacto físico con la real persona que no fuera más allá del que tuviera con la mano de Su Majestad cuando esta se la ofreciera, e incluso entonces, rozándola tan solo, recordando que S. M. estrechaba muchas manos a lo largo del día y que una presión excesiva podría resultarle incomoda); y cómo preparar el Blue Lion para aquella visita real, privada y no oficial (se reservaría una habitación con servicios para uso expreso de Su Majestad; la silla que se le ofreciera a S. M. durante el té tenía que ser del mismo estilo y disposición que las de las demás personas presentes, con asiento firme y un respaldo con buena sustentación, y habría que colocar un taburete o mesita baja al lado para que S. M. pudiera depositar el bolso).

Edie había preguntado si ella y la cocinera podían conocer las preferencias de Su Majestad para el té de la tarde, pero el Palacio había respondido de un modo tangencial y exasperante, diciendo únicamente que S. M. estaría encantada con un té inglés convencional, y que los únicos alimentos que se debían evitar eran el marisco, el picante excesivo, el ajo y la cebolla (excepto la cebolla tierna, que era aceptable siempre que fuera con moderación).

Edie y la cocinera se habían decidido por un menú sencillo con dos tipos de sándwiches (de pepino y de huevo y berros) y dos variedades de bollos (simple y con pasas). Los bollos se servirían acompañados con mermelada de fresa y crema inglesa, y finalmente habría también una barra del pan de jengibre tradicional del hotel, decorado para la ocasión con un cartelito de papel, sujetado mediante pinchos de madera, donde estaría escrito, en temblorosa mano,

«BIENVENIDA AL BLUE LION, S. M. LA REINA ISABEL II».

Este adorno incumplía las normas impuestas por el Palacio, que había especificado que no debía haber un exceso de decoración, pero Dolly lo había preparado especialmente para la ocasión, y la chica estaba tan emocionada y tan nerviosa que Edie había tomado la precaución de desenterrar del botiquín de su despacho un antiguo frasco de sales y se las había guardado en el bolsillo de la chaqueta, por si acaso.

En pocos minutos, la reina en persona llegaría al Blue Lion para tomar el té y, anticipándose al momento, Edie estaba plantada ya en la puerta, que había sido cuidadosamente abierta de par en par para facilitar las entradas y salidas. La calle había quedado cerrada hacía cuestión de una hora y una docena de policías montaba guardia a intervalos a lo largo de la acera. Edie estaba flanqueada por Dolly y por Mick, y Dolly sujetaba con manos temblorosas un ramillete para la reina, una bella composición de claveles y gipsófila.

Las manos de la pobrecilla temblaban tantísimo que el ramo corría peligro de perder sus pétalos, y después de enviar una oración silenciosa al cielo para pedir que la chica no se desmayara a los pies de la reina, Edie miró a Mick y empezó a decirle en voz baja:

—Si Dolly...

—La sujetaré. Usted ocúpese de Su Majestad.

Y antes de que tuviera tiempo de darle las gracias, tres automóviles enfilaron la calle y se detuvieron majestuosamente; al instante, todos y cada uno de los policías se pusieron firmes, como si estuvieran atraídos por una fuerza exterior. El segundo coche era un enorme Rolls-Royce de color vino, con un escudo heráldico grabado en el parabrisas. Sorprendiendo a Edie, un hombre salido de la nada corrió a abrir la puerta posterior del lado del acompañante y de pronto, la reina estaba allí, acercándose a Edie, sonriendo y extendiendo su mano elegantemente enguantada para saludarla.

Estaba allí, la reina Isabel en persona, nada que ver con Gloriana el día de su coronación, sino una mujer joven y muy bella vestida con una chaqueta maravillosamente entallada y una falda de vuelo de corte espléndido, un tocado en forma de pequeña media luna de color azul tinta y redecilla en la cabeza, un collar de perlas de tres vueltas al cuello y, en la solapa, un broche de diamantes que enmarcaba un gigantesco zafiro ovalado.

—Buenas tardes, señorita Howard, ¿qué tal está?

Edie cogió la mano de la reina y se inclinó en lo que confiaba que fuera un saludo razonablemente correcto.

—Muy bien, gracias. Bienvenida al Blue Lion, Su Majestad. ¿Me permite que le presente a la señorita Dolly Withers, nuestra empleada más joven?

Gracias a algún tipo de milagro, esta había recuperado su sangre fría o, mejor dicho, la había

descubierto, y se inclinó con una reverencia que habría causado envidia a la mismísima Margot Fonteyn.

—Bienvenida al Blue Lion, Su Majestad —dijo, ofreciéndole el ramillete—. Estamos todos muy honrados por su visita.

—Muchas gracias, señorita Withers. Muy amable.

—Permítame que le presente también a nuestro portero, el señor Michael Nelligan —continuó Edie.

—¿Qué tal está, señor Nelligan?

Mick, quien hasta el momento había estado firme como un soldado, ejecutó un saludo sin tacha.

—Muy bien, Su Majestad. Gracias.

La reina, seguida por su dama de compañía, entró en el hotel con Edie justo detrás. El resto del personal esperaba en el comedor, junto con los huéspedes de larga estancia del hotel y dos invitados más: el detective Bayliss y Archibald Owens, maestro de la Venerable Compañía de Carreteros y Carroceros, cuya única condición para descolgar el cuadro que Jamie había pintado del día de la coronación y que decoraba ya el salón de su gremio, había sido obtener una invitación para conocer en persona a la reina.

Hubo el tiempo justo para que la real invitada estrechara la mano de todos los empleados de Edie, aunque lamentablemente no para que pudiera conversar con ellos, con unos valiosos minutos reservados aparte para que conociera al profesor Thurloe, que le había prometido a Edie que durante la visita no airearía sus quejas sobre los gastos de la coronación y los festejos, así como con la honorable Leopoldine Crane y la honorable Albertine Crane. El breve momento de la presentación dejó a las hermanas sumidas en un estado de felicidad casi incandescente.

Llegó luego el turno del maestro Owens, que se alargó mucho tiempo explicando la decisión de su gremio de encargar un retrato de Su Majestad y su procesión como una forma de conmemorar el quinto centenario de su existencia; aun así, la reina lo escuchó con paciencia, le regaló una sonrisa que dejó al hombre parpadeando de asombro y pasó a la siguiente persona de la fila.

—Le presento a la señorita Stella Donati, señora —le explicó Edie—. Es fotoperiodista de Picture Weekly y también una de las personas que ayudó a impedir el... el desgraciado suceso del día de su coronación.

—¿Qué tal está, señorita Donati? Tengo entendido que es usted también la autora de la espléndida fotografía de mi coronación que apareció en la portada de su revista. Qué increíblemente inteligente por su parte haberlo capturado todo tan bien.

—Gracias, señora. Fue realmente un honor ser testigo de la ceremonia.

El inspector Bayliss fue el siguiente, con su cara pecosa engullida por el rubor y su mano rolliza

temblando al entrar en contacto con la de la reina.

—Fue todo en cumplimiento de mi deber, Su Majestad —replicó cuando la reina le dio las gracias por su gallardía—. Pero el héroe de aquel día fue este caballero de aquí, el señor Geddes. Él y la señorita Howard. Yo simplemente llegué cuando ellos ya habían puesto su vida en peligro para garantizar la seguridad de todo el mundo.

Edie había llegado ya al lado de Jamie, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sumarse al momento y elogiar al hombre que amaba. Se contuvo, sin embargo, porque sabía que lo pondría en una situación comprometida y reduciría, además, el cada vez más pequeño espacio de tiempo que les quedaba para tomar el té.

Pero la reina no tenía prisa.

—Creo que mi padre lo condecoró por su valor en la guerra, señor Geddes.

—Así es, Su Majestad.

—Por el aspecto de este cuadro, veo que es usted un artista con talento además de un hombre valiente.

—Muy amable, señora. Gracias.

Jamie se había tomado su tiempo para finalizar su encargo, también había ignorado categóricamente las peticiones del maestro Owens y otros miembros del gremio cuando le habían pedido actualizaciones sobre el estado de la obra o poder echarle un vistazo. Cuando Jamie había considerado que el cuadro estaba por fin listo para ser admirado, el maestro Owens lo había declarado un triunfo, igual que la Royal Academy, que ya se había asegurado su préstamo para la muestra de verano de 1954.

Edie no tenía ningún conocimiento técnico que le sirviera para comprender la forma de trabajar de Jamie, y solo poseía una idea muy somera de la historia de las tradiciones y las tendencias artísticas, pero podía, creía, ver la diferencia entre algo bueno y algo realmente magnífico. Y Dos de junio era, a su entender, una obra maestra.

A pesar de que Jamie había visto la procesión desde la planta superior del hotel, había adoptado el punto de vista de alguien situado al mismo nivel que la reina a bordo de la carroza dorada, aunque a cierta distancia, con las multitudes diluidas en una mancha impresionista. El resplandeciente y grandioso orbe barroco de la carroza había quedado convertido en un marco en el que la reina, bella como una heroína de cuento de hadas, era su encantador centro. Detrás de ella se alzaba la solidez del Cartwrights' Hall, reconocible y mejorado, si acaso era posible, con sus impasibles líneas ennoblecidas por la halagadora interpretación que Jamie había hecho de su fachada de estilo victoriano tardío. El cielo apagado y la acera mojada por la lluvia habían subrayado el contraste entre la sobria vestimenta de las multitudes y el esplendor de la procesión real, y Jamie había conseguido capturar también una sensación de movimiento dentro del conjunto, por lo que daba la impresión de que en cualquier momento los caballos echarían a

andar, la reina continuaría saludando y las infinitas piedras preciosas incrustadas en su diadema, joyas y vestido seguirían deslumbrando y deleitando al público.

Uno de los hombres con traje oscuro que acompañaban a la reina, que debía de ser un cortesano del palacio o quizá algún tipo de policía, captó en aquel momento la atención de Edie e hizo el discreto gesto de señalarse el reloj.

—¿Le importaría a Su Majestad tomar el té con el señor Geddes, la señorita Donati, el inspector Bayliss y conmigo? —preguntó entonces Edie.

—Me encantaría, gracias.

Pasaron a la mesa más grande, la única preparada para el té aquella tarde, y esperaron a que la reina y su dama de compañía tomaran asiento para sentarse ellos, con Edie a la derecha de la reina y Jamie a la izquierda de la dama de compañía, y a continuación el personal del Blue Lion, junto con las Honorables y el profesor, abandonaron discretamente el comedor. La tetera ya estaba llena, las bandejas correctamente dispuestas, y mientras esperaban, la reina se quitó los guantes y los guardó en su bolso, que dejó en la mesita instalada al lado de su silla.

—¿Sirvo yo el té? —preguntó la dama de compañía sin nombre, indicando con un gesto la tetera.

—Oh, sí —respondió la reina, y seleccionó varios sándwiches y pastas entre las exquisiteces dispuestas delante de ella—. Me parece que existe una leyenda del hotel relacionada con una antepasada mía.

—Sí, señora —dijo Edie, y le explicó la historia de Isabel I, la tormenta de nieve y la silla que en su día utilizó la reina, expuesta ahora en su tarima—. Pensamos en emplearla de nuevo para su visita, pero cuando la probamos el otro día nos pareció un poco..., un poco inestable.

La silla había crujido de un modo alarmante bajo el ligero peso de Dolly, de ahí la nota de advertencia que se veía ahora sobre el cojín de terciopelo devorado por la polilla.

—Me parece muy sensato. Estos bollos están deliciosos, por cierto. Felicite de mi parte a la cocinera.

—Lo haré, señora. Gracias.

—Tengo entendido que el individuo que causó tantas dificultades aquí, en su hotel, ha sido ya juzgado por sus crímenes. ¿Es eso correcto, inspector Bayliss? ¿Puedo preguntar qué fue lo que lo llevó a un proceder tan desafortunado?

—Es un primo lejano de la señorita Howard, cuya existencia ella desconocía por completo, naturalmente, y estaba convencido de que su antepasado común había desheredado a su parte de la familia. Por lo visto, aspiraba a recuperar el control del hotel como resultado de sus maquinaciones.

—Entiendo. Los primos lejanos pueden resultar problemáticos, sí. Creo que la reina Isabel I

sabía bastante del tema.

—Sí, señora. Por suerte, la señorita Howard, el señor Geddes y la señorita Donati pudieron reducirlo. Ha sido condenado por intento de asesinato, agresión, falsificación, robo y varios delitos menores más.

—¿Pero no por traición? —preguntó la reina, y Edie no supo deducir si la pregunta iba en serio o en broma. El brillo en los ojos de la monarca, sin embargo, le llevó a decantarse por lo segundo.

—Presioné para que así fuera, señora, pero existía la preocupación de que pudiera atraer una atención indebida por parte de la prensa.

—Entiendo, sí. Es una suerte que la señorita Donati trabaje para una publicación respetable.

—Sí, señora —reconoció Stella.

Según Stella, la posibilidad de que Picture Weekly publicara el relato de una persona que poseía información privilegiada del plan de Ivor Brooks para apoderarse del Blue Lion había sido rechazada de entrada por Walter Kaczmarek, que deploraba lo que calificaba como «periodismo sensacionalista». Había que reconocer que el reciente juicio de Brooks había avivado el interés del público, pero a las pocas semanas la atención del país se había visto desviada de nuevo hacia otros escándalos y sucesos.

—Tampoco creo que usted haya buscado sacar provecho del incidente —declaró la reina, posando en Edie su luminosa mirada azul.

—No, señora. Aunque con toda sinceridad le digo que parece que se ha corrido la voz. Nunca habíamos tenido tanta gente para tomar el té de la tarde, e incluso ahora, en temporada baja, estamos casi completos.

—Me alegro mucho de oírlo. ¿Puedo felicitarla también por su compromiso con el señor Geddes?

Una semana después de terminar Dos de junio y de haberlo entregado al maestro Owens, y un día después de enterarse de que su marchante tenía tantas peticiones de encargos que se mantendría ocupado durante varios años, Jamie le había sugerido a Edie ir a dar un paseo. La había llevado al mismo banco de St. James's Park donde se sentaron cuando entablaron amistad y se había arrodillado en la gravilla delante de ella, le había cogido ambas manos y le había preguntado si le haría el honor de acceder a convertirse en su esposa.

Ella había respondido que sí al instante, por supuesto, y, después de admirar el anillo y de intercambiar una serie de deliciosos besos, Jamie le había explicado por qué no se lo había pedido antes.

—Quería tener ciertas garantías de que yo no iba a ser una carga. No..., escúchame. Eres una mujer de éxito por derecho propio, y eres la propietaria y la directora del hotel. Por eso quería estar seguro de que tengo ciertas esperanzas de éxito como artista. Para que supieras que en este

mundo existe alguien que desea cuidarte única y exclusivamente porque te lo mereces.

—Oh, Jamie. Me casaría encantada contigo aunque ni tú ni yo tuviéramos un penique.

—Lo sé, y ese es uno de los motivos por los que te quiero. Pero solo uno entre muchos.

El anillo había sido también la causa de un pequeño retraso en su proposición, puesto que la madre de Jamie había insistido en que se confeccionara a partir de joyas de su atavío nupcial. Las piedras preciosas, que su madre le había mostrado en secreto a Jamie en el transcurso de una visita improvisada a Londres, habían sido enviadas de nuevo a la India para que el joyero preferido de su familia las engarzara. En conjunto, el proceso se había alargado tanto que Jamie casi había tomado la decisión de seguir adelante con su proposición, hubiera o no anillo. Pero Edie se alegraba ahora de que Jamie hubiera seguido el consejo de su madre, puesto que el resultado —un zafiro con talla cojín (azul por el Blue Lion) engarzado en filigrana de oro y rodeado de resplandecientes esmeraldas— la había dejado literalmente sin aliento cuando su prometido se lo había puesto en el dedo.

Jamie se había mudado poco después de su compromiso a un pequeño apartamento situado justo encima del Queen Bess. Desde los ventanucos de su pequeño piso no había vistas y a Edie le preocupaba que la taberna fuera demasiado ruidosa y Jamie no durmiera bien, pero no había habido manera de convencerlo.

—No soporto la idea de que tengas que aguantar chismorreos por mi culpa. No me moveré de allí hasta que nos casemos, entonces volveré al Blue Lion.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó la reina.

—El doce de febrero, señora —respondió Jamie.

—El primer aniversario del día que nos conocimos.

—Nuestra idea es celebrar una boda discreta —añadió Edie—, y luego marcharnos de luna de miel a Escocia. No he estado nunca allí.

El comentario provocó una amplia sonrisa en la reina.

—Es usted un hombre valiente, señor Geddes, por presentarle su tierra natal en pleno invierno.

La dama de compañía, que había consultado su reloj más de una vez, carraspeó con discreción. La reina respondió con un leve gesto de asentimiento, después de lo cual cogió su bolso, sacó de su interior los guantes y se los puso. Uno de los hombres de traje oscuro se acercó a retirar la silla. Todo el mundo se levantó.

—Muchísimas gracias por su espléndido té, señorita Howard, y por su valentía, y la de todos los presentes. Les estoy muy agradecida.

La reina estrechó la mano de Edie y de los demás una vez más, intercambiaron una ronda de

despedidas, se marchó y eso fue todo. La visita real había llegado a su fin y Edie pudo volver a respirar.

—Qué extraordinario —dijo, en cuanto se aseguró de que la puerta principal estaba correctamente cerrada y el coche de la reina se había marchado—. Tenía la sensación de estar en presencia de alguien inmortal. Sé que no lo es, claro, pero tampoco da la impresión de estar unida por completo a este plano mortal.

Todo el mundo coincidía con Edie; también ellos reconocieron haberse sentido un poco aturdidos por la experiencia, excepto Stella, que se había comportado durante toda la visita con su habitual e imperturbable aplomo.

—Debo volver al trabajo, aunque sea solo para contarles a mis amigos qué se siente tomando el té con la reina. Estoy segura de que a Kaz le hará mucha gracia saber que ha descrito Picture Weekly como una «publicación respetable».

—Yo me marcho también —dijo Gordon, que se dirigía a Edie y Jamie con el nombre de pila desde el día de la coronación—. Tengo que llamar a mi señora para explicarle cómo ha ido todo. Y luego volveré a mi ocupación habitual: robos y agresiones y, con un poco de suerte, ni el más mínimo atisbo de traición. ¿Se pondrán en contacto conmigo si hay algún problema?

—Por supuesto —le prometió Edie—, aunque las cosas nunca habían marchado tan bien en el Blue Lion. No se preocupe por mí, por favor.

Y era cierto. Desde que el plan de Brooks de desviar las reservas del hotel había dejado de ser un impedimento, y con el flujo regular de clientes que estaba aportando el incremento de interés hacia el establecimiento, el Blue Lion estaba en una posición mucho mejor que nunca. Las cuentas llevaban meses en positivo.

La madre de Brooks no sabía nada sobre las maquinaciones de su hijo, aunque había reconocido haber expresado cierta amargura por haber sido desheredada y por la relativa penuria en la que se había criado. El vecino que había facilitado la dinamita a Brooks había sido declarado culpable de delitos menores y sentenciado a prisión, aunque por un periodo de tiempo muy inferior al que había sido condenado el hombre al que le había entregado una cantidad de explosivos suficiente como para convertir el palacio de Buckingham en una montaña de humeantes escombros.

Durante el juicio, Brooks había insistido en que, al menos de entrada, nunca había pretendido matar a Edie y al profesor; que su única intención había sido convencerla de que compartiera con él la propiedad del hotel o, induciéndola a entablar con él una relación romántica, hacerse con el control a través del matrimonio. Por suerte, el juez había desestimado tales afirmaciones y había sentenciado a Brooks a algo muy próximo a una cadena perpetua. Con buena conducta, podía esperar quedar en libertad para el jubileo de la reina.

Brooks era parte del pasado de Edie; Jamie era su futuro. La boda sería un acto reducido, al que asistirían solamente la familia de Jamie y los amigos más íntimos de ambos. Entre ellos estarían Stella y Win Keller —que a lo largo de las últimas semanas se había convertido en «mi Win»

siempre que Stella hablaba de él—, junto con Walter Kaczmarek y su esposa, Miriam. El año de la coronación tocaría pronto a su fin, y Jamie y ella iniciarían juntos una nueva vida.

El peso reconfortante del brazo de Jamie se posó sobre los hombros de Edie, devolviéndola al presente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jamie.

—No tengo ni idea —reconoció Edie—. Llevo semanas sin poder pensar en otra cosa que no fuera la visita de la reina.

—¿Vamos a dar un paseo?

Jamie le acercó el abrigo y el sombrero y esperó con paciencia a que Edie se los pusiera, localizara los guantes en los bolsillos y sacara la bufanda de la manga del abrigo.

—Lista —dijo ella por fin—. ¿Dónde vamos?

—Adelante, mi querida Edie. Siempre adelante.

—No me imagino nada mejor —contestó ella.

Enlazó a Jamie por el brazo y juntos se sumergieron en la acogedora luz de su brillante y atractivo futuro.

Nota de la autora

Desde la publicación de *El vestido*, en 2019, he recibido muchas cartas y mensajes de correo electrónico remitidos por lectores que deseaban saber dónde podían ver y conocer más detalles sobre los bordados creados por Miriam Dassin. La dificultad, claro está, es que al ser Miriam un producto de mi imaginación, también lo eran sus obras de arte; y mientras que abordé brevemente este hecho en las notas históricas del final del libro, me temo que no fui lo bastante explícita en mi disquisición. Mea culpa, y mis disculpas para cualquiera que haya invertido su tiempo en la infructuosa búsqueda de los bordados del Vél d'Hiv.

Y ahora, en vez de arriesgarme a incentivar a mis lectores a emprender la misión imposible de buscar información sobre el Blue Lion, las pinturas de A. J. Geddes o la fotografía de Stella Donati de la coronación de la reina Isabel, voy a ser honesta y reconoceré algo de entrada: inventé material para el libro. Bastante material, de hecho.

No inventé, y ni siquiera alteré, nada realmente significativo en lo que respecta a los hechos históricos relacionados. La difunta reina Isabel II fue coronada en la Abadía de Westminster el 2 de junio de 1953, y los hechos de aquel día, tal y como los he descrito en *El año de la coronación*, sucedieron de verdad. Todo esto forma parte del registro histórico y se puede verificar fácilmente, y si el lector desea conocer más detalles, encontrará una lista de lecturas adicionales en mi página web.

Donde dejé volar mi imaginación fue en todo lo referente a las personas que viven en el Blue Lion, sus acciones, su trabajo y el hotel en sí mismo. Son todos, sin excepción, productos de mi imaginación, y no voy a disculparme por ello; el libro es, al fin y al cabo, una obra de ficción histórica.

Dicho esto, creo que vale la pena añadir un poco de contexto a mis decisiones; y si, después de la lectura, el lector sigue teniendo preguntas, puede ponerse en contacto conmigo a través de mi página web o de las redes sociales.

Me parece que lo mejor es empezar por el corazón del libro. El Blue Lion, tal y como queda descrito en *El año de la coronación*, no existe, y ni siquiera existió en el pasado. Si el lector visita Londres y quiere buscar el Blue Lion, encontrará en su lugar un antiguo y encantador edificio al final de Northumberland Street, ocupado en la actualidad, y desde hace muchas décadas, por la histórica taberna Sherlock Holmes. Mientras que el edificio guarda un parecido superficial con el Blue Lion, a diferencia de lo que sucede en la novela, no está construido sobre una estructura anterior; el edificio, junto con la mayoría de sus vecinos, tiene solo unos pocos siglos de antigüedad.

Resulta razonable preguntarse, habiendo visto la ilustración del principio del libro, cómo es posible que el Blue Lion se describa con tanto detalle si nunca existió. Por lo que a la ilustración

se refiere, confié en el talento artístico y los conocimientos arquitectónicos de mi amiga Charisma Panchapakesan, artista y arquitecta radicada en Toronto. Puede que en su día tuviera una imagen del Blue Lion distinta a la ilustración del libro, pero la versión tan maravillosa que creó Charisma la desplazó hace tiempo. Todos los detalles que especifico en *El año de la coronación* están presentes y son exactos a como me los había imaginado, desde el cartel colgado en la entrada hasta la antigua placa junto a la puerta, pasando por la maceta de primulas en el alféizar de la ventana de la habitación de Jamie. Juntas (¡con la mayor parte del trabajo cayendo sobre los hombros de Charisma!) fuimos capaces de crear una versión de mi hotel de ficción que no solo es posible, en el sentido de que la estructura y el diseño arquitectónico son los que cabría esperar en esta parte de Londres, sino que además es plausible. Confío en que el lector esté de acuerdo en que nuestro Blue Lion es el tipo de lugar que, si la historia hubiera dado algunos giros menores, podría haber existido perfectamente.

Y ya que el Blue Lion es un lugar de ficción, debería concretar también que la leyenda de la reina Isabel I refugiándose allí de una tormenta no es cierta y, además, no deriva de ninguna leyenda existente. Si eso lleva al lector a preguntarse si la reina Isabel II tomó alguna vez el té en el Blue Lion..., creo que ya sabe lo que voy a responderle.

Después de haber declarado en más de una ocasión que nunca incluiría a la difunta reina como personaje en alguno de mis libros, debo pedir ahora perdón por haber roto mi promesa. En mi defensa debo decir que, de haberse producido en la realidad los sucesos del libro, habrían sido merecedores de una visita por parte de la monarca. Por otro lado, siempre que he puesto palabras en su boca, he procurado asegurarme de que fueran consistentes con las declaraciones y opiniones registradas de la reina Isabel II, con solo un mínimo toque de fantasía por mi parte (concretamente cuando hace referencia a las relaciones de parentesco problemáticas).

La Venerable Compañía de Carreteros y Carroceros es también una entidad de ficción, junto con Cartwrights' Hall, en Northumberland Avenue. Lo que sí que existe son las compañías de oficios uniformados de la ciudad de Londres (tanto gremios como asociaciones sindicales), un total de ciento diez según el recuento más reciente. La más antigua, la Venerable Compañía de Merceros, se remonta a 1394; la más nueva, la Venerable Compañía de Académicos de Arte, fue fundada en 2014.

Los cuadros de Jamie, entre los que destacan Trafalgar Square y Dos de junio, no existen, pero para su descripción me inspiré en la obra de renombrados artistas de mediados del siglo XX como Julian Trevelyan y Terence Cuneo.

Picture Weekly tampoco existió nunca, aunque les resultará familiar a los lectores de Goodnight from London y El vestido. La publicación está inspirada en Picture Post, una innovadora revista de carácter semanal (1938-1957), y alguno de los artículos que cito publicados en PW tienen su origen en las páginas de Picture Post.

Las Guías Donati son asimismo una obra de ficción; no tienen un equivalente contemporáneo, aunque nacieron a partir de la decisión que tomé cuando escribía *Our Darkest Night* de hacer que los padres de Stella fueran propietarios de una pequeña editorial especializada en guías de viajes. No tenía ni idea, entonces, de que Stella acabaría apareciendo también en *El año de la*

coronación.

Por desgracia, hay un elemento de El año de coronación que está fuertemente arraigado en la verdad: el racismo y los abusos experimentados por Jamie y su familia. Cuando estuve investigando para su personaje, recurrí a las memorias y a historias transmitidas por tradición oral de británicos con orígenes en India, Pakistán y Sri Lanka. Envié también mi manuscrito a tres amigos de orígenes distintos, pero que, como personas de color con familias cuyos antepasados emigraron del subcontinente indio a comunidades de Gran Bretaña y Canadá dominadas por blancos, comparten una comprensión de los desafíos a los que se enfrentó Jamie que yo no puedo entender en profundidad. Estos primeros lectores sugirieron correcciones para el personaje y la historia de Jamie que no solo mejoraron El año de la coronación, sino que además incrementaron mi comprensión del racismo que aqueja a todos los aspectos de nuestra sociedad, y les estoy sinceramente agradecida por la detallada evaluación que hicieron de mi trabajo.

Los hechos del día de la coronación se desarrollaron tal y como los describo, con la excepción del plan para colocar una bomba urdido por Ivor Brooks. A pesar de que las autoridades estuvieron alerta ante la posibilidad de un atentado contra la reina u otros dignatarios, y llevaron a cabo múltiples registros en los edificios que flanqueaban el recorrido, no existe registro oficial de ningún intento de causar daño a la reina o a cualquier miembro de la procesión. La única decepción de aquel día la aportó la climatología que, como he descrito (y como Jamie vaticinó), fue atípicamente frío y lluvioso.

Agradecimientos

Han sido unos años realmente extraños, y una constante que me sostuvo mientras investigaba y escribía *El año de la coronación* fue la amabilidad y el apoyo de los lectores que compraban o pedían prestados mis libros, los leían y los releían, y me enviaban amables mensajes que daban calor a mi corazón y me levantaban el ánimo tantas y tantas veces. Me considero muy afortunada por tener lectores tan entusiastas y les doy sinceramente las gracias.

En el curso de la investigación para este libro, trabajé con las colecciones digitales de diversas bibliotecas y archivos. Me gustaría citar especialmente la Bodleian Library de la Universidad de Oxford, el British Newspaper Archive, el Mass-Observation Archive de la Universidad de Sussex, el Museo de Londres, los National Archives (UK), la National Library of Scotland, la New York Public Library, la Royal Collection y la Toronto Public Library.

Charisma Panchapakesan jugó un papel fundamental en cuanto a dar vida a mi visión del Blue Lion, y le agradezco sobremanera las bellas ilustraciones con las que contribuyó a este libro. Gracias también a Brian Hagood, por responder a mis preguntas relacionadas con arquitectura, tanto moderna como medieval. Y mi agradecimiento asimismo para Megan Preece, por aumentar mi confianza con la maravillosa fotografía de autor que me hizo.

El teniente coronel retirado J. G. Lindsay hizo todo lo posible para garantizar que mis descripciones de explosivos y fabricación de bombas fueran técnica e históricamente precisas, y le agradezco desde aquí su tiempo y su paciencia. John Moir me ayudó a garantizar que la descripción del trabajo de Stella como fotoperiodista de *Picture Weekly* se realizara con precisión y, me atrevería a decir, enfoque, y le estoy sinceramente agradecida por sus consejos y sugerencias.

Elaine Bowers, Amutha Haslam y Alpana Piderit leyeron el manuscrito de *El año de la coronación* muy atentamente, y les estoy sinceramente agradecida por sus sugerencias sobre cómo asegurar que la caracterización de James Geddes fuera a la vez sensible y precisa. Y aquí me gustaría subrayar que cualquier error o equivocación en mi retrato de Jamie como un hombre de origen interracial y veterano de la Segunda Guerra Mundial en Inglaterra son únicamente responsabilidad mía.

Mi agente literaria, Kevan Lyon, es una fuente inagotable de apoyo, y quiero darle las gracias a ella y a sus colegas de Marsal Lyon Literary Agency por cuidar de esta artista delicada con tanta paciencia y amabilidad.

Le estoy profundamente agradecida a mi editora, Tessa Woodward, por el amor que compartimos por *All Things Royal* así como por sus consejos siempre generosos y útiles. Mi agradecimiento también para Madelyn Blaney en el departamento editorial y para mis publicistas Dave Knox y Jes Lyons, por su constante e infinito esfuerzo por mantenerme orientada hacia la

dirección correcta. Y gracias asimismo a Ashley Hayes y sus compañeros de UpLit, por sus consejos y su ayuda.

Me gustaría dar las gracias a todos los empleados de William Morrow que me apoyan a mí y a mis libros, y en particular a Robin Barletta, Carolyn Bodkin, Jennifer Hart, Martin Karlow, Mumtaz Mustafa, Carla Parker, Shelby Peak, Kelly Rudolph, Elizabeth Semrai, Alison Smith, Liate Stehlik, Diahann Sturge y Amelia Wood. Los productores de Harper Audio han creado una vez más un audiolibro precioso y les estoy muy agradecida por su duro trabajo. Quiero dar también las gracias a todo el equipo de ventas en los Estados Unidos, Canadá y la división internacional, así como al maravilloso equipo de HarperCollins Canadá. Y me gustaría una mención especial para la difunta Sandra Leff, que luchó por mis libros y por mí desde el principio y cuya bondad y generosidad jamás olvidaré.

Quiero dar las gracias a mis amigos por su amor y su apoyo: Alpana, Amutha, Denise, Jane D., Jane E., Jen M., Karma, Kate, Kelly F., Kelly W., Liz, Mary, Michela y Rena. Abrazos también para los Coven de Toronto y las Lyonesses de todo el mundo por animarme en los días buenos y consolarme en los no tan buenos.

Mi más sentido agradecimiento a toda mi familia de Canadá; a mi hermana, Kate Robson; y por supuesto a mis maravillosos hijos, Matthew y Daniela, cuya madurez, inteligencia, honestidad y bondad nunca dejan de inspirarme y maravillarme. Y finalmente, al mejor de todos, a Claudio: eres mi Jamie, mi Walter, mi Win. Gracias.